EMILY BARR
LA VERDAD Y LAS MENTIRAS DE ELLA BLACK
blue
salamandra

LA VERDAD Y LAS MENTIRAS DE ELLA BLACK

EMILY BARR

EMILY BARR

LA VERDAD Y LAS MENTIRAS DE ELLA BLACK

blue salamandra

La verdad y las mentiras de Ella Black
Emily Barr

ISBN edición en papel: 978-84-16555-06-2
ISBN libro electrónico: 978-84-17384-30-2
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre 2018

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *The Truth and Lies of Ella Black*
Traducción del inglés: Julia Osuna Aguilar

Ilustración de la cubierta: © Compañía

Copyright © Emily Barr, 2017
Publicado por primera vez en lengua inglesa por Penguin Books Ltd, Londres
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Para Craig

1

CUARENTA DÍAS PARA QUE MUERA

Estoy sentada en un banco, temblando de frío y hecha un ovillo, pero me da igual porque estoy entretenida. Tengo un lápiz y un bloc de dibujo en equilibrio sobre las rodillas, y me encuentro en un parque con vistas al edificio del Parlamento, junto a Jack, que está leyendo un libro. Estoy concentrada en mi dibujo, que no recrea las vistas. Es cierto que tengo unos cuantos Big Bens dibujados en el bloc, pero, por alguna razón, no parece que sea eso lo que acaba saliendo en esta hoja.

—Ya te queda poco, ¿no? —pregunta mi amigo—. A ver, tómate el tiempo que necesites, pero va a llover y… —Se vuelve y observa mi dibujo—. Vaya, vaya… ¿Una interpretación metafórica de las vistas?

—Exacto.

—O sea que Ella Black ha hecho que me congele en un banco durante una hora para poder dibujar a… Ella Black.

—No es Ella Black.

—Siento decírtelo, bonita, pero creo que es justo eso.

Miro el dibujo: se parece a mí, pero no soy yo. Ojalá Jack también fuera capaz de verlo, aunque no tiene mucho sentido esperar eso de él. Si se lo contara probablemente acabaría entendiéndolo, pero nunca se lo he dicho ni pienso decírselo. Se me escapa una risita nerviosa, y mi amigo también se ríe.

—¿Qué tal tu libro? —pregunto.

—Fabuloso, la verdad. El apocalipsis en todo su esplendor… Oye, ahora que lo dices, tienes razón, no se parece a ti del todo: eres tú pero con ojos de psicótica. ¿No crees? Eres tú pensando en algo que odias a muerte.

Miro a mi amigo. Intento controlar la respiración.

—Sí —digo—. Sí, tal cual. Es justo eso.

—No estarás pensando en mí, ¿verdad?

Me lo quedo mirando: rubio, de aspecto poco llamativo y uno de mis dos mejores amigos en este mundo… Bueno, uno de mis dos únicos amigos en este mundo. Me encanta su rostro. Me encanta que no tengamos secretos entre nosotros, aunque en realidad yo sé su mayor secreto y él no sabe el mío… Quizá yo tampoco lo sepa todo sobre él. No, seguramente no.

—Claro que no estoy pensando en ti, capullo —contesto, y en ese momento una gota de lluvia cae en medio de mi dibujo y emborrona la cara.

Cierro el bloc y Jack guarda su *thriller* apocalíptico, y los dos echamos a correr hasta un árbol grande. Nos refugiamos allí abajo, contemplando la lluvia y a la gente, que se protege con paraguas y capuchas y camina presurosa hacia sitios inimaginables, mientras nosotros nos quedamos esperando a que amaine un poco para poder ir andando hasta Trafalgar Square y, allí, coger el tren de vuelta a Kent.

Estamos a mitad de trimestre y nos hemos escapado a Londres. Hemos pasado la mañana yendo a galerías gratuitas y viendo arte, y luego hemos comprado unos libros y hemos ido a sentarnos al parque, donde yo he intentado dibujar las bonitas vistas, pero he acabado dibujándome a mí misma con ojos de psicótica. Sé por qué lo he hecho y me alegro.

Para cuando llegamos a la estación de Charing Cross, estamos en plena hora punta. Se nos ha hecho más tarde de la cuenta, y eso que he estado literalmente mirando uno de los relojes más famosos del mundo durante gran parte de la tarde.

—Hemos calculado fatal —dice Jack.

—Ya te digo.

Nos quedamos mirando el trasiego del vestíbulo. Hay un gran ajetreo, y no sólo por los trabajadores que cogen a diario el tren de regreso a sus casas (aunque sí son mayoría), sino también por los estudiantes que están a mitad de trimestre, como Jack y yo. Estudiantes que han ido a Londres para hacer turismo, y luego se han olvidado de que habría sido mejor que cogieran un tren de vuelta a casa antes o después de esta hora. Si pillamos el tren

bueno, sólo nos llevará cuarenta minutos, aunque el trayecto será de lo más incómodo. Vivimos en una ciudad de la periferia, y a estas horas hay miles de personas que vuelven a casa.

Vamos por la mitad del trayecto cuando empieza a pitarme la cabeza. Voy de pie, separada de Jack por dos hombres de negocios que han subido en London Bridge y hacen como si siguieran trabajando. Uno va apretado contra mí, leyendo algún tostón financiero en su iPad. El otro va agarrado de una barra como si fuera un *stripper* y le fuese la vida en ello, mientras mantiene una conversación importantísima por el móvil sobre una reunión de accionistas. Me digo que me pita la cabeza porque voy de pie y estoy cansada y harta. Además, no puedo distraerme con el móvil porque ayer lo perdí. Tampoco puedo hablar con Jack, que está demasiado lejos. Tengo que vivir el momento presente, y todo está emborronándose por los bordes debido a que voy de pie y estoy cansada y harta. Me digo entre dientes que he de tratar de no perder la calma. A nadie le importa. Nadie se da cuenta.

Sin embargo, cuando ya vamos andando camino de mi casa, intuyo que la cosa va a empeorar. No debería haber hecho ese dibujo. Me pitan los oídos cada vez más, por mucho que estemos en la calle al aire libre, vayamos de la mano y todo parezca normal. Le he cogido la mano a Jack porque a veces me ayuda a tranquilizarme, y a él nunca le ha importado. Intento parar el pitido. Trato de utilizar la energía de mi amigo para recuperar la estabilidad.

Se vuelve más fuerte.

Se

vuelve

más y más fuerte.

Y aunque voy andando camino de casa y parezco normal, sé que no soy una chica normal y que necesito llegar a mi refugio. Tengo que llegar a mi cuarto y cerrar la puerta. Tengo que quedarme a solas ya.

Aprieto con más fuerza la mano de Jack, que me devuelve el gesto sin tener ni idea. La lluvia reciente ha oscurecido la acera y las nubes vuelven a agruparse, pero la puesta de sol está convirtiendo el cielo en un manto purpúreo y todo parece un

cuadro.

Vete, por favor, digo para mis adentros. *Vete, por favor. Si quieres, vuelve luego.*

La otra hace que se me difumine la visión por los bordes; es su modo de decirme: NADA DE «LUEGO». AHORA.

—Bueno —le digo a Jack—, ahora tengo que terminar un boceto… —Intento respirar tranquilamente, parecer normal. Por la cara de mi amigo, yo diría que no ha notado nada raro. Aunque quizá sí lo nota, sobre todo después de lo de hoy, y no me comenta nada porque sabe que no quiero que lo haga.

—Por supuesto, no debo molestar a la artista ni un minuto más —dice, llevándose la mano a la frente con gesto dramático—. ¡Ella necesita pintar! ¡Vive para su arte!… ¿Estás intentando decirme que me largue?

—¿Te importa? De buen rollo, ya sabes…

La otra me presiona la cabeza por dentro. Debo conseguir que Jack se vaya. Ojalá pudiera contárselo, pero no soy capaz.

Y no soy capaz porque me falta valor. En la parte que ve de mí el mundo soy una blandengue, alguien fácil de acosar, fácil de ignorar. Ésa es mi mejor versión: no me atrevo a ponerme borde, sobre todo en momentos así, porque podría pasar cualquier cosa. Podría salirme de dentro la chica del dibujo y envenenarlo todo. Y eso sería el fin.

—Aunque puedes entrar un rato si quieres —añado, sintiendo que Bella está muy pendiente de todo lo que digo—. Y luego… en fin, luego, si quieres, te largas. Es que tengo que acabar un boceto, y ya sabes que no soy muy sociable cuando me pasa eso. El único que puede acercarse a mí es *Humphrey*.

Jack se ríe.

—Tienes demasiado consentido a ese gato —dice.

En este momento empieza a llover de nuevo, así que recorremos a la carrera el último tramo de cuesta hasta mi casa sin soltarnos las manos. Pasamos corriendo al lado de una mujer con el pelo enmarañado que intenta abrir un paraguas y de un hombre que va tirando de una bici con un crío detrás. El niño nos saluda y grita:

—¡Yupi, me estoy mojando!

Lo saludo con la mano libre y siento a Bella en la otra, apretando a Jack e intentando utilizar sus poderes para

electrocutarlo, deseándole la muerte porque es normal y feliz y a ella eso le parece injusto.

De hecho, mi amigo no es normal ni feliz, pero cualquiera lo es comparado con Bella. Adoro a Jack. Él y Lily son mis mejores amigos. Todo el mundo cree que es mi novio, pero no es cierto: es más que eso. Tenemos una relación muy conveniente para los dos.

No quiero un novio de verdad. No creo que nunca vaya a querer tener pareja. Voy a un instituto de niñas pijas, y la mayoría de las chicas de los últimos cursos viven todo el rato por y para los chicos. Es penoso y me pone enferma, pero nunca he tenido el valor de decirles nada. De hecho, si intentara discutir con ellas, Bella saltaría y atizaría con un extintor a la doncella con cara de boba que tuviese más cerca, así que seguramente es mejor que me muerda la lengua.

A Jack le gusta mi lado bueno, que es el único que ve. A él le ha ido muy bien en muchos sentidos juntarse conmigo y, durante un tiempo, a mí me sirvió para subir de categoría y dejar de ser el blanco de las burlas. Aunque la cosa no duró mucho y las del instituto no tardaron en volver a meterse conmigo.

Nunca le he contado a Jack lo que me ocurre con mis compañeras de clase. Únicamente conseguiría que se preocupara por mí y se cabreara, y eso no sólo no serviría de nada, sino que además haría que él se sintiera un poco más desgraciado. Y yo quiero que mi amigo sea feliz. La única que sabe lo que pasa en el instituto es Lily, que hace lo que puede por impedirlo.

Cuando entramos en casa como una exhalación, nos encontramos a mi madre en medio del pasillo, disimulando y haciendo como si pasara por allí. Tiene algo en las manos y una sonrisa pícara de expectación.

Miro a ver qué es.

—¡Mi móvil!

Mamá sonríe de oreja a oreja y me lo tiende.

—Lo entregó alguien en comisaría —explica—. La policía me ha llamado y he ido a recogerlo. Creía que había perdido el mío también, pero al final ha aparecido. Cosas así te hacen recuperar la fe en la humanidad, ¿no?

Mi madre ha soltado ese comentario porque es lo típico que se dice, pero ella no necesita recuperar nada. Ni está de vuelta de todo ni es ninguna cínica, aunque *sí* que se pasa la vida intentando

asegurarse de que estemos siempre a salvo y ve peligros por todas partes. Cojo el móvil y me apresuro a comprobar que está todo igual que cuando lo perdí ayer por la mañana en el centro.

No creo que mi madre haya curioseado en él. O eso espero.

Tengo a Bella en la cabeza, aclarándose la garganta, reclamando mi atención. La aparto a un lado.

Mi madre no tiene cara de haber descubierto nada preocupante sobre mi vida escolar. Está contenta de verme con Jack. Se desvive por mí y siempre está esperando mi regreso a casa porque soy toda su vida. Es un poco raro. Claro, tiene su lado bonito, aunque me sabe mal por ella, su vida debe de ser un tostón. A veces intento meterme en su piel, pero lo cierto es que soy incapaz. No creo que ella tenga un lado oscuro, la verdad.

Y sé que lo pasaría fatal si se enterase de lo que me ocurre. Por eso no pienso contárselo. Ahora mismo Bella está aporreándome el cráneo y tengo que salir de aquí.

En cuanto entramos por la puerta, mamá se pone a cerrar todos los pestillos y cerrojos. No creo que haya una casa más segura que la nuestra. Desde que tengo uso de razón, mi madre se ha dedicado a mantenerme a salvo casi como si fuera su profesión. Se siente obligada a garantizar mi seguridad en todo momento; permanentemente segura, siempre, en cualquier situación. Casi me hace gracia que se relaje cuando me encierro en mi habitación, teniendo en cuenta que ésa es justo la zona más peligrosa.

Jack le sonríe.

—¿Cómo está, señora Black? —le pregunta, haciéndose el niño educado—. Hoy la veo guapísima.

A ella le encanta, tiene a Jack en un altar. Quiere que nos casemos y le demos un montón de nietos. Por supuesto, tampoco tiene ni idea de que es imposible, y eso la hace más entrañable. Mascullo algo entre dientes porque tengo a Bella en la cabeza y ahora mismo no puedo hablar muy bien.

—¿Unas galletas? —nos ofrece—. Acabo de hacerlas. Calentitas y recién salidas del horno.

No pienso pararme a comer una galleta, pero sí voy a coger un puñado para Bella, por si luego le apetecen. A no ser que sean las de espelta y batata que preparó la semana pasada, que no podrían apetecerle a nadie ni regaladas.

—Oh, sí, me encantaría —dice Jack, que espera que sean las de pepitas de chocolate; lo conozco.

Mientras mi amigo va con mi madre a la cocina, yo sigo recto y me meto en el baño. Echo el pestillo, me apoyo en la puerta e intento respirar. Tengo que librarme de esos dos como sea. Dispongo sólo de unos minutos para conseguir que Jack se vaya. La cabeza me va a estallar. Veo puntos negros danzando a mi alrededor.

Me lo encuentro tonteando con mi madre en la mesa de la cocina. Les gusta ese rollo. Yo diría que a mi amigo le hace gracia, pero no sé a qué juega mamá. Ella le sonríe y coquetea y le cuenta cosas de su juventud, y él ríe justo cuando tiene que reír y le dice justo lo que ella quiere oír. A los dos les importa poco que me moleste o me deje de molestar y, aunque dan un poco de asco, me limito a poner los ojos en blanco y apartar la vista.

Las galletas son de jengibre y pasas. Están más o menos comestibles, así que cojo tres y las envuelvo en papel de cocina.

—Perdona, Jack… —digo y, ante la mirada complacida de mi madre, me acerco a él y le doy un beso en la cabeza—, pero tengo que ponerme a pintar. Te veo mañana.

Mi amigo sonríe.

—Claro. Te veo mañana, Ells. Ya me voy.

—Puedes que… —tercia mamá, aunque se interrumpe al ver mi mirada mientras salgo de la cocina.

Subo los escalones de dos en dos, jadeando. Cierro la puerta de mi habitación e intento recuperar el resuello. La cabeza me pita tan fuerte que no creo que pudiera oír ni siquiera una alarma de incendios o una sirena de alerta nuclear. A lo mejor está sonando alguna y no la percibo. Da igual. Me subo las mangas y me miro las delgadas cicatrices de los brazos. Me dan vergüenza. No pienso permitir que vuelva a pasar algo así.

Pórtate bien, le digo a Bella.

PÓRTATE BIEN, repite burlona. *PÓRTATE BIEN. SIEMPRE «PÓRTATE BIEN»*

Para ya, por favor.

PARA YA POR FAVOR. PARA YA POR FAVOR. PARA YA POR FAVOR.

Déjame en paz.
DÉJAME EN PAZ.
Déjame
en
paz.
DÉJAME.

No sé lo que es yo y lo que es ella.

Me cojo la cara entre las manos y grito en silencio, como en aquel cuadro. Lo único que quiero es ser normal.

Respiro entrecortadamente y presiono las palmas sobre la alfombra para sentir el suelo y saber que estoy en el momento presente, yo, aquí, en mi cuarto. Si algo he aprendido todos estos años es a fingir, pero cuando cierro mi puerta no tengo que seguir haciéndolo: puede salir todo fuera.

Saco los dibujos de debajo de la cama. Son meticulosos estallidos de horror. Están llenos de muerte, mutilación y pesadillas. Los ha dibujado Bella y le gusta mirarlos. Tal vez así pueda apaciguarla.

La llamo Bella porque es mi lado oscuro. Es Ella pero sin serlo. Es *Bad* Ella, Ella la Mala: Bella. Se me ocurrió hace unos años y me ayudó un poco, ya que antes de eso la llamaba directamente el Monstruo. Todo puede ser un poquito mejor cuando se le pone nombre. Y «Bella» suena mejor que «el Monstruo». Por entonces no sabía que Bella significaba «bonita»: mi Bella no tiene nada de bello. Es justo lo contrario. Aun así, para mí es Bella.

Está deseando adueñarse de todo mi ser; me paso la vida alerta, en una batalla continua, y a veces tengo que dejarla salir para evitar que todo estalle en pedazos. Me da miedo, pero después me siento tranquila, en paz, y creo que hasta soy feliz. Todo parece más estable, al menos durante un rato. Y es en esos momentos cuando hacemos los dibujos. Los miro ahora. Son a tinta negra: láminas enormes con detalles diminutos, en plan El Bosco, pero con cosas modernas aquí y allá. Aparecen niños decapitados, cuerpos desmembrados por todas partes… Todo es sangre y muerte. Nos lleva siglos pintarlos y, aunque espero que nunca los encuentre nadie, tengo claro que de momento es mi mejor obra.

Ahora no quiere verlos. *LUEGO*, me dice.

Me cuesta respirar. El pitido se vuelve más fuerte. Aprieto las

manos contra la alfombra y hago un último esfuerzo. *Humphrey* está esperando, lo noto. Siempre aparece cuando viene Bella.

—Toma una galleta —digo a la desesperada, y desenvuelvo el papel de cocina y las dejo caer sobre la alfombra.

Cojo una y me la zampo en la boca, pero Bella la escupe porque ha visto algo mejor que una galleta.

Humphrey ha entrado en mi habitación con un pajarito aterrorizado entre las fauces. No sé cómo se las ha arreglado para que mi madre no lo vea; de lo contrario, habría gritado y lo habría ahuyentado. Es pequeñito, parece una cría. Me pregunto si lo habrá robado del nido, si su madre estará buscándolo.

Bate las alas e intenta volar, a pesar de que el gato le ha perforado el cuerpecillo con los dientes. *Humphrey* tiene estas cosas. Es más fan del Equipo Bella que del Equipo Ella. Él sabe de qué va todo esto.

Me acerco a gatas hasta el pajarito. El pitido se ha convertido en un sonido de fondo que me aísla del mundo cotidiano que me rodea. Noto cómo se va Ella y me convierto en Bella. Ella ha desaparecido, y eso está bien porque es penosa. Apenas puedo respirar cuando alargo el brazo para coger el martillo que Ella esconde bajo la cama. Es uno de esos martillos pequeños y casi parece un juguete inofensivo. Cuando mamá lo encontró, Ella le dijo que era uno de sus útiles de escultura, para clase de arte, y se lo tragó.

Cojo al animalillo por un ala y lo pongo encima de una redacción de historia que hay tirada en el suelo, encima de un libro de texto. Lo ayudo a mantenerse sobre sus patitas y lo acaricio con un dedo.

—Hola —susurro, y soy Bella de pies a cabeza.

Humphrey me mira de hito en hito. Está emocionado. Es un gato malo y nunca se ha molestado en disimularlo.

Se me acelera la respiración mientras miro fijamente a nuestra presa.

No oigo nada. Lo único que veo es el pájaro.

Y sé lo que voy a hacer. No lo habría colocado aquí ni habría sacado el martillo si no lo supiera. Sé lo que voy a hacer porque vivo para esto.

El mundo se ha oscurecido por los bordes, como en la foto de un

fenómeno paranormal. Todo lo demás se ha desvanecido. Pájaro, libro, gato, martillo…

Bella.

Me dan ganas de vomitar, pero no como a todo el mundo. Esto no tiene nada de normal, salvo para mí.

Noto que el pájaro hace un amago de escapar, pero no volverá a volar: soy Bella y puedo hacer cualquier cosa. Tengo el poder de la vida y la muerte.

Levanto el martillo, lo mantengo unos instantes a la altura justa, saboreando cada segundo, y lo estampo contra el bicho.

Noto
cómo
cruje.
Veo
cómo
se
queda
hecho
puré.

Contemplo los restos. Me encanta hacer estas cosas.

—Gracias —le digo en voz baja al gato, que inclina la cabeza hacia mí, en plan «de nada», en plan «somos compinches».

Esto es lo que quiero. Me encanta ejercer el control. Quiero ser ella todo el tiempo; quiero hacer que deje de ser Ella Black para siempre y que yo pueda quedarme aquí en su lugar, en su cuerpo. Podría hacer lo que quisiera.

El ruido de fondo empieza a desvanecerse. Intento aferrarme a él.

No me gusta nada hacer estas cosas, dice la voz lastimera de Ella.

LÁRGATE.

Tengo miedo.

MENTIRA.

—¿Ella?

Esa voz lo desbarata todo y me hago pequeña, muy pequeña, hasta quedarme en nada.

El pitido ha vuelto, pero más suave. Soy Ella y estoy sentada en el suelo junto a la cama, enfrente de la puerta. Me lleva unos segundos volver en mí, saber que soy otra vez Ella y no Bella, y

cuando lo consigo escondo el martillo bajo la cama y me pongo en pie. Me tiemblan las piernas y el corazón me late con tanta fuerza que debe de oírse en la planta baja.

Lily está en el umbral.

Miro alrededor, jadeando, inhalando grandes bocanadas de aire para espantar lo que queda de Bella. Estoy en mi habitación. Las paredes son rosa y azul, con pósteres de manga y mis dibujos de Río de Janeiro. Mi ropa está por el suelo. Hay un collage de fotos en las que aparecemos Lily, Jack y yo riendo, poniendo morritos en plan irónico y los tres cogidos por los hombros. Todo parece normal.

Todo
parece
normal.

Aunque sé bien que no tiene nada de normal.

No sé lo que ha visto mi amiga. No sé si ha visto cómo Bella levantaba el martillo y mataba al pájaro. Pero Bella ya no está aquí. Se ha ido. Lily no puede verla. No puede ver esto. No debe verlo. Aparto la oscuridad para que se vaya lejos, muy muy lejos.

Repito para mis adentros las palabras que me ayudan a volver en mí. Sólo funcionan cuando Bella ha hecho alguna de las suyas y casi ha desaparecido.

El universo, el universo, el universo, me digo.

El universo.

El universo.

Todo
el
universo.

Esta perspectiva cósmica es lo único que me sirve para librarme de Bella. Si pienso en el universo y en lo diminuta que soy, todo parece factible porque nada importa. Nada de nada. Ella no importa y Bella tampoco. Por desgracia, esto no impide que aparezca, sólo funciona cuando ya está a punto de irse.

Descubrí lo del universo sin querer. Tenía unos once años, y me encontraba en el baño de abajo luchando contra un demonio que por entonces entendía aún menos que ahora. Estaba apoyada contra la puerta cerrada y me puse a arrancar el empapelado de la pared porque no podía controlarme, necesitaba destruir algo. En cuanto lo hice, Bella empezó a desvanecerse, y entonces leí unos versos de un

poema que sigue colgado en nuestro baño de abajo.

Puede que lo tengas claro o puede que no, pero no dudes de que el universo marcha como debería.
No dudes de que el universo marcha como debería.
El universo marcha.

Ese poema consiguió que Bella me dejara en paz. Ya lo he depurado hasta quedarme sólo con dos palabras: «el universo», que digo y repito una y otra vez.

Bella se ha ido.

Mis labios se mueven, pero creo que no está saliendo ningún sonido.

Tengo que ser simpática.
Sé simpática.
Sé normal.
Tengo
que
ser
normal.
Sonríe.
Tienes
que
sonreír.

—¡Vaya! Hola, Lily… —Aunque me tiembla la voz, parece que digo lo que se espera que diga—. Eh… ¡No entres!

Esto último lo grito al ver que cruza el umbral. Se detiene. Doy un paso hacia ella, pero me fallan las piernas y tengo que sentarme en la cama.

—Perdona, Ella. —Lily es un encanto; está descolocada porque le he gritado y yo nunca grito—. ¿Estás bien? Tu madre me ha dicho que podía subir. He venido porque, como estabas sin teléfono, quería que… —Mira hacia la cama y repara en el móvil—. Anda, ¿ya lo has recuperado?

—Sí. Recuperado. Ajá… —*Sé normal*—. Perdón —añado, articulando la palabra con cuidado e intentando decir lo que diría Ella—. El gato ha aparecido con un pájaro. Da mucha cosa, la verdad. Me he mareado y todo. Perdona, es mejor que no entres. He

tenido que ahorrarle el sufrimiento y no… no me ha quedado más remedio que…

Me cuesta muchísimo volver a ser yo misma. Y cada vez es peor. Llegará el día en que no lo consiga. Llegará el día en que me quede atrapada en Bella. Eso es lo que ella quiere, pero yo no lo soportaría. No puede ocurrir por nada del mundo.

El pitido sigue disminuyendo hasta que por fin parece desvanecerse. Los bordes del mundo recuperan la nitidez.

—Ostras, qué movida —dice mi amiga.

Lily nunca lo entendería, y yo no pienso contárselo ya que, si lo hago, tal vez dejaría de ser mi amiga. Y la necesito. La necesito sí o sí. Muchas veces me ayuda a volver en mí, y eso que ni siquiera sabe lo que me ocurre.

—Oh, Ella, pobrecita. Tengo un pañuelo. Espera.

Avanza hacia mí. *Humphrey* se agazapa y, un instante después, echa a correr, se cuela entre sus piernas, sale del cuarto y se pierde escalera abajo.

Tiro de mi amiga para que se siente a mi lado en la cama y le cojo la cara entre las manos. No puedo permitir que vea lo que he hecho. Tener su pelo ensortijado entre los dedos me calma un poco. Ahora estoy con ella, con Lily.

—De verdad —le digo, mi cara a centímetros de la suya—. No mires. Tengo que limpiarlo… ¿Podrías bajar y pedirle una bolsa de plástico a mi madre?

Me ha entrado hipo. Son demasiadas cosas. Siempre he sabido controlar a Bella. Siempre he conseguido mantenerla apartada de Lily… Pero la cosa ha empeorado en los últimos días.

—Claro. Joder, Ella… Pobrecita.

Me pasa un brazo por los hombros y por un momento me apoyo en ella y oculto la cara en su hombro. Lleva el pelo suelto y me hace cosquillas en la mejilla. Permanezco así unos instantes y luego me obligo a apartarme.

Cuando sale de la habitación, me sujeto la cabeza entre las manos. Esto es un horror, no puedo seguir así. Jack ha debido de preguntarse por qué le he pedido que se fuera, y Lily ha entrado en la habitación y se ha encontrado con Bella aquí. La próxima vez será peor y acabará enterándose todo el mundo. No puedo pensar claro ni dejar de temblar, pero tengo que limpiar esto como sea. No

puedo permitir que Lily o Jack acaben enterándose.

Ellos no pueden saberlo.

Ellos

no

pueden

saberlo.

Dejo al pobre pajarito aplastado donde está y lo envuelvo con la redacción de historia. Estoy temblando, y una pluma escapa del bulto. Aparto el libro de texto de una patada y empiezo a recoger las plumas sueltas, aunque está claro que para limpiar la alfombra voy a necesitar la aspiradora. Mamá estará encantada de verme utilizarla por iniciativa propia; así que todos contentos, aunque sólo sea por un rato.

Cuando Lily vuelve con la bolsa, meto dentro el pájaro en su ataúd de redacción, y luego las plumas que he logrado recoger.

—Bien, voy a lavarme las manos.

Lily cierra la bolsa con un nudo y la lleva abajo, y yo me encierro en el baño e intento respirar sosegadamente, sin resollar ni coger bocanadas tan profundas que me den mareos. Me lavo con bastante jabón. Luego me echo agua fría con jabón en la cara y me pongo crema hidratante para dejarla suave y tersa. Me quito el rímel de esta mañana. Inspiro y espiro. Dentro. Fuera. Dentro, bien hondo. Fuera, a fondo. Cierro los ojos. Me viene la imagen del martillo machacando al pájaro. Bella es feliz haciéndolo, y Bella es parte de mí.

No quiero que eso me haga feliz.

No quiero ser medio Bella.

No quiero que se haga fuerte dentro de mí de esta forma.

No quiero ser alguien que despachurra pajaritos con un martillo.

No quiero ser esa chica.

2

TREINTA Y SIETE DÍAS

—¡Ella! —me llama Lily desde abajo.

Me he dado cuenta de que, desde lo que pasó el miércoles, ha estado rehuyendo mi habitación. Cojo el bolso y bajo corriendo la escalera, sonriendo y dispuesta a pasarme el día siendo simpática a más no poder.

—¡Hola! —la saludo. Entusiasmo a tope.

Lily sonríe.

—Qué guapa.

No es verdad, pero es un detalle por su parte.

—Tú sí que estás guapa. —Lleva unos vaqueros ceñidos y una camisa blanca y holgada—. Clásica y con estilo.

Al instante tengo la sensación de ir hecha un desastre, comparada con ella, con mis mallas y mi camiseta de manga larga. Me siento como una cría, pero no importa.

Lily es mi mejor amiga desde hace casi diez años, más de la mitad de nuestra vida. Nos hicimos amigas de verdad a los ocho, cuando nos emparejaron en una excursión del colegio y nos soltaron en medio del bosque con una lista de cosas varias que buscar. Nos alejamos cada vez más de la base. Yo quería perderme para ver qué pasaba (Bella también era joven por entonces, y lo suyo era sencillamente improvisar), y a Lily le pareció bien el plan porque le gustan las aventuras.

Aunque no salimos muy bien paradas, acabamos haciéndonos amigas.

Cuando entramos ahora en la cocina para despedirnos de mamá y papá, éstos dejan de hablar y ponen su mejor sonrisa falsa. Ojalá se pelearan sin tanto disimulo: se pasan la vida interrumpiendo sus

discusiones susurradas en cuanto aparezco. Papá libra hoy porque estuvo de viaje hace poco, lo que significa que tienen un día más para sus siseos y sus broncas… Perfecto.

—¡Hola, chicas! —nos saluda mamá.

Mi padre levanta la vista del periódico como si hubiera estado absorto en su lectura. Bien podría tenerlo boca abajo, porque leer, no estaba leyendo, eso seguro.

—¿Todo bien? —pregunta.

Mamá está trajinando en los fogones, preparando algo. Ojalá alguna vez fuera ella la que lee el periódico mientras él cocina, pero no: ellos no son así, qué remedio. Me gustaría que mi madre se tomara un respiro a veces. En ocasiones papá se ofrece a ayudar, pero ella insiste en hacerlo todo; sólo nos deja poner la mesa o vaciar la compostera.

Sí, mi madre tiene una compostera de esas con lombrices, no es broma. Es como tener trescientas mascotas que se comen nuestras sobras y cagan compost. Me encantan. A veces aparto la tapa y las observo. En una ocasión, Bella intentó obligarme a echarles agua hirviendo por encima; tuve que subir corriendo a mi cuarto y destrozar uno de mis dibujos con un cúter para salvarlas.

Decía que mi madre está cocinando. Es alta y rubia, igual que yo antes (sigo siendo alta, pero por desgracia no me queda nada de rubia), y se le ilumina la cara al vernos aparecer.

—¿Os apetece un poco de crema, chicas? —nos pregunta.

—Es muy amable, pero tenemos que irnos ya a casa de Mollie —contesta Lily.

—Aunque huele muy bien —añado yo, mintiendo con descaro.

La crema de lentejas de mamá es tan espesa que puede utilizarse perfectamente para pegar papel pintado. Una vez incluso llegué a comprobarlo: la usé para colgar en la pared un dibujo, y ahí sigue todavía. Es de *Humphrey* acorralando a un ratón, y lo tengo a la izquierda de la ventana. Mi madre había salido, y Jack y yo estábamos haciendo el tonto. Me aposté con él a que el dibujo se quedaría pegado en la pared, y ya lleva varios meses. Acabamos llorando de risa. Jack es el mejor.

Mis padres intentan disimular, como si no estuviera más que claro que hemos interrumpido otra de sus peleas cuchicheadas, así que el ambiente no puede ser más tenso. Papá nos sonríe y vuelve

una página del periódico. Por lo general, es más fácil convivir con él que con mi madre, porque va a lo suyo y me deja todo el espacio que necesito, que no es poco. Con mi padre puedo hablar de cosas y es capaz incluso de darme la razón. El otro día, dijo que el arte abstracto era una chorrada, pero yo le expliqué por qué se equivocaba y enseguida lo pilló y cambió de opinión.

—¿Vais a ver una peli? —pregunta ahora.

—Sí.

—Hoy toca *Psicosis* —apunta Lily.

—El motel Bates —dice mi padre.

Yo no respondo. Lily le da bola por las dos tarareando una versión de la música de la ducha, y mi padre hace el gesto de apuñalar, que dirige hacia mi madre.

Cogemos las bicis y nos vamos. Me encanta montar en bici. Hasta con el casco puesto se te mete el viento por el pelo. Me gusta sentir dolor en las piernas y la sensación de haber hecho algo bueno. A veces incluso consigo darle esquinazo a Bella a fuerza de pedalear.

Mientras sigo a Lily, que va con el casco y la melena sobresaliéndole por debajo, pienso que ha sido bastante extraño que papá y mamá no hayan protestado al verme salir de casa. Probablemente no han dicho nada para poder seguir con su discusión secreta. Siempre me he alegrado de que no se hayan divorciado como los padres de la mayoría de mis compañeros, ya que en ese caso habría preferido vivir con papá y, a juzgar por lo que he visto, lo más seguro es que me hubiese tocado quedarme con mi madre. Ahora, sin embargo, pienso que ojalá se separaran de una vez. Ya he cumplido los diecisiete y puedo elegir dónde vivir. No tengo ni idea de qué pasa ni por qué discuten, aunque lo último que querría es enterarme de que uno de los dos está teniendo una aventura, así que prefiero no meterme en sus asuntos.

Lily no ve a su padre desde que tenía ocho años, aunque él les sigue dando dinero. A mí me parecería un horror, pero ella dice que eso es lo único que conoce y que le va bien así, y no se puede negar que es más feliz que una perdiz.

Al cabo de un par de horas estamos en el salón gigante de Mollie y casi hemos llegado a la parte más emocionante de *Psicosis*.

Siempre que visito esta casa me siento tensa, fuera de lugar; sé que si estoy aquí es porque me ha traído Lily. Mollie, las gemelas y mi amiga son todas de primera división, mientras que yo no soy más que una acoplada, de modo que me limito a estar calladita en el sofá mullido, al lado de Lily, con la pierna bien pegada a la suya, algo que me ayuda a relajarme, por mucho que me cueste admitirlo.

El padre de Mollie nos ha dejado un cuenco de Maltesers en la mesa hace apenas un minuto, y ya sólo queda la mitad porque me los he comido yo casi todos de lo nerviosa que estoy. Las demás están absortas en la peli y no se han dado ni cuenta. En fin, tendré que hacer más ejercicio para compensar. Por otro lado, seguro que Mollie se cabrea un montón cuando se entere de que he sido yo quien ha arramblado con los Maltesers.

Sé que no les gusto porque soy aburrida, asustadiza y torpe. Parezco una de ellas (o lo parecía), pero no lo soy. Cuando no la cago hablando es porque no hablo, y por regla general se limitan a ignorarme. Por lo menos no me odian, y eso ya es algo.

Mollie quiere estudiar cine, y está intentando ver todas las películas importantes de la historia para poder hablar de ellas en las entrevistas de acceso a las mejores universidades. Las demás las vemos con ella (bueno, les preguntó a Lily y las gemelas que si querían verlas también, y Lily me invitó a mí) porque el año que viene iremos todas a la universidad, y a ellas les encanta la idea de dar la imagen de cinéfilas enrolladas y estilosas. A mí también, no lo niego, pero lo que más me gusta es desconectar viendo las pelis. Cuando me distraigo con los dramas de los demás, los míos parecen desvanecerse. Me pasa lo mismo con los libros, y por eso me encanta leer, tanto como dibujar.

La idea de irme de aquí se me hace de lo más extraña. Yo no soy como Mollie, que sabe qué quiere hacer y quién quiere ser. Lo único que me gustaría es entrar en Bellas Artes, aunque por lo visto nadie encuentra trabajo de dibujante (o al menos eso dicen los orientadores del instituto). De todas formas, pase lo que pase, estoy deseando largarme de esta ciudad. Aquí sólo tengo a Lily y a Jack, y a los demás les importo poco. Y quién sabe, a lo mejor lejos de Kent podría llegar a estar bien. Me convertiría en una Bella a jornada completa, o quizá, con mucha suerte, lograría plantarle cara por fin y acabar con ella de una vez por todas. Podría ser Ella todo el

tiempo. Podría ser una buena persona.

Respiro hondo. Quizá yo también podría intentar entrar en una escuela de cine. Esta peli me está gustando… Pero ahora todas hablan sin parar. Ojalá se callaran y dejaran que me concentrara, aunque, evidentemente, no puedo decírselo.

Por desgracia, Lily está contándoles lo del pájaro. No se lo contó a nadie cuando sucedió, pero ahora sí.

—Madre mía, Ella —dice Mollie con cara de tenerme un poco de miedo, y quizá debería—. Se te va la olla. Porque, a ver… ¡Huy, un pájaro en apuros! —Se ríe—. Venga, llamemos a Ella Black para que le ahorre el sufrimiento.

Mollie y las gemelas estallan en carcajadas. Miro a Lily y leo un «perdón» en sus labios.

—Qué asco, tía —dice Nisha—. Yo no podría haberlo hecho ni loca.

Me mira como si yo fuera un monstruo, como si ésa fuera una historia que va a correr como la pólvora por el instituto, como si pudiera fastidiarme la vida un poco más. Y es justo lo que va a pasar. Intento sonreír como si me diera igual, aunque seguro que parece todo lo contrario.

—Sólo hice lo que tenía que hacer. Pobrecillo.

Creo que he acertado. Cuando estoy con las chicas alfa de la clase, tengo que medir mis palabras todo el rato. Ante el mínimo desliz se vuelven crueles. Y no son las peores, qué va. Pero eso no quita que no sean malas y le cuenten todo a todo el mundo.

Por un segundo, pienso en lo que podría pasar si les confesara que en realidad no fui yo quien mató al pájaro, sino mi otro yo, Bella. Mi monstruo interior, el que me posee en ocasiones, el que me asusta con su descaro siempre que aparece. Sería el principio del fin. En cuestión de minutos, me haría famosa en todo el instituto y parte del extranjero.

La protagonista acaba de meterse en la ducha y eso significa que está llegando la famosa escena. Todas parecen perder el interés en mí, y nos quedamos mirando la pantalla mientras empieza a sonar la famosa musiquilla de *Psicosis* y matan a Janet Leigh.

—Ella, perdona, de verdad —me susurra Lily al oído—. No quería que…

—No pasa nada —la interrumpo—. De verdad.

Y es cierto: podría estar molesta con ella por irse de la lengua, pero no lo estoy. Lo ha hecho para que se solidarizaran conmigo, y no es culpa suya que la cosa no haya colado.

Me coge de la mano.

—Eres la mejor.

Paso el resto del día en mi papel de acoplada, dándolo todo por ser simpática. Siempre lo intento. Y ahora, entre que me asusta ese ser malvado que habita en mi interior y que Lily me pilló el otro día cuando Bella me dominaba, me desvivo por mostrarme normal. Concentro mis esfuerzos en ser amable y servicial, aunque, quitando a Lily, tampoco es que a nadie le importe lo que yo haga o deje de hacer. Paso un rato con Mollie explicándole cómo he hecho el trabajo sobre *Hijos y amantes*, que ella todavía no ha empezado, y acepta mi ayuda y me da las gracias. Parece un buen avance.

—¿Por qué te has hecho esto en el pelo? —me pregunta entonces, cogiéndome un mechón entre los dedos y mirándolo a cierta distancia.

Me encojo de hombros.

—Me apetecía cambiar, nada más.

La gran mentira del año. Antes tenía el pelo largo y rubio como Mollie, pero ahora lo llevo asimétrico (más largo por un lado) y teñido de morado. La asimetría es resultado de un horrible percance en el instituto con Tessa, cuya principal afición consiste en complicarme la vida, a mí y a todo el que no encaje. El morado formó parte del complejo acuerdo al que tuve que llegar con Bella para impedir que tomara represalias contra Tessa, atacándola con su propio cuchillo. De todas formas, la explicación oficial es que me apetecía un cambio, y el morado no me disgusta. Soy distinta a todos, así que, ya puestos, ¿por qué no parecer también distinta?

—Ya… —responde Mollie con gesto burlón.

No veo la hora de largarme.

—Bueno, la clave está en que la señora Morel controla a Paul incluso después de muerta —le explico—. Eso es lo que he puesto. Lo busqué en internet y encontré algo así. Le fastidia todas las relaciones porque quiere asegurarse de que quiera a su mamá más que a nadie.

—¿Has oído, Anusha? Eso me recuerda a tu Dean —dice Mollie.

Todas miran a Anusha y se ríen de su novio, lo que me da un

respiro que se agradece.

3

TREINTA Y CINCO DÍAS

—Lily —dice la señora Browning—, tal vez quieras responder tú.

Miro a mi amiga, que se toquetea las uñas y ha clavado los ojos en el pupitre. No tiene ni idea de qué responder. Sé que no ha oído la pregunta porque estaba dibujando un autorretrato manga en el cuaderno, por debajo del pupitre. Se ha coloreado la piel de marrón claro y el pelo de rosa, y se ha puesto unos ojos enormes. «Lilichan», ha escrito debajo.

En teoría, ahora que estamos en nuestro último año de instituto, deberíamos ser personas sensatas, comportarnos como adultas y estar atentas, entregadas a la causa. Se supone que no tenemos que pasarnos el rato bostezando, tonteando o haciendo dibujitos a escondidas; pero aun así lo hacemos, por supuesto, porque estamos en el instituto y llevamos aquí siglos y es un muermo.

—Lo siento —dice mi amiga.

El resto de la clase ahoga una risita.

—Lily… responde a la pregunta que he hecho sobre el libro. Este año os enfrentáis a los exámenes finales de bachillerato. Si no quieres responder a una pregunta tan básica, tal vez no tendrías que haber escogido esta asignatura.

La señora Browning es buena dando clase y me cae bien, pero soy una excepción. Aun así, no me gusta cuando la toma con Lily, que se pasa las clases de Lengua pensando en las musarañas porque en su momento no supo qué tercera asignatura elegir y, por no separarse de mí, cogió Lengua y Literatura. La literatura no le apasiona y, aunque es la persona más centrada que conozco, cuando estamos en esta clase nunca presta atención al libro. Lo normal es que esté pensando en música y en teatro, en vez de en la clase.

Ahora se remueve en la silla, se alisa la falda y se queda mirando el libro que tiene delante. Le cojo el dibujo de debajo del pupitre, por si acaso. La lluvia se ha convertido en granizo que está aporreando la ventana. Dentro de un año no estaremos aquí, mientras que la señora Browning seguirá detrás de ese escritorio, intentando que gente que tiene la cabeza en otra parte hable de libros que no ha leído. Ojalá pudiera transmitirle ahora a mi amiga lo que sé de *Hijos y amantes*.

Conozco bien esa novela. Y además me gustó. Así pues, me aclaro la garganta y me apresuro a hablar antes de que me arrepienta.

—La señora Morel está celosa de la relación que tiene Paul con Miriam —digo atropelladamente—. Y eso es…

—No, Ella, gracias, pero le he preguntado a Lily. Ya sé que tú lo sabes.

El silencio resulta palpable. Es una cosa espesa, una neblina que carga el ambiente. En esta clase sólo somos diez y, al mirar a mi alrededor, veo que soy la única que no está absorta en algún papel y deseando que no la señalen.

Empieza a pitarme la cabeza y comienzo un desquiciado regateo interno con Bella. No puede tomar el control aquí, en el instituto. Eso no puede ser. Nunca lo ha hecho, en clase no, y nunca lo hará.

PASTEL.

No.

OTRO COLOR DE PELO.

No. Luego. Luego hablamos.

HAZLE DAÑO A LA PROFESORA. ESTÁ PASÁNDOSE CON LILY.

No puedo hacerle nada.

Ajena al peligro que corre, la señora Browning tiene la vista clavada en Lily, que está encogida sobre sí misma, mirándose el regazo. Nadie trata así a mi mejor amiga, nadie. Lily es un ángel. Mi campo de visión se estrecha.

No me puede pasar en el instituto. No puedo permitirlo. Sólo me ha ocurrido una vez antes, y si lo superé fue porque me encerré en un lavabo y la pagué conmigo misma hasta que Bella se largó. Ahora no, en clase no. No. Se me oscurece la vista por los bordes y miro desesperada el contorno de las cosas para intentar que vuelvan a ser nítidas.

—Tiene el pelo muy bonito hoy, profe —le dice Bella a través de mi boca.

Me quedo petrificada. Yo sólo hablo en clase para contestar preguntas. Nunca he hecho nada parecido.

La profesora se lleva la mano al pelo, igual de mustio y estropajoso que siempre.

—Bueno, ojalá pudiera decir lo mismo del tuyo, Ella —replica frunciendo los labios.

—Ya, pero hablaba en serio. ¿Dónde se lo peinan?

La clase entera se me queda mirando con unos ojos como platos.

—Lily. Responde a la pregunta.

—¿Qué pregunta? —contesta mi amiga en voz muy baja.

Cierro los ojos y hago un esfuerzo por respirar hondo varias veces e impedir que Bella siga haciendo de las suyas. No le basta con haberle soltado esa grosería a la profesora. Noto que va a volver a pasar. Se está desmadrando. No me da tiempo a mirarlo todo para que deje de emborronarse. Estoy convirtiéndome en Bella. Quiero abalanzarme sobre la profesora. Quiero gritar. Tengo que hacerle daño.

TÍRALE DEL PELO.

No puedo.

ARROJA SU BOLSO POR LA VENTANA.

No puedo.

PÉGALE UN PUÑETAZO.

No debo perder el control.

BUENO, PUES AL MENOS AYUDA A LILY. ES LA PERSONA A LA QUE MÁS QUIERES. ESO SÍ QUE PUEDES HACERLO.

Bella y yo estamos llegando a un inicio de acuerdo.

Meto el cuaderno bajo el pupitre y empiezo a garabatear, respirando agitadamente, en un intento por librarme del pitido y la visión borrosa. Me centro en lo que escribo y, cuando termino, se lo paso a Lily por debajo, que lo lee a toda prisa y dice:

—La señora Morel está celosa de la relación que tiene Paul con Miriam y con Clara. Esto acabará afectando a Paul, de modo que, aunque ella muera, yo creo que aun así se saldrá con la suya.

La señora Browning pone los ojos en blanco. Se nota que tiene ganas de acabar la clase, aunque todavía quedan veinte minutos para el timbre. Espero que lo haga. Deseo que lo haga con todas mis

fuerzas. Así acabaríamos de una vez con esto.

—Ah, ¿eso es lo que *tú* crees, Lily?

—Sí.

—Ella, no le estás haciendo ningún favor a tu amiga, que lo sepas. Sí, ya sé que tú eres capaz, sé que has leído el libro y puedes desarrollar una argumentación fundada. Pero en el examen no creo que vayas a poder pasarle las respuestas, ¿verdad? Tu amiga tiene que hacer el trabajo por su cuenta y, si no, que deje la asignatura. Si no se molesta ni en leer una novela que no tiene mayor dificultad… o al menos una guía de lectura como la de York Notes, entonces no tiene sentido que esté en esta clase. Y en cuanto a tu falta de educación, ya hablaremos de eso luego.

—Lily va a sacar sobresaliente —respondo.

Cojo la mano de mi amiga por debajo del pupitre y se la aprieto. Ella me devuelve el gesto y seguimos cogidas. *El universo, el universo, el universo*. Ahuyento a Bella con esas palabras. Me aferro a la mano de Lily.

Ya me cuesta menos respirar. Oigo bien, veo bien. Nunca he sentido tanto alivio, de verdad. Cierro los ojos y doy gracias por disponer de mi cabeza sólo para mí. Bella se ha ido y no he tenido que hacerle daño a nadie. Ni siquiera a mí misma.

La clase sigue a trompicones otro cuarto de hora, que, por imposible que parezca, resulta tan aburrido como tenso. Después cojo a Lily de la mano y salimos juntas del aula. Mollie se pone al otro lado de mi amiga (aunque no sé dónde se había metido antes, cuando Lily necesitaba apoyo), y ninguna de las tres volvemos la vista. Vamos directamente a la sala de estudiantes.

Lily contiene las lágrimas a fuerza de parpadear e intenta sonreír. Últimamente está más sensible. Quiero cuidar de ella como ella cuida de mí.

—Joder, tía… En realidad tiene razón, lo reconozco. Iba a leerme el libro. Lo que pasa es que… no me lo leí.

—Pues léetelo —le digo con tranquilidad—, y verás cómo no tendrás problema. Vas a sacar ese sobresaliente, y luego nos largaremos. Y los profesores se quedarán aquí hasta que se pudran.

Lily sonríe.

—¿Un café? —ofrece Mollie.

—Venga.

Todavía estoy temblando, pero creo que nadie está mirándome. He llegado a un acuerdo con Bella, y la cosa no ha salido tan mal. Vaya susto, me he librado por los pelos. Si le hubiera hecho caso y hubiese abofeteado a la profesora, me habrían expulsado directamente. Mejor ni pensarlo.

No puede volver a pasar nada parecido.

Pero es que no sé cómo ponerle freno. Está empeorando y no sé qué hacer para que pare. Bella quiere salir todos los días. Se me va casi toda la energía en contenerla. Está empezando a parecerme una misión imposible.

Observo a Mollie mientras vacía la jarra del café y rellena el filtro. La sala de estudiantes es grande, con sofás y pufs y una zona de cocina con un hervidor, una cafetera y una nevera que apesta a leche agria. La sala entera huele a café y desodorante perfumado. Siempre está llena de adolescentes intentando parecer relajadas, o haciendo a toda velocidad tareas retrasadas, o viviendo crisis y bajones, solas, juntas o en grupo. No soy la única que tiene demonios… aunque diría que soy la única con un demonio.

No quiero estar aquí. En la mesita de noche tengo una lista de sitios donde me gustaría estar. Jack es el único que la ha visto. Incluso confeccionó otra mientras yo hacía la mía. No se trata de la típica lista de cosas que hacer antes de morir que elaboran los niños con enfermedades terminales, sino que apuntamos sitios en los que estaríamos mejor que aquí. Las dos últimas cosas las añadí cuando me quedé a solas. Ésta es la mía:

LISTA DE DESEOS DE ELLA

1. Ir a Río, en concreto a la playa de Copacabana. Dibujarla del natural, no a partir de una foto.
2. Visitar una isla tropical de cualquier parte del mundo, con palmeras y arena. Encontrar una playa que sea todo lo contrario a la que fuimos el año pasado, en Cornualles.
3. Vivir en una ciudad enorme y estimulante, por ejemplo, Nueva York.
4. Encontrar trabajo y ganar dinero haciendo algo que me llene y me interese. Independizarme de mis padres.
5. Alejarme de mi vida en Kent. IR A CUALQUIER PARTE LEJOS DE ESTE PAÍS PENOSO Y DE MI VIDA FRUSTRANTE.

6. Ser alguien distinta, porque soy UNA PETARDA.
7. Aprender a vivir con mi lado oscuro.

Nos reímos mucho mientras las escribíamos. Jack es un pozo sin fondo de ideas locas, y apuesto a que él también añadió otras cosas cuando se quedó a solas.

He reescrito mi lista varias veces, pero ésta es la versión actual. Cada vez que intento hacerla más moderada, Bella me coge el bolígrafo y añade sus pensamientos y la cosa acaba degenerando en frustración y rabia. Quiero intentar entrar en universidades y escuelas de arte de sitios que sean geniales (aunque evidentemente no serán tan geniales como Río o Nueva York), y es probable que me acepten en más de una. Soy buena estudiante, y este verano me examinaré de Lengua, Arte e Historia.

No quiero limitarme a hincar los codos e ir a la universidad para luego conseguir un trabajo aburrido como mi padre y pasarme la vida currando. Aquí nadie me ve como una persona intrépida, pero en mi fuero interno lo soy. Estoy deseando librarme de todo lo que he conocido hasta ahora. No me siento a gusto en esta sala de estudiantes. Sólo tengo dos amigos en este mundo, Lily y Jack. Quiero huir de todo: de la gente que me considera una mosquita muerta, de Bella, de mi madre, siempre cerrando los cerrojos en cuanto estoy a salvo en casa. Quiero ser libre.

—Gracias, Mollie —le digo, cogiendo el café que me tiende en una taza manchada.

No es moco de pavo que Mollie te prepare un café. Debe de ser porque le he hablado mal a la profesora. Le sonrío de oreja a oreja y bebo un sorbo: está caliente y bastante asqueroso, como siempre.

—Bueno, Ella —me dice Mollie—. Has estado espectacular. —Me está mirando como impresionada—. Te lo digo en serio. —Se vuelve hacia las gemelas, que no están en nuestra clase de Literatura—. La señora Browning estaba puteando a Lily, y entonces va Ella y le suelta: «Tiene el pelo muy bonito hoy, profe.»

—¿Ella? —pregunta Anusha, asombrada.

—Sí, ¿te lo puedes creer?

Todas se parten de risa. Yo intento sonreír, seguirles la corriente. Repiten la frase constantemente para que se enteren las que no la han oído la primera vez. Me hago pequeña en mi silla y miro a Lily.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja.

—Sí, no pasa nada. Pero ¿cómo te has sacado eso de la manga? ¿«Tiene el pelo muy bonito hoy, profe»?

Suelta una risita y yo hago otro tanto, y las dos acabamos riendo a carcajadas. No advertimos que ha entrado una profesora en la sala y se dirige hacia nosotras hasta que la tenemos casi al lado.

En realidad, nadie se preocupa mucho cuando aparece alguna profesora. Siempre hay alguna dándoselas de enrollada, en plan «os tratamos como adultas». Lo típico es que lleguen y te digan: «¿Qué pasa, chicas?» o «Vaya, vaya, qué relajadas se os ve». Y van andando como en plan guay, para demostrarnos que, por inimaginable que parezca, en otros tiempos también fueron jóvenes.

Hoy, sin embargo, quien ha venido es nuestra tutora, la Phipps. Y no tiene pinta de estar en plan «buen rollo, chicas». Camina con paso decidido y me mira directamente.

La señora Browning me ha dicho antes que ya hablaríamos de mi falta de respeto, así que en parte me lo esperaba. Me echo a temblar. No estoy acostumbrada a meterme en líos.

—Ella, ven conmigo, por favor —me dice—. Y tráete el bolso y el abrigo.

Miro a Lily y Mollie con los ojos en blanco para disimular que me he quedado aturdida. Me mandarán a casa por responderle mal a una profesora. Cojo el bolso, me aparto la parte de pelo que llevo largo e intento sonreír.

—¿Y el abrigo? —me pregunta la Phipps, que está mirándome de una forma muy rara y me pone nerviosa.

Por lo general me adora y dice cosas en plan «no sé qué haríamos sin ti en clase, Ella», con lo que sólo consigue que mis compañeras me odien más todavía.

—¿El abrigo? ¿Quizá hoy no lo he traído? —contesto, en ese tono interrogativo y cargante, con el acento ligeramente australiano que he oído utilizar a otras chicas cuando quieren incordiar a las profesoras; les da mucha rabia que convirtamos las afirmaciones en preguntas. No sé qué más puedo hacer. El corazón me va a cien por hora.

—¿En serio?

—En serio.

Parece que va a replicarme, pero lo deja estar. Lleva un vestido feísimo, y Lily la señala por detrás y hace una mueca a las otras,

que sueltan risitas nerviosas. Le agradezco el apoyo.

Toda la sala está mirándome y me entran ganas de salir corriendo. Sigo a la Phipps con la cabeza gacha. Tessa, la que siempre está fastidiándome, me mira y pone los ojos en blanco cuando paso por su lado.

Me sorprendo desviándome un poco para pegarle una patada a su bolso.

Bella se está removiendo.

Salgo de la sala de estudiantes para meterme de cabeza en un lío.

Al llegar al despacho de la directora, me encuentro con mi madre. Está sentada en una silla, y la señora Austen, la *dire*, está como siempre dándole a esa botella en la que pone «AGUA», aunque todo el mundo sabe que contiene vodka. Ninguna de las dos parece muy contenta.

Entiendo que eso sería mucho pedir, dadas las circunstancias.

Me imagino diciendo: «No he sido yo. Ha sido Bella. Es una especie de demonio que habita dentro de mí. Lleva conmigo desde que tengo uso de razón, aunque tú siempre creíste que eran simples pataletas. A los siete años me di cuenta de que lo mejor era ocultarlo, y no me acuerdo mucho de antes de los seis o así, lo que quizá significa que fui una niña tan mala que tuvisteis que borrarme la memoria.»

Pero, si les soltara eso, lo único que conseguiría sería, como poco, empeorar las cosas. Mis padres me mandarían a algún manicomio pijo, y allí me obligarían a quedarme calladita en terapia de grupo, hasta que lograse convencer a alguien de que me encontraba «mejor». En el instituto no se hablaría de otra cosa durante semanas, como cuando alguna se va para tratarse la anorexia, y al final no sería capaz de volver a clase.

—Aquí la tienen —dice la Phipps desde el umbral, con una mano sobre mi hombro.

Debería ser un gesto de «que no huya», aunque más bien parece uno de «no pasa nada». Me entran ganas de zafarme con un codazo, pero, por supuesto, no es momento para esas cosas. De hecho, Bella ya le ha echado el ojo a la House Cup que tiene la señora Austen a su espalda, en una repisa, y quiere utilizarla para partirles la cabeza

a todas las presentes; por suerte, todavía la tengo más o menos controlada.

—Por lo visto, que esté cayendo granizo no es suficiente para que una estudiante de último curso traiga el abrigo al instituto, aunque sí ha traído su bolso.

—Gracias, Sarah —le dice la directora.

La puerta se cierra entonces, y las tres nos quedamos solas.

Mi madre está aquí. Vale, quizá me he pasado un poco con una profesora, pero es la primera vez que lo hago y tampoco ha sido para tanto. Estaba defendiendo a una amiga y, además, lo único que he dicho ha sido «hoy tiene el pelo muy bonito». ¿Y van y llaman a mi madre? Si supieran hasta qué punto podría haber llegado la sangre al río…

Ni
se
lo
imaginan.

Mamá está mirándome con una expresión de lo más extraña. La lluvia le ha pegado el pelo a la cara. Tampoco ella lleva abrigo.

Espero a que una de las dos diga algo, pero no lo hacen. Yo no pienso hablar la primera, eso está claro. Incluso percibo cómo el momento se dilata. Estamos las tres en suspenso, a la espera. Está a punto de pasar algo, pero si nadie dice nada no saldremos del atasco. A mí se me da bien hacer mutis por el foro. No me cuesta nada. Y por ahora Bella se contenta con mirar.

—Ella… —Mi madre rompe por fin el silencio—. Ella, cariño, tenemos que irnos. Es todo un poco repentino. Lo siento, cariño…

—Pero ¡si ni siquiera sé lo que he hecho! —replico casi a trompicones, mirando a la directora—. No es justo… Quizá me he pasado un poco con la señora Browning, pero…

Me callo al ver en sus caras que no saben de qué estoy hablando. Acabo de confesar algo que ellas ignoraban.

—¿Ah, sí? —dice la señora Austen, ladeando la cabeza. Tiene el pelo aplastado y se parece a Angela Merkel—. Me extraña de ti, Ella. Pero esto no tiene que ver con la señora Browning. —Veo un gran interrogante en su rostro, pero no insiste—. Tienes que irte con tu madre, cielo. —Vuelve la cabeza hacia mamá.

—Sí, cariño… Ella… debemos irnos ahora mismo. Tú no tienes

culpa de nada, claro que no. Aunque no deberías faltarles al respeto a tus profesoras… —Su voz se queda suspendida, como a la deriva. Se la ve superagobiada. Lo siento por ella, pero no tengo ni idea de qué va todo esto.

—¿Adónde vamos?

—Te lo contaré por el camino. Te va a encantar. Pero tenemos que darnos prisa o no llegaremos a tiempo al…

Me quedo mirándola. Ella no me mira a los ojos. Quiero que termine la frase, que me diga a qué no llegaremos a tiempo. Noto cómo me tenso. No sé qué está pasando, pero me aterra la idea de que haya encontrado los dibujos que escondo bajo la cama… Esos dibujos negros, negrísimos, salidos del interior de mi cabeza.

Si los hubiera encontrado, sin duda me llevaría directamente a un loquero o algo por el estilo. Eso lo tengo claro. Esto debe de ser algo gordo. «Tenemos que darnos prisa o no llegaremos a tiempo al…» ¿Médico?

Lo van a descubrir todo. Con lo que me cuesta distanciarme de Bella, y ahora van a hacer trizas mi vida. Por eso desde que a los siete años supe lo mala que era he intentado mantenerla en secreto de todas las formas posibles. Estoy temblando de pies a cabeza, esperando a que se intensifique el pitido de la cabeza, porque sé que Bella no va a aceptarlo sin rechistar.

—Lo siento, pero tenemos que irnos ya, ahora mismo —insiste mamá y aprieta los labios.

Me fijo en que, aunque siempre va vestida en plan hippy, hoy lleva ropa muy elegante. Un vestido de flores con mucho vuelo y el collar de conchas que se pone para las bodas y las noches que sale con papá.

Intento calibrar por su cara si le doy miedo. Mis padres desconocen lo que pasa en mi cabeza, y necesito que siga siendo así. Me he esforzado mucho en hacerles creer que sólo soy una chica torpe y tímida (algo que, por lo demás, también es cierto) y nada más.

La noto preocupada por mí. Pisa con pies de plomo. Me va a llevar a una clínica.

Mi madre sería capaz de cualquier cosa por mí, siempre dentro de un orden. Si, por ejemplo, me hubiera dado por aprender a tocar el oboe, me habría buscado unas clases sin pensárselo dos veces.

Con el ballet tampoco puso objeciones (de hecho, estuve yendo varios años). En cambio, si hubiese querido ser animadora no me habría resultado tan fácil, y si hubiera querido ir a un terapeuta para hablar del monstruo de mi cabeza, se habría esmerado en convencerme de que no me hacía ninguna falta.

Mi madre podría haber hecho lo que hubiera querido en su vida. Es una mujer inteligente y un encanto de persona, pero se limitó a tener una cría y encadenarse luego para el resto de sus días a un recetario de cocina saludable y a un cajón con cosas de manualidades. Escogió dejarlo todo de lado. En parte me merece respeto, y la quiero por dedicar su vida a mi cuidado. ¿Cómo no iba a quererla por eso? Espera a que mi padre vuelva del trabajo y le sirve un plato de comida sana. Me compra lo que necesito para dibujar. Nos cuida a los dos. Y lo hace como si fuera su trabajo. Cuando le doy las gracias por llevarme a algún sitio o por lo que sea, siempre me dice: «Anda ya, es mi trabajo.»

Podría haber hecho cualquier cosa y, en cambio, eligió cuidar de mí. Estoy segura de que, si alguna vez soy madre, nunca llegaré a hacer algo así. Lo hemos hablado alguna vez, aunque con ella es difícil llegar a discutir. «La igualdad de la mujer también está en poder elegir, y yo elijo quedarme en casa», me dijo en cierta ocasión. Yo repliqué que en realidad eso era una excusa barata ya que es una elección que una tan sólo puede tomar si tu marido puede mantenerte, pero, en lugar de rebatirme, contestó: «Sí, es probable que tengas razón, cariño.»

Ya se ha levantado de la silla.

—Bueno, Ella, hemos de salir ahora mismo, ¡pero ya!

No sé por dónde empezar.

—Pero, mamá, no puedo perderme las clases. Debería quedarme, de verdad. Nos vemos a las cuatro, ¿vale?

Espero refuerzos, aunque no parece que vayan a llegar. O sea que la directora de este instituto nada barato me ha hecho venir aquí por lo que quiera que sea esto. Y sólo lo habría hecho si se tratara de una emergencia, en ningún caso sin un buen motivo.

Por ejemplo, si hubiera muerto alguien.

Mi madre está aquí. Entonces papá… aunque preferiría que fuera ella.

Desecho la idea y finjo que nunca se me ha ocurrido.

—¿Papá está bien? —pregunto a mis zapatos.

—Sí —dice mi madre, aunque la pregunta no parece sorprenderla—. Está perfectamente. Viene de camino. Debe de estar al caer.

—Entonces ¿de qué va esto?

Mi madre está viva. Mi padre está vivo. No vendrían a recogerme al colegio si fuera por el gato; aun así, espero que no tenga nada que ver con *Humphrey*.

—Ya te he dicho que te lo explicaré por el camino. Vamos.

Miro a la Merkel, que asiente.

—Andando, Ella. Ya nos veremos.

Sus últimas palabras me asustan. Tendría que haber dicho «hasta mañana». No sabe cuándo voy a volver. Pero ¡tengo que seguir estudiando, necesito asistir al instituto! No quiero hacer terapia. «Ya nos veremos»… Eso abre un abismo ante mí. Me sujeto al borde de la mesa para no perder pie.

La Merkel parece tranquila, pero tiene una cartulina pequeña en la mano y está rasgándola en trozos que va depositando en un montoncito. Había algo escrito a mano. ¿Qué ponía? Cuando la miro a la cara, aparta los ojos. Entonces miro a mamá, que ya está al lado de la puerta. No sé qué hacer. No quiero irme. Odio el instituto, y aun así quiero quedarme.

—Pero ¿por qué? —consigo decir—. ¿Qué está pasando? —Mi voz suena minúscula.

—Hablaremos en el coche. —No me mira a la cara.

—¿De verdad tengo que ir? —le pregunto con voz temblona a la directora.

—Sí, Ella, de verdad. Por ahora no te preocupes por el instituto. No vamos a movernos de aquí. Todo saldrá bien. Anda, ve.

De camino al coche, aviso a Lily y Jack: «Mi madre está secuestrándome o algo así», escribo en el grupo.

—Guarda ese móvil —ordena mamá.

Cuando llegamos al aparcamiento de los profesores, mi padre aparece con su coche. Está perfectamente, y me sorprendo al sentir tal alivio que casi me fallan las piernas. Una parte de mí no había creído a mi madre y pensaba que, al llegar al coche, me anunciaría que papá estaba en coma o algo parecido. Él no se anda con tantas historias. Es mi padre y punto.

Sigue cayendo una leve llovizna. Papá se acerca al coche de su esposa y, por lo visto, parece dispuesto a dejar su Audi y olvidarse. Los padres no pueden aparcar en esta zona. Y menos aún dejar abandonado uno de sus coches.

Además, papá no abandonaría su coche así porque sí. Es muy organizado.

Estoy tan contenta de que siga con vida que me lanzo a darle un abrazo.

—¿Se puede saber qué le pasa a mamá? —le susurro al oído.

—Lo siento, cariño —susurra a su vez—. No es cosa de tu madre. Te lo prometo. Ahora te lo contamos, pero vayamos poniéndonos en marcha.

Trago saliva.

—Vale.

Me doy la vuelta en el asiento trasero y veo desaparecer el instituto por la luna salpicada de lluvia. A saber cuándo volveremos. Estoy asustada. Siento a Bella en mi interior, aguardando su momento, esperando a ver de qué va todo esto antes de decidir cómo tomárselo. Ojalá mi padre me haya dicho la verdad y me lo cuenten ya.

Suenan las señales horarias en la radio del coche. Toda la sala de estudiantes estará hablando de mí, y yo aquí.

«Boletín informativo de las once —anuncia la radio—. El conflicto nuclear se recrudece mientras las conversaciones siguen en punto muerto. Amanda Hinchcliffe ha sido puesta en libertad tras apelar por tercera vez su condena. Se confirman dos nuevos casos de gripe de los simios en Reino Unido…»

Mi madre le da un manotazo a la radio, que se apaga, vuelve a encenderse y se apaga de nuevo. Los dos respiran hondo. A ella le tiembla la mano. Él pega un volantazo para esquivar a una mujer de pelo largo que está absorta en su móvil a la salida del instituto.

—¿Qué? Decídmelo ya. ¿Qué pasa?

—Vamos a tranquilizarnos un poco, ¿de acuerdo? Perdona, cariño, sé que es raro, pero no tienes de qué preocuparte. Es por una historia del trabajo de tu padre. Tendremos que irnos un tiempo, pero no va a pasar nada. De hecho, va a ser divertido. Te gustará.

Así que eso es todo lo que piensan contarme. Ésta es la gran

explicación prometida, en todo su penoso esplendor.

—¿Papá? —digo en voz casi inaudible.

—Luego —contesta.

Mi madre me pasa un Twix y me lo guardo en el bolsillo para más tarde. A Bella le encanta la comida basura, y quizá lo necesite luego para apaciguarla.

—¿Adónde vamos? Decidme por lo menos eso.

—A Heathrow —responde mi padre.

Escribo «Heathrow» a Jack y Lily sin mirar la pantalla del móvil. A saber qué habré puesto en realidad.

—Y de ahí a Río.

Papá y yo nos sentamos en una cafetería del aeropuerto mientras mamá va a arreglar no sé qué historia. Estoy tomando un «café» que en realidad es leche con aromatizantes. La leche me da asco, pero la bebo igualmente. Así tengo algo que hacer con las manos, ahora que me han quitado el móvil. Me lo acaba de coger mamá de la mesa y se lo ha llevado, fingiendo que no oía mis quejas.

—¿Habéis visto mi lista? ¿Mi lista de lugares a los que me gustaría ir? ¿Por qué vamos a Río?

Papá sonríe.

—Ellie, te pasas la vida hablando de Río. Acuérdate de aquel dibujo enorme que hiciste y que nos pareció tan bueno. ¿De qué lista hablas?

Mi padre es el único que me llama Ellie. Me gusta.

Saben que todo lo relacionado con Río me vuelve loca. Me parece un sitio maravilloso y vibrante, lleno de samba, vida y emociones. Antes de dar con Río —un día que estaba buscando un paisaje tropical para dibujar a partir de fotografías—, no imaginaba que pudiera existir un lugar así. Me gustaría ser una persona que se siente en Río de Janeiro como en su casa, no una inquieta estudiante de Kent que lo más desafiante que es capaz de hacer es teñirse el pelo de un color estrafalario después de mantener una tensa lucha interna.

Pero no quiero ir así. Preferiría ir por mi cuenta cuando sea mayor y más valiente, en lugar de que me escolten hasta allí unos padres que hacen cosas raras y sospechosas y que, por lo visto, ya no se fían ni de dejarme el móvil.

¿Y ahora qué? Menuda historia tan rara.

—Ya lo sé, Ellie. —Papá parece agotado; sé que me está ocultando algo gordo, y lo mejor sería que lo soltara de una vez, sea lo que sea—. Me ha surgido un asunto de trabajo y, como sabíamos que tenías muchas ganas de conocer esa ciudad, decidimos aprovechar para viajar los tres.

—Ya. —Y voy yo y me lo creo. Claro…

Con la mirada me suplica que le siga la corriente.

—No me digas que no te ilusiona…

Suspiro. Le doy un sorbo al café y me limpio la espuma del labio superior con una servilleta. Contemplo la posibilidad de fingir que estoy encantada de que me lleven en este «viaje de trabajo». Debería decir: «¡Qué caña! ¡Muchas gracias!» Pero no creo que cuele, ¿verdad? Así que digo:

—Es que me resulta demasiado raro… Vosotros queréis que estudie. Si fuéramos a ir los tres porque tienes que trabajar allí, entonces lo habrías arreglado todo para que pudiera cogerme esos días. Ni tú te crees que lo hayas decidido así, en un periquete. Primero vais a recogerme al instituto en medio de las clases y luego nos plantamos en el aeropuerto; después vais y me quitáis el móvil… Joder, papá, tan tonta no soy.

Acabo de soltarle «joder» a mi padre. Es la primera vez. Lo miro. Me mira. Entorna los ojos. Ambos sabemos que si mamá hubiera estado presente, no lo habría dicho. Vuelvo a empujar a Bella para que se vaya.

TE ESTOY VIGILANDO, me advierte.

Ya lo sé.

—Pensamos que te encantaría la idea… —dice papá.

—¿Y qué pasa con *Humphrey*? ¿Quién va a cuidarlo?

Veo por su cara que no tiene ni idea. Pobrecito *Humphrey*, va a flipar. Me odiará para siempre cuando se dé cuenta de que me he largado y, como no vaya nadie a ponerle comida, puede incluso morir.

No, no va a morirse. Hay gatos que viven en la calle. *Humphrey* tiene malicia suficiente para sobrevivir por su cuenta. Yo lo sé mejor que nadie, aunque… Cuando regrese a casa, estará flaco y se habrá vuelto más salvaje, y no volverá a traerme regalos…

Papá reacciona por fin:

—Seguro que tu madre se ha encargado de eso.

—¿Y Jack? Venía esta noche a cenar, y no vamos a estar.

Sé perfectamente que no va a presentarse en casa, porque le he dicho que iba camino de Heathrow. El resto se lo contarán mis compañeras del instituto: se enterará de que me han secuestrado a media mañana, justo después de faltarle al respeto a la señora Browning.

—Anda.

Papá parece sobrepasado. Y eso da bastante miedo, la verdad. Cualquiera diría que estamos huyendo de algo, aunque es imposible que tengamos nada de lo que huir porque somos gente normal y aburrida que acata las normas; al menos ellos lo son. Estamos huyendo de algo que no quieren contarme. La cosa se enrarece cada vez más; al menos, por lo visto, no piensan meterme en un manicomio.

—¿Puedo llamarlo? —le pregunto a papá—. ¿Puedo por lo menos llamar a Jack para decirle que me voy al «viaje de mi vida» y que volveré… la semana que viene? ¿Puedo decirle eso? ¿Cuánto tiempo vamos a estar fuera?

—Pues… no lo sé seguro. Mira, lo cierto es que no puedes llamarlo porque no queremos que nadie sepa que vamos a Río.

—Ajá… O sea ¿que tienes que ir por trabajo a Brasil y es alto secreto? —Caigo en la cuenta de algo y añado—: ¿Tenemos maletas? Qué fuerte, papá. ¿Dónde están mis cosas?

Miro hacia el amplio vestíbulo de la terminal sólo para agregar algo de dramatismo al asunto, pero me alegro de hacerlo porque entonces veo que viene alguien hacia nosotros, e incluso desde lejos reconozco a Jack. Identifico su pelo rubio y su cuerpo alto y delgado, su manera de andar.

—Es complicado. Tu madre ha hecho una maleta con lo primero que ha pillado. Ya compraremos lo que haga falta.

—¡Madre mía! —exclamo.

Pero no lo estoy mirando a él, sino a Jack, y sonrío con ganas. Tenía la esperanza de que lo consiguiera: mi amigo tiene coche, y ambos tenemos la aplicación de Find my iPhone.

Mi padre se vuelve para seguir mi mirada, luego cierra los ojos y respira hondo.

—Dios santo, Ellie…

Pero ya estoy de pie y he echado a correr al encuentro de Jack, que me levanta en volandas.

—Gracias, de verdad. Gracias por venir.

—¿Qué está pasando?

—Ni idea.

Por supuesto, ya tenemos a papá a nuestro lado.

—Me alegro de verte, Jack —dice en un tono que deja bien claro que está pensando justo lo contrario.

—Ella me ha enviado un par de mensajes —comenta Jack al ver que necesita explicar su presencia allí—, y como tenía una hora libre y había ido al instituto en coche, he querido venir a despedirme.

—Vaya, qué romántico.

Papá se niega a ver la realidad. Se alegraron tanto cuando empecé a ir con Jack que ninguno de los dos se dio cuenta de que no somos novios ni nada parecido. A Jack y a mí nos da igual, pero me costó mucho mantener la seriedad que la situación requería cuando, hace unos meses, mi madre insistió, con mucha ceremonia, en darme un paquete de preservativos.

—Papá, ¿podemos quedarnos un momento a solas? Prometo que no diré nada sobre lo que acabas de decir que no diga nada.

Mi padre pone los ojos en blanco.

—Voy a la barra, Jack. ¿Qué quieres tomar?

—Un cortado. Muchas gracias.

Esos minutos con Jack son justo lo que necesito. Nos acercamos uno al otro sobre la mesa, con la barbilla apoyada en las manos, y hablamos con las cabezas muy juntas.

—¿Qué es eso que no puedes contarme? —me pregunta mientras el aeropuerto bulle a nuestro alrededor.

—Que nos vamos a Río. No se lo digas a nadie.

—¡A Río! ¡Joder, ¿puedo ir con vosotros?!

—¡Ojalá! No sé muy bien qué está pasando.

—Disfruta, pequeña, pase lo que pase.

—¿Estarás bien sin mí?

Jack suspira.

—Sí, no te preocupes. Te echaré de menos. El sábado casi me pillan. Fui al Admiral Duncan con Tony y me encontré con un profesor del instituto, un tal Jones. Casi acaba de llegar. Joven.

Buen cuerpo. Bueno, el caso es que me vio y yo lo vi, y me asusté porque temí que les fuera con el cuento al resto de los profesores, y también porque me vio bebiendo, quebrantando la ley, como quien dice. Así que esta mañana, al llegar al instituto he ido a buscarlo y le he pedido por favor que no se lo cuente a nadie. Me ha dicho que no me preocupe. Espero que mantenga su palabra.

—Seguro que sí. Tiene que saber lo que te juegas. Él también se habría visto en una posición comprometida. Y ya no te queda nada para largarte del instituto.

—Ya.

—Entonces ¿podrás vivir un tiempo sin tu novia?

—Claro. ¿Y tú sin tu novio?

—No lo sé.

Se me empañan los ojos. No quiero separarme de Jack. Nos conocimos en el Wetherspoon's una noche que salí de acoplada con las amigas de Lily, y él tuvo que disimular porque estaba allí con un chico. Pobre Jack. Estaba tomando una copa con alguien y va y entra medio instituto. Se levantó de un brinco y dejó plantado allí a su amigo. Me quedé intrigada: yo siempre ando en busca de otros inadaptados. Nos pusimos a hablar y, así, sin pretenderlo, me vi con un nuevo mejor amigo. Cuando todo el mundo dio por hecho que estábamos saliendo, a los dos nos fue bien y decidimos seguir con la farsa.

Por supuesto, no tiene nada de malo ser gay, ya no estamos en los años cincuenta. Pero intentad contárselo a los padres de Jack y a los de su parroquia. Hasta que haga los exámenes y pueda largarse de casa para siempre, tiene que seguir evitando que lo descubran, so pena de que lo lleven a terapia para «reformarlo». No conozco a nadie que pegue menos en su entorno que mi amigo.

Le revuelvo el pelo y él me coge la mano y la aprieta.

—Te echaré de menos —le digo—. Escríbeme al correo. No te pierdas. Seguro que no tardaré mucho en volver.

Se ríe.

—Ya. Lo más probable es que vuelvas en un par de días, y mi carrera hasta el aeropuerto nos parecerá ridícula.

—Es lo mejor que ha hecho nunca nadie por mí.

Bella permanece callada: tampoco quiere separarse de Jack.

Cuando mi amigo se va, mi padre y yo guardamos silencio. Por

la megafonía retumban avisos que no logro entender, y todo está lleno de gente, aunque nadie tiene pinta de estar viajando por placer.

Mamá me ha llevado esta mañana al instituto y me ha deseado un buen día. Unas horas después, me ha secuestrado para llevarme a Brasil… y encima me ha confiscado el móvil.

Esto no va a quedar así.

—Voy al servicio. —Lo digo como si tal cosa, con la esperanza de que mi padre tampoco le dé importancia.

Se remueve en la silla y se pasa los dedos por el pelo.

—¿No puedes esperar a que vuelva tu madre?

—No. ¿Es que ya no se me permite ir al lavabo?

Me alejo antes de que responda, directa hacia el letrero amarillo y negro de señora con vestido triangular que veo a lo lejos. Mi padre se levanta y me sigue. No puedo ni procesar lo raro y bochornoso que me resulta todo esto, así que finjo no haberlo visto. No pienso salir disparada al coche de Jack (alguien tiene que comportarse como un adulto, y ha quedado claro que no van a ser mis padres), por lo que recorro el vestíbulo de la terminal con mi padre pegado a mí todo el rato. Cuando llegamos, me hago a un lado y le indico que pase él primero al aseo de señoras.

—Te espero aquí —masculla, y se planta en la puerta, de guardián de los aseos.

Me siento en el váter e intento pensar. Mis padres son un muermo. No pueden haber hecho nada por lo que tengan que huir.

YO CREO QUE HAN HECHO ALGO HORRIBLE, opina Bella, siempre ayudando.

¿Como qué?

ROBAR. INCENDIAR ALGO. CONDUCIR BORRACHOS… LO QUE SUELE HACER LA GENTE.

Tiene razón, deben de haber hecho algo, aunque parezca imposible.

Mi padre es asesor financiero. Es verdad que a veces viaja por trabajo, de modo que la excusa es más o menos creíble, pero no como para dejarlo todo y huir del país.

Tiro de la cisterna y me lavo las manos mirándome en el espejo. Una asiática está lavándose las suyas a mi lado. Me mira por el espejo y sonríe, señalando mi pelo con un gesto. Le devuelvo la

sonrisa.

Sigo pareciéndome a mí. El pelo sigue quedándome genial, aunque es muy poco Ella. Es más Bella que Ella.

Eso sí, aún llevo el uniforme. Voy a volar a Brasil con la falda negra del instituto, la camisa blanca y el jersey verde de cuello de pico. Espero que mamá haya hecho las maletas con un poco de sensatez, y que en la mía haya echado algún libro, los lápices y el bloc de dibujo pequeño. Aunque es algo que debería gustarme, decido dejar a un lado la emocionante idea de que, después de haber pintado un cuadro gigante de Río como parte de mi trabajo final de secundaria, ahora tendré la oportunidad de copiarlo del natural. Tengo auriculares, pero hasta que me devuelvan el móvil no me sirven de nada. Necesito todo eso. Lo necesito de verdad. Si no me rodeo de mi mundo —de mis libros, mi música, mi pintura —, queda demasiado espacio en blanco, y sé muy bien quién va a querer rellenarlo. Necesito mis cosas para llenar mi cabeza de normalidad y poder mantener a raya la maldad.

Eso no puedo decírselo a mis padres.

Papá me escolta de vuelta a la cafetería, donde descubrimos que nadie nos ha robado las bolsas. Tampoco se han llevado las tazas del café. Le clavo los ojos por encima del borde de la taza, mientras él mira a todas partes menos a mí. Ojalá le hubiera dicho a Jack que se quedara hasta el último minuto. Ojalá estuviera aquí conmigo.

Cuando mi madre regresa, vuelvo a notarla rara. Sonríe de oreja a oreja, aunque se ve claramente que ha estado llorando. Lleva las tarjetas de embarque en la mano. Ha tardado una eternidad.

—Ya está. Tengo las tarjetas y he facturado la maleta. Podemos ir pasando el control. —Sonríe, pero sólo con la boca, no con los ojos, que me miran con una emoción tan intensa como indescifrable —. Vamos a llevarte a Río, cariño.

Es superemocionante ir encerrada en un armazón metálico que se ha elevado en el aire gracias a la potencia del combustible fósil en llamas. Estamos atrapados, pero a nadie le importa. Todos han elegido esta cárcel. Nos encontramos en el interior de una bomba gigante que estalla poco a poco, pero todo está bajo control y aterrizaremos de una pieza cuando lleguemos a Río. Y, de paso, vamos cargándonos el medioambiente.

Bueno, no tengo muy claro que vayamos en una bomba (puede que sólo sea así en un cohete espacial), pero me gusta la idea.

Voy rumbo a Río. Aunque es una movida y es todo muy raro, también es interesante. Es justo lo que siempre deseo cuando estoy aburrida en clase y todo el instituto me ignora.

Me distraigo mirando las nubes por la ventanilla y viendo una película sobre una madre de alquiler que al final no quiere dar al niño. No me interesa y apenas sigo la trama, pero así puedo mirar cosas en movimiento. Llevo un libro en el regazo, uno que me moría de ganas de leer. Acabo de comprarlo en el aeropuerto, pero no consigo concentrarme. La gente que tengo delante parlotea en voz alta sobre su viaje a Sudamérica.

—Hemos quedado en Lima —dice una mujer—, pero sólo si logramos llegar antes del veinticinco. Si no, dice que podemos intentar coincidir en Cuzco.

Sigue y sigue, entrando en detalles sobre planes y arreglos cada vez más complicados. Los que tengo detrás tampoco paran de hablar, pero no entiendo nada de lo que dicen. Vuelvo a ponerme los auriculares.

No me voy a enterar de nada en Brasil: no hablo ni una palabra de español, y dejé el francés el año pasado, aunque se me daba bastante bien. De todas formas, en Río el francés no va a servirme de nada.

No tiene que ser barato viajar los tres a Brasil. ¿Lo habrán pagado con sus ahorros o han estafado a alguien? ¿Habrán robado, blanqueado dinero? Me cuesta creerlo. Seguro que lo han pagado con dinero que tenían en el banco.

Mis padres son demasiado normales para todo esto, qué duda cabe. Pero aquí estamos. El avión huele un poco a sudor, a aire reciclado. He bebido un botellín de vino blanco, y mi madre me dice ahora que tengo que beber refrescos. Se portan como si fuera una cría de cinco años, cuando ya tengo diecisiete. Podría haberme emborrachado para pasar el rato, y no habría sido una fiesta precisamente, pero al menos me habría distraído. El mes que viene cumplo los dieciocho.

Mis padres me miran cada dos por tres, vistazos rápidos y furtivos. Cada vez que me vuelvo, me encuentro con alguno de los dos vigilándome con disimulo. No puede ser más inquietante… Y

todavía es posible que la culpa sea de Bella. Quizá se han enterado de mi estado mental y han decidido llevarme a unas extrañas supervacaciones para evitar hablar del tema.

No se me ocurre otro motivo por el cual me llevarían de vacaciones como a una desahuciada cumpliendo su último deseo. Pero está claro que no estoy enferma.

Está claro.

Nadie está enfermo aquí.

Nadie

está

enfermo

aquí.

Si me concentro, casi puedo ver cómo se materializa ante mis ojos una vida de fantasía en Brasil. Me dejo llevar. Imagino que termino los estudios en un instituto al lado de la playa, con las montañas que pinté de fondo como marco incomparable. Podría hacer nuevas amistades con gente enrollada y de todos los países, y les caería bien y no me tendrían manía. Dentro de unas semanas, tal vez esté poniéndome la parte superior del bikini y unos pantalones minúsculos para ir al instituto, y haciendo amigos de Sudamérica y de todo el mundo. Mis nuevos amigos serán guapos y glamurosos, de pelo negro reluciente, y, en comparación, toda la gente que he conocido hasta ahora me parecerá aburrida y sosa. Encajaré perfectamente con mi pelo asimétrico y morado: seré la inglesa enrollada de las pintas raras.

Y si resulta que mi padre ha estafado a alguien, entonces lo arrestarán y lo llevarán de vuelta a Londres. Habrá flashes y cámaras, y el mundo entero sabrá que robó dinero y huimos a Río. Todo el pasaje nos mirará aterrado mientras nos bajan esposados del avión.

Mi padre no puede haber hecho eso. Es simple y llanamente imposible.

Me quito los auriculares.

—¿De qué va todo esto en realidad? —le pregunto a mamá, que finge leer la revista del avión.

—¿Todo esto?

—De lo que sea que estemos huyendo.

Me quedo mirándola a los ojos, pero no logro leerle los

pensamientos, aunque con la mirada mantenemos la conversación más honesta que hemos tenido desde que se ha presentado en el instituto esta mañana. Tiene los ojos azul grisáceo. Los míos son marrón claro, como los de mi padre. Los de mamá me irían mejor con el pelo: a veces parecen casi morados.

—Tú disfruta de las vacaciones y ya está —me dice—. Te prometo que no le va a pasar nada a nadie. La cosa no va por ahí.

—¿Y por dónde va?

Nos quedamos mirándonos otra vez. Quiere decírmelo. Contengo la respiración e intento transmitirle energía para que lo haga. Veo pasar por sus ojos un maremoto de emociones, pero no responde. Aun así, está preocupada por mí, eso sí lo noto.

O sea, esta historia tiene que ver conmigo, no con el trabajo de papá ni con que mamá haya tenido una crisis nerviosa.

Tiene
que
ver
conmigo.

Sólo me llevarían de esta manera al sitio que encabeza mi lista de deseos si creyeran que es mi única oportunidad de ir.

Si supieran que está a punto de pasar algo horrible.

Si quisieran que disfrutase mientras pudiera.

Mejor que deje de pensar y pensar.

Me pongo los auriculares y vuelvo a la película. Poco después, por el pasillo aparece una azafata con el carrito de la comida. Pido el pollo, aunque no me apetece. Huele fatal. Me quedo mirándolo y me pregunto por qué este pollo y yo hemos coincidido aquí y ahora, en una lata sellada a nueve mil metros de altitud.

Alguien crió y mató a este pollo. Es probable que provenga de una granja de cría intensiva, y que estuviera tan gordo que no pudiera ni ponerse en pie. Nunca llegó a revolotear, ni siquiera abrió las alas. Era un cultivo, sembrado como una col, mantenido con vida sólo porque su fuerza vital hacía que su carne siguiera con vida.

Luego fue ejecutado, enviado a una procesadora y convertido en un plato de aerolínea, guarnecido con patatas y brócoli viscoso, recubierto por una salsa gris y grumosa, lanzado al cielo, calentado y servido para mí.

Me lo como rápidamente. Por extraño que parezca, me sabe riquísimo y sonrío pensando en que el mundo está hecho para que los humanos hagamos lo que nos dé la real gana.

Me despierto con la cara marcada por el pequeño cojín. Les pido a mis padres que se levanten para hacer cola en el baño. A saber qué hora es, aunque supongo que en Inglaterra ya es de noche.

Me pregunto quién estará pensando en mí. Jack y Lily. Las chicas del instituto hablarán de mí durante un tiempo y luego pasarán a otra cosa. Lily será la única que me eche realmente de menos. Y sólo Jack sabrá dónde estoy de verdad.

Bostezo y recuerdo el día que conocí a Lily. Era la única de piel oscura en la clase y, con sólo verla de lejos, me dejó prendada con su pelo bamboleante. Recuerdo que, cuando nos emparejaron para la excursión campestre, me estaba pitando la cabeza y tenía que hacer algo malo para pararlo, y me alegró poder hacerlo con Lily.

—Creo que por allí hay un montón de piñas —le dije, y la cogí de la mano.

—Y a lo mejor también podemos coger moras —sugirió, y nos salimos del sendero.

Trepamos por ramas y nos abrimos paso entre zarzas y arbustos, y acabamos en un claro en lo más profundo del bosque, donde nos sentamos y nos quedamos charlando. Era la primera vez que hablábamos de verdad. Me contó que su padre acababa de irse de casa, y que su madre iba a llevarla de vuelta a Ghana para el verano. Yo le conté que el fin de semana me iban a regalar un gatito, y que pensaba llamarlo *Humphrey*.

Estuvimos a nuestra bola un buen rato. Me encantó perder de vista a las otras chicas, que ya por entonces o me ignoraban o se reían de mí, porque a veces era tímida y callada y otras perdía el control y cogía unas pataletas tremendas; todo el mundo creía que estaba loca. No conocía a Lily de nada, pero de pronto la sentí como mi única amiga.

Estuvimos hablando de todo y de nada, y el tiempo pasó volando. Le conté algunas historias más o menos plagiadas de libros. Me encantaba mezclar cuentos de huérfanos, castillos y aventuras en el bosque, y me di cuenta de que con Lily podía ser yo misma. Ella tiene una voz muy bonita, y me cantó algunas

canciones en voz baja. También me enseñó algunas palabras en ghanés.

Cuando oímos que las demás nos llamaban a gritos, no me asustó haberme metido en un lío porque éramos dos y el pitido se me había pasado y volvía a sentirme en mi propia piel. Nos quedamos allí escondidas, riendo en silencio. Las zarzas nos habían rasgado las faldas y teníamos el pelo hecho un desastre.

Siguieron gritando y gritando nuestros nombres, hasta que al final decidimos regresar.

—No pasa nada —me susurró Lily, apretándome la mano.

Ya éramos amigas.

Las profesoras estaban desesperadas. El resto de las parejas habían vuelto al punto base en la linde del bosque, y estaban todas cogidas de la mano y con cara de susto. Llegamos corriendo, y entonces solté a Lily y me lancé sobre la señorita Barrett, echándole los brazos a la cintura y sollozando.

—¡Nos hemos perdido! —mentí—. Nos hemos apartado del sendero siguiendo a un conejo y luego no hemos conseguido volver. ¡Qué miedo hemos pasado!

El corazón de mi profesora latía con fuerza. Me puso una mano en la cabeza.

—Bueno, ya estáis a salvo. La próxima vez, nada de salirse del sendero, chicas.

Miré entonces más allá de la señora Barrett y vi a Lily a cierta distancia, sollozando y siendo consolada por otras chicas; todas querían reconfortarla. Intercambiamos una mirada y sonreímos disimuladamente.

—Ten. —Mi madre me tiende mi pasaporte y un papel—. El formulario de inmigración. Te lo he rellenado antes.

—Qué suerte, ya que no sé leer ni escribir.

Suspira.

—Ella, estabas dormida.

Aparto la mirada. Estamos en una cola de viajeros irascibles. Todos quieren salir y pisar Río, y yo más que nadie. Muchos están hablando en idiomas que no entiendo, o al menos en uno que no entiendo. Dejo que me resbale sin más. Ninguno de estos viajeros tiene pinta de haber sido secuestrado por sus supuestos cuidadores.

Tampoco de tener algo malo dentro de la cabeza.

Bueno, en realidad algunos sí.

—Hola —me dice el agente de inmigración, dedicándome una sonrisa fugaz y aburrida.

Le tiendo el pasaporte y el formulario. Lo sella todo y me lo devuelve con el resguardo del formulario dentro.

—Gracias —le digo y me reúno con mis padres, que por supuesto están esperándome a unos pasos.

Mi madre tiende una mano y le doy el pasaporte y el papel, y ella se lo guarda todo en el bolso. Tengo cinco años.

Sólo llevamos una maleta para los tres, y tampoco gran cosa como equipaje de mano. «Ya compraremos allí la ropa necesaria», ha dicho mi madre antes (a saber lo que habrá puesto en la maleta). Intento que el uniforme del instituto parezca todo menos eso, pero si llevas una falda negra corta, medias negras y camisa blanca y no estás en el instituto, pareces una camarera. Me enrosco el lado largo del pelo en el dedo, más incómoda por la ropa absurda que llevo que por el pelo morado. No quiero llevar medias en Sudamérica. Incluso dentro del aeropuerto noto el aire húmedo y caliente. Todo me resulta de lo más extraño.

Poco después pedimos un taxi. El taxista lanza el equipaje al maletero. Ignoro los intentos de mis padres de entenderse con él y subo delante. Cierro de un portazo antes de que alguno me diga que vaya detrás con mi madre.

Aunque es de noche, veo desfilar árboles con enormes hojas verdes de extrañas formas. Hay luces parpadeantes por doquier. En esta urbe vive gente de verdad: éste es su mundo, y yo no sé absolutamente nada sobre él. Es una locura superemocionante.

El taxista conduce a toda velocidad y utiliza el claxon con frecuencia. Es un as del volante. Apura las curvas y los túneles. Me alegro de ir de copiloto. Puedo sentir la tensión de mis padres ahí detrás. Están inquietos, tienen miedo de que acabemos estrellándonos, pero me da igual.

Hay autobuses por todas partes: pasan volando, llevando pasajeros inimaginables a destinos igual de inimaginables. Son una pasada, nada que ver con los mastodónticos autobuses ingleses, que apenas logran acelerar entre parada y parada. Se nos echa uno encima desde el carril vecino, pero nuestro taxista lo hace frenar

con su generoso uso del claxon. Mi padre carraspea, y sé que quiere pedirle que aminore y conduzca como él, el colmo de la sensatez, mirando por los retrovisores, utilizando los intermitentes y cumpliendo a rajatabla el código de circulación. También sé que no dirá nada porque no sabe cómo y, aunque lo supiera, le parecería una falta de respeto.

Flipo de la emoción. Sabía que aquí me sentiría como en casa, y de hecho es así. Todo es distinto. Todo es maravilloso y emocionante, como en un sueño. Nada parece real. No me pita la cabeza. Nunca he visto con tanta nitidez. Soy enteramente yo.

Un perfil montañoso se dibuja en el horizonte contra el cielo en penumbra. Estaba deseando ver esas montañas. Hay luz en lo alto de una de ellas, y el taxista la señala y me dice algo.

—*¿Qué?* —pregunto en español, con la esperanza de que me entienda.

—Cristo Redentor —contesta y, al mirarme, aparta la vista de la carretera, haciendo que mis padres contengan la respiración en el asiento trasero.

—Cristo Redentor… —repito, y el hombre asiente, complacido.

De pronto, nos vemos rodeados de edificios. Los contemplo y pienso que, cuando la gente dice que los centros urbanos son todos iguales, no lo dicen por esta ciudad. Aquí no hay franquicias, ningún Boots, Smith's o Sainsbury's. Pasan al vuelo cantidad de tiendas, todas cerradas, y de vez en cuando restaurantes y bares con gente sentada en las terrazas, aunque no puedo fijarme bien en nada porque vamos demasiado rápido y se ve todo desenfocado.

Tengo un poco de miedo, pero lo reprimo con decisión. Esto es increíble. Es como me lo había imaginado, aunque real y mejor. Me muero de ganas de dibujarlo todo.

No tardamos en detenernos ante un hotel de fachada resplandeciente, donde un portero uniformado me abre la puerta. Soy la primera en bajar, la primera en pisar una acera de Río, que no es de baldosas normales sino un mosaico de losas negras y blancas con dibujos en espiral. El aire es cálido y el olor, emocionante: huele a mar, a plantas tropicales y aventura.

Le sonrío al portero. Veo que mis padres se hurgan los bolsillos y le dan las gracias al taxista y luego al portero, mientras se preguntan si tendrían que darles propina y, en tal caso, cuánto, y,

en resumidas cuentas, qué representa cada moneda brasileña. Veo sus caras de agobio y sé que están intentando recordar cuánto han pagado por la carrera cuando han contratado el servicio en el aeropuerto, y tratando de calcular el porcentaje adecuado de propina. Mientras están en ello, el taxista se larga sin su dinero extra y el portero lleva nuestra maleta al interior del hotel. Lo sigo y paso del exterior cálido y húmedo al potente aire acondicionado del vestíbulo, todo de mármol reluciente.

Me detengo a disfrutar del frescor. Mis padres llegan presurosos detrás de mí y se acercan al mostrador, donde un recepcionista nos da la bienvenida en inglés y con mucha simpatía. Empiezan a rellenar formularios y entregar tarjetas de crédito.

Vamos a compartir una habitación. Sé que sería el doble de caro pillar dos, pero seguro que lo hacen para que durmamos los tres en la misma y así poder controlarme todo el tiempo, tanto dormida como despierta. Cuando fuimos a Cornualles hace un par de meses, me reservaron una habitación para mí sola, pero ahora he bajado de categoría y tengo que quedarme con ellos. Quizá todavía sea una cría y yo no lo sé. Me siento como un objeto que tuvieran que acordarse de no extraviar.

Sin embargo, la habitación es grande y bonita, y sería injusto por mi parte quejarme. Mi cama individual está bastante apartada de la suya doble. Aun así, siempre que quieran podrán incorporarse en la cama para comprobar que sigo allí.

Me siento en la mía y luego me tiendo. La habitación tiene techos altos y suelo de mármol, un minibar y una caja fuerte. Todo se ve limpio y reluciente.

—¿Qué hora es?

Mamá está trasteando en la maleta. Ha abierto el armario. Me fijo en que va de un lado a otro esforzándose en aparentar normalidad, de modo que la observo con más detenimiento mientras finjo desatarme los zapatos. La veo sacar un montón de papeles del bolso y meterlos en la caja de seguridad; parece un poco agobiada, y por su expresión entiendo que son importantes. Me inclino para verlos mejor, pero lo único que saco en claro es que son varios sobres que parecen contener documentos oficiales.

Mi madre se vuelve para comprobar si estoy mirándola, y luego pulsa los botones con tiento hasta que la caja pita y se bloquea.

Entonces vuelve a mirarme. Yo hago como si no hubiera visto nada.

—Es casi medianoche, hora local —comenta papá, que va de un lado a otro como para obligarse a relajarse—. Pero en casa son casi las dos.

—¿Estamos en el hemisferio sur?

—Claro.

—Hemos cruzado el ecuador.

—Sí. Creo que pasa por el norte de Brasil. Me alegra verte tan emocionada, Ellie, si no te importa que te lo diga.

Le sonrío. Me entran unas ganas tremendas de ponerme a dar brincos y a cantar. Si esta mañana me hubieran dicho que acabaría el día en Río, habría pensado que sería increíblemente flipante, aunque imposible. Y es así. Pero estoy aquí, en este lugar mágico, el país de mis sueños.

Pero no, no me pongo a dar brincos ni a cantar. Me limito a decirle que no me importa.

Me acerco a la ventana para ver Río, pero me encuentro con las ventanas de otras personas, que comparten con nosotros un patio interior. Veo luces en dos balcones atestados de macetas y ropa tendida. También hay bicicletas. No son del hotel, son vidas de brasileños de carne y hueso.

—¿Te apetece una ducha antes de acostarte? —me pregunta mi madre.

Tiene la mirada algo ida mientras cuelga la ropa en perchas. Da la impresión de que ha traído un par de conjuntos al azar para cada uno.

—Aquí no se va a acostar nadie —digo, y los miro. En sus caras veo que eso es justo lo que creían que iban a hacer—. ¡Mamá! ¡Papá! ¿Hola? Aparecéis en el instituto y me sacáis a rastras delante de todo el mundo sin decirme por qué, aunque apuesto a que papá no va a ir mañana a trabajar… Me metéis en un avión no sé cuántas horas sin darme una sola explicación coherente, ¿y ahora me decís que me dé una ducha y me acueste? ¡Estamos en Río, en Río de Janeiro, y no pienso acostarme! Ya habéis visto lo que hay ahí fuera. Es una pasada. No sé qué está pasando, pero estamos aquí y tengo la impresión de que pensáis que quizá pase algo malo en cualquier momento, y yo no tengo ni idea de qué puede ser. Así que ya podéis empezar a llevarme a tomar una copa, por favor.

Está pitándome un poco la cabeza, pero no pienso permitirlo, no aquí ni ahora. Clavo la mirada en los bordes de las cosas y recupero la nitidez. Bella se remueve intentando salir de su cueva, pero le ordeno que se quede donde está. Puede que más adelante la necesite, pero ahora mismo es lo último que me hace falta.

Retrocede. No es lo habitual. Me alegra.

Vuelvo a mi cama y me siento. Respiro hondo varias veces. Espero un poco, hasta comprobar que, en efecto, Bella se ha ido. Mis padres no se dan cuenta de que estoy temblando.

Mamá suspira y se lleva las manos a las sienes, un gesto que me saca de quicio. Papá, en cambio, sacude la cabeza y dice:

—Cariño, ya saldremos mañana, ahora no. Son las dos de la madrugada y estamos en una ciudad que no conocemos. En Río hay que andarse con cuidado. No puede uno salir a pasear por ahí en plena noche. Eres joven y no sabes hasta qué punto has estado viviendo en una burbuja. —Mi madre resopla al oír esto último: interesante—. Sería como escribir una pancarta de ATRÁCAME e ir enseñándola por ahí.

—Nadie la entendería porque no estaría escrita en su idioma —contesto. Veo perfectamente, a pesar del enfado. Me echo hacia atrás y apoyo la espalda en la pared. Soy toda Ella—. Y son las doce, no las dos de la madrugada, y tengo edad suficiente para que dejéis de tenerme en una burbuja… si eso es lo que habéis estado haciendo.

Estoy indignada, pero es un cabreo moderado y común. Sólo quiero salir a pasear por Río, hasta el bar más cercano. Es lo único que pido. Me parece de lo más normal y a la vez increíblemente emocionante.

—Preguntemos en recepción si es seguro salir —añado en mi tono más razonable—. Porfa. Sólo saldremos si hay algún sitio que esté bien en esta misma manzana, luego volvemos y nos acostamos. No quiero beber alcohol ni nada de eso. Lo único que quiero es sentarme en una de esas terrazas de la calle. Ya que estamos aquí…

Mis padres intercambian una mirada y luego me miran, a su hija, que les sonríe, feliz de estar aquí. Los dos vuelven a ponerse los zapatos. Cierro los ojos, con la cabeza apoyada en la pared, y siento que me embarga la gratitud. Tengo que hacer un esfuerzo por serenarme.

El recepcionista se ríe y nos dice que claro, que no pasa nada por salir, y que hay un bar justo al lado. Aunque sigo con el uniforme del instituto, apenas puedo contenerme: ¡vamos a salir!

El bar está donde nos ha dicho y suena música en directo. Quiero entrar y dejar que la música me atraviese y bailar, bailar y bailar. Hay un grupo tocando. La gente está de pie, escuchando la música. También bailan en la acera, pero sin dárselas de nada. Me entran ganas de quedarme aquí, bailando fuera, aunque por supuesto mis padres se niegan, y tampoco es que quiera ponerme a bailar con esos desconocidos. Me quedo mirando a la gente mientras nos abrimos paso. Son brasileños y yo estoy en su país. Ahora la extranjera soy yo.

Soy una forastera.

Soy una extraña.

Soy de fuera.

Es emocionante y a la vez da miedo. Me arremango el jersey del uniforme. Las líneas blancas de mis viejas cicatrices pasan desapercibidas a la luz de las farolas.

Cuando llegamos a la esquina, vemos el letrero de nuestra calle.

—¿*Nossa Senhora de Copacabana*? —leo—. ¿Copacabana? ¿Estamos en Copacabana?

—Pues sí… —A mamá parece alegrarle bastante menos de lo que debería—. Sí, cariño. La mayoría de los hoteles están en este barrio.

—¿Copacabana?

—Así es.

—¿Estamos en medio de Copacabana? ¿La Copacabana de verdad, la de Río? ¿Dónde está la playa? ¡Quiero meterme en el agua ahora mismo! ¡Con las montañitas de fondo! Me tiré siglos dibujándolas.

Papá parece agotado y yo estoy tensando demasiado la cuerda, bien que lo sé.

—Por la mañana, Ellie. Ahora ni en broma. La playa sí que es peligrosa por la noche. Está a una manzana de aquí… no sé hacia dónde. Lo averiguaremos cuando sea de día.

—¿Es peligrosa de verdad? ¿O es sólo lo que la gente cree?

—De verdad. Ya bastante poca gracia me hace haber salido del hotel a estas horas. Hemos bajado por ti, Ellie, tu madre y yo nos

hubiésemos acostado. Y si no vemos un bar medio decente de aquí a unos minutos, nos volvemos.

—Venga, anda. —Tiro del brazo de mi padre—. Mira. Allí hay un local con mesas fuera. Tomamos algo y nos volvemos.

Pido una Coca-Cola. Mi padre quiere una cerveza, que intenta pedir con un: «*Una zerveisa, por favor.*» El camarero se queda con cara de no entender, y mi padre señala la bandeja y se lo pregunta en inglés, y en el acto le traen un botellín. Mi madre toma un cóctel de color verde claro con trozos de lima. En Inglaterra no sirven cosas así. Jack y yo vamos a veces de pubs y bebemos *lager*. Con Lily también me tomo de vez en cuando algún licor empalagoso, tipo Southern Comfort. Otras, cuando me acoplo a Lily, Mollie y las gemelas, tomo algún cóctel de nombre absurdo, pero siempre soy la primera en retirarme. Por supuesto, mis padres creen que nunca he bebido nada más fuerte que una copa de vino en la cena en ocasiones especiales.

—Allí adonde fueres… —dice mamá, y empieza a beber por la pajita—. Ay, Dios, qué falta me hacía.

He visto a mi madre beber vino, pero nunca borracha. La observaré con mucho interés mientras estemos en Río.

Hay otros ingleses en el bar, y parecen también recién salidos del avión. Están bebiendo cerveza, pero miran de reojo el cóctel de mi madre.

—Yo no veo mucho peligro por aquí… —comento—. Tenéis que reconocer que esto da mucho menos miedo que el Wetherspoon's.

Papá ladea la cabeza, dando a entender que, por mucho que no parezca peligroso, no quiere decir que sea seguro. Intenta poner cara de sabihondo y de que yo no soy más que una cría que necesita protección, pero no cuela. Él sabe por qué estamos aquí, y por eso le da miedo hasta el aire que respira. Pero a mí no.

Se bebe medio botellín en un par de tragos. Yo cierro los ojos y respiro hondo. Esta mañana he despertado, me he dado una ducha, he jugado con *Humphrey* y me he ido al instituto con sensación de hastío. Ahora estoy aquí, en una terraza en Río de Janeiro, viendo cómo mamá se bebe un cóctel en un suspiro y pide otro.

No tengo ni idea de qué está ocurriendo.

4

TREINTA Y CUATRO DÍAS

Tengo que despertarme. Toca instituto. Está entrando luz por las cortinas, y eso significa que me he quedado dormida. Ya antes de abrir los ojos noto más luz de lo normal.

Ha pasado algo raro. Estoy en mi leonera, tendida en mi cama. Tengo a *Humphrey* acurrucado a los pies. Mis deberes están encima de la mesa y he tenido un sueño muy raro y confuso en el que acababa acostándome en Río en la misma habitación que mis padres, que estaban semicomatosos después de meterse tres bebidas entre pecho y espalda cada uno, en plan jugadores de rugby en una despedida de solteros.

Bostezo y me preparo para abrir los ojos.

Tengo que ir al instituto.

Pero no puedo.

Porque estoy en Río.

Estoy

en

Río.

Es verdad. Esto es Brasil. Hay luz en la habitación porque no corrimos del todo las cortinas, y papá está incorporado en la cama leyendo un libro con la pinta del que quiere un té pero no ha encontrado un hervidor. Claro, porque somos «extranjeros» en «el extranjero». Si quería tomar un té en la cama, que se hubiera quedado en Inglaterra.

Mamá aún duerme. Tiene el pelo desparramado por toda la almohada y la boca abierta y, como se acostó demasiado borracha para quitarse el maquillaje, la mejilla manchada de rímel, que probablemente también habrá acabado manchando la almohada.

Eso para que luego me diga que, si no me queda más remedio que maquillarme (aunque no me hace falta porque soy muy guapa y todo eso), me lo quite siempre antes de acostarme, y no sólo por los poros, sino también por la ropa de cama y tal. Mamá tampoco suele maquillarse, y la verdad es que ahora mismo no parece una dama con mucha clase que digamos. Si tuviera el móvil, podría hacer como que voy a sacarle una foto para que la vea papá (aunque no soy tan mala, sólo lo haría en broma, para hacerlo reír), pero claro, no tengo móvil porque me lo quitaron y ahora está bajo llave en la caja fuerte.

Tengo que recuperarlo como sea. Ayer acabé aceptándolo, pero vivir el día a día con mis padres y sin móvil se me hará insufrible. No sé con qué entretenerme si no puedo mirar qué están diciendo de mí en las redes o qué ha pasado en el mundo, o simplemente ponerme los auriculares y escuchar música o un audiolibro.

Los demás escuchan sólo música. Yo también, pero sobre todo escucho libros. No entiendo que a la gente no le guste que le cuenten una historia todo el rato. Yo escucho varias veces los libros que tengo que leer para los exámenes, por eso me los sé de memoria. Si pudiera, leería un libro con los ojos mientras escucho otro con los oídos.

Mi padre se da cuenta de que estoy observando a mamá y la mira también, durmiendo la mona de los cócteles. Sonríe. Yo hago otro tanto, y por fin consigo levantarme e ir al baño.

Estoy en Copacabana. Tengo una playa a la vuelta de la esquina. Nadie nos atracó cuando salimos ayer, y tampoco había nadie con pinta de querer intentarlo, por mucho que fuera de noche y no tuviésemos ni idea de por dónde íbamos. Voy a estar aquí con mis padres durante un tiempo indefinido y por motivos que no quieren contarme.

Pienso obligarlos a contármelo.

Deben contármelo.

Tengo que saberlo por muy horrible que sea, porque estoy empezando a montarme películas.

Me lavo los dientes y me peino con los dedos. Estoy muy blanca para un sitio como éste. Tengo que ponerme morena ya.

Una hora después, vamos al comedor y yo intento parecer una

chica independiente y enrollada.

A nadie le importa.

Hay varias mesas de bufé a un lado y, al otro, televisores y mesas con manteles blancos. El personal viste uniformes blancos y negros, pero no parecen unos estirados. Veo que mi padre habla con la mujer del mostrador, y luego los sigo hasta una mesa.

—Aquí cada uno se sirve lo que quiere, cariño —me explica mi madre.

El bufé es enorme, una mesa tras otra. Lo miro sin dar crédito.

—¡Qué te parece! —me dice papá—. Está bien, ¿eh? Todo lo que quieras. Dale caña.

Me sirvo un plato con una montaña de huevos revueltos (o «mezclados», como pone en la etiqueta), y añado unas bolitas empanadas rellenas de un queso fundido riquísimo. También cojo un bollo de pan. Lo llevo todo a la mesa y vuelvo por un vaso de zumo de naranja recién exprimida. Una mujer se acerca a la mesa con una jarra de café y nos sirve, aunque mi madre rehúsa y se va a buscar alguna de sus bebidas homeopáticas parecidas al té a una mesa a la que no va nadie, al otro lado de una columna. Mi padre, por lo general amigo del té aguado, me secunda con el café.

—Qué pedazo de desayuno —digo entusiasmada.

Y es verdad. Las bolas de queso están buenísimas y no me apetece comer carne. Me encantan los animales, así que no entiendo por qué siempre los he comido. No he cogido nada de carne; miro el beicon y otras cosas en el plato de mi padre, pero no le robo nada, aunque sé que no le molestaría.

Mamá sólo se ha servido fruta (según dice, le gusta comer únicamente productos de la tierra), y tiene tan buena pinta que, en cuanto me termino los huevos y las bolitas de queso, vuelvo y me sirvo un segundo plato de desayuno con cosas de la sección «de la tierra». Acabo con una montaña de mango, sandía y rodajas de piña, todo muy jugoso y colorido. Podría comer así todos los días.

Y a lo mejor comemos así todos los días. Quizá el resto de nuestra vida sea así…

—Bueno, ¿y cuál es el plan? —pregunto cuando terminamos el café y el té—. ¿A qué hora tienes que estar en el trabajo, papá? ¿Se te arrugó mucho el traje en la maleta? Seguro que lo has traído si tienes que ir a trabajar…

Los miro por turnos. Sería un buen momento para que admitieran que se han inventado lo del «asunto de trabajo» de mi padre pero, por supuesto, no van a hacerlo.

—Ay, Ella… —Mamá recurre a su tono victimista, que me suena un poco sobreactuado, dadas las circunstancias—. Danos tiempo para pensar, por favor, cariño. Papá no tiene que ir a trabajar hoy.

—Claro, hoy no. Qué sorpresa. ¿Y sobre qué tenéis que pensar?

Parece ofendida por mi tono. Ocultarle a mamá la existencia de Bella ha sido el único gran logro de mi vida, ahora lo comprendo. Me daría pánico que descubriera cómo soy en realidad.

—Sólo necesitamos pensar un plan. Sé que tenemos que comprarte algo más de ropa, de hoy no pasa. Preguntaré en recepción adónde podemos ir de compras.

Suspiro.

—Vale. ¿Me podéis dejar la llave de la habitación? Me gustaría leer un rato… si tuviera algún libro, que no es el caso. Veré algo de tele brasileña. ¿O no se me permite apartarme de vuestro lado, por si alguien me secuestra?

Mi madre mira a su marido, que ríe.

—Por encantadora que seas, Ellie, no creo que vayan a secuestrarte de aquí a la habitación. Toma.

Saca la llave-tarjeta de la cartera y me la tiende, y yo me voy todo lo rápido que puedo para perderlos de vista.

Ha ocurrido algo cuando he mencionado lo del secuestro. Ha sido sólo por una fracción de segundo, pero mi madre ha tenido una reacción rara. También papá, aunque se ha apresurado a disimularlo: tiene más sangre fría. A saber qué demonios puede significar. Soy una chica normal, y nadie en su sano juicio querría secuestrarme. ¿Quién iba a querer a Ella Black? No soy trigo limpio que digamos y, además, aunque al parecer mis padres pueden permitirse un viaje como éste, no son precisamente unos superricachones, así que no tiene sentido pensar que vayan a secuestrar a nadie.

De hecho, soy de todo menos normal, razón de más para que nadie quiera raptarme.

Lo único que se me ocurre es que pueda estar enferma, pero no quiero estar enferma. Quiero dejar el instituto (algo que, de momento, parece que he hecho) y vivir una aventura. Quiero estar

bien de la cabeza y hacer cosas en este mundo. Quiero ver cosas, experimentarlas. Quiero hacer cosas buenas. Quiero hacerlas por otras personas y por mí misma… Esto no lo había pensado antes.

La caja fuerte guarda algo que me ayudará a entender qué está pasando. Estoy segura.

Voy a probar todos los códigos que se me ocurran hasta que consiga abrirla. Seguro que la clave es la fecha de mi cumpleaños. Siempre lo utilizan para esas cosas. Y si no han utilizado esa fecha, demostraría que se trata de algo que no quieren que vea por nada del mundo, pero pienso averiguar qué es.

Y entonces lo veo.

Cuando estoy saliendo a toda prisa del comedor, entran dos chicos y una chica. Tienen aspecto de latinos y van charlando en lo que parece una mezcla de español e inglés. Y entonces veo al chico que va detrás y me paro en seco.

Es como si me electrocutaran. Algo en sus ojos me resulta familiar. Es un desconocido pero, aun así, sé quién es. Este chico es uno de los protagonistas principales de mi vida. Comprendo al instante que los sentimientos que conozco de libros, poemas y canciones existen de verdad. Sé quién es, es sólo que todavía no lo he conocido. Tiene el pelo castaño oscuro y la piel aceitunada, es alto, corpulento y musculoso. No lo sabía, pero es idéntico a mi chico ideal. Me acuerdo fugazmente de Jack y sonrío: a él también le gustaría.

Se para y me mira. Me sonríe. Nuestras miradas se encuentran. No podría apartar los ojos de él ni queriendo.

Es mayor que yo, no mucho, y lleva unos vaqueros cortados y una camiseta verde. Tiene la sonrisa más perfecta que he visto en mi vida, todo su rostro parece sonreír… Yo también estoy sonriendo.

—*Hola* —me dice en español.

Está mirándome con la misma intensidad que yo a él. ¿Serán imaginaciones mías? No, no creo. O eso espero. Nunca me habían mirado así.

—*Hola* —contesto.

No sé qué hacer, así que sonrío con más ganas. Me mira a los ojos y, aunque me gustaría congelar el momento y conservarlo para siempre, me veo obligada a ser la primera en apartar la vista: tengo

que tomar el ascensor antes de que aparezcan mis padres y lo fastidien todo.

Interrumpo el contacto visual e intento no caerme mientras cruzo el pequeño vestíbulo. Pulso el botón para subir y me doy la vuelta. El chico sigue mirándome. Nuestras miradas vuelven a encontrarse. Digo todo lo que puedo con los ojos, y él me responde. Después hace un pequeño gesto con la cabeza y se vuelve para alcanzar a sus amigos.

Si hubiera alguien más en el ascensor, estaría viendo a una chica que se sonríe en el espejo. De hecho, estoy escuchando una serenata de querubines con arpas. Está alcanzándome el ángel ese de la flecha. Me falta el aire.

Tengo que hablar con ese chico. No sé qué voy a decirle, pero me da igual.

Suena la señal del ascensor y estoy en la undécima planta. Entro en la habitación, me siento en la cama y revivo nuestro encuentro casi mudo una y otra vez, en una especie de bucle.

Se hospeda en el hotel. Tengo que hablar con él. Está con dos amigos, un chico y una chica. Yo, en cambio, estoy con mamá y papá. Eso podría estropearlo todo.

No puedo permitirlo.

Lo único que deseo es a ese chico. No sé si tendremos la oportunidad de hablar, pero al menos estoy segura de que uno de sus amigos hablaba inglés.

Él me ha dicho: «Hola.»

Yo le he dicho: «Hola.»

No es mucho de lo que tirar, pero lo reproduzco en mi cabeza una y otra vez.

Ha bajado a desayunar a las ocho y media. Mañana pienso estar en el comedor a esa hora, y hacer lo que haga falta para aparecer sin mis padres.

El vestido que llevo —el único que metió en la maleta mi madre — no está mal, pero es lo más decente que tengo; es del mismo morado que mi pelo, de tela de camiseta, y, aunque es muy sencillo y me costó una birria en no sé qué tienda del centro, me queda bien. Si mañana quiero aparecer en el desayuno con algo mejor, hoy tendré que ir de compras sí o sí. En casa siempre voy con cosas de manga larga, pero ¿aquí? Daré por hecho que nadie se va a fijar

y ya está. Me he acostumbrado a llevar manga larga, pero tengo que quitarme esa manía.

Como sea, ahora estoy sola en la habitación y he de aprovechar para averiguar qué hay en la caja fuerte.

Me coloco delante de la caja; me hace falta un código de cuatro dígitos, así que intentaré introducir el correcto. Junto a todas esas cosas «importantes», ahí dentro está mi móvil, y debo recuperarlo. Pruebo con mi cumpleaños: 1711. No funciona. Pruebo con el año en que nací, con el cumple de mi madre, con el de mi padre, pero no hay manera.

Sea lo que sea lo que hay ahí dentro, mis padres no quieren que lo averigüe por nada del mundo. La cosa empieza a asustarme.

ÁBRELA A GOLPES.

Ha aparecido de repente. Niego con la cabeza. Ni siquiera creo que se pueda abrir a golpes. ¿O sí?

NO CREAS QUE ES TAN SEGURA. ES SÓLO PARA QUE LA GENTE SE QUEDE TRANQUILA. NO CUESTA TANTO ROMPERLA.

Pero eso no estaría bien. No debo. Busco algún tipo de utensilio para forzarla, y en ese momento llaman a la puerta. Bella se desvanece y yo me quedo mirando la puerta, imaginándome al chico guapo al otro lado y olvidándome de la caja fuerte. Ha preguntado el número de mi habitación en recepción y ha venido a buscarme.

Abriré la puerta, me lo encontraré cara a cara, daré un paso al frente y le plantaré un beso sin pensármelo dos veces. Sería capaz de besarlo aunque no sepa su nombre ni nada sobre él.

Me recojo el pelo por encima del hombro, me pongo en una postura para sacar el máximo partido de mi cuerpo (o eso espero), respiro hondo y abro la puerta.

—Ah —digo, dejando caer los hombros—, sois vosotros.

Mi padre suelta una risita.

—¿Es que esperabas a alguien?

—No. Pero ¿no teníamos dos llaves?

—Sí, y están las dos aquí. Cuando hemos bajado a desayunar, no hemos pensado que hicieran falta las dos.

—¿Estás bien, cariño? —tercia entonces mamá—. Se te ve pálida.

La tomo con ella, no puedo evitarlo.

—¡Jo, siempre con la misma cantinela! Estoy pálida porque vivo en un país frío y lluvioso, y ahora, a pesar de estar en Brasil, todavía no hemos salido a la luz del día. Somos como los vampiros de Río.

—¡Ella!

Reculo.

—Perdona, es que estoy deseando salir. A ver, estamos aquí y…

Mi madre recula también y me da un abrazo, tan fuerte que me hunde la cara en su pelo.

—Lo siento, cariño. Sé que tienes mucho que asimilar. Vamos a arreglarnos y a salir a que nos dé el sol. Necesitas ver esa playa ya y, si no llevamos nada de valor, no tiene por qué pasarnos nada durante el día. Aquí también hay centros comerciales y cosas por el estilo, así que, después de ir a la playa, pediremos en recepción que nos llamen un taxi e iremos a comprarte ropa… —Me mira un momento de reojo—. Y si quieres teñirte el pelo y recuperar tu bonito rubio natural, también podemos buscar algún sitio. No creo que sea tan difícil.

Frunzo el ceño. Mejor no respondo a eso último.

—Lo de la ropa no iría mal. Gracias.

Voy a seguir portándome bien. Nada de exabruptos, da igual que mis padres sean unos pesados y unos aburridos, o que formen un constante escudo humano a mi alrededor que pueda impedirme hablar con ese chico.

Hablaré con él. Y abriré la caja fuerte. Y no hablaré con él sólo una vez, así que lo primero es la ropa.

Sé que mamá se está esforzando, pero estoy a punto de cumplir los dieciocho. A los once años ya me dejaban ir sola al centro, se fiaban de mí, y ahora, de repente, me tratan como si fuera un bicho raro. Pero estoy deseando salir al sol y ver la playa, respirar aire fresco y disfrutar de que estoy realmente aquí. He de hacer de tripas corazón. Ya tendré otra ocasión de plantarle cara a la caja fuerte.

—Gracias —repito, y me obligo a sonreírle a mamá—. Y perdona. Me encantaría ir a la playa. Gracias.

El alivio que inunda su cara hace que me sienta mal, aunque sólo sea por un momento.

Es media tarde. Hemos ido de tiendas y ahora estoy en la

auténtica, preciosa y ardiente Copacabana, con un bloc en el regazo y dibujando del natural la playa, las rocas y las montañas. El sol me da en la cara y me esfuerzo por parecer totalmente enfrascada en mi dibujo, aunque en realidad estoy intentando oír la conversación susurrada de mis padres. Tengo los ojos entornados y se me ve muy concentrada (pura apariencia). Al cabo de un rato empiezan a hablar algo más alto. Me esfuerzo por captar las palabras.

—Los de la veterinaria quieren cobrarnos una fortuna por quedarse con el gato —dice mi madre.

—Siempre se pasan —contesta mi padre.

Sigo escuchando, y resulta que realmente están hablando de lo que va a costar que *Humphrey* vaya a su propio hotel (de medio pelo). Por lo visto, nuestra limpiadora, Michelle, va a ir mañana a casa, y mamá dice que le ha pedido que lleve el gato al veterinario cuando se vaya. Pobrecillo. Seguro que preferiría que lo soltasen en la calle y procurarse su propia comida, antes que ir a ese sitio apestoso para que lo encierren en una jaula. Allí se verá obligado a oír los maullidos del resto de gatos, preguntándose a voz en grito por qué los humanos los han encarcelado.

Está claro que mis padres no tenían previsto este viaje. Me siento mal por *Humphrey*. Si hubiera sido por mí, jamás me habría ido sin despedirme de él; le habría dado un abrazo y le habría explicado por qué me iba y cuándo pensaba volver. Me echará de menos, a mí y a Bella. Hoy ha sido un día prácticamente libre de Bella. Me encanta.

Tengo que averiguar qué está pasando.

Y encontrar al chico de antes.

Me quedo mirando a un pequeño que juega en el rompeolas. Copacabana no es como la había imaginado, y eso que sabía muy bien qué aspecto tenía. El año pasado hice un cuadro enorme de casi esta misma vista para la clase de Dibujo. También es verdad que lo pinté a partir de una fotografía… Ahora, en cambio, estoy dibujándolo del natural. Tiene una vida desbordante y no puede haber más gente. Justo al lado, tenemos a un grupo de chicos despampanantes que van y vienen en bañadores minúsculos. No puedo apartar los ojos de las curvas cinceladas de sus cuerpos, todos morenos y relucientes. Tienen los músculos bien marcados y no les sobra ni un gramo de grasa. No parecen el mismo tipo de

humanos que mis padres o yo. Nunca había visto a nadie así.

Vuelvo a acordarme del chico del hotel. Quiero estar cerca de él.

La madre del pequeño lo coge de la mano. Pasan vendedores ambulantes ofreciendo cacahuetes y gafas de sol. En el paseo marítimo se alinean los barecillos, con comida, café y cerveza. Todo lo que uno podría querer está aquí. Meto toda la vida que puedo en mi dibujo.

Pasa corriendo una mujer en un bikini diminuto, su cuerpo meneándose en un contoneo exagerado, pero nadie le hace caso. En cualquier playa inglesa estaría todo el mundo mirándola y cuchicheando, seguro, pero aquí se ve que les da igual.

Imagino algunos detalles de las pequeñas montañas que se mecen en el agua. La niebla flota en la distancia, y las verdes colinas aparecen y desaparecen por momentos.

—Qué alegría verte tan contenta —dice mi padre.

Intento poner cara de pocos amigos, pero está claro que no lo consigo porque los dos se echan a reír. Es la primera vez que noto relajada a mi madre desde que hemos llegado y me gusta verla así, quiero que sea feliz. Si está menos agobiada y angustiada, tal vez la urgencia se desvanezca un poco.

—Siempre habías dicho que te encantaría venir aquí —dice, mirando mi dibujo y sonriendo.

Me limito a asentir. Quiero que piensen que me conformo con esto, que Río y el sol, los vaqueros cortos, los tops y las sandalias, el bloc y los lápices que me han comprado bastan para que deje de intentar averiguar qué está pasando.

Dejo el bloc a un lado y les sonrío.

—Bueno, podríamos hacer un poco de turismo. Venga, vamos.

Se ríen e intercambian una mirada. Mi madre se encoge de hombros y mi padre dice:

—Puede que sea buen momento para ir a ver a ese famoso Jesucristo de la montaña. ¿Cómo se llama? La estatua de Cristo…

—Sí, ya… el Cristo Redentor.

—¿Cómo?

—Me lo dijo anoche el taxista —aclaro—. Estaba iluminado en lo alto de la montaña, que aquí las llaman «cerros». Me dijo que era el Cristo Redentor.

—No me enteré —dice mi madre—. El Cristo Redentor…

Aunque no sé, a lo mejor es preferible ir por la mañana. No sé si en el hotel podrán reservarnos la excursión a estas horas.

—Organizan de todo —dice mi padre—. Lo he preguntado antes. Se puede contratar lo del Cristo y lo del Pan de Azúcar y diversas excursiones a pie. Incluso organizan pequeños recorridos por las favelas, los barrios esos de chabolas. Aunque creo que de eso podemos pasar, ¿verdad?

Me acuerdo de la película *Ciudad de Dios*. La vimos hace unos meses, como parte de la formación cinematográfica de Mollie.

—¿Un recorrido por las chabolas? —exclamo—. Qué espanto. ¡Ir a fisgar a la gente pobre! ¿Para qué, para señalarlos con el dedo, sacar fotos y volver a la comodidad de nuestro bonito hotel? Me parece horroroso.

—Y además las favelas son zonas muy desaconsejadas —añade mi madre—. No puedes correr ningún peligro.

Sus palabras se quedan suspendidas en el aire.

El recepcionista, PEDRO según la chapa que lleva en el pecho, nos dice que es buen día para subir al Corcovado porque está muy despejado, pero debemos darnos prisa.

—No hace falta contratar ningún *tour* —nos dice con la sonrisa conspirativa de quien sabe que debería estar intentando vendérnoslo a toda costa—. No tienen más que pedir un taxi, y luego comprar los billetes para el tren de cremallera que sube hasta allí. Es muy fácil. Cuando bajen del taxi, no hagan caso de nadie que intente venderles una excursión, ¿de acuerdo?

—¿No pasa nada si no hablamos español? —le pregunto, y el hombre se ríe.

—Bueno, no creo que importe mucho: en Brasil se habla portugués. Pero no, con el inglés no tendrán problema.

—Quería decir «portugués» —replico con las mejillas ruborizadas. No tenía ni idea, pero ahora lo sé.

El portero para un taxi amarillo y le indica al conductor nuestro destino, y allá vamos, otra vez serpenteando por las calles. Voy sentada delante, como anoche. Me he subido sin preguntar y nadie me lo ha impedido.

El taxista me sonríe.

—*Hola* —pruebo en español. Acabo de repetir lo único que le he

dicho al chico del desayuno.

—*Olá* —me responde en portugués, saludándome también con la cabeza.

Nos incorporamos al tráfico y me quedo mirando por la ventanilla, intentando verlo todo.

Podría pasarme la vida entera contemplando Río de Janeiro. Seguro que en cada ocasión vería cosas nuevas. Hay gente con ropa deportiva. Hay gimnasios con ventanales enormes que dan a la calle, llenos de personas haciendo pesas. Hay ancianos y niños, negros y blancos. Hay «zumerías», cafeterías y bares. Hay *drag queens* y ancianos trajeados, gente gorda y gente delgada. Hay abuelos jugando al ajedrez en los parques. Aquí está todo.

En el instituto me consideraba una persona bastante formada. En el plano social apenas me manejo, pero creía que, en lo que a cultura se refiere, iba bien pertrechada. Tenía la sensación de saber lo que debía saber. Ahora, sin embargo, ya no estoy tan segura de saber nada. El mundo es mucho más vasto de lo que había imaginado, y mi existencia se empequeñece en comparación con todo lo que puede ofrecer la vida. Cuando oigo a la gente hablar en portugués, no entiendo ni jota porque no sé nada de esta gente ni de su idioma, y ojalá no fuera así. Son sonidos distintos: hay cantidad de «shh» y «chh». Si nos quedamos más tiempo, voy a tener que descifrarlo. No puedo creer que ni siquiera supiera qué idioma hablaban. Qué vergüenza.

Hasta hace un minuto, todo en mi vida estaba planificado. Eso se acabó. En Brasil nadie parece odiarme: estoy naciendo de nuevo.

Quiero meterme en internet para tratar de averiguar qué estoy haciendo yo aquí, pero necesito recuperar mi móvil.

Intento recordar todo lo que he leído sobre padres que huyen con sus hijos. Es lo que suele hacer uno de los progenitores para separar al crío del otro, pero no es nuestro caso. Si no recuerdo mal, hubo unos padres que hace unos años huyeron con su hijo… Estaba enfermo y se negaban a someterlo a quimio, querían que lo tratasen con cristales o algo parecido.

Si tuviera una enfermedad terminal, lo sabría. Habría habido visitas a médicos y hospitales… Pero, ahora que lo pienso, sí las hubo.

El corazón me da un vuelco al recordar que sí hubo visitas a

médicos.

Se me nubla un poco la visión. Esto es importante. No puedo permitir que Bella se remueva. Tengo que concentrarme y obligarla a irse.

Ahora me acuerdo. Era pequeña y odiaba esas visitas. Las recuerdo muy vagamente, pero sé que las hubo. Me acuerdo de estar mal, de llorar y llorar, y de que todo el mundo intentaba consolarme diciéndome que no pasaba nada. Recuerdo a una mujer que me hablaba con una falsa amabilidad muy desagradable, y que no me gustaban sus ojos y me negaba a hablar con ella. Me acuerdo de ver llorar a mamá conmigo.

Lo había olvidado todo. Creo que mi pequeño yo tomó la decisión de borrarlo y no se lo pensó dos veces.

Recuerdo que mamá me dijo: «Siempre cuidaremos de ti.» Eso me hizo sentir mejor. ¿Y si tengo alguna enfermedad genética? Podría estar empeorando y tal vez no me quede mucho para empezar a debilitarme. Sería una buena razón para traerme a Río.

Intento no pensarlo.

La última vez que oí las noticias en la radio del coche, cuando me recogieron del instituto, decían no sé qué de un conflicto nuclear. A lo mejor hemos venido aquí para huir de eso. También dijeron algo sobre la gripe de los simios, que lleva un tiempo acechando. Tal vez, sin yo saberlo, he dado positivo y me han traído aquí para impedir que me diseccionen y me utilicen con fines médicos.

Pero a nadie se le ocurriría venir a Río para huir de un virus letal.

Todo suena de lo más improbable. Nada parece creíble, aunque lo de las visitas médicas es una buena pista. Quizá estoy muy enferma. Lo susurro por lo bajo.

—Quizá estoy muy enferma.

El taxista me mira, pero no dice nada.

Eso podría explicar la existencia de Bella. Puede que tenga algo en el cerebro, algo tangible. Un tumor con nombre propio. Ojalá tuviera mi móvil para investigar en Google. Consultaría artículos médicos. Eso al menos me serviría de distracción… ¡Como si Río no fuera lo suficientemente entretenido!

Miro un autobús que está a nuestro lado y veo a una pasajera

junto a la ventanilla con un perrito en brazos. Saludo al chucho, y la mujer le levanta la patita para que me devuelva el gesto.

Centro la atención en los dedos de los pies… parece que están bien. También las piernas las siento normales. Y las rodillas. Aunque claro, el tema está en mi cabeza. Me concentro en cada parte de mi cuerpo, por dentro y por fuera, rastreando cualquier cosa fuera de lo normal, pero todo parece funcionar bien. Si estuviera enferma o fuera una especie de bomba de relojería, no me dejarían ir de aquí para allá por Río. ¿O sí? Puede que sí.

Por extraño que parezca, la enfermedad secreta es la posibilidad más verosímil. Siento un mareo.

Quiero mi móvil. Quiero mi libro. Antes de irnos, estaba leyendo una trilogía de ciencia-ficción sobre un lugar llamado Área X que cambia a todo el que entra en ella. Ahora estoy en mi propia Área X, y me gustaría volver a la de ficción, por favor.

Quiero escuchar música.

Quiero hablar con Jack y Lily.

Quiero ver a ese chico.

Cuando bajamos del taxi, se abalanza sobre nosotros un enjambre de pícaros ofreciéndonos excursiones hasta la cima del cerro, tal como nos ha advertido antes Pedro. Los esquivo y voy con paso decidido hasta la taquilla, porque sé que a mi madre la puede engatusar cualquiera que le diga que la excursión es demasiado peligrosa si no contrata un *tour* especial y caro. Pido los tiques y mi padre los paga. Entramos luego en la sala de espera, donde hay un hombre pintado de arriba abajo de color plata, muy quieto y con un sombrero a sus pies para las monedas.

Ya en el tren de cremallera, me siento un poco apartada de mis padres y me quedo mirando por la ventanilla. Quiero oírlos hablar porque me corroe la curiosidad de saber. Creo que voy a morir pronto, tal vez éste sea mi último viaje sin ser una discapacitada. Imagino que se me derrite el cerebro hasta imposibilitarme leer, hablar, pensar o comer por mí misma. Prefiero suicidarme antes que llegar a ese punto.

El vagón se pone en marcha con una sacudida y contemplo la selva tropical. «Vive cada día como si fuera el último, porque algún día lo será.» Eso decía un meme que estuvo circulando por el instituto. Me pareció más fácil decirlo que hacerlo, trillado aunque

en parte cierto. Superficial y facilón.

Ahora me parece aterrador.

Al cabo de un rato, veo que mis padres están mascullando con su típico tono de bronca, así que me deslizo por el asiento y me pongo justo detrás de ellos sin que se den cuenta.

—Sí, ya lo sé —bufa él—. Pero Ellie no es efusiva, nunca lo ha sido. No es de dar abrazos y esas cosas. No es como tú. Es porque es…

Se interrumpe porque mi madre se pone tensa. Ha notado mi presencia y se ha vuelto para mirar.

—¿Qué? ¿Es porque soy qué?

—Nada. Y no nos espíes, jovencita —me regaña.

No soy de dar abrazos, eso es verdad. Me entran ganas de llorar, pero no puedo porque tampoco soy de llorar; al menos no delante de ellos. Me gustaría ser de dar abrazos, sí, me gustaría mucho.

—Cuando era pequeña íbamos mucho al médico… —Me cuesta articular las palabras, pero las pronuncio pausadamente, una a una —. ¿Por qué me llevabais?

Ambos se quedan mirando al frente, sin siquiera parpadear. Noto el miedo que emana de sus espaldas, o al menos me da esa impresión. Me parece sentirlos, sentados y petrificados hasta los huesos, ya que no saben qué decir. Me parece sentir cómo se preguntan de qué forma pueden salir de ésta.

Ojalá dieran media vuelta, con cara de perplejidad, y dijeran algo como: «¿De qué estás hablando? Eso no es verdad.» Pero no lo hacen, y el tiempo pasa y siguen mudos.

Echando la vista atrás, ahora comprendo que mi madre ha estado protegiéndome toda la vida: las cámaras de seguridad alrededor de la casa, los cuatro cerrojos en la puerta, las alarmas antirrobo y contra incendios… No sé de qué me protegía. Tal vez simplemente el mundo exterior la aterraba y me obligó a quedarme con ella en casa para que no corriera ningún peligro.

Ya casi soy una adulta. Si estoy enferma, tienen que decírmelo, es lo que los padres deben hacer. A los niños pequeños con leucemia se lo cuentan, mientras que a mí, por alguna razón, no se me permite saber qué es eso tan serio que me pasa.

Me dan ganas de pedirles que me cuiden, pero me cuesta. Es más fácil ponerse borde. Y a medida que mi cabeza se va llenando

con un pitido agudo, más fácil me resulta. Llevo sin verla todo el día, pero ahora irrumpe con más fuerza que nunca. Me tapa la selva tropical y el tren para que sólo pueda ver a mis padres. Al igual que yo, Bella sabe que tienen la respuesta, pero prefieren no contarme nada porque no confían en mí, o porque es demasiado horrible.

Quiero ser de las que abrazan. Quiero dejar que mis padres me cuiden, me acaricien y me digan que todo va a salir bien, que no tengo ninguna enfermedad terminal, que estas vacaciones no son más que un capricho estrafalario para demostrarme lo mucho que me quieren.

NO ES POR ESO.

Lo sé.

TE ESTÁN MINTIENDO.

Lo sé.

PUES HAZ ALGO AL RESPECTO.

Mi madre ya rara vez intenta darme abrazos. Nunca sabrá que mi yo bueno suele mantener las distancias para que Bella no pueda hacerle daño, pues odia a mi madre con todo su ser.

Ni siquiera logro mostrarme simpática. Veo manchas oscuras bailando en mi campo visual.

—Ya casi tengo dieciocho —mascullo.

Los dos tienen que inclinarse para oírme bien.

DALES DONDE MÁS LES DUELE.

—Ya no soy vuestra niñita. Ahora soy una adulta… y podría levantarme y largarme de aquí y no volver a hablaros. —Empuño el martillo, dispuesta a aplastar al pajarito—. Y pienso hacerlo. No tenéis derecho a ocultarme un secreto así. Si no me decís qué está pasando, dejaréis de ser mis padres. Si no tenéis confianza en mí para contármelo, entonces yo tampoco confiaré en vosotros para seguir viviendo en casa. O lo tomáis o lo dejáis.

Una parte de mí ahoga un grito. Es la primera vez que permito que Bella les hable directamente, al menos desde que era muy pequeña y me entraba eso que todo el mundo llamaba «pataletas», antes de aprender que no debía manifestarlas.

—Ellie —dice mi padre, poniéndome una mano en el brazo.

Lo aparto de mala manera. No pienso permitir que Bella se le acerque.

—Tenéis… tenéis que decírmelo —insisto.

Me muerdo el labio hasta que me sangra, aprieto los puños y me hinco las uñas. Respiro hondo. No puedo ponerme a gritar y montar un numerito en un trencito que va remontando a trompicones un cerro brasileño y está lleno de alegres turistas que van mirando el paisaje por las ventanillas. No puedo atacarlos en público, a pesar de que Bella me anima a que lo haga. Me alejo para evitar el estallido y, cuando llego al fondo del vagón, me siento en un sitio vacío, me deslizo hasta la ventanilla y apoyo la frente contra el cristal.

Tiene que existir alguna medicación que me ayude con esto.

Creo que lo que me enferma es Bella. Puede que sea un síntoma… o tal vez, no sé cómo, la causa.

Vete,
vete,
vete.

Cierro los ojos y repito mi mantra. Necesito que Bella me deje en paz.

El universo, el universo, el universo.

Visualizo una imagen mental del espacio exterior. No soy ni una fracción de un puntito minúsculo. Soy diminuta e insignificante.

Mientras seguimos traqueteando, Bella se va desvaneciendo, lo justo para que pueda recuperar el control de mí misma.

Habría sido mejor llorar. Así se habrían acercado y me habrían abrazado. Son mis padres y los quiero. Por supuesto que sí. Todo lo que hago es para no decepcionarlos, para ser la hija que merecen y para ocultarles las cosas malas. Y acabo de decirles algo horrible. Lloro mientras contemplo el verdor exuberante. Me enjugo los ojos con el dorso de la mano y sorbo por la nariz. Seguro que el rímel se me ha corrido por toda la cara. No puedo venirme abajo ahora. Tengo que respirar.

Déjame
en
paz,
Bella.
D
é
j
a

m
e
e
n
p
a
z
B
e
l
l
a

Noto un toquecito en el hombro. Me vuelvo sin siquiera secarme las lágrimas y veo que un hombre con una gorra que pone VENEZUELA me ofrece un paquete de pañuelos. Sacudo la cabeza, pero alargo una mano temblorosa y lo cojo. Me seco las lágrimas y me sueno la nariz. Soy incapaz de volver a mirarlo, aunque se lo agradezco.

Forcejeo conmigo misma para dominarme. Sé que mis padres están mirándome. Me gustaría sincerarme con ellos, pero no puedo decirles que me posee un demonio, y tampoco soporto que se nieguen a contarme qué hago yo aquí. Papá tiene razón: nunca he sido de dar besos y abrazos, aunque él y yo siempre nos hemos entendido. Yo misma he construido ese muro a mi alrededor para intentar protegerlos… Y ahora ellos lo han fortalecido al traerme aquí con tanto secreto y sin contarme nada.

Empecé yo, y ellos lo han empeorado. Me odio, y probablemente sea todo más fácil si también los odio a ellos.

En el asiento de delante van dos hombres con tatuajes; se sonríen y van señalando cosas y riendo de sus chistes. Me gustaría preguntarles si puedo acompañarlos cuando lleguemos a la cumbre. Probablemente no les haga ninguna gracia que se les acople una extranjera a la que no conocen de nada, y menos aún una con el pelo morado, las piernas blancas y la cara bañada en lágrimas, una que hasta hace unas horas ni siquiera sabía que en Brasil se hablaba portugués.

El hombre de la gorra vuelve a darme un toquecito en el hombro y yo le devuelvo el paquete de pañuelos, pero me indica que me lo

quede. Dice algo que no entiendo y luego, al ver que no lo comprendo, se pasa al inglés:

—Lamento que tú estás triste.

Consigo sonreír un poco y asentir. Creo que es lo más amable que me han dicho en mi vida.

La selva se hace a un lado, y aparece entonces la vista más sobrecogedora del mundo. El sol se refleja en el mar. Las montañitas despuntan en el agua y veo las playas, la extensión de edificios, los coches en miniatura. Miro, miro y vuelvo a mirar. Respiro. Miro y respiro, y no quiero que el trencito se detenga, pero lo hace.

En cuanto bajo, mis padres se acercan y se quedan a mi lado. Me gustaría decirles lo que quieren oír, pedirles perdón, pero las palabras se atascan en mi garganta y apenas puedo respirar. Avanzo entre la gente con mis padres flanqueándome.

—Ella —dice papá, y me alegro de que sea él quien hable y no mamá—. Mira, sé que es muy frustrante, pero hay ciertas cosas que no podemos contarte ahora mismo. No es nada terrible. Por favor, sólo confía en nosotros, no será por mucho tiempo. Y no estás enferma, si estabas pensando eso.

No le respondo porque no le creo y no sé qué decir. Le doy a cada uno un pequeño y torpe abrazo —no me sale otra cosa—, y me alejo.

El enorme Cristo se eleva imponente sobre nosotros. A cierta distancia se congrega un montón de gente, todos con los brazos extendidos como la estatua mientras sus amigos se acuclillan frente a ellos para sacarles fotos. Supongo que la cosa tiene su gracia si la haces desde ese ángulo. En parte me gustaría intentarlo, sólo por ser normal, pero hete aquí que soy la única persona en este cerro que no lleva móvil. Hasta un niño pequeño está jugueteando con un teléfono en el suelo. Soy la única, literalmente, que no tiene ese cacharro que te conecta con el mundo, con tus amigos y las cosas que quieres y, en definitiva, con tu vida. Y ni siquiera sé por qué no lo tengo.

Bella les ha dicho cosas horribles a mis padres. Acaba de pasar. Ha estado aquí: la han conocido, por mucho que no sepan quién es. Debería pedirles perdón, compensarlos de algún modo, darles las gracias por haberme traído al mejor sitio del mundo y haberme

dado estas vacaciones increíbles. Pero no sé cómo hacerlo.

Hay tiendas de recuerdos y tenderetes que venden todo tipo de cosas con el Cristo Redentor estampado, y quiero comprar un imán para el frigorífico de casa, y recordar así este viaje que va a ser increíble porque nunca volveré a portarme así… Aunque ni siquiera sé cuándo regresaremos a nuestra cocina o, para el caso, si algo volverá a ser normal. Un hombre con cara de agobiado, una camiseta del Cristo y una gorra pasa a mi lado en dirección a la cafetería, y mi madre aparece justo en ese momento para cogerme del brazo y apartarme del camino. Me zafo de ella cuando en realidad lo que necesitaría es sollozar entre sus brazos.

Quiero una gorra. Quiero una camiseta. Quiero cosas con este sitio estampado, para que me sirvan de ancla. Miro el Cristo. Ojalá me redimiera de verdad. Lo observo con detenimiento. Tiene los brazos abiertos. Los pliegues de su túnica son muy bonitos. Me gusta su ropaje drapeado.

Necesito obligarme a ser amable. Lo hago a diario en el instituto. Soy capaz de halagar la estatua por los pliegues de su túnica, pero no de decirle algo bonito a mi madre.

Lo intentaré.

—Perdón —digo en voz muy baja—. Mamá, siento haberme puesto así en el tren. De verdad.

Me pasa un brazo por los hombros y tira de mí para darme un buen abrazo. La dejo hacer porque es mi mamá.

5

TREINTA Y TRES DÍAS

Entro en el comedor con un atuendo muy estudiado: mi conjunto nuevo, el pelo peinado con secador y lo que espero que sea la cantidad justa de maquillaje para parecer «natural». Repaso la sala con la mirada. Mi corazón late con fuerza, cada átomo de mí desea verlo y, al mismo tiempo, teme que, al volver a ponerle los ojos encima, la magia se disipe. Imaginaos que lo miro y sólo veo un tío ordinario. Imaginaos que posa sus ojos en mí y a continuación, con cara de aburrido, los dirige a otra parte. Lo de ayer fue tan mágico que a lo mejor ni siquiera ocurrió de verdad.

Escudriño cada rincón. No está aquí, no es ninguna de esas personas.

—¿Estás segura, cariño? —me ha dicho mi madre al verme lista para bajar—. No sé, ese conjunto es más de playa que de desayuno de hotel.

He tenido que respirar hondo y recordarme que debo ser simpática.

—No pasa nada. Esto es Río, y así voy vestida ya para el resto del día.

Tenía ganas de contestarle de mala manera, pero he conseguido contenerme. Luego me he acercado como para darle un abrazo, pero al final no me he atrevido porque dentro de mí había alguien muy molesto por que mi madre hubiera criticado nuestra ropa. He reculado en el último instante y se ha quedado un poco confundida.

Como es nuestra segunda mañana en el hotel, me siento como si ya controlara perfectamente las cosas. Voy directa al bufé y cojo un vaso de zumo de naranja. Me quedo junto a la mesa de la comida, preguntándome si de verdad podré atraer la atención del chico más

guapo del mundo durante un desayuno de hotel en Río de Janeiro.

Eso si es que aparece.

¿Y si regresó anoche a su país? ¿Y si ya no está aquí? ¿Y si no vuelvo a verlo nunca? Incluso es posible que esa mirada que intercambiamos ayer por la mañana sea la única vivencia romántica que experimentaré en esta vida…

La mera idea me produce una punzada en el pecho y me encoge el corazón. Mi cerebro parece temblar. Sería insoportable: mirar a los ojos de un desconocido, sentirlo todo y luego no volver a verlo.

Voy a dejar el zumo en la mesa. Mis padres están esperando a que venga la camarera que sirve el café. Tendría que haberme ofrecido a llevarles zumo. No sé por qué no lo he hecho.

—¿Queréis zumo? —pregunto entre dientes.

Ambos ponen cara de alegrarse por el detalle, pero rehúsan. Aun así, voy por dos vasos y se los dejo en la mesa, por si acaso cambian de opinión.

Vuelvo al bufé para servirme un plato de fruta, que tomo con cuchillo y tenedor mientras mamá va a buscar lo mismo para ella. Papá se sirve un poco de beicon y, por raro que parezca a estas horas, unas tostadas de jamón con queso. Sigue sin entrarme la carne; de hecho, en estos momentos estoy siguiendo una dieta cien por cien vegana consistente sólo en fruta. Si continúo así tendré una piel radiante y los ojos brillantes, pero mis buenas intenciones duran apenas unos minutos, hasta que bebo un poco de café y recuerdo las bolas de queso y voy y me sirvo un plato repleto.

Cuando me mira, tengo una bola de queso en la boca. De hecho, no sólo eso, sino que también estoy hablando con mis padres sobre si está demasiado nublado para subir al Pan de Azúcar en el teleférico.

—Digo yo que tampoco hace falta subir a una montaña tooodos los días… —opino.

Y al decir «tooodos», pongo tanto énfasis que me sale disparado de la boca un trozo de bola y se me queda unido a los labios por un hilo de queso fundido. Es entonces cuando levanto la vista y veo que el chico está muy cerca, mirándome.

Es la cosa más espantosa que me ha pasado nunca.

Está de pie justo en la mesa de al lado con sus dos amigos, y me sonríe, aunque la sonrisa se le ha congelado. Jolines, nunca lo había

pasado tan mal.

Ha visto cómo mi boca disparaba queso rebozado. Él esperando a que yo lo mirara, y yo voy y me pongo a escupir comida y, para colmo, se me queda unida a la boca por un hilo, un amable recordatorio, con pelos y señales, de lo que ha pasado. Lo ha visto y sigue viéndolo, y no hay manera de que salga de ésta bien parada.

Quiero morirme aquí mismo. Quiero que el hotel se incendie y tengamos que salir todos corriendo a la calle, a la playa, y meternos en el mar y no parar de nadar. Quiero que un volcán largamente inactivo se levante bajo el suelo de este comedor y nos arrastre a todos en una marea de lava. Me he puesto tan colorada que seguro que el pintalabios se me ha mimetizado con el resto de la cara. Es probable que hasta el pelo se me haya puesto rojo. Muevo la mano para romper el hilo de queso, pero no puedo recoger el trozo de bola pues sería como admitir que lo he escupido. Mi padre arquea las cejas en un gesto que no puede ser más cargante, y si le veo hacerlo es porque estoy mirando a todas partes menos al chico. Mi madre chasquea la lengua, recoge el trozo de comida con su servilleta, la dobla y la deja en el lado de la mesa de un cuarto comensal imaginario. Acto seguido, despliega la servilleta de este cuarto comensal con un gesto rápido y elegante y se la pone en el regazo.

No seré capaz de volver a dirigirle la palabra a mi chico. Todo romance que hubiéramos podido tener ya es historia antes incluso de empezar, y la culpa es mía y sólo mía. Lo raro es que no esté toda la sala señalándome y riéndose.

Clavo los ojos en la mesa y desconecto para no oír a mis padres, que siguen dándole vueltas a lo del teleférico. Me acabo el resto de bolas de queso en silencio. Apuro el zumo. Ignoro si él sigue mirándome, no puedo permitirme ni mirarlo de reojo.

Poco después, me levanto y vuelvo al bufé para servirme más zumo, porque el mal rato me ha dejado seca. Hay seis jarras de distintos zumos, pero voy directamente al de naranja, que está riquísimo. Estoy sirviéndomelo cuando, a mi espalda, una voz —que sé a quién pertenece antes incluso de volverme— dice:

—Me encanta tu pelo.

Tiene acento norteamericano, y una voz cálida y melosa que me atraviesa de medio a medio y hace que se me aflojen las rodillas.

Cierro los ojos. Creo que ya no importa demasiado que me haya visto escupir la bola de queso.

Vuelvo un poco la cabeza y lo miro, y entonces mi cara esboza su mejor sonrisa. Es la que llevo toda la vida guardando en la recámara, reservada para este momento.

—Gracias. —Consigo parar de verter zumo antes de que el vaso rebose, un punto positivo—. Nací así.

—¿En serio?

—Qué va.

—Ah… ¡ya! ¿Estás de vacaciones con tu familia?

—Más o menos. ¿Y tú… también de vacaciones?

No sé por qué, pero intento imitar su acento. Tengo la sensación de que mi inglés le va a sonar a niña tonta. Que voy a parecer Mary Poppins diciéndole a Bert: «¡Oh, qué cosas dices!»

—Sí. Estoy con unos amigos.

—Yo no suelo viajar con mi familia —me apresuro a aclarar—. Pero es por el trabajo de mi padre.

—Ah, qué suerte.

—Sí. —Quiero seguir hablando con él como sea. Quiero que nos acerquemos en la vida real a los lugares que hemos visitado en mi cabeza—. Me llamo Ella.

—Encantado, Ella, me alegro de conocerte. Yo soy Christian.

Quiero decir algo ingenioso. Quiero que piense que soy divertida.

—O sea, ¿eres cristiano o te llamas Christian? —Comprendo al vuelo que no pilla mi intento de broma. Ojalá no lo hubiera dicho. Las palabras se quedan suspendidas en el aire.

—Es mi nombre —responde con una sonrisa—. No soy muy religioso que digamos. Bueno, ¿y qué vais a hacer hoy?

Lo miro a los ojos.

—Están hablando de subir al Pan de Azúcar —respondo, aunque podría haber dicho cualquier cosa—, pero no saben si estará demasiado nublado.

—Nosotros igual. A lo de las nubes, me refiero. Por lo visto, mañana va a pegar bien el sol, y eso significa «playa». Así que vamos a aprovechar hoy para hacer turismo, antes de que haga demasiado calor. Queremos ir a la estatua del Cristo.

Estamos hablando también con los ojos, una conversación

totalmente distinta.

—Nosotros fuimos ayer. Es muy chulo.

—Bueno, pues a ver si nos vemos luego por aquí.

—Eso espero.

Christian me cuenta cosas maravillosas con los ojos, y el sol remonta el cielo, y las paredes y el techo se derriten, y estamos en medio de una playa de arena fina bajo los rayos dorados del atardecer, con esos querubines retozando a nuestro alrededor y tocándonos una serenata con sus arpas. Estoy sonriendo con tantas ganas que seguramente parezca medio alelada.

Se vuelve para coger un vaso, y entonces se vuelve de nuevo.

—Ah, por cierto, Ella, esta noche queremos ir al centro, por Lapa, para ver si pillamos algún grupo en directo y hacemos una ronda de bares. Si te apetece, ya sabes… ¿Te gustaría venir y…?

—¡Claro! —lo interrumpo—. ¡Me encantaría!

—Genial. Entonces nos vemos luego. ¿Sobre las nueve en el vestíbulo?

—Perfecto.

Mientras regreso a la mesa sé que mis padres me observan; no les habrá hecho ninguna gracia que hable con un chico, de hecho les habrá parecido un horror. Y eso que ignoran que he quedado con él a las nueve para ver si «pillamos algún grupo en directo y hacer una ronda de bares» por el centro de Río.

Ya encontraré la forma de montármelo.

—¿Todo bien? —pregunta papá.

—Ella… —Mamá me mira con el ceño fruncido.

Me da todo igual. Esta noche he quedado. Nuestros ojos se encontraron ayer. Hoy me ha invitado a salir con sus amigos. Vamos a vernos esta noche. ¡Sabía que Río sería el séptimo cielo!

Ojalá pudiera contárselo a Jack. Ojalá hubiera venido conmigo, para conocer gente y salir a bailar. En su familia son ultrarreligiosos, en el peor de los sentidos; son de los que creen que la mujer debe quedarse en casa y que Dios es un señor blanco que hizo a la mujer a partir de la costilla de Adán. No les gusta que su hijo sea amigo de Lily porque no es blanca. Creen que la homosexualidad es una anomalía y una abominación. Lo último que querrían es un hijo gay. No me gustaba nada ir a su casa y recibir su aprobación, sobre todo cuando todavía era rubia, la novia apocada

ideal para su hijo.

Espero que Jack también llegue algún día a experimentar este rayo fulminante. Espero que encuentre a alguien que lo haga sentirse en las nubes, en el mejor sentido de la expresión. Que conozca a su Christian.

—Sí —le digo a papá—. Sí, todo estupendo. Se están planteando ir hoy al Cristo Redentor.

—Pues tendrían que haber ido ayer —salta mi madre—, que estaba despejado. En fin, vamos a pensarnos lo del Pan de Azúcar. Podemos preguntar en recepción, a ver qué nos aconsejan. Si lo dejamos para esta tarde, tal vez entretanto se despeje un poco.

—Lo que veáis mejor —les suelto, y me doy cuenta de que mamá me mira con desconfianza.

A las nueve en punto de la noche, con voz entre desenfadada y temblorosa —es muy importante que me salga bien la jugada—, digo:

—Bajo un rato al vestíbulo.

Mi madre frunce el ceño. Parece que no sepa hacer otra cosa, la verdad.

—¿Ah sí, cariño? ¿Y eso?

—Quiero coger unos folletos en recepción. Seguro que podemos hacer y ver más cosas, y me gustaría averiguar qué opciones hay.

Mi padre se levanta como dispuesto a acompañarme.

—Yo sola —le suelto con una sonrisa, aparentando total normalidad—. Por una vez. Vuelvo dentro de cinco minutos y, si veis que no vuelvo, bajad a buscarme. Os juro que no saldré del edificio.

Se miran. Suspiran. Salgo de la habitación.

Christian está en el sofá del vestíbulo con sus dos amigos, esperándome.

Lo miro.

Me mira.

El tiempo se congela y contengo la respiración. Todo es igual de deslumbrante y mágico que esta mañana.

—Hola, Ella —me dice.

Los tres se levantan, listos para salir.

—Qué pelo más chulo —me dice la chica.

—Ésta es Susanna y éste es Felix —nos presenta Christian, que se adelanta y me da dos besos, uno muy cerca de los labios.

Me tiembla la piel de arriba abajo, una sensación de lo más insólita.

Creen que voy a ir con ellos. Y podría; podría seguirlos sin más, subir al taxi y luego pensar en todo lo demás.

Ojalá pudiera.

Pero no soy capaz.

—Todavía no puedo salir —les explico—. Lo siento. Pero me escaparé dentro de un par de horas. ¿Podemos quedar más tarde? ¿Dónde vais a estar? Ah, y… hola, perdón.

Christian parece algo decepcionado, pero acaba resignándose.

—Claro… Nos vemos luego. Tendrás que coger un taxi y decirle que te lleve a Lapa. Nos vemos en un bar que se llama Antonio's. Está en una esquina. Si no lo encuentras, pregunta a alguien. Espero que puedas venir.

—A las once estoy allí —respondo, y él asiente y se marchan.

En cuanto me aseguro de que mis padres están roques, salgo de la cama. Me he cambiado entre las sábanas y me he maquillado en el baño en cuanto han apagado la luz del cuarto, para que no me vieran. Ahora sólo me queda coger los zapatos, repasar los bolsillos (el dinero en uno y la tarjeta de la habitación en el otro) y abrir la puerta con el mayor sigilo.

Se oye un leve frufrú cuando la puerta roza la moqueta, pero ellos ni se inmutan.

Aguardo un momento en el umbral y, al ver que reina la tranquilidad, salgo al pasillo y con mucho cuidado cierro la puerta, que emite un leve chasquido.

Me quedo parada un momento, pegando el oído, pero no pasa nada. Bajo una planta por la escalera, pues el ascensor emite un sonoro *pim* cuando se abren las puertas. Luego bajo una planta más, para asegurarme.

Llamo al ascensor desde el noveno piso. Llega. Me quedo mirando mi reflejo en el espejo. Me echo el pelo sobre un hombro, pongo morritos como si estuviera posando para una foto y repaso con ojo crítico mi figura. Todo bien. Llevo unos vaqueros cortísimos y un chaleco celeste de pedrería.

Me preocupa que el recepcionista me vea escabullirme y llame a mis padres, pero el hombre apenas levanta la vista cuando atravieso el vestíbulo. La luz es intensa y se refleja por doquier en el mármol; todo reluce a mi alrededor. Le sonrío al portero de noche, que me saluda con la cabeza y se hace a un lado para dejarme pasar por las puertas automáticas.

—¿Taxi?

—*Sí, por favor* —contesto en español.

Lo sigo hasta la acera recalentada y el calor de la noche. Él levanta la mano y, unos segundos después, se detiene ante nosotros un taxi amarillo. El portero me abre la portezuela y la cierra de golpe en cuanto estoy dentro, y el coche arranca sin más.

—Lapa. ¿Antonio's? —digo, pronunciando lo mejor que puedo, y el taxista acelera.

Me he escapado.

Estoy en un taxi en Río.

Tengo la impresión de estar sola por primera vez en mi vida. Todo es posible en este mundo. Mis padres no saben dónde estoy, y puede que sea la primera vez que pasa. Siempre han sabido más o menos qué estoy haciendo y dónde; siempre me han tenido bajo llave, vigilada. Y ahora eso se acabó.

Espero encontrar el Antonio's. He quedado con Christian a las once y ya son menos diez, de modo que, si el trayecto no es muy largo, seguramente llegaré a tiempo.

Miro por la ventanilla. Es de verdad, estoy aquí, está pasando. He salido sola y por primera vez en mi vida siento que soy realmente yo. Ésta soy yo. Ésta es la verdadera Ella Black. Todo parece hiperreal, y quiero aferrarme a esta sensación para que no desaparezca nunca.

Sigo observando por la ventanilla. Está casi todo a oscuras, salvo pequeños núcleos de vida nocturna aquí y allá. La calle parece una autovía y no hay mucho tráfico. El taxi avanza cada vez más rápido, cambiando de carril sin motivo, saltándose los semáforos en rojo cuando ve el cruce despejado. En sentido contrario se nos acercan a toda velocidad faros brillantes que pasan a nuestro lado como una exhalación. Puede que cuando llegue a Lapa no encuentre a Christian, ni siquiera el bar. Y casi tengo la sensación de que me da igual.

Les he dado esquinazo. Voy en el asiento trasero de un taxi y siento que puedo respirar. Pase lo que pase, al menos me quedarán estos momentos.

Voy fijándome en las calles mientras seguimos los letreros que indican LAPA. El taxista aminora por fin cuando llegamos a una serie de enormes arcos blancos que atravesamos por debajo. Miro a mi alrededor y alucino.

Aquí está todo el mundo. Hay mesas a ambos lados de la calzada y gente en las terrazas, sentadas y de pie, bebiendo, charlando, riendo y bailando. Está tan abarrotado que no sé si conseguiré dar con Christian y sus amigos, pero no pasa nada. Le he cogido doscientos reales de la cartera a mi padre, así que, llegado el caso, puedo volverme al hotel en taxi.

El taxista detiene el coche en la explanada de un taller cerrado.

—Lapa —me informa con una sonrisa.

—¿Antonio's? —le pregunto.

Pero el hombre se encoge de hombros, así que yo hago otro tanto y, como veo que el taxímetro marca cuarenta reales, le tiendo un billete de cincuenta y me da el cambio.

—*Gracias* —le digo en español.

—*Obrigada* —me corrige.

Lo repito mientras bajo, y de pronto me veo envuelta por el ruido, la música y una buena acogida instantánea.

Nadie intenta atracarme. Nadie me amenaza. Y, en general, nadie se fija mucho en mí. Camino lentamente entre el gentío, intentando ver el nombre de los bares. Suena música brasileña a todo volumen aquí y allá, en una alegre colisión de ritmos que se me sube a la cabeza y hace que me sienta rabiosamente viva.

Mis padres jamás me encontrarían en un sitio así. Imposible. Puedo quedarme todo lo que quiera, porque nadie sabrá dónde estoy. Inspiro el aire nocturno, el calor, la música y la vida.

Encuentro el Antonio's al final de la calle, haciendo esquina, tal como me ha dicho Christian. Es un hervidero de gente, con todas las mesas ocupadas y docenas de personas de pie. El bar está abierto a la calle por ambos lados.

Si el chico de mis sueños está aquí, en este lugar y entre este gentío, seré la chica más feliz del mundo; la más feliz que ha existido sobre la faz de la Tierra.

Zigzagueo entre las mesas fijándome bien en la gente. Todo el mundo bebe cerveza o ese cóctel verde que tanto le gusta a mi madre.

Esto no tiene nada que ver con salir en Inglaterra.

La gente me sonríe mientras me abro paso, y se hacen a un lado cuando pueden. Algunos hombres me dicen «*Olá*» o «*Hello*» (es evidente que tengo pinta de extranjera), pero no es nada intimidatorio, y además no parecen esperar respuesta. Atravieso el bar entero y sigo sin ver a mi chico, pero apenas me importa porque soy feliz. Aunque sólo me dé una vuelta por aquí y luego coja un taxi de vuelta al hotel, esta salida ya habrá sido un éxito rotundo.

Oigo que alguien grita «¡Ella!», pero cuando me vuelvo no lo veo. Es su voz, estoy casi segura; y además tiene que ser él, porque es el único que sabe mi nombre.

—Ella —repite, y esta vez me da un toquecito en el hombro.

Vuelvo la cabeza y lo tengo delante, y estoy tan feliz que me vuelvo y lo abrazo sin más.

Él me abraza a su vez, y luego me coge por la cintura con ambas manos. Tengo la mejilla pegada a su camiseta y siento el latido de su corazón.

Me acaricia el pelo y sigue apretándome con fuerza. Yo tampoco lo suelto. Me da un beso en la coronilla. Sí, puede que nos hayamos saltado unos cuantos pasos en eso de «conocerse».

Como el primer día que lo vi, tengo la sensación de que siempre ha vivido en mi órbita y de que toda mi vida ha estado encaminada hacia este encuentro. Lo conocía, nos conocíamos, aunque hasta ahora no habíamos coincidido ni en el tiempo ni en el espacio.

—¡Has venido! —me dice, un poco por encima de mi oreja.

Me despego lo justo para poder hablar.

—Sí, lo he conseguido. He esperado a que mis padres se durmieran para salir sin que se dieran cuenta, y luego he pillado un taxi.

—Mis amigos creían que no aparecerías. Pero yo sabía que sí, y aquí estás…

Me limito a asentir.

—Eso sí, será mejor que vuelvas antes de que tus viejos se den cuenta. No quiero que tu padre se vuelva loco y me mate.

—No es su estilo. Además, si a mi regreso los encuentro

despiertos, les diré que no podía dormir y he bajado a dar un paseo. Se cabrearán y me dirán que ha sido una estupidez. —Me encojo de hombros.

—Vaya… Parece que se te da muy bien todo esto.

Por un momento, me los imagino despiertos. El portero les contará que me ha pedido un taxi, pero ha cerrado la puerta antes de que yo dijera «Lapa», así que ahí se pierde mi rastro. Quizá creerán que he ido al aeropuerto.

Miro a Christian. Sigo entre sus brazos. Quiero quedarme así para siempre, con la cara a unos centímetros de su pecho. Contemplo su hermoso rostro, sus pómulos, su pelo reluciente, todo su ser. Siento como si no pudiera hacer otra cosa que seguir mirándolo por toda la eternidad.

—Vamos a pedirte una copa —me dice, y nos dirigimos hacia donde están sus amigos.

Extiende una mano hacia atrás, yo se la cojo y atravesamos el gentío sin apenas despegarnos. Están en una mesa diminuta, alta y redonda, y su amigo (Felix, si no recuerdo mal) se baja del taburete para que me siente, o más bien, me encarame.

Ambos me sonríen y me saludan, «qué tal» y demás. La chica, Susanna, que tiene una bonita cabellera larga y morena, me dice:

—¡Uau, has venido! Me alegro de poder conocerte en condiciones, Ella.

Hablo midiendo mis palabras, pero a ninguno parece importarle qué digo exactamente. Christian se ofrece a pedirme algo: ¿me apetece una caipiriña?

—Sí, por favor —le contesto, aunque no sé de qué me habla.

Aparece un camarero y los tres hablan en portugués con él mientras yo me dejo llevar. Llega una copa, y es la bebida verde clara con la pajita. Le doy un sorbo y me cuesta no toser, escupir o dejar entrever que es la primera vez que la pruebo. Está mucho más fuerte de lo que creía. No me la había imaginado tan amarga ni con tanto sabor a lima. Es increíble que mi madre se las haya estado bebiendo a pares en mi propia cara.

Parece que cuela. Aunque tal vez a nadie le interesa mi reacción. No soy el centro del universo; soy sólo una acoplada, toda Ella sin asomo de Bella, lo que me alegra mucho y, además, resulta esperanzador. El alcohol se me sube a la cabeza y me entra tal

mareo que no me veo capaz de levantarme. Le doy otro sorbo. Christian está a mi lado y tiene la mano entre mis clavículas. Me balanceo y me pego más a él, y él se me acerca hasta que nos rozamos de arriba abajo. Ahora tengo su mano en el hombro. Me apoyo en él y me quedo con la cara reclinada en su pecho.

Ni siquiera sé de qué están hablando. Voy deduciendo de dónde vienen por lo que dicen: son de origen cubano y viven en Miami. Entonces Felix me pregunta de dónde soy. Respondo que de cerca de Londres porque, en fin, mi ciudad está relativamente cerca, y cuando pregunta qué estoy haciendo en Río, le digo sin más:

—No tengo ni idea.

Todos ríen.

—¿De verdad? —pregunta Felix, levantando el vaso para brindar.

—¡Pues sí —digo gritando para que me oigan—, no lo sé! Mis padres se presentaron en mi instituto y me trajeron aquí directamente, pero sin explicarme por qué.

Decirlo en voz alta es lo más liberador que he hecho en mi vida; llevo dos días dándole vueltas a lo mismo, y ahora puedo contárselo a alguien. Les hablo de todos mis miedos y suposiciones, y ellos me escuchan. Los deja muy descolocados la mención del instituto.

—¿Todavía vas al instituto? —Felix parece el más sorprendido —. ¿Has oído, Christian? Va al instituto.

Pero él se encoge de hombros y apunta:

—Ahora no está allí. ¿Y cuándo crees que te lo contarán?

Sorbo por la pajita. Esta bebida baja muy rápido.

—Espero que pronto.

Susanna se inclina y me da un beso en la mejilla.

—Dios, qué raro, debes de estar flipando —me dice.

Huele de maravilla.

Un rato después, voy andando con Christian, su brazo sobre mi hombro y el mío por su cintura. Las calles están abarrotadas y vamos por el borde de la calzada. Estoy medio mareada y feliz, pero tengo que volver al hotel.

Entre la multitud se eleva un hombre montado encima de algo, cantando por un micrófono. El acompañamiento musical llega de un altavoz. La percusión lleva la nota cantante. Es contagiosa. Mis pies

quieren bailar. La gente se ha ido parando y baila alrededor de él. Me fijo en los pies de una mujer. Da pasos contundentes y rápidos en una danza irresistible: la parte superior de su cuerpo permanece en reposo mientras sus pies hacen locuras maravillosas. Quiero imitarla. Me aparto de Christian y sigo los pies de la mujer, intentando que los míos repitan sus pasos. No me sale bien, aunque el movimiento me despeja la cabeza y me hace sentir de maravilla. Tengo la sensación de que Christian está observándome, pero no puedo mirarlo porque estoy absorta en los pies de la danzarina. La música me hace vibrar de arriba abajo.

Es una sensación increíble.

Esta mujer baila mil veces mejor que yo, y me gusta que sea así. Sigo pisando con fuerza, sintiendo el ritmo e intentando seguir los pasos.

Y entonces la música se detiene.

Christian me rodea con los brazos.

Sé que voy a besarlo.

Sé que va a besarme.

Es la primera vez que beso a un chico. Es una sensación completamente nueva. Nunca he abrazado a alguien que a su vez me abraza, ni he pegado mi cuerpo contra otro ni me he sentido atraída como por un imán.

No hay nada más en este mundo, somos las únicas personas sobre la superficie del planeta. Jamás habría imaginado que pudiera ser así.

Echo la cabeza atrás y él se inclina hacia delante. Nuestros labios se tocan, al principio despacio, como tanteando. Me atraviesa una descarga eléctrica que parece aunar toda la energía del universo. Después nos besamos de verdad, dos persona unidas por los labios, y el tiempo se paraliza. Quiero quedarme así, aquí y ahora, en este lugar y con este chico por siempre jamás.

La música se reanuda en cierto momento, pero apenas la oigo. Hay gente bailando a nuestro alrededor, pero no me importa. Estamos en medio de todo, en el calor de la noche brasileña, y lo beso.

Es todo lo que siempre había querido, y eso que ni siquiera sabía que existía. Estoy en medio de una calle de Río en una cálida noche otoñal, y soy otra persona. Soy una Ella feliz, una Ella que baila.

Soy Ella Enamorada.

Un poco más allá, Christian se para en un tenderete que hay bajo los arcos blancos por los que he pasado antes y pide otra caipiriña para los dos. Luego me pregunta si podemos hacer algo juntos mañana. Me muero de ganas de volver a verlo mañana. No quiero separarme de él nunca más. Quiero pasarme la vida mirando su rostro perfecto, con ese pequeño lunar que tiene en la mejilla.

—Sí —respondo—. No se lo podré decir a mis padres, pero ya improvisaré algo.

—¿De verdad? ¿Estás segura? No quiero ser el malo de la película.

—No lo serías ni aunque quisieras. —Medito un momento. Tengo la cabeza despejada—. Podría hacerme la enferma. Si consigo que salgan a la calle sin mí, podemos vernos en el hotel.

Las palabras se quedan suspendidas en el aire.

—Sí, eso sería genial. Quizá nos veamos en el desayuno, ¿no? Eres una tía fabulosa, Ella.

Me río. Es la primera vez que alguien me llama «fabulosa» o algo remotamente parecido. Es una frase extraña, pero me encanta porque la ha pronunciado él.

—Y tú un tío fabuloso, Christian.

Me sonríe.

—Si consigues que tus padres se larguen, tal vez puedas pasarte por mi habitación…, ¿no crees? —Me coge de la mano y entrelazamos los dedos.

Me encanta que lo haya dicho. Algunas veces, Jack y yo habíamos dado a entender a la gente que manteníamos relaciones, pero en realidad nunca me lo planteé, ni con Jack ni con nadie. El sexo, simplemente, no me interesaba. Pero ahora que tengo a Christian es lo único que deseo en este mundo.

—Sí, sí, por favor. —Le diré que es mi primera vez. Se lo contaré todo. Quiero que lo sepa todo sobre mí.

El cóctel del tenderete está muy cargado. Será mejor que no beba más o acabaré fatal. Me basta el primer sorbo para tenerlo claro.

—¿Crees que podremos conseguir un taxi? —le pregunto a Christian—. Tengo que volver. Ha sido la mejor noche de mi vida… Lo digo en serio.

Nos quedamos mirándonos.

—¿De tu vida? —repite en voz baja—. Eso es mucho decir… Pero sí, claro, mejor que vuelvas al hotel sana y salva. Te acompaño.

—No, no hace falta, de verdad. Si me están buscando, no quiero que te metas en un lío. Acompáñame a buscar un taxi. Les diré que he salido sola y ya nos vemos mañana por la mañana.

Me mira con una sonrisa de medio lado, y me entran ganas de quedarme besándolo el resto de la noche.

—Adiós, mi chica fabulosa.

Y un momento después estoy de vuelta en el asiento trasero de otro taxi amarillo. Christian le ha dicho al taxista cuál es nuestro hotel y me ha dado un billete de cincuenta para la carrera, a pesar de que me queda dinero ya que no he pagado nada en toda la noche, aparte del primer taxi.

Intento controlar la borrachera, pero estoy radiante y no quiero volver a sentirme corriente en la vida. Nunca volveré a ser la misma. He besado a un tío fabuloso. Esta noche será mía para siempre. Lo decía de verdad: ha sido la mejor noche de mi vida. Lo ha cambiado todo. Mañana voy a encontrarme con Christian en su habitación, y la espera me resultará insoportable. Quiero contárselo a Jack, seguro que se alegraría por mí. Y a Lily, que se emocionaría tanto como yo y luego me diría que tuviese cuidado.

El taxi se detiene ante el hotel. Aparece el mismo portero, que me abre la portezuela. Pago la carrera y dejo una propina generosa, ahora mismo amo a todo el mundo.

Piso la acera con el corazón en vilo, pero no veo policías por ninguna parte. Y en recepción no están mis padres. De hecho, el vestíbulo está desierto. El portero tampoco parece prestarme mucha atención. Lo saludo y atravieso el vestíbulo en semipenumbra, rumbo al ascensor, y mientras lo espero contemplo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero.

Parezco la chica más feliz del universo. Parezco una chica que ha estado bailando en la calle y besándose en la calle… y enamorándose.

Enamorándose…

Me he enamorado.

Me

he
enamorado.
Nada volverá a ser igual.

6

TREINTA Y DOS DÍAS

—Me duele la cabeza —digo, cerrando los ojos para no ver a mi madre. Me encuentro fatal. No puedo ni levantarme.

—Ay, pobre.

Viene a sentarse al borde de mi cama y me pone una mano en la frente, como cuando era pequeña y me ponía enferma o, más tarde, cuando intentaba librarme del instituto para evitar a Tessa, o porque sentía a Bella rondándome y sabía que iba a necesitar quedarme en mi cuarto, a solas.

Se ha inclinado sobre mí y su pelo me hace cosquillas en la cara; es decir, está tan cerca que sin duda le llegarán mis efluvios. Y bebe caipiriñas todas las noches, así que seguro que reconoce el olor. Salto de la cama y corro con mucho dramatismo hasta el baño, donde me quedo sentada en el váter el tiempo suficiente para que crea que he pillado algo. Luego tiro de la cadena y paso un buen rato lavándome los dientes a conciencia.

Anoche entré a hurtadillas en la habitación, cerré la puerta con mucho sigilo y me metí en la cama. Mi madre refunfuñó un poco entre sueños, pero yo me escondí bajo las sábanas y me puse el pijama.

No se han enterado de nada.

Ya que estoy, decido ducharme. Probablemente huelo a alcohol, desprendo olor a calle y tengo suciedad donde ayer no tenía… Si quiero librarme del todo y que no me pillen, he de estar fresca y parecer inocente.

Tengo los pies sucios.

Tengo los pies sucios porque anoche bailé en chanclas por la calle.

Bailé con Christian a mi lado.

Me los froto bien.

—¿Estás mejor? —me pregunta mamá cuando salgo con el mismo pijama, pero con el pelo mojado, los dientes limpios y rezumando buen aroma por todos los poros.

—Sí, gracias.

—¿Has vomitado?

—No; es la barriga, que la tengo un poco rara.

—¿Crees que te sentará bien el desayuno?

Tengo que bajar a desayunar para ver a Christian. Espero que no se haya hecho demasiado tarde, aunque seguro que ellos tres tampoco habrán madrugado.

—Intentaré comer algo.

—¿Estás segura?

—Sí.

Lo digo con cierta debilidad en la voz, pero también con rotundidad. Estoy muerta de hambre. Y seguro que así también se me pasa un poco la resaca. Quiero zamparme todas las bolas de queso que haya y beber café y agua por un tubo.

Aunque lo único que realmente necesito en este mundo es ver a Christian.

Me alegro de haber vuelto a tiempo. Mis padres me han estado ocultando algo, así que les pago con la misma moneda.

Al bajar en el ascensor me siento mal. A mi madre le preocupa que pueda haber pillado alguna temible enfermedad tropical (una mutación de la gripe de los simios, por ejemplo). Me gustaría tranquilizarla, pero no puedo.

Papá hace lo que está en su mano.

—Yo no te veo tan mala cara —dice, evaluándome en el espejo.

Por un momento pienso que sospecha la verdad.

El ascensor se detiene en la octava planta, de modo que nos hacemos a un lado para dejar sitio. Cuando se abren las puertas, resulta que son Christian, Felix y Susanna.

Se me aflojan las piernas y siento la piel electrizada.

Lo miro y él me corresponde. Sonrío disimuladamente y él sonríe con ganas. Noto que mis padres se ponen tensos, mostrando su desaprobación.

—Hola —digo a Susanna.

—¿Qué tal? —responde ella, y espero que, por favor, por favor, recuerde que es todo un secreto y no me pregunte si llegué bien o me cuente cómo siguió la noche.

Nadie dice nada más y el ascensor llega por fin a la planta baja. Tengo un temblor en el vientre, lo único que quiero es volver a besar a Christian y quedarme a solas con él. Odio a mis padres por estar aquí e impedírmelo.

Me quedo rezagada y Christian hace lo mismo, fingiendo que rebusca algo en los bolsillos. Mis padres salen, seguidos por Felix y Susanna. Christian y yo nos rozamos en silencio al pasar, y mi alma se pone a trinar alegremente. Por supuesto, mis padres están esperándome al salir, por lo que no podemos ni besarnos ni hablar; aun así, nuestros cuerpos se tocan y me siento viva.

Intento transmitirle a Christian la necesidad de hablar y trazar un plan, pero entramos todos en tropel en el comedor y cada uno da su número de habitación a la mujer del mostrador, que nos tacha de la lista. Después, voy con mis padres a una mesa, mientras que mi chico guapo y sus amigos van a otra. Cada vez que levanto la vista, Christian está mirándome. Le devuelvo la mirada.

—Mejor que esta mañana no comas tanta fruta, cariño —me dice mamá, que no se ha enterado de que he hecho todo el trayecto del ascensor mirando al chico del que adoro hasta la última molécula… y sigo haciéndolo—. Si tienes un poco de diarrea, mejor que tomes sólo carbohidratos.

Menos mal que no lo ha dicho en el ascensor.

Casualmente, los carbohidratos son justo lo que me apetece. Voy directamente al bufé y me sirvo un plato de bolas de queso, un buen cucharón de huevos revueltos y dos panecillos blancos. Lo dejo todo en la mesa y vuelvo por un vaso de agua. Cuando llega la camarera con el café, le digo que me apetece solo y ella me lo sirve, pese a la cara que pone mi madre porque el café no es bueno para «estos casos». No me doy por aludida, me acabo el plato, bebo el café y el agua y me siento mucho mejor. Así que voy y repito de todo.

—Se ve que no te afecta al apetito —comenta mi padre.

—Ya.

Seguimos con el desayuno sin decir nada más. Veo las noticias de Brasil en la pantalla que hay en un extremo de la sala; aparecen imágenes de una selva tropical rodadas desde un helicóptero y

también nubarrones de humo, y entonces oigo que Christian, Felix y Susanna se ríen. Espero que no estén burlándose de mí por estar aquí con mis papis.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunto.

Mis padres se miran.

—Bueno… dependerá de cómo estés, cariño —responde mamá.

Papá no está muy hablador. Creo que están otra vez discutiendo en silencio. Él me lo quiere contar y ella no. Han reconocido que pasar, pasa algo. Ya ni siquiera se molestan en fingir que él tiene que atender asuntos de trabajo. Era la mentira más penosa y menos convincente que he oído en mi vida.

—Yo me siento fatal —digo—. Voy a meterme en la cama. Pero salid vosotros. Podéis bajar a la playa o pasear por ahí. Yo me quedaré durmiendo en el cuarto. Así podréis hablar de vuestro secreto sin que me entere.

Lo digo para ver si papá se cabrea y decide contarme qué está ocurriendo de una vez, pero no cuela. Se limita a cerrar los ojos.

Mi madre respira hondo y dice:

—No pienso dejarte sola si estás tan mal.

—Ni si estoy bien, ¿eh? Sólo quiero tumbarme en el cuarto a descansar toda la mañana. ¿De verdad hace falta que te quedes sentada a mi lado en la cama, mirándome todo el rato? ¿Piensas quedarte en una habitación a oscuras en un día soleado en Río, a una manzana de la playa de Copacabana, porque no te atreves a dejarme sola?

Ninguno responde. En la pantalla del televisor, una rubia muy maquillada entabla conversación con una marioneta de un loro.

Christian se ha levantado. Cuando volvemos a intercambiar una mirada, me señala el ascensor con la cabeza y arquea una ceja.

Me cojo la barriga con la mano.

—Dadme la tarjeta de la habitación. Tengo que ir al baño.

Papá me la tiende. La cojo y salgo corriendo de la sala. Llamo al ascensor y subo en cuanto llega. Mantengo pulsado el botón de puertas abiertas, y poco después aparece Christian. Esperamos a que se cierre para pulsar el botón de la última planta.

Nos miramos y reímos.

—¡Conseguiste volver! —me dice.

—No se han enterado de nada.

En el acto nos apretujamos y nos besamos, nos besamos y nos besamos. Presiono todo mi cuerpo contra el suyo. Alarga las manos y me palpa las caderas. Quiero ir directamente a su habitación, quitarme la ropa al vuelo y quedarme allí todo el día y toda la noche, todo el día y toda la noche, todo el día y toda la noche… Lo único que quiero es a Christian.

Pero, en lugar de eso, las puertas se abren con un *pim* y no estamos en la última planta, sino en la novena, y tenemos delante a una pareja muy blanca, preparada para pasar el día fuera y visiblemente fastidiada al ver que el ascensor no va vacío. Además, aún estamos entrelazados, y encima vamos hacia arriba. Igual suben, y Christian y yo nos quedamos muy juntos. Soltamos alguna risita nerviosa y, cuando llegamos a la última planta, salimos y bajamos por la escalera hasta la undécima cogidos de la mano.

—Los convenceré de que salgan. No tengo mi teléfono, pero estoy en ello. De momento, no puedo escribirte ni llamarte.

—¿Estás sin móvil? Bueno, a lo mejor puedes llamarme a la habitación cuando estés lista. Aunque sólo salgan… no sé, media hora o así, puedes venirte. Sería genial de verdad que pudiéramos vernos. Es la 816.

Le sonrío y él hace otro tanto.

—Será mejor que entre —digo ya en la puerta de mi habitación —. Seguro que mi madre aparece dentro de nada para ver si estoy bien.

—Entendido.

Sonríe y me besa en los labios. Un instante después, estoy en la habitación y Christian se ha ido. Doy vueltas por el baño asegurándome de desordenar un poco, bajo la tapa del váter y tiro de la cisterna, vuelvo a lavarme los dientes y me miro en el espejo.

Me brillan los ojos. Tengo las mejillas encendidas.

—Mi novio se llama Christian —digo en voz alta—. Es un chico de origen cubano y ahora vive en Estados Unidos.

Ojalá pudiera contárselo a Jack. Ahora tengo novio de verdad, se llama Christian y dentro de un rato iré a su habitación, la 816. No tengo ni idea de qué ha pasado con mi vida, pero de momento me gusta.

Llaman a la puerta. Como seguro que es mamá, pongo cara de enferma antes de abrir.

—Ay, cariño —me suelta al entrar—. Mira, lo mejor es que vayas abajo y te sientes en un sofá del vestíbulo. Puedes hojear los folletos esos que te gustaron. Mientras tanto, yo pediré que suba una camarera a hacer la habitación, para que tengas las sábanas limpitas. Luego ya te metes en la cama, ¿te parece?

Asiento y pongo la cara más triste que puedo. El desayuno ha borrado casi todo rastro de resaca y me encuentro de maravilla, pero no debo traslucirlo.

—Se te ve un poco febril.

Vuelvo a asentir: sí, estoy un poco febril.

En la cama se está tan a gusto que sin duda acabaré quedándome dormida. Mi madre se ha puesto a leer en la suya y de vez en cuando me mira de reojo. Poco después acabo echando un sueñecito tan reparador que elimina por completo los efectos de los cócteles callejeros. Cuando despierto, estoy sola. La puerta del baño está abierta. Me incorporo. Con un poco de suerte, me dará tiempo a ir a ver a Christian antes de que vuelva mi madre y, si vuelve antes que yo y no me encuentra en la habitación, siempre puedo decirle que he ido a dar un paseo por la playa para airearme.

Me ha dejado una nota en la mesita, escrita con su recargada letra inclinada:

Ella, cariño:

Tu padre y yo hemos bajado a la playa a dar un paseo y tomar un café. ¡No tardaremos! Es estupendo verte dormir tan plácidamente. Espero que te recuperes pronto.

Besitos,

Mamá

No pone la hora en que la ha escrito y me siento desorientada. El despertador de la mesita de noche marca las doce y media.

Cojo el teléfono y hago una llamada interna a la habitación 816, que suena, suena y suena. No puedo esperar que Christian se quede en su cuarto mirando el teléfono todo el día por si consigo llamarlo, pero aun así me decepciona un poco. Sigo intentándolo; quizá está en la ducha, o a lo mejor vuelve pronto a la habitación o está al otro lado de mi puerta intentando inventarse una excusa para llamar.

Abro la puerta. Nadie.

Me quedo un rato en la cama, pero mis padres no vuelven. Pruebo a llamarlo otra vez. Nada. Pienso en mi salida nocturna. Procuro rememorar hasta el último detalle. Revivo nuestro momento en el ascensor esta mañana. Vuelvo a llamar. Y luego otra vez.

Sólo entonces caigo en que estoy sola en una habitación con las cosas de mis padres, y todas las respuestas han de estar aquí. Lo único que necesito es poder acceder a ellas. Estoy en «la habitación del secreto» y, ya que no doy con Christian, al menos puedo tratar de descubrirlo.

Todo lo que les parece importante se halla a buen recaudo en la caja fuerte. Está cerrada a cal y canto, con un código de cuatro dígitos que ellos mismos han establecido. Ya probé con mi cumpleaños, 1711, pero vuelvo a probar, por si acaso. No es eso. Que no hayan utilizado mi cumpleaños significa que quieren ocultármelo a toda costa. Pruebo con su aniversario de bodas: 0606. Tampoco. El cumpleaños de mamá es el 21 de octubre, y el de papá el 4 de mayo, lo que le permite hacer bromas tontas sobre *La guerra de las galaxias*. Tampoco, ni siquiera la combinación de ambas fechas, 2104.

No han usado ningún número que yo pudiera adivinar. Si lo han puesto totalmente al azar, no voy a dar con él. Pruebo con 1234, por si acaso, y luego con 4321. Pruebo con 2468 y luego con 8642.

¡Bingo! El mecanismo repiquetea y la puerta se abre sola. Han intentado ponerme un acertijo imposible, pero está claro que no conseguirían ningún trabajo de superespías.

Cojo el móvil y me lo guardo en el bolsillo. Joder, por fin puedo recuperar mi vida. Estoy deseando contarles todo lo que ha pasado a Jack y Lily. Por una cuestión de principios, cojo también el pasaporte y me lo meto en el otro bolsillo.

Mi atención se centra por fin en los sobres. Me tiemblan las manos mientras los saco. Al menos tengo la cabeza despejada y Bella no está aquí para ofuscarme. Es un alivio. Pero, alto ahí, en realidad no tengo por qué hacerlo. ¿Debería devolver todo a su sitio? No sé si quiero saberlo.

Lo cierto es que no tengo ni idea de lo que me voy a encontrar. Mi padre me dijo que no me pasaba nada, que no estoy enferma.

¿Debo creérmelo? Aunque no se me ocurre qué más podría ser. Ojalá se me ocurriera algo. Cualquier cosa sería mejor que eso.

Quizá me convenga más no saber.

Corro el pestillo por dentro para que no puedan entrar si vuelven, y vacío el contenido de ambos sobres en la cama. En uno hay no sé qué historia de un seguro de viaje y un recibo de cambio de divisas. En el otro hay una carta de un abogado en papel con membrete.

La leo. Y luego me quedo mirando fijamente las palabras, que se enroscan y se confunden entre sí. Me siento en la cama y vuelvo a leerla como si fuera una niña pequeña, pasando el dedo bajo las palabras mientras las leo en voz alta.

> Estimados Fiona y Graham:
>
> Al hilo de nuestra conversación de la semana pasada, he estado investigando en relación con vuestra preocupación, más que comprensible, por Ella y los cambios legales que se producirán cuando cumpla los dieciocho años.
>
> Como sabéis, todo hijo adoptado tiene derecho a buscar a sus padres biológicos en el Registro de Contactos de Adopción cuando alcanza la mayoría de edad. No obstante, he hablado con los asistentes sociales encargados del caso, y todos me han asegurado que, dadas las circunstancias excepcionales de la adopción de Ella, los datos de su madre biológica no fueron añadidos al registro y, aunque todos sabemos que le gustaría contactar con Ella, se tomarán medidas especiales para que no sea posible.
>
> Sin embargo, puesto que ella ha encontrado vuestras identidades y vuestras señas, os recomendaría que os vayáis fuera un tiempo, una medida aconsejable mientras se informa debidamente a la señora Hinchcliffe de que todo intento de establecer contacto directo tendrá consecuencias muy negativas para ella. Confío en que no habrá problema para conminarla a no contactar con ningún miembro de la familia. Si es preciso, se tomarán las medidas necesarias para que la fuerza pública intervenga.
>
> Espero que mis palabras sirvan para tranquilizaros. No dudéis en llamarme si puedo hacer algo más por vosotros.
>
> Atentamente,

Corro al cuarto de baño y vomito todo el desayuno. Me arden los ojos. Me pita la cabeza y boqueo intentando respirar. Está volviéndose todo negro y trato de impedirlo. No es el momento de perder el control. Esto es demasiado importante.

Inhalo, exhalo. Sólo existe este momento, nada más. Ni pasado ni futuro, solamente el ahora.

Me pita la cabeza. Todo se emborrona por los bordes.

Hola, Bella.

¡LO SABÍA!

¿Tú entiendes lo que acabamos de leer?

NO.

¿Qué hacemos?

YA LO PENSAREMOS. PERO LO SABÍA.

«Las circunstancias excepcionales de la adopción de Ella…»

La adopción de Ella…

Adopción…

Soy adoptada. No me lo habían contado.

La gente que es adoptada lo sabe. No es ningún secreto ignominioso del que avergonzarse. Es algo bueno. Pero no me lo contaron.

Esa mujer no es mi madre.

Ese hombre no es mi padre.

Mis padres son personas que no conozco. Mis padres no son Fiona y Graham. No soy parte de ellos. No tenemos ningún gen en común. Y no me lo habían contado.

Hemos salido huyendo porque mi madre biológica quiere verme.

Mi

madre

biológica.

Se dieron «circunstancias excepcionales», y por eso no se le permite verme. No sé qué circunstancias pueden ser ésas.

Todo me da vueltas. Estoy de pie en medio del baño, totalmente descolocada.

El tiempo pasa.

Tengo que averiguar más. Me siento en la cama y hago todo lo posible por recobrar la compostura y trazar un plan. Sólo puedo pensar en una cosa.

Levanto el teléfono del hotel, averiguo cómo hacer una llamada internacional y llamo a casa. Creo que Michelle puede estar allí, y tal vez sea mi única oportunidad de descubrir algo más. Michelle es buena gente. Siempre me trata bien y le gustó mi pelo cuando me lo teñí.

—¿Diga? —responde.

Pongo la voz de mi madre; todo el mundo dice que sonamos idénticas por teléfono. «Mi madre»… No es la voz de mi madre: es la voz de mi madre adoptiva. Sonamos igual por teléfono porque me ha criado ella.

—Hola, Michelle. Soy Fiona, te llamo desde el extranjero.

—Ah, sí, hola, ¿qué tal todo?

—Muy bien, gracias. ¿Qué tal *Humphrey*?

—Bien, se lo ve bien. Está en el salón, así que lo tengo allí encerrado hasta que acabe. No he querido meterlo en el trasportín hasta que vaya a llevármelo.

—Claro, claro. Buena idea… —Quiero que ponga a *Humphrey* al teléfono para oír su respiración, pero me contengo porque levantaría sospechas—. Michelle —digo en cambio—, ¿te importaría hacer una cosa? ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, señora.

—Bien. Mira, tienes que ir al estudio. ¿Vale?

—Voy hacia allí.

—Hay un archivador. Abre el cajón superior.

—¿Qué tengo que buscar?

—El certificado de nacimiento de Ella. —Me tiembla la voz.

—Vamos a ver. Pongo el altavoz. Espere.

No añado nada porque ignoro cómo está organizado el archivador. Dejo que lo busque sin intervenir.

—Aquí lo tengo —dice al cabo de un momento—. Qué organizada es usted. Tengo el suyo y el de su marido. ¿Estará el de Ella en este otro sobre, señora? Pone «Ella».

—Sí, es ése. Ábrelo, por favor. —Por complicado que parezca, estoy consiguiendo hablar con la templanza de Fiona Black mientras me resbalan lágrimas por las mejillas.

—Claro. Oh, es un certificado… de adopción… No sabía que Ella fuese adoptada, señora.

—Sí, no es algo que vayamos contando por ahí. —Se me quiebra

la voz al decirlo, y tengo que apartarme el auricular por unos segundos hasta que me recupero—. Aunque tampoco es un secreto —añado: ahora no lo es—. ¿No hay también un certificado de nacimiento? ¿O está sólo el de adopción?

—Yo no veo más que el de adopción, señora.

—¿Podrías leérmelo? Me gustaría comprobar una cosa.

—Claro. —Estoy tentando la suerte y lo sé, pero me da igual—. Leo: «Ella Charlotte Black, mujer, nacida el diecisiete de noviembre de 1999 en Birmingham. Sus padres adoptivos Graham y Fiona Black»… sigue la dirección… a ver… «fecha de la sentencia de adopción: ocho de enero de 2000». Vaya, no tenía ni idea. Por supuesto, no iré pregonándolo por ahí. ¿Está bien, señora?

Como no puedo hablar, dejo que el auricular caiga al suelo. Me hago una bola en la cama, abrazándome las rodillas. Jamás lo habría imaginado. Nunca he tenido la mínima sospecha… Es mi vida, y no me lo habían contado. Todo este tiempo en ese archivador, tan a mano, y nunca se me ocurrió mirar.

Nací en Birmingham.

No en Kent.

Nací en 1999 y me adoptaron en 2000. Cambiamos de milenio y no me lo contaron.

Todo lo que creía saber sobre mi vida es mentira.

Hay alguien al otro lado de la puerta. Me quedo mirándola. Se oye ruido al otro lado, y entonces el picaporte baja, pero no se abre porque antes he echado el pestillo. Llaman con los nudillos y oigo la voz de mi madre… de mi supuesta madre:

—¿Ella?

Mi mundo se ha hecho trizas. Mi mundo siempre ha estado hecho trizas. La farsa se ha desmoronado y aquí está mi verdadera vida, una vida totalmente distinta.

Los odio. Los odio con todas mis fuerzas. Los odio por todo lo que son. Los odio por haberme mentido. Sabían que algún día me enteraría. Según la carta, mi madre biológica está buscándome. Si no le permiten buscarme, seré yo quien la encuentre a ella. Intento respirar.

Necesito mi lado oscuro.

LÁRGATE DE AQUÍ.

Lo sé. No quiero verlos. Pero están ahí, al otro lado de la puerta.

DILES QUE SE VAYAN A TOMAR POR CULO.

Tengo que centrarme. Ahora no puedo cometer ningún error.

Sé que debo escaparme. Esto me supera. Recojo el auricular del suelo y lo pongo en su sitio.

Cojo mi pasaporte, el móvil, todo el dinero que encuentro y algo de ropa, y lo meto todo en el bolso. Me llevo también la tarjeta de crédito que hay en la caja fuerte, con la esperanza de poder descifrar el PIN con la misma facilidad que la combinación de la caja. Meto el cepillo y la pasta de dientes y el desodorante, lo apretujo todo dentro, y sólo entonces descorro el pestillo y me quedo mirándolos… Me quedo mirando a las personas que han estado haciéndose pasar por mis padres biológicos.

—¿Cómo estás…? —Mi madre deja la frase a medias en cuanto me ve la cara.

Se me queda mirando a los ojos mientras yo la fulmino con la mirada. Me resbalan lágrimas por las mejillas, pero no digo nada, han de ser ellos quienes lo hagan. El único que parece operativo es mi padre, o mi no-padre, o el hombre que consideraba mi padre. Mira la caja fuerte a mi espalda. Cierra los ojos, toma aire un par de veces y vuelve a abrirlos.

—Ya está, Ella… —dice. Me pasa un brazo por los hombros, pero yo me encojo y me zafo—. Vale. Vamos a bajar a tomar un café o algo más fuerte en el bar de enfrente y lo hablamos todo con tranquilidad. Lo siento. Nunca quisimos llegar a este punto. Sabíamos que algún día acabarías enterándote, y deberíamos habértelo contado.

Permanezco en silencio. No creo que pueda volver a hablarles en la vida. Observo cómo recoge los sobres y los mete en la caja fuerte. Tengo la carta del tal Vokes en el bolso, pero no se lo digo. Tampoco se da cuenta de que falta mi pasaporte. Cierra la portezuela y la bloquea. Le tiemblan las manos.

Cojo una hoja del bloc de notas del hotel y el bolígrafo y escribo el número de mi móvil, con un +44 delante. Doblo el papel y me lo guardo en el bolsillo. Ninguno de los dos se da cuenta.

Mi madre es como una estatua. Se le ha ido el color de la cara. Parece una anciana; de hecho, cualquiera diría que le ha dado un patatús. Ojalá le pasara. Ojalá se muriera aquí mismo.

Cojo el bolso y los sigo hasta el pasillo. Si intentan tocarme, me

encogeré y me zafaré. No los miro a los ojos. Me da igual si están intercambiando miradas por encima de mi cabeza, porque ahora ya no soy parte de su familia. Nunca lo he sido.

Fui una obra de caridad.

Un experimento.

Un experimento fallido.

Lo único que oigo es el bombeo de mi sangre y el pitido, que resuena con tal fuerza que parece una alarma de incendios. Lo que está ardiendo es mi vida entera.

Espero el ascensor, y mientras tanto entablo para mis adentros una conversación con Bella, que no se parece en nada a ninguna otra que hayamos tenido en el pasado.

MÁTALOS.

¿Tú crees?

TIENES QUE HACERLO.

No puedo. ¿Cómo y con qué?

EMPÚJALOS POR EL HUECO DEL ASCENSOR.

Hay un ascensor en el hueco del ascensor, Bella.

Trastabillo porque no veo bien, y mi padre me sujeta para que no pierda el equilibrio, pero me aparto y me voy al otro lado del rellano hasta que llega el ascensor.

Estoy en plena combustión. Todo lo que tengo por dentro, lo que forma parte de mí, todo mi ser, está siendo devorado por el fuego. Soy como una de esas casas de las noticias: las llamas crecen, se avecina un drama, el proceso está en marcha, el fuego lo devorará todo hasta dejar sólo escombros ennegrecidos. Pronto únicamente quedarán de mí restos calcinados, una tierra yerma, vacía. Pero ahora mismo, Bella y yo estamos ardiendo.

No sé quién soy. No tengo ningún vínculo con estas personas. No tengo familia.

Quiero parar el ascensor en la octava planta. Intento recordar el número de la habitación de Christian, pero todo lo ocurrido antes-de-la-caja-fuerte se ve nublado y borroso. Empieza por 8 y creo que tiene un 6. No puedo meter el papel con mi número de móvil bajo la puerta equivocada. Se lo daré al recepcionista.

Pero entonces, al salir del ascensor en la planta baja, lo veo en medio del vestíbulo. Se le ilumina la cara al verme y nos miramos… Es lo único que quiero. Tengo ganas de contárselo, de explicarle lo

que me pasa, de construir una nueva vida lejos de estos falsos padres que llevan años mintiéndome.

Nací en 1999 y fui a vivir con los Black en 2000. Estuve con mi madre biológica entre un milenio y otro. Me parece un dato importante. A lo mejor era muy joven, o puede que estuviese enferma. Probablemente no fuera culpa suya no poder hacerse cargo de un bebé.

Quiero ser ya una adulta. Quiero estar con Christian. Voy hacia él, le doy el papel con mi número y lo beso en la boca. Noto su sorpresa y, al momento, su sonrisa.

—Llámame. Ya he recuperado el móvil.

Mis padres no dicen ni pío mientras salimos del hotel. No creo que ahora mismo estén muy finos.

Fuera hace calor y luce el sol. El cielo está despejado. Sería el momento ideal para subir a un cerro en teleférico. Seguro que desde allí arriba no se divisa ni una sola nube.

El hombre que creía que era mi padre me pone una mano en el hombro y me dirige hacia el semáforo para cruzar la calle. Le aparto la mano sin mirarlo. La mujer que no es mi madre me flanquea sin mirarme. Vamos las dos con la vista clavada al frente.

Recuerdo haberle preguntado alguna vez por el embarazo, por el parto, cómo era de pequeña, cómo celebraron la llegada de 2000… Pero ahora sé que todavía no vivía con ellos. No dieron la bienvenida al nuevo milenio con una versión diminuta de mí en sus brazos. Todas esas historias eran mentira. El relato del parto (un parto de ensueño, al parecer, en una bañera sin anestesia) era una fábula. Tampoco pudo haberme dado el pecho. Se lo inventaron todo para que no sospechara. Y, por supuesto, yo no me olí nada. Lo normal es creer a tus padres cuando te dicen que eres su pequeña.

Cruzamos la calle. El sol pega con fuerza. Ya sé por qué hemos venido a Río. Me han traído aquí porque mi madre real está buscándome, ahora que estoy a punto de cumplir los dieciocho. El petardo de Vokes les aconsejó que se fueran y les aseguró que no me encontraría. Me gustaría asegurarle a él que yo sí voy a encontrarla. Quiero conocer a la mujer que me dio a luz. Quiero conocer a mi verdadera familia, sean quienes sean y pase lo que pase.

—Venga, Ella —dice mi no-padre, y me escolta hacia una mesa

en la terraza del bar que hay en la acera de enfrente.

Me siento en una silla porque no sé qué otra cosa puedo hacer. Mi no-madre se sienta a un lado y él al otro. Aún creen que pueden controlarme. Pongo el bolso entre mis piernas.

—¿Un café? —me pregunta él—. ¿O una cerveza o algo?

Me gustaría beber hasta borrarlo todo. Pero no voy a hacerlo: no debo permitir que crean que pueden comprarme con un «coñac medicinal» o con lo que sea que estén pensando, y encima con ese rollo de que debemos afrontar juntos este fregado.

—Vale un café. Por cierto, anoche me emborraché. Me escapé de la habitación, cogí un taxi a Lapa y estuve con los americanos del hotel. Por eso estaba indispuesta. Me besé con Christian en plena calle.

—No digas tonterías —replica mi no-padre.

Me encojo de hombros. Paso de seguir fingiendo, nada de lo que puedan decir o hacer va a afectarme. Pueden creer lo que quieran. La noche de ayer fue la mejor de mi vida, y me alegro, ya que después todo se vino abajo.

Dejo de escudriñar el interior de mi cabeza en busca de Bella. Siento su presencia, pero no está luchando contra mí. Ahora las dos luchamos juntas contra ellos. Se me hace raro sentirme completa.

Mi no-padre va en busca del camarero. Veo que Christian sale del hotel con Felix y Susanna. Se queda mirándome desde la otra acera. Lo saludo con la mano, y por su forma de moverse deduzco que está preocupado. Le hago un gesto de que me llame, y él asiente y se aleja, sin dejar de mirar por encima del hombro.

La mujer que no me dio a luz quiere decir algo. No deja de abrir la boca y cerrarla sin llegar a hablar, y yo no me preocupo por ayudarla. La veo de soslayo, pero no pienso mirarla a la cara.

—Nosotros siempre… —empieza, pero luego se interrumpe.

No respondo, hago como si no hubiera oído nada.

Mi padre vuelve y se sienta. Respira hondo y empieza a hablar.

—Tu madre y yo queríamos tener una gran familia… —dice, y cada palabra es como una pequeña cuchilla afilada, a tal punto que me da la impresión de que lo hace para herirme—. Sin embargo, no pudo ser. Tu madre se quedó embarazada muchas veces, pero nunca pasaba de las primeras semanas. Con cada embarazo manteníamos la esperanza de que la cosa siguiera adelante, pero siempre ocurría

lo mismo. Y después de intentarlo siete veces…

—Ocho —lo corrige ella en voz baja.

—… Ocho veces, decidimos que la vida nos tenía reservadas otras cosas y que tal vez estábamos destinados a encontrar nuestra familia en otra parte.

—Una hija de consolación.

—No, de consolación nada. La mejor. La mejor hija posible. Así que nos concedieron la idoneidad para adoptar, y después de pasar por muchos aros…

Se detiene. Ésta es la parte que necesito escuchar de ellos. No será real hasta que lo oiga de sus labios.

—Apareció un bebé —añado, porque alguien tiene que decirlo.

—Sí, apareció un bebé y era una niña, la más perfecta y adorable que ha habido nunca. Nada más verla, supimos que era la razón por la que no había sucedido antes: porque aquella niña ya estaba destinada a existir… Necesitabas un hogar y nosotros íbamos a dártelo. Tuvimos la oportunidad de alejarte de… de los complicados orígenes que te tocaron en suerte, y de darte la vida más perfecta que estuviera a nuestro alcance.

Siento un escalofrío. Está hablando de una niña, y soy yo.

—¡Pues os ha salido muy bien! —consigo decir.

—¡Ha salido estupendamente! —A ella apenas se la oye, susurrando entre sollozos y con la vista clavada en la mesa—. Ella… no tienes ni idea de lo mucho que te queremos. Te quiero desde el momento en que te vi. Soy tu madre y siempre lo seré. Siempre te hemos querido más que a nada en el mundo.

—Bueno, pues nada, gracias por salvarme de esos orígenes… complicados.

—Ella —interviene él—, tienes que saber que intentamos decirte que eras adoptada desde que cumpliste los tres años. Pero te negabas a escucharnos. No querías oírlo. Te llevamos a psiquiatras e intentamos saber cómo hacerlo. Es complicado de explicar… Te resultaba tan difícil y angustioso asimilarlo que acabamos decidiendo que era mejor desistir. Aceptamos que las circunstancias eran muy… peculiares, de modo que decidimos que era más conveniente para ti creer que eras nuestra hija biológica, al menos por el momento. No es lo habitual, pero se te veía tan feliz y segura que nos pareció que eso era lo más importante. Porque, para

nosotros, eres nuestra hija biológica.

—Entonces ¿no estoy enferma?

Papá parece confundido.

—¿Te encuentras mal?

—Creía que me habíais traído aquí en plan últimos deseos antes de morir. Recuerdo vagamente las visitas a los médicos, os lo dije el otro día. Creí que tenía una enfermedad genética o algo así, y que habíamos hecho este viaje porque iba a morir.

—Ay, cariño… —dice mamá. Veo que hace un amago de acercarse, pero yo me aparto y ella no se mueve—. Eres nuestra pequeña. Una niña preciosa y maravillosa. Lo siento muchísimo. Hemos actuado así porque te queremos.

—Me habéis mentido. Lleváis mintiéndome toda la vida, desde que tengo uso de razón. Ser adoptado no es ningún drama, pero, si no se molestan en contártelo, acaba convirtiéndose en eso precisamente.

No puedo ni mirarlos a la cara. Estoy en plena combustión. Ellos no lo saben, pero ya me he ido. Sigo en este cuerpo aquí y ahora, pero he desaparecido. Todo lo que creía ser es falso. Todo. Nunca había sentido nada igual. Sabía que tenía un lado oscuro, y le puse un nombre y está dentro de mí en estos momentos. Ahora es yo. La aparté de mí porque no quería ser así, pero ahora la recibo con alegría.

HAZLES ALGO.

No intento ahuyentarla, no recurro a mi mantra sobre el universo.

¿Como qué?

AQUÍ EN LA CALLE ES FÁCIL. MIRA, TU PADRE TIENE UNA BOTELLA AHÍ MISMO.

Estoy temblando y aprieto la mandíbula. Necesito escapar de esta gente.

No debería. No serviría de nada…

SÍ QUE SERVIRÍA.

No sé… ¿tú crees?

Mi madre tiende la mano y me la pasa por el brazo. Es una caricia absurda y de lo más odiosa, así que le hago una señal a Bella para darle vía libre. Bella coge el botellín de papá y lo estrella contra el borde de la mesa, y, en apenas un segundo, las dos

estamos arremetiendo con un botellín roto contra la mujer, contra la única madre que he conocido.

Mi padre me agarra del brazo. Se oyen gritos de todo tipo. Me da igual. Soy Bella y Ella ha desaparecido, y quiero hacerle daño a esta mujer, lo demás no me importa.

Me vuelvo para zafarme de la mano de mi padre, y entonces me encuentro de cara con el camarero. Necesito que desaparezca de mi vista, que se aparte, de modo que lo embisto con el botellín roto. A él también quiero hacerle daño. El cristal le raja la cara y brota una línea roja en su mejilla. Se me nubla la visión y quiero huir.

Cojo el bolso del suelo, tiro el botellín y me largo.

Voy corriendo.

Corro, corro y sigo corriendo.

Mis pies retumban en la acera. Uno. El otro. Uno. El otro. No puedo parar. No puedo pensar.

Doblo la esquina para salir de su campo visual y esprinto como nunca en mi vida. Voy por el medio de la calzada. Si quisieran podrían atropellarme, pero los coches se limitan a esquivarme.

Corro hacia la playa sin pensar en otra cosa que en huir. Cuando llego al paseo marítimo, los coches avanzan por el carril equivocado. Sorteo taxis amarillos, autobuses y coches, y todos me pitan, pero no me importa. Tampoco ahora se atreven a atropellarme, y si lo hicieran me daría igual.

El otro carril de la avenida está cortado, y oigo entonces mucho griterío y silbatos. Por un momento creo que es la policía, que viene a por mí, pero lo descarto. Es imposible… Cuando me paro para mirar hacia la algarabía, veo que se ha producido un apocalipsis zombi y que una muchedumbre de muertos vivientes viene hacia mí.

Es posible. Ya me creo cualquier cosa. ¡Uau, han llegado los zombis!

Cruzo hacia el paseo marítimo, directamente al gentío. Parece que no se trata de un apocalipsis de verdad… Es gente disfrazada de muertos vivientes. Será algo típico de Río, una fiesta, qué sé yo. De todas formas, sea lo que sea, ahora estoy en medio de todo y la gente me engulle. Mejor, así no me encontrarán. Me acerco a una zombi cubierta de sangre y vísceras. Necesito eso, necesito esa

sangre y esas vísceras, así que le cojo la cara entre las manos y le doy dos besos. La chica se ríe, de modo que pego mis mejillas a las suyas y ella me da un beso en la boca. Todas las normas conocidas han desaparecido: ¿es que nunca existieron? Me restriego contra la zombi hasta que tengo maquillaje por toda la cara y me veo lista para integrarme en la muchedumbre. Puedo ser una zombi. Puedo ser Bella a tiempo completo. Soy Bella, y ahora hasta lo parezco. Soy yo misma, Ella-Bella, y es el monstruo más aterrador que pueda existir.

Me esparzo la pringosa sustancia por toda la cara con los dedos, y luego me los paso por la camiseta. Extiendo los brazos, como los demás, y avanzo en plan zombi.

Nadie me detiene. Zombis y espectadores me sonríen por igual. Nadie sabe que acabo de rajarle la cara a un hombre con una botella rota. La gente está viendo el desfile y grabando con sus cámaras, y me da igual que haya alguna rocambolesca posibilidad de que mis padres o la policía me vean por internet o en el telediario porque, para cuando eso ocurra, ya habré desaparecido; no sé dónde estaré, pero me habré largado. No sé hacia dónde o hacia qué me encamino, pero me da igual.

Tengo dinero para aguantar unos días, y ahora mismo no necesito nada más.

NO VOLVEREMOS A CASA NUNCA MÁS. Bella está triunfal.

Ya lo sé. Pero necesitamos conseguir agua.

¿AGUA? ¿PARA QUÉ DEMONIOS QUIERES AGUA? ¿A QUIÉN LE IMPORTA ESO AHORA?

Ojalá vuelva a ver a Lily y Jack algún día.

YA LOS VERÁS. PERO AHORA MISMO OLVÍDATE DE ELLOS.

Se oye un redoble de tambor en la cola del desfile. El sol me está pegando con fuerza en la cabeza y sé que debería beber agua, pero Bella me obliga a pasar del tema. Soy yo misma por primera vez desde que era una cría, cuando me apartaron de mi auténtica madre y me entregaron a los Black.

A mi lado va una mujer embarazada con una cabeza y unos brazos de muñeco sanguinolentos sobresaliendo de su barriga real. Hay una cría vestida de Blancanieves, pero con el traje lleno de vísceras; lleva una muñeca sin cabeza en la mano. Dos niños gemelos disfrazados de zombis de película antigua van arrastrando

los pies, enfundados en harapos y con las manos por delante; no dejan de reír. Sigo caminando, siempre en paralelo a la playa; continuaré hasta que me aleje lo suficiente del hotel para poder separarme del gentío y perderme.

Sigo caminando. Hago muecas a la gente que está sacando fotos. Me cojo el pelo con ambas manos y me lo recojo en un nudo por la parte que tengo larga, para despejarme la nuca. Intento restregarme un poco más el maquillaje, pero la falsa sangre se ha resecado. Por suerte, un poco más adelante un chico me pasa un bote con una especie de pintura verde y me embadurno bien toda la cara para que nadie me reconozca, aunque sé que este pelo me delataría en cuanto me vieran.

De un momento a otro espero sentir una mano en el hombro. Sabía que llegaría el día en que Bella atacaría a alguien, y ya ha llegado. Soy Bella, he arremetido contra mi madre con una botella rota y le he rajado la cara a un camarero, y ahora me está buscando la policía.

Cada cierto tiempo, el desfile se detiene y se escenifica una batalla entre zombis y gente vestida de policías o militares. Los muertos vivientes agarran a espectadores y fingen morderlos, y entonces también ellos se convierten en zombis, que se unen a la marcha o vuelven a fundirse con el público. En una de esas simulaciones, un monstruo zombi me agarra para morderme el hombro —a pesar de que ya soy una zombi—, y entonces grito con todas mis fuerzas, un grito en el que me sale todo lo que siento, todas esas emociones a las que no sé poner nombre mezcladas con todo el horror y la furia. Es un chillido tan prolongado y tan fuerte que empieza a congregarse gente a mi alrededor. Se ríen, me admiran por meterme de esa manera en el papel, y comprendo que estoy en una ciudad de fuertes contrastes y que puedo hacer cualquier cosa, lo que sea. Puedo ser quien quiera. No tengo que ser Ella Black, porque no vine a este mundo siendo Ella Black.

Ni siquiera sé cómo me llamo.

Sigo chillando.

Al cabo de un rato, pienso que debería irme. El camarero habrá llamado a la policía y mis padres, por muy descolocados que estén en Brasil, estarán removiendo cielo y tierra para encontrarme.

Tengo que buscar un sitio con conexión a internet y empezar el

proceso de averiguar quién es mi verdadera madre. Ese tal Vokes parece extrañamente decidido a mantenerla apartada de mí, lo que es absurdo, y además eso no va a pasar porque pienso encontrarla yo a ella. Nadie me preguntó qué quería yo, pero ahora pienso encontrarla a cualquier precio.

Si no acabara de agredir a dos personas, iría directamente al aeropuerto y volvería a mi país para esperar allí a mi madre: ella sabe dónde vivimos y, en teoría, irá a buscarme. Podría simplemente quedarme en casa y esperar a que llame al timbre. Pero ahora no puedo porque he herido a un hombre de mala manera. Sí, sabía que Bella haría algo así algún día, y es lo que ha pasado, pero no quiero ir a la cárcel.

Cuando el desfile llega a la otra punta de la playa de Copacabana, me escabullo y cruzo la calle, sorteando coches y volviéndome para hacerles muecas zombis a los que me pitan. Atravieso otra calle y, de pronto, otra vez estoy en la avenida de nuestro hotel, Nossa Senhora de Copacabana. No puede haber peor sitio. Tengo que largarme de aquí. Veo un autobús en una parada y me subo de un salto. Rebusco en los bolsillos y le doy unas monedas al conductor, empujo el torno metálico y me siento al lado de una ventanilla. Voy mirándolo todo. Ojalá tuviera un sombrero. Todo el mundo estará buscando a una chica blanca con el pelo morado.

A los pocos minutos, el autobús pasa renqueando por delante del hotel, y yo me agacho rápidamente como para atarme el zapato. En esa fracción de segundo, veo un coche patrulla aparcado fuera, en la zona donde paran los taxis, y también a dos agentes en recepción, a una mujer llorando y a un hombre que creo que me ve antes de agacharme.

El autobús sigue adelante.

Quiero bajarme en la siguiente parada y volver corriendo con ellos.

LA POLICÍA TE DETENDRÍA.

Ya lo sé, pero aun así quiero volver.

ERES UNA CRIMINAL. ¿TÚ SABES CÓMO SON LAS CÁRCELES BRASILEÑAS?

No, ¿y tú?

¿QUIERES QUE LO AVERIGÜEMOS? ¿TE GUSTARÍA?

Contengo el aliento e intento imaginármelo. Por mucho que me

hayan tenido viviendo en una burbuja y me hayan tratado como a una cría, no me cabe duda de que el sistema judicial brasileño me trataría como a una adulta responsable de sus actos.

No, mejor que no.

Me cruzo el bolso por delante y repaso su contenido. Teniendo en cuenta que ha sido todo tan improvisado, no está tan mal: tengo algo de ropa y un cepillo de dientes; tengo mi pasaporte y lo que me parece una cantidad considerable de dinero; tengo una tarjeta de crédito sin PIN; tengo la carta del petardo Vokes, que sabe mucho más de mí que yo misma…

No tengo adónde ir ni nadie con quien hablar. No tengo amigos en este mundo. Daría lo que fuera por que Lily estuviera aquí conmigo. Y Jack.

Lo único que puedo hacer es buscar un sitio donde esconderme e intentar localizar a mis padres biológicos. Necesito que alguien me explique quién soy realmente. Voy a mirar a los ojos a la mujer que me alumbró y a decirle que no pasa nada por que me entregara en adopción; tuvo que haber una buena razón para ello, y al menos ella fue honesta y reconoció que no podía cuidarme. Al menos ella nunca me ha mentido. Al menos ella quiere recuperarme.

En cuanto consiga hablar con ella, no tendré ningún problema en entregarme a la policía.

¿De verdad?

No quiero ir a una cárcel brasileña.

Le di mi teléfono a Christian. Espero que me llame. Enciendo el móvil y me aseguro de ponerlo en silencio. Ignoro los mensajes de voz y voy directamente a los de texto. Por supuesto, mis padres me han mandado un montón, pero no leo ninguno. Me han escrito Lily, Jack, Mollie… incluso Tessa. No hay nada de Christian.

Vuelvo a mirar los mensajes para asegurarme, y luego apago el móvil. Si rastrean la señal, no sabrán que iba en autobús o adónde me dirigía.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas y, cuando me las enjugo con la mano, me dejan regueros verdes y negros. Debo de tener un aspecto penoso, pero, como hay un apocalipsis zombi y parezco una muerta viviente, sólo soy una más. De eso se trata, ¿no? De pasar desapercibida. Sigo mirando por la ventanilla sin ver nada y con el corazón aporreándome el pecho. Poco después, el

autobús se detiene y todo el mundo baja. Yo también.

Me hallo bajo un sol de justicia en una acera de un barrio de las afueras. No corre ni una gota de aire y todo parece muerto. A saber adónde he venido a parar. Los demás pasajeros han desaparecido.

Todo lo que creía ser se ha desintegrado.

Soy una mentira viviente.

Debería estar sintiendo muchas cosas, pero sólo siento entumecimiento.

No hay mucho a mi alrededor. Unas grúas cercanas ensartan el cielo. Los edificios son grandes, parecen naves, y no hay bares, ni casas ni gente. Echo a andar.

Camino y camino, y me muero por un trago de agua y un protector solar. Sigo todos los letreros más o menos turísticos y, al cabo de un buen rato, me encuentro en medio de una ancha avenida con coches y autobuses circulando en ambos sentidos. Aquí sí parece haber bancos y otros locales, pero están todos desiertos. Soy la única transeúnte, estoy agotada y tengo mucho calor, y una sed de caballo.

Tengo la sensación de ser el personaje de un videojuego que sabe adónde tiene que llegar (a mis auténticos padres) pero no cómo pasar de pantalla. Por momentos lo veo todo borroso y me digo que si presiono una pared o una acera en el punto justo, tal vez se abrirá ante mí una nueva pantalla y me encontraré más cerca de mi objetivo. Lo intento y no funciona, porque soy una humana real y esto está ocurriendo de verdad.

Me obligo a dejarme de historias, no es momento de desvariar. No puedo ir buscando una solución mágica que sólo funcionaría en un sueño. No debo distraerme con fantasías. Tengo que centrarme y hallar una forma de acceder a la siguiente etapa de mi vida.

Sigo caminando, esforzándome por hacerlo con normalidad. Un pie delante del otro. Llego a una zona de la ciudad más transitada, y entonces veo una tienda abierta y compro una botella de agua y me la bebo de un trago. Pillo también un bote pequeño de protector solar y me pongo un poco en los brazos, las piernas y la cara, que se me han puesto colorados.

Luego me entran ganas de ir al baño. No veo ningún bar cerca, ni aseos públicos. De repente, siento tal urgencia que me planteo buscar una esquina y hacerlo allí mismo.

Al otro lado de la avenida hay una plaza rodeada de edificios altos y, algo más allá, veo un quiosco donde venden billetes de algo. Hay fotografías de barcos, así que decido cruzar. Si me subo a un ferri, lo más probable es que haya un lavabo. Pido un billete para el siguiente barco, pero lo hago en inglés y la mujer frunce el ceño e intenta adivinar qué quiero. Creo que está preguntándome qué barco quiero coger o adónde me dirijo, mientras que yo intento hacerle entender que no me importa, que sólo quiero un billete para el próximo que salga, vaya a donde vaya.

Me pasa una especie de tarjeta de plástico bajo la ventanilla de seguridad, y yo le doy un billete grande. La mujer suspira, me devuelve un montón de cambio y me señala un par de tornos a mi izquierda.

—*Obrigada* —consigo decir.

—*De nada* —me responde.

Acto seguido, paso la tarjeta por el torno, pero el trasto no funciona y tiene que venir un hombre a ayudarme. Entonces empujo la barra y subo a la popa de un barco enorme. Allí veo un letrero que señala el aseo de mujeres y lo sigo, porque ahora mismo no puedo pensar en otra cosa.

Abro la puerta metálica y me alegro de ver que sí es un baño y que por fin podré orinar. Después olisqueo el aire y me resulta evidente que no soy la primera que lo usa. En cuanto me acerco al váter, el olor me da arcadas, pero orinar es lo que más falta me hace ahora mismo en este mundo. Más que mi verdadera madre, que ya es mucho decir.

Tengo que respirar por la boca, no soporto el pestazo. Sin embargo, soy consciente de que, al respirar así, estoy engullendo partículas de aguas residuales, y eso me da aún más arcadas. Me agacho sin llegar a sentarme sobre el váter metálico, que por supuesto está obstruido y lleno casi hasta el borde de mierda de desconocidos. Meo porque no me queda más remedio. La cisterna no funciona, cómo no, así que me acerco al lavabo y me miro en el espejito que cuelga de un clavo en la pared.

Tengo la cara llena de manchurrones verdes y negros, y los ojos tan inyectados en sangre que se ven rosados. Jo, parezco una auténtica zombi. Además, con tanto sudor y tanta mugre, el pelo —mi bonito pelo morado— se me ha quedado pegado hacia atrás,

enroscado a un lado del cuello. Llevo una camiseta negra y roja y unos vaqueros muy cortos, podría ser cualquier persona.

Respiro hondo y la idea me tranquiliza un poco.

Podría ser cualquier persona.

Podría

ser

cualquier

persona.

Lo que significa que puedo ser quien quiera ser.

Aunque lo único que he hecho desde que descubrí que puedo ser quien sea es arremeter con un botellín y rajarle la cara a un camarero.

Se produce una sacudida y un pequeño estrépito, y el barco se pone en marcha. Ojalá vaya lejos. Si se puede dormir en algún sitio, me quedaré. Si hay internet, intentaré localizar a mi madre biológica. Y cuando ya no aguante más, volveré y me entregaré a mis perseguidores.

Salgo del lavabo y sonrío a modo de disculpa a la chica que está en la cola (esperando que no crea que el estado pestilente en que va a encontrárselo es todo culpa mía), y un poco más allá doy con una pequeña cubierta en la popa. Me quedo allí y lleno los pulmones con un delicioso aire fresco mientras contemplo las aguas. El motor ruge y estamos dejando atrás tierra firme. Ya me da igual lo que pase a partir de ahora; lo único que me importa es poner agua de por medio y dejarlo todo atrás. Nadie sabe dónde estoy. Siento el aire cálido en mi rostro. El ferri avanza lenta y ruidosamente, y la extensión de agua hasta la tierra va ensanchándose mientras la contemplo.

Me voy. Estoy huyendo.

Siento que me fallan las piernas. Vuelvo al interior del barco y busco un sitio al lado de una ventanilla. Por delante, aparece un puente enorme con un sinfín de arcos. Vamos a pasar por debajo. Parece un puente de cuento, un puente que cruza todo el mar.

Cierro los ojos. El vaivén me mece y, aunque sé que no volveré a pegar ojo en la vida, me veo bostezando. Me limitaré a cerrar los ojos un momento…, a darle un portazo a todo…, descansaré sólo unos segundos.

Despertarme disfrazada de zombi en un barco que está llevándome a un destino desconocido me hace sentir como parte de un sueño extraño y horrible. Y entonces lo recuerdo todo.

Mis padres no son mis verdaderos padres.

Ataqué a mi madre adoptiva con una botella rota.

Le rajé la cara a un hombre, adrede.

Eso es real. Es mi nueva verdad.

Me trajeron a Río porque mi madre estaba intentando localizarme. Mi madre… mi madre biológica, la desconocida que me dio a luz.

Quiere que vuelva con ella.

Podría ser cualquiera.

Yo también podría ser cualquiera.

No me he fijado en los demás pasajeros, y ellos, a su vez, me han dejado en paz. Está medio lleno. Hay familias con críos. Hay jóvenes y ancianos, solos y en grupos. Hay mujeres, con bebés y niños, solas. Hay algunos que van y vienen ofreciendo cosas, pero no son insistentes y me limito a decirles que no con la cabeza. Una mujer sentada cerca de mí observa las alhajas que le ofrecen. El vendedor se las va poniendo sobre el brazo, y ella las toquetea todas por turnos, cogiendo los grandes rubíes falsos que cuelgan de cadenillas baratas.

Si puedo quedarme aquí quieta y contemplar el movimiento del mundo sin volver a tener que interactuar con nadie, podría llegar a sentirme bien. Podría vivir en un barco y pasarme la vida yendo a ninguna parte.

Por supuesto, por mucho que le ruegue mentalmente que no lo haga, en cierto momento el barco se detiene. Hemos llegado a nuestro destino. Me levanto cuando todos los demás lo hacen, y me pongo en la fila para desembarcar. Un hombre me sonríe, y sé que, entre la cara embadurnada de porquería zombi, los ojos rojos y el aire de desesperación y de estar huyendo que me envuelve, tengo una pinta absurda.

—*Hola* —le digo, sólo por ver si me sigue saliendo la voz.

Me responde algo en portugués, muchas palabras seguidas, y no me entero, de modo que sonrío, muevo la cabeza y bajo del barco tras una familia con dos críos, un niño y una niña que riñen hasta que su madre pone orden.

Son una familia. Esa mujer es su madre y ellos son hermanos; y apuesto a que nada de eso es mentira. Aunque quién sabe… La mayoría de la gente no se cuestiona los pilares básicos de su existencia.

Una muchedumbre está esperando en el muelle, pero no se ven policías. Un joven se acerca y me tiende un folleto, yo fuerzo una sonrisa y sigo andando. Otro hombre, un anciano, repite el gesto. Se ríe y se señala la cara, dice algo y pone una expresión de miedo. Creo que quiere decirme que su cara da más miedo que la mía incluso sin maquillaje, así que le río la gracia y sigo adelante. Me guardo los dos folletos en el bolsillo trasero y continúo caminando; no quiero parecer despistada y vulnerable; no quiero que nadie me hable ni me pregunte si estoy bien, ni que informen a la policía de que han visto a una adolescente fugada o a la criminal que ha salido en el telediario. Doy miedo y quiero seguir dándolo.

Con este pelo morado, no pasaría desapercibida ni en medio de una multitud. Debo teñírmelo.

No sé qué hacer. Éste no es mi sitio, ni éste ni ninguno. Siento que Bella se ríe dentro de mí; está alardeando, diciéndome que ella siempre lo supo.

No me emborrona la visión ni hace que me piten los oídos. Ya no le hace falta.

El terreno que piso es de arena y piedras. Me acerco a un tablón de anuncios y miro un mapa. Parece que esto es una isla: según el mapa, la Ilha de Paquetá.

Avanzo por la calle, respirando el aire cálido y enfilando un camino adoquinado. Dejo atrás restaurantes, bares y tiendas de recuerdos, y me hago a un lado para dejar paso a un carro tirado por un caballo.

No soy la auténtica Ella Black. Intento procesarlo ahora que he escapado. En realidad, la niña que creía ser murió ocho veces en el útero, y yo no soy más que una impostora, una sustituta, el premio de consolación. Creía haber venido a este mundo siendo alguien, pero en realidad llegué como otra persona que no sé quién es, ni quién habría llegado a ser si me hubiera quedado donde nací.

No es la primera vez que tengo esa sensación. Siempre he querido ser otra. Ya el día que maté a aquel pajarito con el martillo,

deseé ser otra chica. Ahora me han concedido ese deseo. Y hay una mujer por ahí que quiere encontrarme y ser mi madre.

Yo también quiero encontrarla. Quiero a mi auténtica madre.

No es tan sencillo. He hecho algo horrible, algo impensable, y no sé cómo arreglarlo, salvo deseando que ese pobre camarero se haya repuesto.

Veo una tienda en la que alquilan bicis. Me paro.

—*Olá* —me dice un chico tras una mesa.

Lleva gafitas redondas y tiene el pelo negro rizado. Sólo le falta la cicatriz para ser idéntico a Harry Potter.

Respiro hondo y digo:

—*Olá*. —Es prácticamente todo el portugués que he utilizado hasta el momento.

—Buenos días. ¿Hablas inglés? —me pregunta.

—Sí. —Sonrío aliviada—. Sí, claro.

—¿Quieres alquilar una bici? Tenemos descuentos especiales para zombis.

—Sí, por favor.

—Buena decisión: no circulan coches por la isla, así que es la mejor forma de conocerla.

Maneja un inglés fluido, con un deje estadounidense, pero casi sin acento. Su voz me recuerda un poco a la de Christian.

—¿No hay coches?

—Ajá. ¿No te habías fijado? Por eso mola.

Ahora pienso en Christian, y tengo que hacer una pausa para mantener la compostura y no venirme abajo. Les contará a mis padres nuestra salida nocturna por Lapa. Seguro. Aunque parezca mentira, eso ocurrió anoche. Yo lo he confesado esta mañana, pero no me han creído. A él sí le creerán cuando lo confirme.

—¿Conoces algún sitio donde pueda alojarme?

—Claro. ¿Estás de mochileo? —Mira mi bolso, un tanto extrañado.

Yo lo miro también.

—Me he dejado la mochila en casa de un amigo, en Río. —Suena bastante creíble, y de todas formas no parece importarle.

—Muy bien. A ver, hay varios hoteles. ¿O estás buscando una pensión?

—Busco un sitio barato. Me da igual que sea bastante básico.

—Vale. Pues mira, coge la bici y ve a explorar un poco. Tengo una amiga que alquila habitaciones, seguro que tiene una cama para ti. Voy a llamarla mientras te das una vuelta, ¿vale? Aquí hay muchos sitios para dormir, es una isla muy turística. Es muy fácil.

—¡Gracias!

—¿Por cuánto tiempo quieres la bici? Sale a diez reales por hora.

Me encojo de hombros.

—¿Dos horas?

—Hecho.

Ambos miramos el reloj que hay en la pared, y sólo entonces caigo en que no tengo la menor noción de la hora que es. Son casi las cinco en punto.

—A las siete. —Le doy veinte reales.

—Cerramos hacia esa hora, así que perfecto.

Me pregunta mi nombre, y le digo «Chrissy» porque estoy pensando en Christian; él lo apunta y luego llama a su compañero. Los dos se quedan mirándome las piernas como estudiándolas; entonces sacan una bici más o menos para mi tamaño.

—Te damos una con cesta, para que puedas meter el bolso.

Me quedo mirando a este joven mago que me lo está solucionando todo. No sé qué contestar ante tanta amabilidad.

—¿Cómo te llamas?

—Alex. —Me tiende la mano para darme, medio en broma, un apretón de manos formal.

Voy andando con mi bici nueva hasta el camino de tierra y, una vez allí, me vuelvo para saludarlos, monto y me dirijo hacia el mar, que se entrevé al fondo de la calle. Al principio me tambaleo un poco. La calzada es pedregosa y el sol me pega con fuerza en la coronilla, a pesar de que ya es tarde. Hay gente que va en unos triciclos muy aparatosos —dos personas lado a lado, normalmente riendo—, supongo que son cacharros para turistas. Yo me alegro de ir en una bici de verdad, la misma que podría estar montando en Río, Londres o Hong Kong. La bicicleta es un buen modo de transporte independiente, y yo ahora no dependo de nadie. Pedaleo con fuerza hasta que me arden las piernas. Siempre me ha encantado ir en bici.

Al final de la calle, giro a la derecha y sigo el paseo paralelo al

mar. Luego tomo un camino que va hacia el interior y, a partir de ahí, me pongo a dar vueltas por la isla como loca, de una playa a otra, pasando por grandes villas medio en ruinas, entre árboles con lianas colgantes y plantas de enormes hojas tropicales. La brisa me alborota el pelo y el aire caliente me acaricia la cara. La gente se me queda mirando al pasar, y algunos me dicen «*Olá*». Yo pedaleo y pedaleo y voy fijándome en los detalles, en las orugas, los pajaritos, las flores y los muros desconchados. Aun así, no puedo dejar de pensar en mis padres biológicos.

Ella era joven cuando me tuvo.

Se vio obligada a entregarme en adopción.

Me ha echado de menos todos los días de su vida, y ahora me busca porque sabe que ya casi tengo dieciocho años.

Quiere encontrarme. Al menos hasta ahí sé que es todo cierto.

Y yo quiero encontrarla a ella, quiero saber de dónde vengo.

La madre verdadera que toma forma en mi cabeza mientras pedaleo es alguien que se parece a mí (claro, para algo soy su hija). Era joven, se quedó embarazada, no tenía una familia que la apoyara y me dio en adopción por culpa de las circunstancias. Eso puedo perdonárselo. Se lo perdono y se lo vuelvo a perdonar.

Al cabo de un rato, me apeo y voy empujando la bici hasta una playa, donde la apoyo contra un árbol. Me quito las chanclas, y entonces me doy cuenta de que me han hecho rozaduras entre los dedos y una ampolla, así que voy hasta la orilla y meto los pies en el agua. Está marrón. Esto no me lo esperaba, pero un poco más allá hay unas chicas chapoteando y nadando, de modo que imagino que no hay problema. Me limpio los pies y luego me agacho para lavarme la cara con el agua turbia —y posiblemente contaminada— del mar brasileño; el mar de un extraño rincón en un extremo del Atlántico.

No sé si habrá salido toda la pintura verde y negra y la sangre de zombi reseca, pero probablemente ya parezco un poco más humana. El mar me refresca las pantorrillas y me quedo un buen rato así, de pie en la orilla. Cuando miro hacia el horizonte, veo que hay algo de tierra, pero no sé si será otra isla, o si es esta misma que se curva o el propio continente. Seguramente pueda deducirlo si me paro a pensarlo.

Intento sentir algo, pero de hecho lo único que siento es un

entumecimiento.

El sol sigue pegando con fuerza y las normas ya no me sirven de nada. No hay adultos para decirme qué puedo hacer o dejar de hacer. No quiero que me arresten. Me siento a la sombra de un árbol y observo la arena que tengo pegada a los pies.

Saco el móvil, respiro hondo y lo enciendo.

Tiene la cobertura al máximo. Veo que entran más SMS y mensajes de voz. No quiero saber nada de las comunicaciones de los Black, así que las omito. Sólo me interesa una persona, y todavía no me ha escrito.

No me queda más remedio que escuchar los mensajes de voz, así que procedo y los voy borrando nada más oír el comienzo: «Ella, soy tu madre» o «Ella, soy papá». Me da pavor lo que puedan decir.

Entonces aparece.

«Ella, hola. Soy Christian. Estoy muy preocupado por ti. Tus padres dicen que te has escapado y ha venido la policía. Están intentando localizarte. Espero que estés bien… Gracias por darme tu número. Doy por hecho que ya tienes el móvil. Así que tendrás que añadir el prefijo +1 de mi país y luego mi número, que es 555 849 5923. Espero que estés a salvo, Ella. Te echo de menos.»

Escribo su número en la arena mojada junto a la orilla, con el +1 delante. Le hago una foto y luego lo guardo en mis contactos. Lo marco sin pararme a pensar si es buena idea o no.

—¿Ella?

Es su voz, la voz de Christian.

—Hola. —Apenas me sale la voz.

—Ostras, Ella, ¿estás bien? ¿Dónde te has metido? Están buscándote como locos.

—¿Querrías…? ¿Vendrías mañana a verme?

—¿Que si iría a verte? Sí, claro. Por supuesto. —Cierro los ojos y me obligo a respirar hondo: ha dicho «por supuesto». No ha tenido ni que pararse a pensarlo, pese a que ignora lo que he hecho—. Pero tienes que decirles a tus padres que estás bien, Ella. De verdad. Han estado hablando con la policía. Están desesperados.

No puedo contárselo.

—Mañana te lo explico todo.

—Vale. ¿Dónde estás?

Vacilo. No puedo decirle que estoy en esta isla. Si se entera de

que la policía no me busca porque les preocupe mi bienestar, sino porque he herido a un hombre, tal vez les diga que estoy aquí. Si no sabe nada, no podrá decir nada.

—Mañana a las nueve te envío un mensaje. Prométeme que no se lo dirás a nadie… Al menos hasta que yo te cuente lo que está pasando.

Escucho mientras está pensando.

—Claro —dice por fin—. Claro que sí. Vale.

A las siete estoy de vuelta en el local de las bicicletas. El chico levanta la vista de un portátil antiguo.

—Justo a tiempo. Mira, Chrissy, te he conseguido una cama en la pensión Paquetá. Está aquí cerca, se puede ir andando. Aunque, si quieres, también puedes alquilar una bici por un par de días. Te voy a hacer un mapa de cómo llegar. La mujer que lo regenta, Ana-Paula, te está esperando. —Se da una palmadita en la barriga al decir el nombre, como si su principal rasgo fuera que es gorda.

—Gracias, Alex.

Le dedico una sonrisa radiante. Tengo dónde dormir, y Christian va a venir mañana por la mañana y pienso contárselo todo, incluso lo malo.

La pensión resulta ser una gran casa con ventanas amarillas y el revoque medio caído. Al entrar por el jardín, un árbol enorme me roza la cabeza con sus lianas de musgo. Se oye rumor de insectos por doquier. El césped está recortado y las plantas tienen hojas enormes; me fijo en un escarabajo que va caminando por una de ellas. No hay ni un ápice de brisa.

Cuando estoy preparada, llamo a la puerta. Al principio lo hago con suavidad, y luego, al ver que nadie sale, algo más fuerte, hasta que al final la aporreo con fuerza. El silencio es opresivo, y puedo oler fruta madura que empieza a pudrirse. Aunque sé que el mar nos rodea y que justo enfrente hay una ciudad tan enorme como maravillosa, esta casa podría estar en cualquier parte de cualquier país tropical, de Sudamérica entera.

O quizá no, quién sabe. En realidad no sé nada de Sudamérica, pero este lugar me recuerda a García Márquez, a las historias de cosas extrañas que ocurren en tierras tan insólitas como fértiles. Aquí podría pasar cualquier cosa y en la vida a veces pasan cosas

raras. Que me lo digan a mí.

Nadie abre. No importa. No tengo adónde ir, de modo que me siento en los escalones de piedra, que están calientes y resquebrajados, dejo el bolso a un lado y me recuesto.

Está empezando a oscurecer. En un sitio como éste, es muy posible que mis padres acaben encontrándome. No creo que la policía tenga muchos problemas para seguirme la pista hasta esta isla, gracias a mi pelo. Incluso cabe que Christian les diga dónde estoy en cuanto le mande el mensaje.

He estado haciendo planes mientras paseaba en bici. Mañana veré a Christian (ojalá venga, ojalá venga, ojalá venga). Y, a no ser que las cosas se tuerzan, me quedaré aquí unos días siendo Chrissy. Cuando pueda conectarme a internet, me esforzaré en encontrar a mi verdadera madre, y sólo luego daré señales de vida. Regresaré con los Black para que sepan que estoy bien y me entregaré a la policía. Si me dejan, volveré a casa. Y a saber qué pasará luego.

Por fin aparece una mujer, y entonces entiendo a qué se refería Harry Potter con la palmadita en la barriga. Está embarazada, y de bastantes meses; me recuerda a la zombi del desfile, con el muñeco ensangrentado sobresaliendo de la barriga. Tiene una melena muy larga y morena, y lleva un chaleco corto y una falda larga con la cintura por debajo de la barriga. Parece agotada, pero sonríe al verme y dice «*Oi*» y añade algo más en portugués.

Le miro la barriga. Intento imaginarme la sensación de llevar un bebé dentro de mí, en mi propio cuerpo, para luego confiar su cuidado a otra persona. Nadie decidiría hacer eso sin motivo. Siento pena por mi madre: es probable que lleve casi dieciocho años echando de menos a su bebé.

Ojalá supiera portugués. De momento, la embarazada y yo conseguimos comunicarnos por señas y hablando cada una en nuestro idioma. Me cuenta que se llama Ana-Paula, y yo recuerdo que me llamo Chrissy, así que se lo digo; luego me conduce por el jardín y entramos en la casa por una puerta lateral.

No se ve nada al entrar, sólo el suelo de unos azulejos muy chulos. No parece que haya más huéspedes. Ana-Paula abre una puerta chirriante y me hace pasar a un cuarto en penumbra con árboles al otro lado de la ventana: hay cuatro literas, pero ni rastro de más huéspedes. Dejo el bolso en una de las camas de arriba: ¿por

qué escoger la de abajo cuando puedes dormir en el aire? Hasta hace un año, yo dormía en la litera de arriba de mi habitación, o más bien en una «cama en alto», lo que significa que, en ausencia de hermanos, tenía un escritorio bajo la cama. Creo que están pensadas para habitaciones con poco espacio, aunque la mía es muy espaciosa. El caso es que me encantaba tener que subir una escalerita para acostarme.

Esta noche haré lo mismo, pero estoy tan agotada y confundida que me gustaría acostarme ya mismo. Lo último que me apetece ahora es tener que salir y buscar un sitio donde comer, aunque tampoco puedo ignorar que no pruebo bocado desde el desayuno en el hotel, en mi vida anterior. Y de hecho he acabado vomitándolo todo por el váter… O sea, que estoy muerta de hambre.

Ana-Paula me mira y pregunta algo, haciendo un gesto de comer.

Poco después, estoy sentada a la mesa de la cocina con ella, zampándome un plato de arroz con frijoles. Los frijoles están bañados en una salsa de carne riquísima, y es sin duda lo más bueno que he comido desde que tengo uso de razón. Le sonrío a mi casera, que hace otro tanto y luego dice algo. Me gustaría preguntarle por el bebé, pero no puedo y, además, como piense mucho en eso, me derrumbaré. Hace dieciocho años, una mujer estuvo así de embarazada de mí, y no la conozco. No sé cómo es su cara ni su voz. No sé nada, aparte de que se vio obligada a entregarme en adopción. No es la mejor única cosa que saber sobre tu madre.

Debió de mirarme. Yo debí de mirarla. En algún momento, es probable que para la una y la otra lo fuéramos todo en esta vida.

Parpadeo para contener las lágrimas y Ana-Paula me acaricia el brazo. Sé que me dejaría llorar en su hombro, pero debo controlarme.

Me despierto en plena noche y clavo la vista en el techo. Me quedo así, convencida de que no podré volver a dormir nunca más.

7

TREINTA Y UN DÍAS

A las nueve de la mañana, le escribo a Christian.

Ilha de Paquetá. Se puede llegar en barco desde Río. Por favor NO les digas a mis padres dónde estoy. Y menos aún a la policía. Déjame que pueda contártelo todo yo, antes de nada. Prometo que me pondré en contacto con ellos si tú crees que es lo mejor una vez que oigas mi historia.

Me quedo mirando las palabras «mis padres». No me gusta poner eso, pero no me queda más remedio si no quiero explicarle ya a Christian lo que ha pasado.

Lo haré en cuanto llegue. Será un alivio poder contarlo todo en voz alta y tener a mi lado a alguien que me conoció antes de descubrir la verdad sobre mí misma, aunque sólo fuera por un día.

Un día mágico.

Clavo la mirada en el teléfono hasta que responde. Tarda siete agónicos minutos, pero finalmente entra un mensaje suyo que dice justo lo que quiero oír:

Salgo ya.

Estoy en la terminal de ferris, observando a todos los que desembarcan, deseando que aparezca Christian y, por supuesto, que no venga con la policía. Entre barco y barco, voy a comprar una botella de agua y me la bebo, pero, aparte de eso, sólo me limito a observar. Desconecto mi cerebro y contemplo el resplandor del sol sobre el mar, mientras intento no pensar en nada más.

Quizá se presente con mis padres o, peor todavía, tal vez se

presenten ellos solos… Si es así, les diré que aún no estoy preparada para verlos. Y si vienen con la policía, me limitaré a admitir lo sucedido. Creo que no me costaría hacerlo.

Me hago una composición de lugar. Supongo que tuvieron que hacerme un certificado de nacimiento en algún momento, es lo normal, por mucho que nunca lo haya visto. Probablemente, mis padres adoptivos se aseguraron de que yo nunca pudiera encontrarlo. Y a mí nunca se me ocurrió buscar algo así. Aunque estoy a punto de cumplir los dieciocho y de acabar el instituto, de modo que no habrían podido guardar el secreto por mucho más tiempo. Era como una bomba de relojería.

Estoy convencida de que si te cuentan desde pequeña que has sido adoptada, creces sin ningún trauma. La adopción es algo maravilloso. En mi antiguo colegio, había dos chicas que habían sido adoptadas en China, así que era imposible que no lo supieran. Al menos de este modo sabes más o menos quién eres y puedes tener los sentimientos adecuados por tus padres adoptivos: sabes desde el principio que no son quienes te engendraron, sino las personas que te han rescatado, que te han dado una familia y una vida mejor. En teoría, los padres adoptivos son estupendos… Los de los demás, los míos no, porque delegaron en mí la responsabilidad cuando yo me negué a escuchar que era adoptada. Dejaron que me saliera con la mía cuando en realidad ellos sabían bien lo que me convenía: yo no era más que una cría y tendrían que habérmelo dicho pese a mis reticencias.

Me siento como un premio de consolación… o más bien como la encarnación de «a la novena va la vencida». En realidad, la verdadera Ella Black, la que me hicieron creer que era, murió muchas veces en el útero. Yo no soy más que un repuesto de segunda mano, el mejor o el único que pudieron conseguir.

Me dijeron que era ella, la novena, porque querían precisamente eso, no a un bebé desechado por otros. Querían que fuera su hija encarnada en vida, sangre de su propia sangre. Y por eso siempre me dieron todo lo que yo necesitaba o quería: me mandaron a un instituto pijo, me compraron un gato, me obligaron a comer de forma sana y a ir a clase de ballet… Hicieron, en definitiva, todo lo que habrían hecho por su hija real si hubieran podido tenerla.

Para cuando Christian baja del ferri, he tomado la determinación

de irme de casa de los Black y buscar trabajo… siempre que consiga volver a mi país, claro. Frases como «delito de lesiones» y «agresión con agravantes» me persiguen en mi cabeza, e ignoro qué me deparará el futuro cuando tenga que ajustar cuentas con la justicia. Por suerte, Christian viene solo, y me siento la más afortunada del mundo cuando viene directo hacia mí, me levanta en brazos y me da un buen beso.

Me permito apartarme de todos mis pensamientos por unos minutos y me relajo en su abrazo. Siento su boca contra la mía, aspiro su aroma. Él me conoce por quien soy… Aunque de hecho no me conoce de nada. Con él puedo ser la Ella que más me guste, no le importa quién me engendró o me dejó de engendrar.

Lo quiero… Por mucho que apenas lo conozca, lo quiero.

Me pego a su cuerpo todo lo que puedo, deseando fundirme con él en una misma persona. Acabamos separándonos un poco, lo mínimo para poder hablar.

—Bueno, bueno… Qué alegría verte, Ella. No sabes qué alivio. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

—Sí.

—¿Vamos a algún sitio a almorzar?

—¿A almorzar?

—Son ya las doce del mediodía. Por mí no hay problema. Una cerveza y algo de comer. ¿Cómo has encontrado este sitio?

Le sonrío mientras echamos a andar por la calle de arena.

—Creo que más bien me ha encontrado él a mí. Tal cual. Necesitaba ir al baño, y entonces vi un barco y pensé que tendría aseos y subí sin más.

—¿Y ya está? ¿Así has acabado aquí?

—Así.

—¿Y encontraste el aseo en el barco? Yo no he mirado si había.

—Sí, aunque estaba asqueroso… Vamos, el WC más asqueroso que te puedas imaginar. Pero no podía más, estaba desesperada.

Me sale hablar con aire americano, y me gusta. En vez de baño, digo WC y esas cosas… No es la conversación romántica que había imaginado, pero a los dos nos entra la risa floja, y eso es mejor que cualquiera de las cosas que tenía en mente. Reírme así se me hace raro y maravilloso a la vez. Espero merecerme todo esto.

Nos sentamos a ambos lados de una mesa metálica algo

destartalada y me quedo mirándolo: sus pómulos, su mandíbula, su bonito pelo reluciente que le enmarca la cara de esa forma tan perfecta, y sus enormes ojos oscuros, que él clava en los míos. Ambos sonreímos.

A veces no hace falta pronunciar palabra alguna.

—En fin… —digo, levantando mi botellín de cerveza. Él hace otro tanto y los entrechocamos y bebemos un sorbo. Ojalá no tuviera que contarle lo que hice.

—En fin… —dice cuando los volvemos a dejar en la mesa.

—Sí… Gracias por venir. Creo que será mejor que te cuente unas cuantas cosas.

Asiente, y entonces respiro hondo y empiezo.

No creía que me llevaría tanto tiempo; al fin y al cabo, sólo tengo dos hechos concretos que contar. Sin embargo, por alguna razón me tiro horas hablando. Se lo cuento todo. Es la primera vez que lo hago, nunca había contado la verdad sobre mí, para empezar porque ni yo la sabía. Se lo cuento todo porque no tengo nada que perder y quiero que sepa toda la verdad sobre mi vida.

Pedimos pescado con patatas y, cuando nos lo traen, como casi sin darme cuenta, tan absorta estoy en mi relato. Me sorprendo hablándole de Bella y me aterra oírme. Christian alarga el brazo por encima de la mesa y me coge la mano mientras hablo, porque las palabras me hacen temblar. Nunca le he explicado nada sobre ella a nadie. Ni siquiera a Lily. Ni siquiera cuando entró en mi cuarto y vio cómo Bella aplastaba aquel pájaro.

—Me ha obligado a hacer cosas horribles… —Me detengo, me seco las lágrimas con la servilleta que me tiende y respiro hondo—. Ya llevaba un tiempo pensando que la cosa iba a peor, y era consciente de que acabaría ocurriendo alguna desgracia. Y pasó ayer…

Le explico lo de ayer sin ocultarle ningún detalle. Le cuento lo de la carta y la llamada a Michelle, y lo de la cafetería, y cómo la criatura que vive dentro de mí rompió una botella y estaba dispuesta a cortarle el cuello a mi madre… Le cuento cómo mi padre me detuvo sujetándome la mano, y que el camarero apareció de pronto, y el hilo de sangre en su cara…

—Es lo peor que he hecho en mi vida —digo, y de pronto ya no tengo hambre.

De hecho, tengo ganas de vomitar. No me extrañaría que Christian se largara con viento fresco. Me mira con expresión de incertidumbre, hasta que por fin asiente.

—Pues asegúrate de que eso sea lo peor que hagas en tu vida —me dice—. Mira… no sé qué está pasando exactamente en el hotel, pero tus padres no me han contado nada de eso. Me dijeron que habíais reñido y te habías escapado. Es verdad que había policía, pero es probable que no estuvieran allí para… —Veo que no sabe qué decir; quiere tranquilizarme, asegurarme que no me he metido en ningún lío, pero no puede—. No sé… no sé qué te pasaría si volvieras ahora. Tal vez sea mejor que te quedes aquí durante un tiempo. Yo podría regresar y así intentar averiguarlo por ti.

—¿De verdad?

—¿Puedo decirles a tus padres…, a tus padres adoptivos, que estás a salvo?

Es una delicia de hombre. Es amable y encantador. Qué suerte he tenido.

—Sí, pero… por favor, no les digas dónde estoy. Primero averigua si tendría que ir a la cárcel, y luego ya pensaré un plan. Mejor les escribo una nota y se la das cuando vuelvas, para que sepan que me has visto de verdad.

Christian asiente. Ahora parece muy preocupado.

—Mira, tengo que estar de vuelta en Río esta noche porque es el cumpleaños de Felix y tenemos entradas para un sitio. Hablaré con tus padres y les daré tu nota. Te prometo que no les diré que estás aquí, y averiguaré todo lo que necesites saber. ¿Te parece bien?

—Sí, gracias. Bueno… tú ya lo sabes todo sobre mí y yo no sé nada de ti. Eso sí, se te ve con los pies en el suelo. Tu vida no está desmoronándose como la mía.

Se ríe, aunque no parece divertido.

—¿Me estás vacilando?

—Qué va —respondo.

—Bueno, de hecho, hay muchas cosas que no sabes… Vamos a pagar. Se acabó hablar de Bella y de lo que pasó o dejó de pasar ayer. Vamos a intentar que dejes de pensar en todo eso por un rato. Oye, ¿en esta isla no hay coches o qué? ¿Hay bicis?

—Sí, alquilé una ayer. Ven, iremos al local donde las alquilan. El dueño es muy simpático y, por suerte para mí, habla inglés

perfectamente.

Christian paga la cuenta, a pesar de que intento que sea a medias. Caminamos por la carretera cogidos de la mano y, cuando llegamos al local, vuelvo a alquilar la mía y hago las presentaciones.

—Ah, ¡el amigo de Río! —dice Alex—. Ya me imaginaba yo que habría un novio…

Me da vergüenza mirar a Christian, pero sí, quiero que sea mi novio. Ojalá pudiera serlo. Me veo capaz de cualquier cosa si él está conmigo, cogiéndome de la mano. Ya lo sabe todo de mí, y aun así sigue aquí, a mi lado.

Christian no lo corrige. De hecho, me aprieta la mano más aún y me dedica una mirada furtiva, como si fuéramos cómplices, cosa que es cierta, y el corazón se me desborda de dicha, amor y chisporroteos.

—Sale a diez reales por hora —explica Alex.

—¿Tres horas? —sugiere Christian, sacando ya la cartera.

Coge treinta reales y, como lo tengo justo delante, me fijo en que lleva la foto de una chica en la cartera.

Es guapa.

De pelo largo y negro.

Está sonriendo.

La foto de una chica en la cartera de un tío sólo puede significar una cosa. Por lo visto, Christian tiene novia.

Y no soy yo.

Acabo de contárselo todo, le he confesado todos mis secretos y a él no se le ha ocurrido decirme que tenía novia. Aunque tampoco ha dicho lo contrario ni yo le he preguntado.

Paga, se guarda la cartera y monta en la bici. Yo lo sigo y pedaleamos juntos hasta el final de la calle. Sin embargo, me quedo sin saber qué decir; ahora que he visto la foto no puedo hacer como si nada.

Él tampoco habla. Nos cruzamos con otras bicis y con los triciclos raros, y luego pasa un carro tirado por un caballo, así que tampoco es que tengamos oportunidad de charlar. Después enfilamos por un camino empedrado flanqueado por esas casas que parecen sumidas en una especie de placidez, y el mundo enmudece a nuestro alrededor. Sólo se oye el zumbido de los insectos. Somos

las únicas personas a la vista.

—Ella —me dice, aminorando la marcha para ponerse a mi altura—, sé que has visto la foto antes.

Lo miro y luego vuelvo la vista al camino.

—Ah, sí… ¿El qué? —Intento hacerme la sorprendida, pero no tiene sentido—. Entonces, supongo que tienes novia en tu país, ¿no?

—No, de verdad. No tengo novia. Cuando ese chico ha dicho que éramos novios, me ha gustado oírlo…

—¿En serio?

—Claro… De hecho, la foto es de mi hermana Vittoria.

Me siento aliviada en el acto, pero luego noto algo. Quizá es por su tono… y porque nadie lleva una foto de su hermana en la cartera.

—¿Quieres que vayamos a esa playa y nos sentemos un rato? —le digo. Y seguimos la marcha hasta una pequeña cala.

Empujamos las bicis por la arena, las dejamos apoyadas contra una palmera, nos quitamos los zapatos y nos sentamos cerca de la orilla, de cara al horizonte.

Christian busca mi mano con la suya.

—Déjame que te cuente por qué, pese a lo que puedas pensar, no tengo los pies tan en el suelo, como has dicho antes.

Y allí, en aquella pequeña playa, me cuenta cómo ha sido su vida hasta ahora, empezando por los recuerdos más antiguos que tiene de su hermana gemela, Vittoria: que compartían cuna, que lo hacían todo juntos, que todo el mundo los llamaba «los gemelos» en vez de por sus nombres. Me explica que se criaron en una zona residencial de Miami y fueron a escuelas buenas, y que cada uno tenía su grupo de amigos, aunque estaban tan unidos que se sentían como «dos mitades de una misma persona». Me habla de una casa grande, de unos padres poco afectuosos, de su sensación de que eran ellos dos contra el mundo.

—Y entonces se puso enferma —me dice—. Los dos lo supimos a la vez. Enfermó y ambos sentimos que era grave, y así fue realmente. Era un tipo de cáncer raro. Cáncer anaplásico de tiroides. Si te toca, lo más normal es que mueras pronto. Puedes tratar de combatirlo, pero no es de los que se dejan vencer. Nuestros amigos y nuestra familia intentaron ser optimistas, y yo también… Era mi hermana gemela, joder, y si el pensamiento

ilusorio podía servir de algo, no tenía problema en practicarlo. Pero no sirvió de nada. Yo sabía que no funcionaría y Vicky igual. En fin…

—Oh, Dios mío, Christian, cuánto lo siento…

—Ya, yo también. Es una mierda.

No se me ocurre qué decir, así que me limito a cogerlo de la mano.

—Te habría caído bien. Ella me habría dicho que eres demasiado joven para mí…, es como si la oyera. Pero le habría encantado tu pelo.

—¿Cuánto hace que…?

—Un año. Un año ya. Es una eternidad y a la vez no es nada. Felix y Susanna me han acompañado en este viaje por el aniversario… más bien, para escapar del aniversario. Mis padres habrían preferido que me quedara con ellos en casa, y en parte me sabe mal. Pero no me veía capaz de soportarlo. A Vicky le habría gustado que estuviese aquí contigo, en esta playa. Estoy seguro.

Me tiene cogida la mano y juguetea con mis dedos.

—¿No será hoy?

—No… ¿Sabes qué?, de hecho fue hace dos días, la noche que salimos por Lapa. Tú dijiste que había sido la mejor noche de tu vida, y no sabes lo mucho que significaron esas palabras para mí. En serio. Cuando me lo dijiste, pensé que era posible, que la vida sigue, que puedo ser feliz, que la gente puede ser feliz. Hiciste que me sintiera muy bien.

Me quedo contemplando el mar.

—Acabo de pasar horas contándote mis problemas, y ahora me parecen una tontería comparados con los tuyos. Lo lamento. Me siento como una capulla.

Niega con la cabeza.

—Tus problemas no son ninguna tontería, Ella. Y el mío es un rollo. Prácticamente consiste en cómo seguir con mi vida cuando sólo existe una parte de mí, en cómo vivir a la vez mi vida y la de Vicky. Es algo que sólo puedo solucionar viviendo. Lo tuyo, Ella, es algo inmediato, tangible, porque estás aquí y tus padres, o las personas que siempre se han comportado como tales, o lo que sea que sean, están a unos kilómetros de aquí, ahí enfrente, y parece que ahora yo soy el único que puede interceder y ayudarte a

solucionarlo.

Intento asimilar sus palabras. Es mucho que procesar.

—¿Qué le gustaba hacer a Vicky? —Me da reparo llamarla así en vez de Vittoria, pero no parece importarle.

Me mira.

—Era mucho más lista que yo. Quería ser médica. Y le encantaba bailar. La otra noche habría bailado samba contigo en la calle.

Asiento. Intento imaginármela.

—Parece estupenda.

—Y lo era. Siempre lo fue. Pero no he venido aquí a hablarte de ella. De verdad. Como te he dicho, tengo que regresar esta noche a Río. Y haré todo lo que hemos planeado. ¿Puedo volver mañana? Vendré a primera hora. ¿Puedo…? Podríamos pasar la noche juntos… según cómo vaya todo lo demás.

Me vuelvo y lo miro a los ojos. Nos quedamos así durante un rato. Y luego respondo a su pregunta con un beso.

Veo cómo se aleja el ferri, Christian apoyado en la barandilla de popa, saludándome hasta que no es más que un borrón, y el barco lo lleva al otro lado del horizonte. Una embarcación grande, blanca y metálica está apartándome de Christian, pero sólo será hasta mañana.

Va a volver. Antes creía que lo quería, pero no sabía qué significaba eso, porque no podía imaginarme que alguien pudiera llevarte a sentir esa necesidad irreprimible de sincerarte. Es la primera vez que me abro de esa forma. Siempre me había guardado las cosas para mí porque me asustaban, pero a Christian se lo he contado todo. Le he confesado mis miedos más profundos, y él me ha contado los suyos, y hemos estado en la playa al sol y nos hemos besado y besado y vuelto a besar.

Mañana volverá y pasaremos la noche juntos, y espero que pueda quedarse otras dos noches más. Le preguntaré a Ana-Paula si tiene una habitación doble y, si no, siempre podemos buscar otro sitio.

Hace unos días me fui del instituto creyendo que era Ella Black. Ahora sé que soy otra persona.

Quizá todo esto sea una oportunidad increíble.

Me siento fortalecida y lo único que quiero, ahora que Christian no está, es encontrar a mi verdadera madre. La vida es corta. Cosas más raras se han visto. No sé quién soy y siento que es fundamental saberlo. Christian y su hermana gemela estaban unidos contra el mundo, pero yo no tengo a nadie a quien unirme. Tengo genes en común con personas que no conozco, y por eso necesito encontrarlas. Aunque sólo sea para mirarlas a los ojos, para ver partes de mí en ellas y luego irme. Ya no quiero ser la pequeña de nadie. Mi madre biológica no tiene por qué cuidar de mí.

Necesito encontrar un cibercafé o como se llamen aquí, o conseguir un portátil. Tengo el móvil pero no el cargador, y, aunque lo he tenido apagado casi todo el tiempo, no sobreviviría a una búsqueda exhaustiva de mi madre biológica. Supongo que también podría comprar un cargador en alguna parte. Intentaré buscar una tienda mañana por la mañana.

Hasta entonces, quizá Alex pueda ayudarme.

—¿Tú me prestarías tu portátil? —le pregunto.

Apenas levanta la vista de la revista.

—Inténtalo si quieres. Pero tiene más años que tú. Para eso, casi mejor comunicarte con el mundo por paloma mensajera.

—Ah, vaya… ¿Y no sabrás de algún sitio donde pueda usar uno? Tengo el móvil, pero necesito hacer búsquedas en internet para una historia familiar, y es mucho más fácil con el ordenador. Aunque sea pagando…

Alex deja la revista a un lado y me mira por encima de sus gafitas.

—La mayoría de la gente utiliza el móvil con wifi —me explica —. En la isla, quiero decir, cuando les hace falta… Si quieres, puedo darte la clave de nuestra wifi. O eres libre de intentarlo con mi antigualla. A mí me da para mantener actualizada la página de la tienda, pero la cosa se las trae. Si quieres, puedo traer mañana mi MacBook.

—Gracias, me vendría de maravilla.

—Tu novio parece buena gente.

—Es el mejor. —Estoy radiante. No puedo creerme que Alex haya sacado el tema de Christian; ahora tengo una excusa para hablar de él, y ni siquiera he tenido que mencionarlo yo—. Vuelve mañana para quedarse.

—Vaya, qué bien… ¿Os habíais peleado? ¿Por eso apareciste ayer hecha un manojo de nervios? Hoy se te… bueno, se te ve mucho más contenta.

—No, no nos peleamos. —Veo por su cara que tampoco está muy interesado en el tema, así que decido ceñirme en lo posible a la verdad; mi nuevo yo tiene intención de ser sincero con la gente—. Fue por una movida familiar. Por lo mismo que necesito un portátil.

—Cógelo, y buena suerte. —Alex me sonríe y lo desliza por su pequeña mesa, antes de volver a su revista.

Me siento al fondo de la tienda, en un escalón junto a un montón de bicis, y abro el ordenador. Estoy a oscuras: la tienda está abierta por delante a la calle y no hay ninguna luz encendida. Huele a bicis, a suelo de madera y paredes húmedas.

Tarda lo suyo en conectarse, pero no me importa esperar. En cuanto arranca y se conecta a la wifi, empiezo a investigar por Google.

Comienzo con mi antiguo nombre, Ella Black.

Me tiemblan los dedos.

Necesito saber quién soy.

No
sé
quién
soy.

Mis padres adoptivos no le han contado a la prensa que estoy desaparecida y la policía no está buscándome. Imagino que estarán más ocupados con crímenes más importantes que el mío. Archivo el tema por el momento.

Consulto «cómo encontrar a tus padres biológicos» y relleno un formulario para inscribirme en el Registro de Contactos de Adopción. Por el certificado que me leyó Michelle sé que la fecha de mi cumpleaños es la verdadera, y menos mal, porque habría sido muy raro haber estado celebrándolo todos estos años un día que no era. Voy investigando poco a poco y hago todo lo posible para que mi madre biológica me encuentre de aquí a dos semanas, cuando cumpla los dieciocho.

Luego saco la carta del señor Vokes del bolso y la aliso. Me doy cuenta entonces de que el apellido que menciona me suena de algo… Por lo visto, mi mente lo había mantenido apartado hasta

ahora. Vuelvo a leer esa parte.

Lo pone ahí: «la señora Hinchcliffe». Es su apellido, y, por tanto, mi verdadero apellido, Ella Hinchcliffe. Esa mujer debía de tener un nombre pensado para mí, que sin duda no era Ella. ¿Cuál sería?

Quiero encontrar a esta señora Hinchcliffe. Me gustaría decirle que estoy bien, que el bebé que se vio obligada a entregar en adopción porque era demasiado joven, o porque era demasiado pobre o estaba demasiado enferma, se ha hecho mayor; que me han estado mintiendo toda la vida, pero que ahora lo sé y la perdono; que he sido Ella y Bella, y que siempre he sabido que algo no cuadraba. Creo que la señora Hinchcliffe no tuvo la culpa de lo que pasó. Era joven y no se veía capaz de cuidar de un bebé. Tal vez su familia no le permitió quedarse conmigo. Si yo estuviera embarazada —no es una posibilidad real, pero podría serlo después de mañana, una idea que me hace estremecer de emoción—, quizá tampoco me vería capaz de cuidar de un bebé y tendría que entregarlo a alguien que sí pudiera hacerlo.

Me la imagino parecida a mí, joven y asustada, debatiéndose con la idea de la maternidad, consciente de que lo mejor sería poner a su niña en manos de un adulto. Me gustaría decirle que, a pesar de que no me ha faltado nada material, me he pasado la vida echándola de menos sin saber qué era lo que añoraba.

Respiro hondo y tecleo «Hinchcliffe bebé 1999 Reino Unido». No creo que salga nada, pero nunca se sabe.

El ordenador se toma su tiempo. Miro hacia la luz del sol en el exterior con los ojos entornados. Alex está hablando con unos turistas que quieren alquilar unas bicis. Aunque no entiendo lo que dicen, más o menos consigo seguir la conversación por sus gestos y el tono de sus voces. Uno de los turistas es muy alto y está buscando una bicicleta especialmente grande, pero Alex no tiene claro dónde la ha metido.

Vuelvo la vista al portátil. Todavía está pensando. Google ha terminado de buscar, pero el resto de la página sigue en blanco. No tengo muchas ilusiones de poder encontrar un anuncio de mi nacimiento o algo parecido. Si una tiene pensado dar a su hijo en adopción, lo más probable es que no vaya pregonándolo por ahí en el periódico. Ha pasado mucho tiempo desde 1999, y en esa época internet no era lo que es ahora. Seguro que no encuentro nada, pero

he de intentarlo porque ese apellido es el único dato que tengo.

Empiezan a aparecer los resultados, y por lo que veo son irrelevantes, como era de esperar. En el buscador sólo hay coincidencias con un juicio reciente que no tiene nada que ver conmigo. Qué rollo. Añado la palabra «adopción» a la búsqueda, pero siguen saliendo los mismos resultados sobre esa otra historia que no guarda relación conmigo.

La primera imagen que aparece es una fotografía antigua de una mujer detenida por la policía. Se llama no sé qué Hinchcliffe. Miro la imagen por si acaso, pero no se me parece en nada: tiene una cara pequeña y huesuda y un pelo muy poblado y moreno. No puede ser mi madre. Voy bajando la página hasta el final, pero todo lo que sale es sobre ella.

Qué pesada. Busco a mi madre biológica, esta mujer que hizo no sé qué no me interesa… Pincho en uno de los resultados para ver qué hizo.

—Vamos a cerrar dentro de nada. —Alex está a mi lado—. Si quieres, ya te he dicho que mañana te presto mi MacBook.

—Claro. Gracias. Será sólo un segundo.

—¿Diez minutos?

—Perfecto.

La noticia se ha cargado del todo y la leo por pura curiosidad. La mujer se llama Amanda Hinchcliffe y, por lo visto, acaba de salir de prisión. Me suena de algo, he oído antes ese nombre. Fue cómplice de varios asesinatos: buscaba a chicas jóvenes por las calles y las llevaba al piso de su novio, que las torturaba y mataba. Sucedió hace mucho.

Llevaba en la cárcel desde 2000. No salen fotos actuales de ella, pero sí hay varias de cuando la arrestaron.

Las miro todas, por si acaso.

Las miro.

Miro a la mujer.

Miro su barriga.

Estaba embarazada.

Embarazada…

La detuvieron en octubre de 1999 y estaba embarazada.

Me pitan los oídos.

Se me reduce el campo de visión. Creía que ya me había

convertido del todo en Bella, pero por lo visto todavía queda Bella por salir.

Me quedo mirando la pantalla sin dar crédito.

Busco las palabras.

Por fin las veo: «El bebé.»

«Las autoridades se hicieron cargo del bebé.»

Se hicieron cargo.

El bebé nació.

Las autoridades se hicieron cargo.

No dice si era niño o niña, sólo que lo apartaron de su madre.

Fue en la radio del coche donde oí ese apellido por primera vez; me viene ahora en un fogonazo. Al salir del instituto. El boletín. «Amanda Hinchcliffe puesta en libertad…» Mi madre apagando la radio de un manotazo, silenciando esa noticia.

No es fácil adoptar a un bebé. Quién sabe cuántos nacieron en noviembre de 1999 y fueron dados en adopción, pero no pudo haber muchos a los que apartaran de madres que se apellidaran Hinchcliffe.

Hay una vieja foto de su novio, el asesino. William Carr. No había pensado en mi padre biológico ni por un momento, y tampoco quiero hacerlo ahora. Aparto a ese hombre de mis pensamientos. Pero veo su foto de reojo y me niego a enfocarla bien. No puedo mirarlo. Y sé la razón pues, incluso de soslayo, veo algo, y es algo que no quiero ver. Quiero esconderme. Quiero que no haya pasado nada de todo eso. Me supera.

YO ME ENCARGO DE TODO.

No podemos hacer nada. Ya ha pasado.

SIEMPRE SE PUEDE HACER ALGO. LO SABÍA. SABÍA QUE VENÍAMOS DE LA MALDAD.

Supongo que yo también lo sabía.

AHORA PODEMOS SER MALAS. YA NADA IMPORTA.

El mundo se ha desvanecido. No estoy en él. No sabría decir qué es lo que no veo porque está todo a oscuras. Delibero un rato hasta que sucumbo.

ESTO ES LO QUE YO SIEMPRE HABÍA SABIDO.

ES LO QUE SOY.

ES LO QUE SIEMPRE HE SIDO.

LO SABÍA.

LO
SABÍA.

Soy Bella. Soy mi lado Hinchcliffe. Leo el reportaje del periódico hasta la última palabra, y me quedo mirando al hombre que asesinó a cinco mujeres hace dieciocho años, y que habría continuado matando si no lo hubieran atrapado.

Es joven. Son fotografías del archivo policial. Sale mirando a la cámara y de perfil.

Tiene mis mismos pómulos. Mi boca. El mismo pelo claro que tenía yo, y diría que también mis ojos.

Soy su hija.

Soy un demonio.

Es casi de noche y estoy sentada junto a un árbol en la arena de la playa, contemplando el mar ensimismada. No sé qué ha pasado. No sé cómo he llegado aquí. Cojo un guijarro y lo lanzo al agua. Es esa hora en la que el sol ya se ha puesto pero que todavía queda luz.

Me dan ganas de adentrarme en el agua y no parar. Sería lo mejor, lo más fácil. Sólo tendría que andar. El agua está marrón y sucia, se me metería por la boca y la nariz y me impediría respirar.

Esa mujer tendría que haber abortado. Llevo viviendo dieciocho años más de la cuenta.

Creía que quería encontrar a mi madre biológica.

Tenía su apellido y no me ha costado encontrarla. No me ha hecho falta esperar a mi cumpleaños, porque es una celebridad. Mis padres son unos criminales famosos.

No puedo conocer a mi verdadera madre.

No puedo conocer a mi verdadero padre.

Podría volver a mi antigua vida y enfrentarme a lo que sea que me esté esperando en Río. Podría fingir que no he descubierto nada de toda esta historia y volver a ser Ella Black, y dar las gracias por ello. Por un momento, me veo capaz: volver al instituto, enviar la solicitud para la universidad y aprobar los exámenes de bachillerato; agarrarme a un ridículo salvavidas naranja, dejar que me icen de vuelta al barco y hacer como si nunca me hubiera caído.

Imposible.

Los Black saben quién soy realmente, y no quiero volver a

mirarlos a la cara. No puedo fingir que no sé nada ni que soy la cría que no lograron tener. Nadie más puede saber de dónde procedo. Ayer creía que sería capaz de contarle cualquier cosa a Christian, pero esto no puedo decírselo. Estoy completamente sola. Éste era el vergonzoso secreto de los Black, y ahora también es el mío. Sé que intentaron explicarme que era adoptada, pero también que nunca me habrían dicho quiénes eran mis padres biológicos. No me extraña que se echaran atrás, aliviados, cuando yo me negué a escuchar la verdad.

Siento una punzada de compasión por ellos. Sus mentiras eran mejor que la verdad. Hicieron lo mejor que podían, eso no se lo voy a negar. Hicieron lo correcto, y aun así no puedo volver con ellos a casa.

Tengo que meterme otra vez en internet y ver los detalles de los crímenes. Es evidente que fui concebida en medio de toda esa monstruosidad, y ni siquiera puedo mentirme diciéndome que tal vez William Carr no sea mi padre, porque sólo hay que verle la cara.

Por fin hay algo real en mi vida: soy Ella Hinchcliffe-Carr, hija de asesinos, y mi lado oscuro, mi Bella diabólica, es mi verdad. Bella Carr. Así me llamaría.

Me apoyo contra el árbol y cierro los ojos.

Amanda Hinchcliffe y William Carr sólo me sonaban de oídas. Puedo resumirlo en pequeños destellos de cobertura mediática: una columna de «otros asesinos en serie famosos» cada vez que pasa algo, un vínculo en internet, una mención aquí y allá… Pero eso es todo. Supongo que los Black me han estado protegiendo de todo esto, e intento repasar mi infancia para ver si me distraían con galletitas y gatitos cuando salía algo al respecto en las noticias. Supongo que si algo es noticia cuando eres una cría, cuando tienes edad suficiente para fijarte ya no está precisamente en portada.

En mi instituto saben quién soy.

De repente lo comprendo. No todos los profesores, pero sí la directora, la señora Austen. La recuerdo rompiendo un papel en trocitos mientras me dice que debo irme con mis padres, me guste o no. Ella siempre ha sabido quién soy.

Y ha debido de resultarle muy raro.

Mi directora lo sabía y puede que otras profesoras también, pero

no así mis compañeras. O eso espero: la idea de que mis amigas pudieran saberlo me hace estremecer.

Conseguí caerles bien a la mayoría de las profesoras manteniendo a raya mi lado malvado y haciendo como si fuera tranquila y buena —al fin y al cabo, fingir ser algo es casi igual que serlo—, pero en mi fuero interno soy mala, siempre lo supe. Eso siempre lo he sabido. Ahora sé que soy fruto de la maldad y nací malvada. Tengo genes impregnados de malevolencia, y no hay educación, comida saludable o clases de ballet que valgan para contrarrestar algo así. Intenté ser buena, pero la lucha con mi verdadero ser era cada vez más dura.

Visto lo visto, Fiona y Graham Black son las mejores personas del mundo. Nunca han tratado mal a nadie. Esos nuevos padres me dieron todo lo que siempre necesité, quise o pedí, y aun así yo hice pedazos un pajarito con un martillo y le rajé la cara a un desconocido con una botella rota… Y eso sólo se explica por el hecho de que soy el producto de una famosa pareja criminal. Los Hinchcliffe-Carr estamos a la altura de Hindley y Brady, los asesinos de los páramos, o el matrimonio West. Mucho ojo, más vale no meterse con nosotros.

Bien, no podré vivir con esto.

Me levanto, me desperezo y voy hasta la orilla desierta. Ya casi ha anochecido del todo. Se oyen sonidos de percusión en una casa cercana. Me meto en el agua. No tengo la bici conmigo, de modo que supongo que habré venido andando. No recuerdo nada entre rendirme a una Bella exultante y verme aquí, en la playa. Sé por qué he venido. Sé lo que tengo que hacer.

Avanzo en línea recta, hasta que el agua me cubre las rodillas. Llevo los mismos vaqueros cortos de estos días, así que puedo meterme hasta los muslos sin mojármelos. Me detengo cuando el agua me llega justo por debajo. Podría continuar, no pararme y morir. No les costaría mucho encontrar mi cuerpo, porque estas aguas no tienen pinta de moverse mucho.

Quiero hacerlo. Lo deseo. Quiero avanzar y descansar en un adorable vacío. Todo se borraría por completo. Tengo el poder de extinguirme a mí misma.

Pero

no

puedo.
Quiero, pero no puedo.
Quiero
pero
no
puedo.

Mis pies no quieren dar el siguiente paso. Mi cuerpo se niega a elegir la muerte. Bella me chilla que dé la vuelta y regrese al mundo. No puedo hundirme bajo el agua: si lo hiciera no podría respirar, y necesito respirar, por mucho que no quiera seguir viviendo. Eso no puedo evitarlo.

No puedo vencer mi necesidad de respirar.

No puedo morir. Por lo visto, no tengo la fuerza suficiente para dar esos últimos pasos.

Soy una inútil hasta para morir.

Sabía que pasaría. En mi antigua vida, la única vez que intenté autolesionarme me fui a los aseos del instituto con un cúter dispuesta a librarme así del demonio. Había leído sobre autolesiones, y pensé que sería la mejor forma de lidiar con Bella sin herir a otras personas, aunque la idea me ponía tan enferma que no lo soporté y tuve que dejarme caer contra un tabique. Me puse la cuchilla sobre el brazo y esperé.

No fui capaz. No logré ignorar mis instintos. Por eso sólo tengo dos cicatrices plateadas en el brazo izquierdo que nadie ve. Eso fue lo único que conseguí. No pude hacerlo entonces, igual que no puedo ahora.

Me vuelvo y salgo lentamente del agua. Soy una persona distinta, tal como deseaba en esa otra vida. Si hubiera tenido la menor idea… Parece que he decidido vivir, pero no puedo quedarme aquí. No puedo decirle a nadie quién soy. Debo empezar de cero, dejarlo todo atrás, ahora, de inmediato, y buscarme una vida nueva.

Cojo el bolso y voy a la pensión. Mañana no veré a Christian. Debo largarme de aquí.

Veo por la cara de Ana-Paula que algo de mí la preocupa. No sé cuánto tiempo ha trascurrido desde que he visto aquella cara en la pantalla y luego he aparecido en la playa. Tal vez he aplastado toda la ciudad, pisoteándola en plan Godzilla. No tengo ni idea.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta con tacto en inglés.

Asiento, por mucho que sea mentira. Luego sigue hablando, pero ahora en portugués, y no entiendo ni jota, de modo que no podemos comunicarnos, y por mí no hay problema. Pero ella no piensa rendirse. Coge un lápiz y un papel, se sienta a la mesa de su cálida cocina y hace un dibujo de una chica que podría ser yo, con lágrimas en la cara. Añade un portátil y unas bicicletas bastante rudimentarias. Mientras dibuja, va hablando y añadiendo flechas para explicarme que me he ido de la tienda de bicis llorando y corriendo.

Me explica por señas que he tirado el portátil al suelo.

Dibuja a un chico con cara de Harry Potter, boquiabierto por la conmoción.

Intento no llorar, pero, en cuanto me rodea con un brazo y me aprieta con fuerza, sé que no lo conseguiré. Huele a coco. Tengo su gran barriga de embarazada apretada contra mí y siento cómo se remueve el bebé por dentro.

Eso no hace más que empeorarlo todo.

8

TREINTA DÍAS

Paso la noche en vela, pensando. Me tiro una hora leyendo sobre mis verdaderos padres en el móvil, mientras se agota la batería. A continuación, me cuelo de puntillas en la cocina de Ana-Paula y le escribo una nota: «Lo siento, pero he tenido que irme. GRACIAS.» La dejo en la mesa junto con algo de dinero.

Escribo otra nota mucho más difícil.

> Querido Christian:
>
> Te quiero. Estoy perdidamente enamorada de ti. Te quiero con toda mi alma. Sé que sólo hace unos días que nos conocemos, pero tengo la sensación de conocerte más de lo que he conocido nunca a nadie, y te quiero.
>
> Lo siento, pero no puedo parar de repetirlo.
>
> Y siento no poder quedarme.
>
> Lo siento.
>
> No tiene nada que ver contigo, sólo es cosa mía.
>
> Te querré siempre. Gracias por todo. Tengo que irme.
>
> Mil besos,
>
> Ella

La doblo en cuatro y escribo su nombre por fuera. Ni siquiera sé cómo se apellida. Espero que llegue a sus manos.

Según los horarios, el primer ferri sale a las cinco y media de la mañana. Hay bastante gente esperándolo, pero rehúyo las miradas y me envuelvo en un halo de tristeza. Ojalá pueda irme antes de que llegue Christian. Necesito que conserve en su cabeza la mejor versión de Ella, la de la chica de quien se enamoró. Ese yo —el que he sido entre Ella Black y Bella Hinchcliffe-Carr— sólo ha existido

por unos días.

Era el único que tenía futuro.

El ferri zarpa con una sacudida. Va mucho más vacío que el que me trajo hace dos días, así que apoyo la frente contra el cristal y miro por una ventanilla para ver cómo desaparece la isla a la luz del amanecer.

Ahora sé lo que estuvieron haciendo mis verdaderos padres el año antes de que naciera. Amanda, mi madre, escogía cuidadosamente un lugar público y se ponía a llorar. Cuando una mujer joven tenía la amabilidad de pararse para preguntarle si se encontraba mal, ella decía que sí y le pedía que la acompañara a su casa, que estaba a la vuelta de la esquina. Entonces la llevaba directamente al piso donde aguardaba Billy, mi padre, que la retenía durante días y le hacía cosas abominables que me he obligado a leer y que jamás podré borrar de mi mente. Luego, por la noche, ambos iban al canal a tirar su cuerpo sin vida, porque, por supuesto, no soy de un pueblo privilegiado como Kent, sino de una lejana ciudad atravesada por canales.

Actuaron con impunidad durante bastante tiempo, porque Amanda siempre escogía lugares sin cámaras de vigilancia y sin testigos, a un corto paseo andando de su casa. Las jóvenes pasaban a engrosar la lista de mujeres desaparecidas, pero nadie las vinculaba con Amanda y Billy porque no había manera de relacionarlos.

Hasta que un día encontraron la forma de hacerlo. Una de las víctimas no llevaba una vida tan solitaria como las demás y, en cuanto desapareció, su familia armó un gran revuelo. Entonces se presentó un testigo que afirmó haberla visto andando en compañía de otra mujer. Cuando más tarde la policía dragó el canal, no sólo encontró el cuerpo que buscaban, sino muchos más. Todo salió a la luz y, en medio de ese descubrimiento, nací yo.

Cuando la detuvieron, Amanda tenía dieciocho años y le faltaba poco más de un mes para dar a luz. En las crónicas de los periódicos, apenas se menciona que el bebé (cuyo sexo y nombre omiten) fue apartado de su madre nada más nacer, para quedar bajo tutela de las autoridades. Mi historia pública termina ahí.

Las autoridades se hicieron cargo de mí. Me adoptó una pareja que no podía tener hijos propios, de modo que no les quedó más

remedio que rescatar a un pequeño bebé de manos de unos asesinos. Me llamaron Ella Black, y me criaron durante diecisiete años haciéndome pensar que yo era esa persona.

Mis padres adoptivos aseguran que intentaron contarme que era adoptada. Evidentemente, no se esforzaron mucho, de lo contrario me habría enterado. Ahora, sin embargo, puedo entender por qué decidieron no decírmelo; en su lugar, yo tampoco lo habría hecho. Lo hicieron lo mejor que pudieron.

Me dieron «una nueva identidad», se cuenta en una de las breves menciones a mi existencia. Ella Black: una nueva identidad. Tengo una nueva identidad, como Jason Bourne. Me han criado ocultándome que existía una verdad oculta fundamental sobre mí, como le ocurrió a Harry Potter o a Luke Skywalker.

He aumentado al máximo las fotos en que aparece Amanda Hinchcliffe embarazada durante el juicio, y las he observado un buen rato, sabiendo que fue ahí donde empezó todo para mí. Me imagino a una criatura creciendo bajo su jersey holgado, tras la cinturilla de sus mallas elásticas. Crecí en su interior y, antes de poder respirar por mí misma, la pillaron engatusando a amables transeúntes para que la acompañaran a su casa, donde iban a ser torturadas y asesinadas.

Era apenas unos meses mayor que yo ahora. Tenía la nariz exactamente igual que la mía; una nariz de lo más corriente, igual de corriente que la mía. Es posible que todas las narices tengan más o menos la misma forma, aunque la mía, como la suya, no es ni grande ni pequeña, tampoco respingona. No tiene bultos ni protuberancias.

Estudié sus ojos, su rostro… Ojalá hubiera tenido un espejo para comprobarlo, pero creo que nuestras barbillas guardan cierto parecido. Tenía una melena poblada y morena y, por más que la mire, eso no va a cambiar. Mi pelo es liso y fino y ahora lo tengo morado, pero cuando no voy teñida es tirando a rubio.

¡Quiero parecerme a ella porque no quiero parecerme a él!

Mi móvil está a punto de quedarse sin batería. Contiene mi antigua vida. Tiene a mis amigas del instituto, así como a mis enemigas, y todas mis fotos, mensajes y correos. En su historial de búsqueda, está la verdad sobre mi nacimiento. Tenía pensado tirarlo al mar, pero soy incapaz porque contiene toda la verdad sobre Ella

Black.

El barco llega a Río y en el muelle todo está en calma. No hay rastro de Christian (normal, no iba a volver a la isla a las seis y media de la mañana). Salgo a la pálida luz del sol y sonrío cuando empiezan a pitarme los oídos y a emborronárseme la visión. Le doy la bienvenida.

YO ME ENCARGO DE TODO.

Gracias.

Atravieso la plaza bajo la fría luz del amanecer, y siento que mi vigor aumenta a medida que avanzo. Mi antiguo yo se ahogó anoche en el mar. Este yo tiene pies que apenas rozan el suelo al andar. Este yo no tiene nada que temer porque nada puede tocarlo.

NADA

PUEDE

TOCARME.

AQUÍ

OS

ESPERO.

YO ME ENCARGO DE TODO.

Soy Bella de pies a cabeza, y soy fuerte. Percibo la violencia bajo la superficie, sé que ahora podría hacerle cualquier cosa a quien fuera. Ya no siento haberle rajado la cara a aquel hombre. No me arrepiento de nada. Echo de menos a Christian con un dolor tan terrible como persistente, pero no puedo volver a verlo: es demasiado bueno para mí. Me estoy alejando del amor de mi vida porque no me queda más remedio, porque él quiere a Ella y yo soy Bella.

Paro un taxi amarillo y el conductor arranca antes de saber adónde quiero ir. Luego le digo lo único que se me ocurre para que me lleve allí donde ni Christian ni los Black pensarían en buscarme.

No me buscarían en un sitio como ése, demasiado peligroso.

Todo es peligroso.

Vamos, venid a por mí.

—Favela —digo.

El taxista pide que le especifique. Hay un montón de favelas.

—La más grande.

El hombre habla el suficiente inglés para mantener una conversación básica. Dice algo que suena a «Rosiña».

—Bien —digo—. Ahí. —Me da igual lo que signifique: me vale.

Esto es todo lo que sé sobre las favelas: son barrios de chabolas tremendamente peligrosos que están repartidos por toda la ciudad. Fiona y Graham Black no se atreverían a pisarlas en su vida, jamás se les pasaría por la cabeza intentarlo. Ella Black también saldría corriendo espantada de un sitio así. Bella Hinchcliffe-Carr, en cambio, iría allí de cabeza.

Ahora mismo necesito dinero y un sitio donde quedarme. Parece absurdo pedirle al taxista que pare en un cajero automático para sacar una buena suma contante y sonante, sobre todo si antes le he dicho que me lleve a un peligroso barrio sin ley, pero no tengo elección. Además, aunque siguieran mi rastro hasta el cajero, tendrían que ser muy rápidos para atraparme antes de volver al taxi, y aun así no se atreverían a seguirme hasta mi descarnado destino.

El taxista se detiene a las puertas de un banco rojo de arriba abajo. Pese a que todavía es bastante temprano, cuando entro en el pequeño vestíbulo donde está el cajero automático noto la corriente fría del aire acondicionado. Meto la tarjeta en la máquina. Me pregunta en qué idioma quiero operar y pulso el botón junto a la palabra INGLÉS. Introduzco 1711, la fecha de mi cumpleaños, sabiendo que va a funcionar, pues utilizan ese número para todo, pese a que no me conocieron ese día. Funciona. En parte temo que, de pronto, se bajen las persianas metálicas y me dejen encerrada en este habitáculo, pero no ocurre nada de eso.

Cuando me pregunta de qué cuenta quiero sacar el dinero, pulso el botón de DÉBITO porque es la primera opción, y entonces los engranajes internos se ponen en movimiento y me da mil quinientos reales, lo que me parece mucho dinero.

Regreso al taxi y reanudamos la marcha. El corazón me late con fuerza. Tengo que poner la mayor parte del dinero a buen recaudo; no puedo metérmelo en los zapatos porque llevo chanclas, ni en el bolso, por si me lo roban. Acabo dividiéndolo y, cuando creo que el taxista no me ve, me lo guardo casi todo en el sujetador, otro poco en los bolsillos de los vaqueros y el resto en el bolso. Pase lo que pase, de esta forma siempre debería conservar algo de dinero.

Las calles están cada vez más transitadas y contemplo a la gente por la ventanilla. Christian va a volver a la isla para verme, pero no

me encontrará. Irá a la tienda de Alex, y él le contará dónde me alojaba y lo del cruce de cables que me dio, y luego encontrará mi nota.

Miro una laguna rodeada de carreteras con mucho tráfico, a pesar de lo temprano que es. Ahora mismo sólo puedo vivir el momento presente. No puedo pararme a ver las cosas con perspectiva, ni siquiera imaginar lo que voy a hacer mañana. Aunque puede parecer abrumador, no lo siento así. No sé adónde voy, pero mi lado oscuro ha tomado las riendas y se va a encargar de todo. Soy fruto de la maldad y tengo sangre de criminales, así que sobreviviré.

Nunca volveré a mi antigua vida. Intentaré vivir en una favela. La adrenalina hace que me vibre todo el cuerpo. Es una locura, probablemente una forma elaborada de suicidio, y por eso me da igual.

El taxi circula por carriles congestionados hasta llegar a un túnel gigante. Cuando entramos en él, todos los sonidos parecen amplificarse y el sol desaparece, todo se tiñe del rojo de las luces de freno de los coches que tenemos delante.

Poco después, volvemos a salir a la brillante luz del sol, y el taxi serpentea por un carril y se detiene.

—*Rosiña* —anuncia el taxista con una sonrisa.

Respiro hondo y me apeo. Le pago por la ventanilla, y el hombre me sonríe, me saluda con la mano y me dice en inglés:

—Buena suerte para ti.

Se aleja y me quedo sola.

Sola en un barrio de chabolas de Río. Debería estar muerta de miedo.

Pero

no

lo

estoy.

Hace cinco días estaba en el instituto.

Hace un día estaba enamorándome.

Hace apenas una hora estaba en un barco.

Aunque tengo el corazón roto de mil maneras, la energía de la huida me lleva en volandas. Ella está escondida en mi interior, gimoteando. Bella va a encargarse de todo, y tiene algo que hacer

antes que nada.

Las tiendas y los puestos callejeros están empezando a abrir, hay gente y motos por todas partes, y yo no hablo el idioma. Agarro con fuerza el bolso, medio esperando a que alguien me pegue un tirón.

Sé que la gente se fija en mi pelo, que no me permite pasar desapercibida.

Justo enfrente, hay un puesto de pollos asados, todos en hilera girando tras una vitrina. Al lado hay una barbería abierta; me acerco y me siento en el banco de fuera. Sonrío a modo de saludo al resto de los que hacen cola; no parezco llamar mucho su atención, de modo que me limito a esperar mi turno y, mientras tanto, no pienso en nada, cero. Miro cómo la gente pasa, insensible a todo. Nadie me atraca y nadie me habla. Poco después, el barbero me hace entrar y le digo que no hablo portugués, pero me cojo un mechón de pelo y hago una mueca. Él se ríe. Le indico por señas que me lo rape. Después de preguntarme varias veces si es eso lo que realmente quiero, coge una maquinilla y me la pasa por toda la cabeza. Veo cómo van cayendo mechones púrpura al suelo. Antes de acabar, me da una última pasada. Lista.

Me miro en el espejito y me paso la mano por la coronilla.

Y así, sin más, me he quedado sin mi pelo.

Me he quedado sin nombre. Me he quedado sin familia. Me he quedado sin novio. Y ahora sin pelo.

Bueno, aún tengo un poco, unos milímetros, y es rubio y suave, agradable al tacto. La gente pensará que me están dando quimio. El hombre barre los mechones morados y los amontona con el pelo negro del resto de los clientes, y yo le pago unas pocas monedas y me voy al bar contiguo. Antes de entrar, veo una papelera en la acera. Pongo el móvil en el suelo, lo pisoteo y lo tiro dentro. Se acabó, no quiero conservarlo.

Ojalá tuviera una guía o información de cualquier tipo. Ahora mismo, estoy sedienta y calva. Me hallo en un gueto, pero aún me siento capaz de poner un pie delante de otro y abrirme paso hasta un sitio donde sentarme, y, aunque el simple hecho de estar aquí me parece una alucinación, la cosa funciona.

El bar se llama Super Sucos. Al entrar, veo que es un local de zumos, de modo que para pedir señalo uno rosa que aparece en la carta, y la mujer me indica que vaya a sentarme. Voy a una mesa y

nadie se fija en mí, a pesar de que soy una extranjera que acaba de raparse su pelo morado. Al cabo de un rato, me sirven un vaso de plástico con tapa y pajita.

—*Obrigada* —digo.

—*De nada* —responde la mujer.

Los Black se compadecieron de mí porque era la hija de unos asesinos y quisieron darme una buena vida. Fueron bondadosos. Yo necesitaba unos padres y ellos un bebé. Aun así, me las arreglé para convertirme en un demonio.

Quién sabe si no han intentado siempre mostrarse agradables para que no los matara. Ahora los odio. Quizá acabe matándolos, tal vez incluso se lo esperen.

El zumo sabe a fresa y sandía. Lo bebo poco a poco y luego pido otro, esta vez uno verde. Lo sorbo tranquilamente con los ojos clavados en la mesa, mientras espero que pase el tiempo confiando en que quizá, dentro de media hora, sepa adónde ir.

Los edificios son de cemento, no de chapa ni de cartón o madera. No es la idea que tenía de un barrio de chabolas. De hecho, incluso me parece un lugar donde sería posible encontrar algún tipo de alojamiento para viajeros.

Es menos aterrador de lo que debería.

Pago los zumos y le pregunto a la mujer si habla inglés.

Por lo visto, sabe lo justo para entender que estoy preguntándole si habla mi idioma, pero niega con la cabeza.

—¿Hotel? —pregunto.

Llama a un hombre para que se acerque y hablan entre ellos. Me miran y dicen algo, y eso no me gusta porque no sé si he salido en las noticias y acabarán llamando a la policía. Quizá me han visto bajar del taxi con el pelo morado.

—Bueno, no se preocupen… —me apresuro a decir. Niego con la cabeza y hago un gesto de «no importa» con las manos.

Me limitaré a subir el cerro por mi cuenta, a ver qué pasa. Sin embargo, cuando voy a salir del local, el hombre se interpone en mi camino. La respiración se me acelera y me tiemblan las piernas.

—Tú —me dice mientras intento sortearlo—. ¿Quieres hotel?

Trago saliva.

—¿Sí? —cloqueo, de modo que, con más valentía, repito—: Sí.

—Soy Bella Black y lograré que sigamos con vida. Soy un monstruo y puedo hacer cualquier cosa. No he llegado hasta aquí para venirme abajo a la primera de cambio—. Sí, un hotel… *por favor* —termino en español.

—Tú ven.

Me acerco con él hasta un hombre que tiene una motocicleta. Mientras hablan, intento entender sus gestos y pillar alguna palabra suelta. Cuando el otro asiente y me hace señas de que suba a la moto, obedezco sin pensarlo. El tipo arranca y salimos pitando a todo gas. La moto vibra entre mis piernas, con el motor rugiendo mientras remontamos el empinado cerro.

Tiene mi vida en sus manos.

A la mierda. A la mierda con todo.

Vamos sorteando peatones que andan por la calzada. Están por todas partes. Nunca habría imaginado tanto ajetreo en un barrio así. Un pequeño va encaramado al manillar de la bici en la que su madre pedalea cuesta arriba (doy por hecho que es su madre, aunque nunca se sabe, claro), y hay motocicletas zumbando por todas partes. Hay gente sentada alrededor de mesas de plástico en la acera, bebiendo café, Coca-Cola o cerveza. Un hombre lleva un saco grande y pesado. Un grupo de jóvenes baja por la calle, riendo. Hay comercios de todo tipo. Pasamos ante una carnicería, ante una tienda de electrodomésticos, ante un hombre que está soldando algo entre una lluvia de chispas, ante otra barbería… En cada esquina hay alguien vendiendo algo.

En cuanto salimos de la calle principal, los comercios menguan para dar paso a humildes casas. Las observo, apiñadas unas contra otras, de vistosos colores. Unos niños que juegan con un balón de fútbol se paran para verme pasar. En los escalones de una casa, un joven está manteniendo una conversación a gritos con alguien que no llego a ver. Dos chicas vestidas con camiseta blanca y pantaloncito azul están haciendo el pino…

Dejamos el bullicio atrás, y me alegro de alejarme, de ir en esta moto, por mucho que esté a merced de un desconocido en un gueto brasileño y no tenga ni idea de adónde me lleva. Las calles se van estrechando, y enfilamos entonces un callejón tan angosto que podría extender ambos brazos a los lados y tocar las paredes. Cuando la motocicleta se detiene, lo tengo todo pensado. Si este tío

quiere robarme, le daré el dinero que llevo en el bolsillo derecho y saldré corriendo. Probablemente no me cueste mucho encontrar el camino de vuelta hasta el sitio de los autobuses, los taxis y el bar de zumos: sólo con correr cuesta abajo será suficiente.

Pero el hombre se limita a aporrear una puerta y grita algo. Sale a abrir una mujer menuda como un pajarito; parece bastante joven y, al verme, sonríe, asiente y me dice algo. El motorista habla con ella, que vuelve a mirarme.

—Hola. Hablo muy mal inglés —dice entonces.

—Yo también hablo muy mal portugués —respondo, asombrada por lo valiente que me siento—. Pero quiero aprender.

—Me llamo Julia.

Hago una pausa. No tengo claro quién soy. No puedo ser Ella; tampoco Chrissy, por mucho que recuerde a Christian en la isla.

—Lily —digo.

Al punto me arrepiento. Tendría que haber inventado un nombre sin relación alguna con mi antigua vida. No soy Ella Black, y Lily es la mejor amiga de Ella, así que ha sido una tontería, aunque ya es tarde. No puedo soltarle ahora que en realidad me llamo Jessica, por ejemplo. Sería un disparate, y entre la cabeza rapada y todo lo demás ya debo de parecer bastante chiflada.

Le doy al motorista el poco dinero que me pide con los dedos, y añado una propina para demostrarle mi agradecimiento por no haberme secuestrado ni robado. Él hace un gesto con la cabeza, gira su motocicleta y se va. Y aquí estoy yo, en lo más profundo del gueto, entrando en la casa de una mujer que se llama Julia.

El lugar es realmente una pensión. La habitación resulta mejor de lo que me esperaba, igual que, por el momento, la favela en sí. Es pequeña, con suelo de baldosas blancas y paredes también blancas. Tiene una cama individual con una colcha verde de nailon. La única ventana, en lo alto de la pared, no deja entrar mucha luz. Parece un buen lugar para esconderse. Dejo la bolsa en la cama y pregunto cuánto cuesta.

—¿Cuánto tiempo? —quiere saber Julia.

Respiro hondo.

—¿Podría quedarme un mes?

—¿Un mes? Sí, claro. ¿Trabajo? ¿Enseña inglés?

—Sí.

Es más fácil seguirle la corriente que intentar explicarme, y es de agradecer no tener que inventarme nada.

Concretamos una tarifa por el mes y no me molesto en hacer la conversión a libras; tengo dinero de sobra en el sujetador. Insisto en pagar por adelantado, así no tendré que llevar tanto dinero encima y no correré el riesgo de que me lo roben. Además, ahora que he sacado más que suficiente, no necesitaré utilizar la tarjeta de crédito hasta dentro de un tiempo.

Ya está. Lo he conseguido. Estoy escondida y tengo un sitio donde alojarme hasta diciembre.

El baño está justo al lado. Julia me enseña que hay otra habitación de huéspedes que ahora mismo está vacía y me cuenta que ella y su marido, Anderson, duermen en otro dormitorio. Soy libre de utilizar la cocina cuando quiera, y veo que hay una mesa y también una pequeña salita contigua con dos sillas con pinta de cómodas. Todos los suelos son de baldosas blancas y, aunque en general todo tiene aspecto desgastado, está limpísimo.

—Voy al trabajo —me dice—. Yo trabajo aquí, en Rocinha, pero Anderson trabaja muchas horas en un hotel en Ipanema.

No había imaginado que algunos trabajadores de los hoteles vivieran en sitios así, pero claro, tiene sentido. Todo lo que sé de los guetos y los barrios de favelas es por las clases de geografía y por la peli *Ciudad de Dios*, y por lo visto me había hecho una idea muy equivocada. En la versión de instituto, un gueto, un barrio de chabolas o una favela es caótico y desolador, con casas de madera reciclada, cartón y chapa arracimadas sin ton ni son. Sus habitantes no trabajan, todos son mendigos o escarban en papeleras o vertederos o se dedican a trapichear droga.

He tenido que echarle valor para venir aquí, pero en realidad es un lugar como cualquier otro, y hasta el momento la gente me ha ayudado sin problema. Me han rapado al cero, me han servido un zumo y me han llevado en motocicleta hasta el lugar perfecto, donde una mujer me ha alquilado una habitación.

Recuerdo que, hace un millón de años y al mismo tiempo hace cuatro días, mi supuesto padre dijo que se hacían *tours* por las favelas, y los tres pusimos mala cara pensando en lo horrible que debía de ser. En realidad, este barrio está muy vivo. Da miedo porque es distinto a todo lo demás, pero lo cierto es que resulta un

sitio como otro cualquiera, donde vive gente de todo tipo.

Mis falsos padres jamás se lo imaginarían. Como gente acomodada que son, tienen miedo de los que no poseen nada. No me buscarán aquí, y aunque lo intenten les costaría mucho dar conmigo. Al fin y al cabo, estarían buscando a una chica de pelo morado… Tengo que mantener mi cabeza bien rapada y seguir alejada de todos los que me conocen y de todo aquel al que pueda resultarle tentador el dinero que llevo encima. De momento, o al menos por ahora, estoy más que bien. De hecho, reboso adrenalina y tengo la sensación de que podría vencer a cualquiera, superar cualquier obstáculo.

Aun así, aunque me siento con toda la energía del mundo, no tengo ningún plan más allá de permanecer escondida. Necesito buscarme algún entretenimiento analógico… ¿En un sitio como éste podré conseguir algún libro en inglés? Si pudiera comprar un cuaderno de dibujo y unos lápices, me encantaría dibujar. Aunque a saber si una chica rapada dibujando en la calle llamaría la atención o pasaría desapercibida.

En cualquier caso, tampoco puedo tirarme un mes leyendo y dibujando. También necesitaré comer, y al final me quedaré sin dinero. He de encontrar una salida a mi propia encerrona… Bien, voy a dedicar unos días a acostumbrarme a vivir aquí y luego ya veré.

Julia me da un vaso de agua y se marcha. Cierro la puerta del cuarto y me siento en la cama. Aunque tengo la cabeza a mil por hora, en cuanto me tiendo me quedo dormida y no me despierto hasta media tarde. No tengo la menor idea de qué hacer y me da miedo salir, ahora que con el sueño parece haberse disipado toda la adrenalina. Me quedo contemplando la pared y no pasa nada. Después voy en busca de Julia y me pongo a ver la tele con ella en la salita. Me gustaría comprobar que no estoy saliendo en las noticias, pero está viendo *Seinfelden* versión doblada, así que intento concentrarme en la serie y no pensar en nada más durante unos minutos. Cojo un periódico y lo hojeo, pasando las páginas mientras recurro a la lógica y a mi francés de secundaria para entender lo que pone. Lo que sí está claro es que el portugués es más fácil escrito que hablado.

Cuando vuelvo la página y veo mi cara devolviéndome la

mirada, me pita la cabeza y estoy a punto de vomitar. La visión se me llena de manchurrones. No recuerdo ni cómo respirar.

Soy yo. Salgo en el periódico.

Aparezco en la página quince entre otras noticias, a la vista de todo el que coja este periódico y lo hojee. Quiero traducir lo que pone, pero no puedo pedirle ayuda a Julia. Distingo mi antiguo nombre, Ella Black, y los de mis padres adoptivos, Graham y Fiona. No mencionan a Amanda Hinchcliffe, ni sale ninguna fotografía granulada ni ningún asesino famoso. Tampoco aparece ningún camarero con la cara mutilada, aunque es posible que sí hablen de él en el artículo.

El titular reza: *O MEDO AUMENTA SOBRE O DESTINO DO ADOLESCENTE DESAPARECIDA*. «*Adolescente desaparecida*…» ¿Qué quieren decir con eso, exactamente? ¿Adolescente desesperada? ¿Adolescente despreciable? No sé qué pone el artículo, pero está claro que habla de mí y de mi paradero. He visto noticias parecidas en los periódicos de mi país; por lo general acaban con el hallazgo de un cuerpo sin vida. Ésta no va a terminar así. Al menos por el momento.

Es la fotografía que me hizo mi padre —Graham— hace tres días en la playa, después de haber estado un buen rato dibujando Copacabana. Es en blanco y negro, y se me ve el pelo gris claro, largo y suelto. Me acaricio la cabeza rapada y me pregunto si Julia habrá pensado que tengo alguna enfermedad horrible. En la foto salgo con los ojos entornados porque me da el sol de cara. Llevo puesto mi top de cuello alto, el mismo que tengo en el bolso, así que deberé deshacerme de él. De fondo, se ve la línea recta del horizonte marino. Parezco feliz. De hecho, salgo sonriendo. Lo intento ahora, pero me resulta raro hacer ese gesto con la boca. La Ella de la foto es la misma que soy en mi recuerdo más antiguo, en el que adelanto la mano para acariciarle el hocico a un caballo, cuando tenía dos años. A esa edad, me creía todo lo que me contaban sobre el mundo. Hace apenas una semana, aunque tenía mis sospechas, creía que, en lo fundamental, el mundo era tal como siempre lo había conocido.

Ahora ya no soy tan ingenua.

Julia me mira y fuerzo una sonrisa al tiempo que paso la página. El periódico se llama *O Globo*, pero ignoro si es local o nacional.

Aunque de hecho da lo mismo, pues nadie ha podido verme más allá de Río o Paquetá. Me tiemblan las manos al pasar otra página, y el papel vibra con una brisa inexistente.

Tengo que encontrar la forma de quedarme aquí, pero ni siquiera hablo el idioma, así que mi primera misión es aprenderlo.

—Oye, ¿tú me enseñarías portugués? —le pregunto a Julia.

—Claro. ¿Y tú me ayudas con el inglés?

—Hecho.

Al cabo de un rato, Julia me ofrece de su comida, pero rehúso educadamente. Me voy a la cama temprano, aunque no consigo dormir.

Echo de menos a *Humphrey*. Es absurdo, pero estoy pensando en mi gato.

Echo de menos a Lily. Me falta mi amiga, la que impedía que me descarriara, la que me ayudaba a ser buena sin siquiera saber lo que me ocurría.

Echo de menos a Jack, mi novio gay, el chico que me contaba sus secretos y me ayudaba.

Echo de menos tener un sitio al que ir a diario.

Echo de menos mi vida.

Supongo que, cuando era sólo un bebé, eché de menos a mi madre. Antes de nacer, ella era todo mi mundo. ¿Le permitieron siquiera abrazarme antes de separarme de ella? Creo que llevo toda la vida anhelando su olor. Soy parte de ella y siempre lo seré.

Me enjugo las lágrimas. No puedo llorar por esa mujer.

Pienso entonces en mi madre adoptiva. Ojalá pudiera decir «ella es mi madre, me da igual todo, y la quiero», porque así resultaría todo más fácil, pero no puedo hacerlo, simple y llanamente no puedo. Ahora no. Es probable que haya pasado los últimos dieciocho años llorando por los bebés que no tuvo; no ha debido de ser fácil para ella, porque el bebé que tuvo era hija de unos psicópatas asesinos.

Soy de segunda mano. Soy hija de asesinos. Fiona se ha esforzado al máximo para hacerlo todo perfecto, aunque probablemente no podía dejar de pensar que había algo maligno en mi interior. Ha debido de pensar en ello desde el primer día que me tuvo en brazos.

No obstante, se aseguraba de que comiera mucha verdura, me dejaba decorar mi habitación como yo quería, me llevaba a las mejores escuelas, me alentaba para que trabajara duro, y siempre me llevaba en coche a donde yo quería. Sin ir más lejos, la semana pasada estaba acompañándome al instituto, mientras la mayoría de los alumnos iban andando o en bici. Todas las noches nos preparaba la cena a mi padre y a mí, mientras que ella se limitaba a picotear una ensalada.

Las madres de los demás eran distintas; la mía tenía que hacer un doble esfuerzo. Incluso la madre de Jack, que se desvivía por llevar a sus hijos pequeños a los *scouts* y a cosas de la iglesia, era distinta. Siempre insistía en decirme cuánto se alegraba de verme y que, si queríamos, nos sirviéramos zumo. Eso sí, al irse siempre se dejaba la puerta abierta. Nosotros nos reíamos de ella cuando nos quedábamos solos.

Las madres de los demás eran distintas y todas me parecían interesantes. Las veía como seres sobre los que había recaído durante un tiempo la responsabilidad de unos niños. La mía era la madre a la que todo la asustaba, la que instaló cuatro cerrojos en la puerta, la que nunca tenía que dejarlo todo por mí porque nunca estaba haciendo nada que tuviera que dejar.

No me extrañaría que hubiera estado dándole al Valium, como las esposas de los años cincuenta. Apuesto a que fantaseaba con su prole biológica imaginaria. La Ella real que murió en el útero una y otra vez, hasta ocho veces, hasta que tuvieron que conformarse conmigo.

Siempre fui el demonio.

La verdadera Ella habría tenido un hermano, sin duda habrían ido a por la parejita, eso está claro. Le habrían puesto un nombre corriente, como Tom o algo así. Tom Black habría sido un encanto de chiquillo, rubio y descarado, al que le habría gustado trepar a los árboles y a quien todo el mundo habría querido a pesar de ser un diablillo. Con el tiempo, habría sentado cabeza y habría terminado trabajando en el sector financiero, como su padre.

Pero a los Black se les negó todo eso. Mi madre adoptiva debe de estar destrozada porque intenté apuñalarla, y quizá en el fondo, muy en el fondo, se alegra de mi huida, aunque sea un poquito. Mis supuestos padres me han criado hasta casi la mayoría de edad, así

que ya han cumplido con su tarea. Se terminó. Pronto les escribiré y les diré que estoy bien, que he conseguido trabajo, que ya nos veremos algún día, más adelante. Ahora ella es libre de ser quienquiera que sea realmente Fiona Black; podrá dedicarse a lo que quiera y florecer. Se ha librado de su lastre. Nunca confiaré lo suficiente en mí misma como para acercarme a ella: es probable que volviera a atacarla y que, entonces, me saliera con la mía.

Así pues, lo inmediato es recuperarme y conseguir un trabajo.

Pero ¿cómo se busca trabajo?

Vivo en una favela y necesito un trabajo.

Y voy a necesitar dinero. Nunca he estado sin dinero.

En la primera etapa de mi vida no tenía dinero.

No tenía nada.

Las autoridades
se hicieron
cargo
de
mí.

Paso la noche en vela. Parece que ya no necesito dormir tanto como antes. Oigo llegar a Anderson, el marido de Julia. Ella habla con él, seguro que explicándole mi presencia. En cuanto oigo el murmullo bajo de su voz, noto un cambio. Sé que debería preocuparme.

Trabaja en un hotel para turistas.

De pronto, comprendo que pretender esconderme en su casa es imposible. Trabaja en un hotel para turistas y yo salgo en la prensa porque me busca la policía. En el periódico debe de poner que tengo el pelo morado. Ahora voy rapada. Una persona con un color llamativo de pelo que quisiera pasar desapercibida habría hecho exactamente eso: se lo habría cortado. Mi rapado no es un buen disfraz.

Y ahora ni siquiera tiene sentido comprarme una peluca porque Julia le habrá hablado de mí, le habrá contado que voy rapada.

Y tengo la misma cara que la chica del periódico porque resulta que soy la chica del periódico.

Y él trabaja en un hotel del centro turístico de Río, precisamente donde está buscándome todo el mundo.

Poco después se van a la cama. No se oye nada. A veces pasan voces por la calle, pero no hay tiroteos ni nada que haga pensar en altercados callejeros. Para ser una favela, un barrio de chabolas, parece bastante apacible.

Ojalá no le hubiese dicho a Julia que me llamo Lily; quién sabe si mi mejor amiga no aparece también en el periódico, preocupada por mí. Julia le habrá dicho a su marido que me llamo Lily, y él contará en el hotel que tiene alojada en casa a una chica inglesa, una tal Lily. Y puesto que están buscando a una chica inglesa, los Black acabarán sabiendo que hay una chica inglesa rapada viviendo aquí, y, en cuanto se enteren de que se llama Lily, sabrán que soy yo.

No, no puedo quedarme aquí.

Es una constatación que me llena de pavor. Si quiero seguir oculta, no podré quedarme en este entrañable cuarto, guarecida en la favela con una simpática casera que me deja ver *Seinfeld* con ella y me va a enseñar portugués.

He dado con este sitio por pura casualidad y he pagado un mes de alquiler, pero debo largarme. Debo seguir adelante. Si me quedo aquí, vendrá la policía y me arrestará por agredir a aquel pobre camarero.

Es lo último que quiero, pero debo irme de aquí.

Estoy aterrada. Recuerdo cuando tenía que decidir entre ir a la universidad o a la escuela de Bellas Artes. Creía que ésa era la clase de decisiones importantes que iba a tener que tomar en la vida. Ahora, en cambio, mis opciones son éstas: ahogarme en el mar o esconderme en las favelas. Quedarme aquí y correr el riesgo de que me arresten o escapar hacia lo desconocido.

Me quedo mirando la pared e intento reunir las fuerzas necesarias para salir de esta casa y buscarme la vida.

No puedo quedarme.

No puedo quedarme.

No puedo quedarme.

9

VEINTIOCHO DÍAS

Por segunda mañana consecutiva, me levanto temprano y salgo a escondidas de una pensión. Me adentro en la favela sin un plan determinado y con menos dinero del que me gustaría. Está amaneciendo y la luz es débil. La puerta se cierra a mi espalda con un clic.

Ya está: adiós, Julia. El sol de primera hora me cosquillea en la cara, estoy de pie en medio del callejón de tierra compacta. Luego me pongo en marcha, con el bolso en bandolera con mis pocas pertenencias y el dinero que me queda.

El único ser vivo a la vista es una gallina. Me mira fijamente y luego se aleja pavoneándose. Cuando llego a la calle asfaltada, veo que hay movimiento de gente. En la acera de enfrente, una mujer de uniforme blanco y negro que lleva una chapa con su nombre está montándose de paquete en una moto, que arranca y baja la cuesta a toda velocidad para llevarla a trabajar a un hotel para turistas, a juzgar por su atuendo.

Un hombre con un chándal verde pasa tan cerca de mí que, del susto, pego un respingo, pero él se vuelve, me sonríe y agita una mano para saludarme o disculparse. Seguro que también va a trabajar a algún sitio fuera de la favela. Por todo el camino cerro abajo veo gente que se dirige a la parada de los autobuses o que se monta de paquete en mototaxis.

Un coche patrulla viene en sentido contrario, cuesta arriba. Giro en redondo, vuelvo sobre mis pasos un trecho y doblo en el primer callejón que veo. Lo recorro hasta el final, giro a la derecha y luego a la izquierda, preguntándome si me habré metido en el jardín de alguien; como sea, en cada ocasión voy encontrando un pequeño

hueco por donde colarme y seguir adelante. Al menos por aquí no puede seguirme ningún coche. Lo único que puedo hacer es continuar andando y esperar no toparme con algún horror y que me acaben pegando un tiro.

Doy un paso y luego otro y otro. Sólo puedo ir viviendo paso a paso. Un chico, más joven que yo, está arreglando una bici y se me queda mirando, pero no dice nada. No le sonrío. Intercambiamos una mirada y continúo la marcha.

Cuando llego a una calle más ancha decido seguir por ella, pero cuesta arriba, porque sé que en sentido contrario baja hasta los autobuses, los coches y la gente que ha podido verme en el periódico. Continúo andando, a sabiendas de que tengo hambre y de que he de trazar un plan. Llego entonces a una extensión de hierba que, a medida que me acerco, va convirtiéndose en un pequeño campo de fútbol. Desde aquí se ve toda la ciudad, el mar y las montañas.

Atravieso la hierba y me detengo a contemplar las vistas. El agua centellea y el sol resplandece. Son las mismas montañas que pinté para el instituto, aunque al natural parecen mil veces más bonitas, y ahora estoy en lo alto de una de ellas. Siento una ligera brisa en la cara y, pese a que es temprano, el aire es cálido. A pesar de todo —de haberme exiliado a una favela brasileña y no tener ningún futuro concreto a la vista—, debo de estar en el lugar más bonito del planeta.

Soy una sin techo en el paraíso. No oigo nada, salvo el rumor del tráfico. El aire es puro y huele a mar. Un poco más allá, varias gallinas picotean el suelo.

Menos mal que es temprano: tengo un día entero para encontrar un nuevo alojamiento.

No creo que aguante hasta la noche sin dormir, así que acabo bajando hasta una playa y dormito un poco, haciéndome pasar por una turista más. Si me acurrucara en el portal de una casa y me durmiera, la policía me encontraría enseguida, pero si me duermo en la playa tras unas gafas de sol baratas, con la cabeza envuelta en un pañuelo de algodón, puedo parecerme bastante al resto de la gente y pasar inadvertida. Al menos eso espero.

He comprado las gafas y el pañuelo en un tenderete que he encontrado al bajar. Me sirven de camuflaje y protección. Tenía la

cabeza hirviendo y ahora la llevo untada de factor 30, que me ha dejado pringoso el poco pelo que conservo. No me importa, de todas formas voy cubierta con el pañuelo.

Estoy en el extremo de una playa que he localizado yendo en sentido contrario al centro. No debo acercarme a las zonas turísticas. Aquí hay gente de sobra para confiar en no desentonar mucho, pero no se parece en nada a las playas de postal de la ciudad. Apenas hay vendedores ambulantes. No se parece a la favela, pero tampoco a Copacabana.

No llevo bikini, pero no creo que nadie vaya a fijarse en mí si me meto en el agua en ropa interior, a la que, por lo demás, no le irá mal un lavado.

Incluso tumbada en la arena mi cabeza no para, aunque no llego a ninguna conclusión. Doy vueltas en círculo. Podría buscar otra pensión y esconderme una semana o así, y regresar luego con los Black y enfrentarme a lo que me tenga reservado el destino, sea lo que sea. No puedo pasarme la vida evitándolo. O podría averiguar adónde va la gente a aprender inglés y ofrecerme para dar clase, como decía Julia, aunque la que tendría que seguir yendo a clase soy yo. O podría volver al centro para sacar más dinero de algún cajero automático… Sí, intentaré hacer eso y luego iré a preguntar en el Super Sucos por otra pensión. Quiero parar de pensar, dejar la mente en blanco. No lograré pensar con claridad si no duermo un poco; de lo contrario, acabaré siguiendo un plan disparatado y absurdo.

Me quedo tan quieta que probablemente parezco una turista más tostándose al sol y sin otra preocupación que la de disfrutar. Viéndome así, nadie pensaría que soy hija de unos asesinos en serie y que me han criado unos mentirosos. Tampoco podrían adivinar que he conocido al amor de mi vida y he tenido que dejarlo plantado para que no descubra quién soy. Y menos aún que le rajé la cara a un camarero tras intentar agredir a mi madre adoptiva.

Esto último es lo peor, ahora que sé la verdad sobre mí. He agredido a una persona, como hacían mis padres biológicos. Podría haber matado a ese hombre, y quién sabe si de hecho no ha sido así. Llevo el mal en la sangre. He tenido una vida privilegiada y, aun así, he acabado siendo un ser violento. Mato a pequeñas criaturas y más de una vez he tratado de autolesionarme para no

hacerles daño a otros…

Le expliqué lo de Bella a Christian y no me odió. Después de eso, estaba convencida de poder contarle cualquier cosa, hasta que descubrí lo peor. Eso sí que no puedo contárselo. Me sería imposible.

Le doy da tantas vueltas a todo que no consigo dormir. Cojo mis cosas entre los brazos, las llevo hasta la orilla y las dejo en la última franja de arena seca. Luego me quito la camiseta, los vaqueros y el pañuelo, y corro al agua en ropa interior. El mar está aquí más turbio que en las grandes playas de escaparate, pero me da igual. Está más limpio que en la isla. Me meto en el agua y me agacho para que me cubra hasta los hombros. Doy unas brazadas, sumerjo la cabeza y me lavo lo poco que queda de mi pelo. Cuando vuelvo a la superficie, compruebo que mi ropa sigue en la orilla, con mi bolso debajo. Nadie me presta atención. Es probable que cada cual tenga su propia batalla con la que lidiar.

Nado en paralelo a la orilla y compruebo lo cansada que estoy, así que salgo del agua y recojo mis cosas. La arena me quema bajo los pies.

Vuelvo al sitio donde estaba antes, más lejos del agua. Ahora hay más gente en la playa, pero no le presto atención, no quiero ponerme paranoica creyendo que están observando mi pelo rapado y reconociendo mi cara del periódico. Me apresuro a ponerme la camiseta sobre el torso mojado y a enfundarme mis vaqueros cortos, antes de tumbarme boca arriba y cerrar los ojos.

Cuando despierto, me encuentro tumbada en la fina arena de una playa cuyo nombre desconozco, bajo un sol perfecto, sudando y con más ropa de la cuenta. No tengo pelo. Estoy en Brasil. Estoy sola. Me vuelve todo de golpe…

La soledad me abofetea por primera vez porque he dejado de huir. Estoy aquí, sin más, en un lugar cualquiera, sola. La emoción de la huida se ha desvanecido. No sé si soy Ella, o Bella, o una persona nueva. Estoy sin fuerzas y agotada, pero he de hacer una lista de las cosas importantes.

1. Necesito un sitio donde dormir esta noche. Preguntar por otra pensión.
2. No quiero regresar con los Black ni con Julia, ni quiero que la policía me encuentre. Buscar un sitio donde poder

quedarme unos días.

3. Estoy a punto de cumplir los dieciocho. Debo empezar a decidir por mí misma.

Podría ir a otro sitio de Brasil o volver a Inglaterra. Si consigo pasar el control del aeropuerto sin que me arresten y me manden a una temible cárcel brasileña, podría regresar a casa y buscar un trabajo y un piso. Pero no tengo ningún título, y sé que mi país no regala ni lo uno ni lo otro. No puedo volver.

Podría ir al Amazonas, al norte de Brasil. No me encontrarían en la vida. Supongo que allí habrá alguien que quiera aprender inglés, o podría limitarme a vaciar la tarjeta de los Black, seguir viajando y ver qué pasa. Tendré que aprender portugués y no llamar mucho la atención.

Meto la mano en el bolso para ver cuánto dinero me queda.

Palpo el interior. Lo he guardado junto con la tarjeta de crédito. Cogeré un autobús al norte, creo que es lo mejor… Tanteo por las esquinas. Estaba aquí. Lo he metido aquí. He tenido el bolso pegado a mí todo el tiempo. Cuando he salido del agua he comprobado que estaba todo.

Me incorporo y miro a mi alrededor. Hay varios grupitos de gente no muy lejos. Nadie me está mirando. Nadie tiene en la mano mi dinero y la tarjeta y se está riendo. Vuelvo a revisar el bolso y me fijo en que mi pañuelo también ha desaparecido. Voy amontonando mis cosas sobre la arena y luego volteo el bolso, pero el dinero no aparece.

El dinero no está, lo mire como lo mire.

He perdido todo el dinero.

He perdido mi dinero.

No

tengo

nada.

Alguien me ha desplumado mientras dormía. Debería haberme guardado otra vez algunos billetes en los bolsillos. Tenía bastante menos que ayer, pero estaba mojada y ni siquiera se me ha ocurrido.

Visualizo a un chiquillo o chiquilla acercándose a mí a hurtadillas mientras tenía los ojos cerrados, hurgando en mi bolso y llevándose hasta el último real, la tarjeta que yo misma había

birlado y mi pañuelo…

Me quedo en la orilla y grito hacia el mar con todas mis fuerzas. Chillo, chillo y no paro de chillar. Lloro. Grito. Maldigo. Mi voz se pierde en la brisa.

Hasta aquí he llegado. Sin dinero no puedo seguir. Quiero entregarme en una comisaría, a ver qué pasa. Quiero que un coche patrulla me saque de aquí.

Pero no puedo. No soportaría ir a la cárcel, me da mucho miedo. Tampoco seré capaz de mirar a la cara a Fiona Black sabiendo que intenté agredirla con un botellín roto. Y tampoco podré mirar al hombre que ojalá fuera mi verdadero padre sabiendo que se vio obligado a agarrarme del brazo para impedir que arremetiera contra su mujer. No, de ninguna manera. Imposible, por muy duro que sea.

Tardo siglos en llegar andando hasta Leblon, que es como se llama la playa de Ipanema por el extremo de la favela. Llego sudada y apestando, muerta de hambre y sed. Esto pasa de castaño oscuro. O paro un coche patrulla y me entrego, o rehúyo a la policía y hago otra cosa. Ni siquiera sé qué acabaré decidiendo. Voy bordeando otra favela distinta, que sube por el cerro, y luego me encamino directamente a la zona turística de la ciudad, la elegante y resplandeciente.

No me parezco a Ella Black, sino a Bella Carr. No me importa que me reconozcan porque, lo hagan o no, ya no puedo cambiarlo. Hay mucha gente en la playa y el agua está cristalina, así que lo primero que hago es darme otro baño. Me lavo la cabeza con el agua salada y muevo con desgana las piernas cansadas. Esta vez no me preocupa que alguien me robe las cosas, ya no tengo nada que merezca la pena. Por un momento, me parece hasta liberador.

Me quedo de pie en la arena y miro a mi alrededor. Un hombre llama mi atención, me sonríe y desde lejos me hace ademanes como si me acariciara la cabeza, pero tuerzo el gesto y él desiste. Camino por la playa mirando a la gente.

HAZLO, me dice Bella.

Ni siquiera tiene que repetírmelo. Sé perfectamente a qué se refiere, y lo hago porque yo también quiero hacerlo. Cojo un bolso al pasar, como si tal cosa. No me paro a mirar. Su propietaria estaba dormida, como yo antes. Tiemblo como una vara mientras sigo

caminando y, cuando llego a la acera del paseo, echo a correr. Me escurro a la carrera entre el gentío, en el mismo sentido por donde he venido. Ojalá hubiera otro desfile zombi. Sé que corriendo así, como un espantajo, como habría dicho Fiona Black, y con un bolso que parece caro (casi ni lo he mirado), estoy llamando tanto la atención que, para el caso, más me valdría escribirme en la frente LADRONA en portugués.

Respiro hondo y reduzco el paso. Me cuelgo el bolso del hombro e intento no levantar sospechas. Ahora que he decidido hacer lo que he hecho, lo último que necesito es que la policía me pille. Cruzo la avenida principal, zigzagueando entre coches que me pitan y pegan frenazos, y me meto por una bocacalle y luego por otra. Estoy en el Río turístico; ojalá estuviera en las callejas de la favela.

Me detengo delante de un edificio, me acerco y dejo que mis piernas cedan. Acabo sentada en los escalones de mármol, alelada porque acabo de reparar en algo que lo cambia todo: también he perdido el pasaporte.

Lo tenía en el bolso, pero ya no está.

Ya no puedo hacer prácticamente nada. Nada oficial, al menos.

NO IMPORTA.

HOY NO IBAS A UTILIZARLO.

YA TE PREOCUPARÁS DE ESO A SU DEBIDO MOMENTO.

Me levanto y reanudo la marcha. Llego a un parquecillo y me siento en un banco aparentando normalidad, mientras abro el bolso robado. Es de lona, a rayas, de un rosa y un azul chillones, con un broche dorado. No pasa precisamente desapercibido. Tengo que deshacerme de él. Saco todo lo que contiene, lo echo en mi bolso y después tiro el otro en una papelera y me alejo.

Sigo caminando en dirección a la favela y un poco más allá, cuando encuentro otro banco, me siento y abro el bolso para ver bien mi botín.

Hay una cartera, pero sólo contiene unas pocas monedas; una tarjeta de crédito a nombre de Jens Bierhoff, aunque no podré utilizarla pues el PIN no será la fecha de mi cumpleaños; un iPhone y un libro que parece escrito en alemán. En la cartera hay más tarjetas, pero no servirán de nada. Si fuera una buena persona, cogería el dinero y dejaría todo lo demás delante de una comisaría, pero ya he cometido dos delitos, así que soy de todo menos una

buena persona. Me quedo la cartera, tiro todas las tarjetas a la basura salvo la de crédito, por si acaso, y cuento el dinero disimuladamente.

Un grupito de chicos con monopatines está mirándome desde la acera de enfrente. Saben lo que estoy haciendo. Empiezo a alejarme, pero me siguen, así que aprieto el paso y se ponen a insultarme a gritos. No creo que les guste mi *look* de cabeza rapada. Es imposible saber qué dicen: podrían estar gritándome en plan «¡ladrona, ladrona!» o invitándome a que me una a su banda. Cuando empiezan a silbarme, acelero, vuelvo corriendo a la avenida principal y me subo al primer autobús que veo. Cojo unas monedas del amable *herr* Jens Bierhoff para pagar el billete.

El autobús me lleva lejos. No me importa su destino. Voy hasta la última parada y me apeo en un barrio de las afueras. Me siento en un banco a esperar a que otro autobús me lleve a donde sea.

Miro el iPhone del alemán.

HE ROBADO A UNA DESCONOCIDA.

HE ROBADO.

SOY

UNA

DELINCUENTE.

SOY

LA

CAÑA.

No soy la caña.

Todo se desmorona en un santiamén. En casa mantenía a Bella separada de mí, compartimentada. Ahora necesito su fuerza, pero no soporto tanta maldad. Me derrumbo mientras manipulo el teléfono. Me he quedado sin fuerzas, ya nada me parece emocionante.

Mi catálogo de fechorías va en aumento.

Intenté agredir a Fiona Black, y de hecho la habría matado.

Agredí al camarero del bar, a propósito.

He robado un bolso para no tener que pedir ayuda a nadie.

Me gustaría decir que ha sido Bella y no yo, pero no es cierto, porque Bella soy yo.

Nadie me va a encontrar aquí. El teléfono no está bloqueado. Casi sin darme cuenta, estoy llamando al móvil de Fiona Black, con

el prefijo 0044. Sólo quiero oír su voz. Intenté matarla y ella lo sabe, y quiero oír de su propia boca si es capaz de perdonarme o no.

Me cuesta respirar cuando oigo el tono de llamada. Una vez, dos veces, y entonces la mujer que siempre consideré mi madre responde.

—¿Sí? —Parece ansiosa.

No logro decir nada, el sentimiento de culpa me lo impide, y así será siempre. Formo con la boca las palabras que no soy capaz de pronunciar:

Hola…

mamá.

Pasan los segundos. Es la voz que he oído desde que tenía unos meses, la voz de la persona a la que creí cuando me dijo quién era yo. Sin embargo, no es la primera voz que oí en mi vida. Me dijo muchas veces que me había parido, pero no era cierto. No es mi madre.

Pero sí lo es. Me acogió y me cuidó, y la odio y la quiero.

Tengo hambre. Quiero ir a casa. No sé dónde está eso.

—¿Sí? —repite—. ¿Ella? ¿Eres tú?

No soporto seguir oyéndola, pero tampoco soy capaz de colgar. Me falta el aire y respiro hondo, y ella lo oye. Me sale un extraño sonido gutural del fondo de la garganta.

—Ella, cielo. Si eres tú, por favor no…

Cuelgo. No puedo oír lo que va a decirme. Arrojo el teléfono a una papelera y busco un autobús que me lleve a Rocinha —por lo visto, así se escribe el nombre de la favela donde dormí anoche—. Subo y no me bajo hasta que atraviesa el túnel y veo el bar de zumos. Una vez allí, decido subir sola el cerro.

Llevo mucho tiempo sin comer ni beber nada, y eso no me ayuda en absoluto. Además, no tengo dónde dormir, pero por alguna extraña razón me siento mejor aquí que en cualquier otro lugar. Compro un botellín de agua y una chocolatina, y lo bebo y la como de camino. Veo un letrero de una pensión y llamo a la puerta, pero el hombre que sale a abrir me dice que están completos.

Necesito un sitio adonde ir, y no sé qué hacer.

10

VEINTISIETE DÍAS

Me adormilo, me pongo alerta.

Me duermo, me despierto. Me despierto porque está pasando algo malo. Estoy despierta y el corazón me palpita y algo me rodea un tobillo. La mano de alguien. La mano de alguien me coge un tobillo y tira de mí con fuerza.

Me he quedado dormida en la esquina de un callejón y eso es lo que ha pasado luego. Un hombre al que no logro distinguir me tiene cogida del tobillo y tira de mí, y voy arrastrando la espalda por el suelo. Bella me grita *¡PELEA!*, y yo chillo y chillo y chillo, pero entonces el hombre me acalla tapándome la boca. Forcejeo y trato de morderlo, pero no consigo hincarle los dientes en la mano. Pataleo y doy manotazos al aire. Ojalá tuviera ahora aquel botellín roto para defenderme.

No puedo gritar, pero oigo chillar a otra persona:

—¡Déjala, cabrón! ¡Suéltala ahora mismo!

Y entonces mi agresor desaparece. Oigo cómo se alejan sus pasos por el callejón. Lo ha ahuyentado una mujer que gritaba en inglés, pero eso no es posible, así que he debido de ser yo, por mucho que me tuviera tapada la boca.

No sé qué ha pasado exactamente. El hombre se ha ido y no hay nadie más alrededor, sigue siendo de noche y sé que no podré volver a dormirme. Tampoco podré seguir durmiendo en las calles, lo que significa que estoy acabada.

Vuelvo al mismo rincón en el que estaba, recupero el plástico con que me cubría los hombros como si fuera una manta y me quedo ahí, esperando a que se haga de día y sobresaltándome con cada ruido. Es un puto aburrimiento y encima estoy cagada de

miedo. Me he desgraciado a mí misma y estoy hambrienta y sedienta. Lo único que tengo es mi pequeño bolso con protector solar y algo de ropa.

Consigo llegar al amanecer haciendo listas y contándoselas a Lily. Se las envío mentalmente, con la esperanza de que le aparezcan en la cabeza y sepa quién se las manda. Es lo único que puedo hacer: sería incapaz de contarle quién soy realmente o las cosas que he hecho.

Lily, las tres peores cosas de dormir en la calle son:

1. Peligro. Es peligroso, para ser más exactos, por riesgo de violación y asesinato. Eso, como comprenderás, dificulta el sueño.
2. Dormir. Es imposible dormir porque resulta muy incómodo. Recuerda lo que cuesta dormir cuando vas de acampada, como cuando participamos en la competición del Duque de Edimburgo. Allí por lo menos teníamos una esterilla blanda. Ahora daría cualquier cosa por una esterilla.
3. Comida. Te pasas el rato muerta de hambre y sed. Y puede que hayas decidido permitirte una botella de agua al día, pero resulta que no es suficiente. La comida y el agua se convierten en lujos inalcanzables: no puedes decidir de repente que tienes hambre y vas a por una tostada o una galleta. Me acuerdo de haber hecho dieta para adelgazar. Ahora me parece un chiste malo. Cuando tienes hambre, no puedes pensar en otra cosa.

Después hago otra lista.

Las tres personas a las que echo mucho de menos:

1. Christian. Me encantaría que pudieras conocerlo, Lily. Fue amor a primera vista; todo en él es perfecto.
2. Tú, Lily. Mi mejor amiga. Te pedí que fueras mi mejor amiga para siempre, y ojalá estuvieras aquí conmigo porque sabrías qué hacer. Me ayudarías a salir de este enredo. Y si acabara en la cárcel, irías a visitarme.
3. Jack. Ni siquiera a ti te he contado la verdad sobre mi relación con Jack. Lo echo de menos. Echo de menos

nuestros secretos. Espero que sea feliz. Le deseo toda la luz y alegría del mundo.

Veo cómo se va aclarando el cielo y, en cuanto se hace de día, me levanto, doblo mi trozo de plástico y bajo hacia la playa con intención de dormir allí. Por la noche es territorio prohibido. Lo sé porque fui cuando anocheció para ver qué tal, y había grupos de hombres; aunque no sé qué estaban haciendo, supe que no era sitio para mí.

Con la luz del día compruebo lo sucia que estoy. Debo de oler fatal. No sé cómo conseguimos librarnos Bella y yo de ese hombre, pero lo hicimos. Supongo que cuando tu vida corre peligro, puedes llegar a hacer casi cualquier cosa.

Voy hasta la parte limpia de la playa, dejo el bolso en la arena, me quito los pantalones y el top y me meto en el agua. Floto y dejo que el mar se lleve la mugre. Tengo la piel fatal y se me han resecado las piernas. No pienso volver a dormir en la calle. Me quedé en el mejor sitio que encontré, a oscuras y apartado de la calzada, pero no me sirvió de nada.

Hoy voy a tener que robar otro bolso, y espero que contenga dinero suficiente para permitirme dormir en una cama unas cuantas noches y comer bien. Ojalá pudiera dar marcha atrás. Si tuviera el pasaporte intentaría salir del país, pero ahora mismo estoy atrapada.

Salgo del agua y, aún mojada, me pongo la ropa y me tumbo en la arena. Se me acerca un hombre. Me propongo no mirarlo, pero lo noto ahí al lado, alto y musculoso. Percibo cómo me clava la mirada.

—*Olá* —me dice.

Levanto la vista hacia él y lo veo pasarse la mano por el pelo y sonreír. Creía que una chica rapada no interesaría a los hombres, pero por lo visto es al revés, a todos les entran ganas de tocarme la cabeza. Creía que este cuerpo canijo y esta piel horrible harían que los hombres se mantuvieran alejados, pero ni por ésas.

Niego con la cabeza y me dan ganas de gritarle que se vaya, pero mejor que no sepa que soy extranjera, eso me haría más vulnerable aún y a saber si me ha visto en las noticias, así que no digo nada. Se encoge de hombros y se va.

Vuelvo a sentir la mano en el tobillo una y otra vez. Los dedos

que me agarraron siguen ahí. Alguien vio mi cuerpo y quiso apoderarse de él.

Me echo protector solar y me tumbo, incapaz de hacer nada hasta que haya dormido un poco.

Cuando despierto, no tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado. Me incorporo y me quedo mirando el mar paradisíaco, la belleza extrema de Brasil, y sé que tengo que decidir si entregarme o no.

Hay algo a mi lado que no estaba antes. Una bolsa de papel con algo escrito. La cojo y miro lo que pone.

Una pequeña ayuda, Jo. De una amiga.

Está escrito en inglés, pero no por alguien con un inglés fluido: las letras están dibujadas con esmero de colegial. Aun así, es de alguien que sabe que soy inglesa.

Me han confundido con otra persona. Me toman por una tal Jo. Esta bolsa es para ella, sea quien sea, y me la han dado a mí. La abro y veo que contiene bolitas de queso, un botellín de agua y un poco de dinero, suficiente para un café y algo más de comida. Me bebo el agua de un solo trago y respiro hondo, rogando que no me den náuseas.

Cuando el agua se me asienta en la barriga, le doy un bocado a una bola de queso. Es de jamón, y no me lo esperaba. Tengo que meterme corriendo en el agua, con las piernas temblando, para vomitar sin que nadie me vea. Se me revuelve el estómago, y lo vacío con una cantidad de vómito sorprendente, teniendo en cuenta lo poco que he comido. El vómito se dispersa y, en el acto, aparecen pececillos que empiezan a engullirlo.

Me obligo a recomponerme y regreso a la orilla. He malgastado el agua bebida y vuelvo a estar deshidratada. Sin embargo, ahora que sé que tienen jamón, me como las bolitas despacio, una a una. Me sacian y me siento más fuerte, mejor.

Una desconocida me ha dejado comida. Da un poco de miedo, la verdad. Alguien me ha visto y me ha ayudado, y es posible que me haya salvado la vida. Ojalá supiera quién ha sido y por qué, y quién cree que soy y quién es esa Jo. Imagino a otra chica sin techo, una tal Jo. Si la conociera, no estaría sola.

Iré a comprar más agua, pues la sed apenas me deja pensar. Me

arrastraré hasta Rocinha y compraré agua y un café. Quienquiera que me haya ayudado es lo opuesto a quien me birló el dinero cuando estaba durmiendo en la otra punta de esta misma playa. Me levanto y echo a andar, con una Jo imaginaria a mi lado que me ayuda a seguir adelante.

Al final consigo llegar, acalorada, con la cabeza retumbándome y las piernas gritando. Me paro en el primer bar que veo y me obligo a sonreír al pedir un café con leche con la esperanza de que la leche me alimente mejor. Me lo bebo todo lo despacio que puedo, y luego pido dos bolas de queso, lo que me parece todo un lujo, visto que ya he comido varias de jamón. Prefiero no pensar en la niñata consentida que amontonaba comida en el plato del desayuno del hotel sin tener siquiera hambre. Sin embargo, recuerdo el momento en que Ana-Paula me sirvió guiso de arroz con frijoles en la isla de Paquetá. Podría intentar volver algún día, vivir con ella y ayudarla con el bebé. Hasta Bella se portaría bien con el crío, porque Ana-Paula fue muy buena con nosotras.

Un bebé… La sola idea me abre en canal y tengo que apartarla.

Cuando intuyo que no puedo quedarme más tiempo sin consumir nada, voy a pagar al mostrador. Hay una mujer en otra mesa, una señora de mediana edad un tanto obesa, que me mira con demasiado interés. Agacho la cabeza y le doy la espalda. Sé que tengo una pinta extraña, de vagabunda blanca y rapada. Es normal que la gente se me quede mirando. Otra mujer de pelo largo y enmarañado también me observa.

—¿Habla inglés? —le pregunto a la camarera. Por probar que no quede.

—¿Hablar inglés? —Asiente y se vuelve para llamar a alguien.

Estoy esperando que haga venir a otro empleado, pero en su lugar aparece una niñita. Sus ojos brillantes parecen pepitas de chocolate, y no me mira a la cara porque le da vergüenza.

Me fijo entonces en que la mujer está señalando la camiseta de la niña, blanca e impoluta. ACADEMIA DE INGLÉS DE LA FAVELA, pone en mayúsculas rojas dentro de un logo circular.

—Academia de Inglés de la Favela… —leo en voz alta, intentando que la niña me mire—. ¿Tú hablas inglés? —le pregunto, aunque debe de tener poco más de tres años, cinco como mucho. La verdad, no entiendo mucho de niños.

«Academia de Inglés de la Favela.»

—*Twinkle, twinkle, little star*… —empieza a cantar, y yo me río y canto con ella, que me mira a los ojos y ríe conmigo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

Me agacho a su altura para mirarla a la cara; es lo más cerca que he estado de nadie desde hace días, aparte del hombre que me agarró del tobillo.

—Me llamo Ana —dice en un inglés impecable, toda ella perfección y belleza.

Me entran ganas de llorar: yo también fui en otros tiempos una niñita perfecta, o creí serlo. No sabía que, ya por entonces, era mercancía defectuosa y de segunda mano. Me señalo y digo:

—Yo me llamo…

Titubeo: Ella no, tampoco Lily. Necesito otro nombre, y ha de ser corriente, uno que suene a latinoamericano, para no llamar la atención. Vacilo, pero, cuando el silencio se prolonga más de la cuenta incluso para una niñita, escojo lo primero que me viene a la cabeza.

—Paula —digo, pronunciándolo como Ana-Paula, «Poula».

La niña asiente; ella se llama Ana y yo me llamo Paula.

—Hola, Paula, encantada de conocerte —dice aún en inglés.

—Lo mismo digo.

Adelanta la mano y me acaricia la cabeza, y yo no se lo impido. Estoy manteniendo una conversación en inglés con una pequeña. He comido y todo pinta un poquito mejor.

La gente que asegura que el dinero no lo es todo ignora lo que es vivir sin él. El dinero lo es todo, tal cual. Yo solía dar limosna a los vagabundos que encontraba por la calle; sacaba una moneda de cincuenta peniques y me sentía incómoda y mal conmigo misma. Fiona Black donaba dinero y comida a bancos de alimentos, y decía que era mejor que ayudar a quienes sólo se verían tentados de gastárselo en alcohol o drogas.

Ahora me parece normal que quieran beber o drogarse. A mí tampoco me importaría tomarme cualquier cosa que emborronara la realidad, aunque sólo fuera por unos minutos. Si alguna vez consigo volver a mi antiguo mundo, les daré dinero a todos los vagabundos que vea. Les daré comida, bebidas calientes y azucaradas, alcohol…

—¿Dónde recibes tus clases de inglés? —le pregunto a la niña, que arruga la frente sin entender—. Academia de inglés, ¿dónde? —Se lo pongo más fácil, encogiéndome de hombros para acentuar la interrogación. Miro a mi alrededor, como quien busca algo. Señalo la cuesta y la casa de enfrente, arqueando las cejas. Tengo que hacerme entender. Espero no estar demasiado cerca, debo de oler fatal.

Suelta una risita y señala cerro arriba. Y con la voz chillona de quien no lleva hablando mucho tiempo, me explica con detalle, en portugués, cómo llegar a sus clases de inglés, indicando los giros a derecha e izquierda con las manos, explicándomelo todo con palabras que no entiendo.

Me vuelvo hacia su madre, que amablemente se presta a dibujarme un plano con un lápiz gastado sobre una servilleta fina.

Tengo ganas de darle un abrazo a la pequeña Ana, pero, como ignoro si estará bien visto, me limito a darle un par de palmaditas en la cabeza, como me ha hecho ella antes. Pago el café y las bolas de queso y me devuelven algo de cambio, que guardo cuidadosamente en el bolsillo. Les doy las gracias y me despido con la mano, y vuelvo a darles las gracias y a despedirme, ignorando en lo posible a la mujer gorda, que continúa mirándome con insistencia. Luego sigo el improvisado plano como puedo, en busca de la academia donde enseñan inglés a niños pequeños. Todo parece indicar que mi idioma es la única habilidad que tengo.

—¿Hola?

Mi propia voz me suena rara, como si fuera de otro. Últimamente no la he utilizado mucho, y ya no estoy acostumbrada a su sonido. Suena como si Fiona Black intentara ver si hay algún dependiente en la trastienda. Es normal, pues ni soy nadie ni tengo derecho a nada.

Estoy al final de un callejón de tierra apisonada, sin saber si éste es el sitio que busco. Huele a algo que están cocinando en la última casa. No puedo seguir adelante porque el edificio corta el callejón. La puerta está cerrada, he llamado y no sale nadie.

Creo que he seguido bien el plano. Me ha costado un siglo llegar hasta aquí: he tenido que volver sobre mis pasos cada dos por tres, probar cruces distintos, interpretar los garabatos y las pistas de la

mujer sobre lo que había en la esquina donde debía doblar, esquivar motos para que no me atropellaran… Y todo eso sin dejar de aparentar que sabía lo que me hacía. Para colmo, hoy estoy tan cansada que me cuesta incluso andar.

No puede ser que haya llegado hasta aquí, me lo encuentre cerrado y tenga que rendirme.

—*Olá*? —Me paso al portugués, preguntándome por qué no lo he hecho antes. Estoy en un callejón de Río. Aquí se dice *Olá*, incluso *Oi*.

Estoy a la sombra y se está bastante bien. La ropa se me ha quedado tiesa por el agua salada, y sé que debe de estar llena de manchas blancas.

—¡Hola! —Alguien se asoma a una ventana de la planta de arriba.

Doy un paso atrás: me parece ver a una chica más o menos de mi edad. Su melena morena le cuelga hacia abajo y tiene pinta de simpática. Es asiática y se parece a las chicas de mi clase, con la piel lechosa y un destello saludable. No sé si yo seguiré pareciéndome en algo a ellas.

Sin duda estoy muy cambiada.

—Eh, hola… —Respiro hondo antes de continuar; no puedo fallar: debo ser Ella Black pero con la confianza de Bella—. Quería saber si…, en fin, ¿dais clases de inglés aquí?

—Claro. Un momento, bajo enseguida.

Mientras espero, intento ordenar lo que diré. Esta chica no puede ser la encargada, es demasiado joven. Necesito que me lleve ante las personas que lo sean, a quienes suplicaré un trabajo como profesora de inglés. No puedo revelar mi verdadero nombre ni enseñar el pasaporte, y tampoco gastarme nada de dinero. Además, necesito un sitio donde dormir.

No parece muy factible que digamos, pero tengo que conseguirlo sea como sea.

Oigo que giran una llave y retiran un cerrojo, y un segundo después tengo a la chica frente a mí. Me veo con sus ojos, y acto seguido intento no pensar en ello.

—Hola, me llamo Jo. Me preguntaba si necesitabais profesores de inglés… —Si hoy consigo algo, será gracias a la persona que le ha dejado comida, bebida y dinero a Jo. De alguna forma, eso me

convierte en Jo.

—Ah, hola, Jo… Normalmente los que trabajamos aquí participamos en un programa. Ben me comentó que alguien acababa de echarse atrás, pero…

No me mira con desagrado, y la adoro por ello. Está hablándome como a una igual, a pesar de que voy hecha un auténtico guiñapo.

—Podría hacer cualquier cosa, me da igual… —Soy consciente de que parezco desesperada.

—Bien, bien, vale. El caso es que… —Veo que vacila y se debate intentando decidir si puede dejarme entrar en el edificio.

No tengo claro de dónde es su acento, pero desde luego no del sudeste de Inglaterra. Tal vez sea irlandesa, aunque los acentos no son lo mío.

—Soy Jasmine. Vas a tener que hablar con Ben o Maria. Voy a ver si puedo localizarlos por teléfono. Los niños no llegan hasta más tarde. ¿Quieres…? —Me mira—. ¿Te apetece un café o algo?

Me mira con tal compasión que va a conseguir hacerme flaquear. Tengo que mantenerme entera.

—Me vendría de maravilla un café y un vaso de agua, si puede ser. —Hablo rápido, tratando de mostrarme como la persona que necesito ser—. Lo siento… Perdona si me comporto de un modo un poco extraño.

—No, qué va, tranquila. Claro que sí. Pasa, siéntate un rato y te pongo un café. Y un vaso de agua, por supuesto.

Estamos en un aula con murales de Río en las paredes. Los cielos son rosa, el mar amarillo, todo pintado con luminosidad a raudales. Veo que los críos han dibujado también la estatua del Cristo Redentor, y que alguien le ha plantado una alegre sonrisa sobre su cara azul celeste.

—Gracias —le digo al Cristo.

Cuando lo visité, no tenía ni idea de lo que iba a pasarme. Es probable que él sí lo supiera. Ahora mismo no me vendría mal un poco de redención.

Hay láminas plastificadas con colores y números, con sus nombres en inglés. Hay dibujos pintados con los dedos y colgados de una cuerda de tender que atraviesa el aula de lado a lado. Los asientos son sillas de plástico de tamaño infantil con pequeños pupitres. Me apretujo para sentarme en una. Aunque estoy de todo

menos cómoda, decido apoyar la cabeza en los antebrazos y éstos en las rodillas. Sólo un poco, un momentito…

—¿Hola? ¿Perdona?

Oigo las palabras, pero soy incapaz de moverme. Cuando me adormilé en la playa y en el callejón, desperté sabiendo dónde estaba y qué tenía que hacer. Esta vez, sin embargo, estoy en lo más profundo de mi inconsciente y tengo que subir muy poco a poco. Recuerdo que soy Ella Black, que vinimos de viaje a Río, que mis padres han estado mintiéndome toda la vida, que me robaron el dinero, que yo le robé el dinero a alguien, que deambulo por una favela, que Bella es parte de mí, que soy una sin techo… Ahora estoy en una escuela donde enseñan inglés, y tengo que causar buena impresión.

—Lo lamento.

Es una voz de hombre, y por su tono tengo claro que no lo lamenta en absoluto: incluso en mi estado de aturdimiento, comprendo que está cabreado. Me he metido con calzador en una silla enana. Al incorporarme un poco, la espalda, los brazos y el cuello me gritan todos a una, protestando, y no me atrevo siquiera a levantarme por temor a caerme de lado.

El hombre está sonriendo, una sonrisa que esconde cierta frialdad. Es negro y va vestido informal, con bermudas azules y una camiseta de la academia. Lleva rastas muy largas y tiene una cara agradable, aunque mantiene las distancias. Sí, está enfadado. Debo conseguir caerle bien, conquistarlo, aunque ni yo tenga mucho de conquistadora ni él pinta de dejarse conquistar fácilmente. Necesito volver a mi antiguo guión: fingir que soy normal y esperar que eso me convierta realmente en normal.

Me ofrece un vaso de agua y me lo bebo de un trago.

—Hola… Lo lamento. —Repito su disculpa y procuro despejarme del todo para ver si me salen palabras propias.

Le suplico a Bella que me preste su arrojo y que, al mismo tiempo, contenga sus malas artes, aunque ya no tengo claro dónde termino yo y dónde empieza ella. Tiro de la parte de mi cerebro que pertenece a Bella, y reúno un poco de valor.

—Lo lamento… —repito—. No era mi intención quedarme dormida… —Es posible que me haya visto en los periódicos; sé que me había inventado una tapadera y que utilicé otro nombre, pero

ahora no me acuerdo de nada—. Estoy realmente cansada.

—Ya, eso está claro. Yo soy Ben. Jasmine me ha dicho que buscas trabajo. Lo siento, pero ahora mismo no tenemos nada, y además aquí no trabajamos así. Ella tendría que habértelo dicho desde el principio… —Casi seguro que es brasileño: tiene un inglés fluido y acento americano.

Jasmine no tendría que haberme dejado pasar. No hace falta que lo diga porque está gritándolo tácitamente con todo su ser. Tiene ganas de echarme y cerrar la puerta.

—Puedo echar un cable. Sé dar clases de inglés, pero también puedo hacer cualquier cosa. Haré lo que sea. Hoy he conocido a una niñita que es alumna vuestra, se llama Ana.

Ben está dándome un buen repaso con la mirada, y veo cómo va transformando los detalles en datos y archivándolos. Es como el señor Richards, mi maestro de cuarto. Una vez me pilló pinchándome el brazo con el compás para intentar apaciguar a Bella, y a partir de entonces siempre que lo miraba lo veía en sus ojos. Lo pasaba fatal. Me daban ganas de gritarle que no pensaba volver a hacer nada parecido.

—Perdona, pero es evidente que no estás pasando por una buena racha y se ve que has sufrido una enfermedad grave. De hecho, por tu aspecto, quizá deberías estar aún ingresada en un hospital. Nuestros voluntarios son gente que paga por venir a trabajar aquí. Pagan por adelantado, antes de venir. De hecho, la academia se mantiene así, y ya está todo organizado antes de que viajen. Es muy poco habitual que alguien se nos presente aquí de esta forma. El personal del programa que organizamos está formado por estudiantes voluntarios que se toman un año sabático antes de la universidad, y son sobre todo de Europa, Estados Unidos, Canadá y Australia, no por trabajadores ocasionales que se dejen caer por aquí, ni tampoco por profesores de inglés como lengua extranjera. Y si no te importa que te lo diga, no te veo lo suficientemente recuperada para poder llevar a cabo ningún tipo de trabajo.

Respiro hondo e intento parecer creíble. Invoco a Bella, que aparece enseguida. Mi lado oscuro entra en acción e incluso sale en mi ayuda:

—No estoy enferma… —Cree que he tenido cáncer: mi pinta es tan penosa que sugiere una enfermedad terminal—. De hecho,

estaba viajando por mi cuenta, pero todo me ha salido mal. Me han atracado y, como puede ver, me he quedado prácticamente sin nada, pero dentro de poco me enviarán dinero desde casa. No voy a contarle mi vida ni cómo he acabado aquí, es una larga historia, pero le aseguro que no he hecho nada ilegal. He estado durmiendo un par de días en la calle mientras espero el dinero. Le prometo que no estoy enferma y que no quiero caridad ni nada por el estilo. Hoy no tengo dinero para darle, pero puedo conseguirlo, le doy mi palabra. No sería la primera vez que enseño inglés, y sé mucho sobre arte y literatura.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde has dado clase?

Bella se saca una palabra de la manga.

—En Venezuela.

Lo ponía en la gorra de un hombre en el funicular que subía al cerro. La imagen del Cristo Redentor me lo ha recordado. Por suerte, Ben no indaga en la osada afirmación de Bella, ya que no sería capaz de decirle ni la capital de Venezuela.

Está calibrándome de nuevo.

—El caso, Jo, es que no puedo acogerte como voluntaria. En primer lugar, porque son nuestros voluntarios quienes financian lo que hacemos. Sé que hay opiniones para todos los gustos sobre eso de que estudiantes en año sabático vengan a barrios pobres a hacer buenas obras, pero aquí hemos conseguido que funcione en condiciones. No somos un orfanato… Ya conoces a Ana y sabes que son niños con familia. Enseñamos inglés a los críos del barrio porque es una forma de mejorar sus oportunidades en la vida. Tenemos bastante movimiento de profesores, pero mi compañera María y yo nos encargamos de mantener la coherencia que necesitan los chicos. Cuidamos mucho de nuestra academia, y no podemos andar recogiendo a extranjeros en apuros. Lo siento. Sé que suena duro, pero tienes otras opciones. Puedes acudir a tu embajada para que te repatríen.

No puedo recurrir a mi embajada porque le rajé la cara a un hombre.

—¿De verdad no hay nada que hacer? Lo que sea: barrer, cocinar… incluso limpiar los servicios.

—Deberías volver a tu país. Con todos mis respetos, Jo, no te debemos nada. Y sabes que puedes regresar a casa si vas al

consulado británico. Ellos se encargarán de todo. Están ahí para eso.

—Pero alguien acaba de echarse atrás… —¿Por qué no probar? No tengo nada que perder—. Me lo ha dicho Jasmine.

—¿Ah, sí? —No parece hacerle gracia—. Bueno, a veces hay quien se asusta y se da de baja a última hora. Pero eso no significa nada.

—Deme una oportunidad. Algo temporal. Un día…

Algo cambia en Ben, como si sus negativas hubieran sido una prueba. Suspira y pone los ojos en blanco.

—Madre mía, eres una joven muy persistente. Mira, haz el favor de darte una ducha y después veremos, pero como mucho serán un par de días de trabajo tedioso, y luego se acabó. Por supuesto, eres bienvenida a solicitar una plaza en el programa, ya que estás aquí… siempre que consigas el dinero, claro, que por cierto es una suma considerable, aunque hasta el último penique se destina a nuestros gastos de mantenimiento. En fin, si puedes darte una ducha y arreglarte un poco, tal vez te deje rellenar un pequeño hueco… Veremos si sabes dar clases, como has dicho. Tendrás que trabajar esta misma mañana con Jasmine para que pueda ver cómo te desenvuelves.

Le sonrío con cada átomo de mi ser. Es una tabla de salvación muy pequeña, pero me parece enorme. Estoy mareada y confundida. Va a darme una oportunidad. No puedo fallar. *Finge que eres la mejor y serás la mejor*. Ojalá pudiera pedirle algo de comer. A Jasmine sí se lo pediría, pero a él no.

Mi salvadora me conduce fuera del aula, y yo la sigo por una escalera oscura hasta un pasillo con suelo de cemento. No habla porque no sabe qué decir, pero derrocha compasión y bondad. Cuando empuja una puerta a nuestra izquierda y la abre, deja a la vista un pequeño cuarto de baño con el suelo también de cemento, una ducha, un lavabo y un váter.

—Aquí estamos. Éste es el baño del personal. Un segundito. —Se va, pero vuelve casi al instante con una toalla raída y me la da—. ¿Quieres…, no sé…, algo de ropa? Kate se dejó algo. Se fue hace unos días a Argentina. Creo que te puede ir bien. Si acaso, un poco grande.

Miro fijamente sus grandes ojos y su hermosa cara.

—Gracias, Jasmine, gracias de verdad. Te lo agradezco mucho.

Hoy te ayudaré en todo. Creo que Ben te ha elegido porque le ha enfadado que me dejaras entrar. ¿Qué te toca hacer hoy?

—Limpiar y algo de papeleo. La primera clase es a las once. Es con los niños mayores, los de once años.

En cuanto tengo la ropa y la toalla, echo el pestillo y abro el grifo de la ducha. El agua corriente y calentita me parece un lujo imposible, y la contemplo con entusiasmo, maravillada de que alguien fuera capaz de doblegar el líquido elemento, lo hiciera pasar por unos tubos e inventara los grifos. Estoy delirando. Me froto bien para quitarme el salitre del cuerpo y luego me lavo el cuero cabelludo, apenas cubierto por un milímetro de pelo.

No puedo fastidiarla. Mientras el agua martillea mi cabeza, me entran ganas de tenderme en el suelo y echarme a llorar, pero no puedo permitírmelo, tengo que ayudar a Jasmine y enseñar inglés a esos niños. Para conseguirlo me hará falta mucha más fuerza de la que me queda, de modo que voy a tener que hacer de tripas corazón.

Recuerdo vagamente que antes disponía de diversos hidratantes para cara y cuerpo, maquillaje, perfume y toda clase de cosas caras, pero lo que tengo muy claro es que ésta es la mejor ducha que me he dado en la vida. Y espero que no se repita, porque sólo podría darse una situación parecida si tuviera que pasar por algo peor de lo que he vivido estos últimos días, y ahora mismo no soy capaz de imaginarme un futuro así.

La ropa que me ha dado Jasmine consta de un pantalón corto tipo chándal, que me llega casi hasta las rodillas, y una camiseta con el logo de la academia. Es una versión en grande de la diminuta que llevaba Ana, y una en pequeño de la de Ben. Me ha dejado hasta ropa interior. No pongo ningún reparo en vestirme con las bragas y el sujetador de otra, y no me quedan mal. Está todo limpio. Huele a detergente sencillo, y me parece el mejor aroma del mundo.

Me lavo los dientes con un dedo y un poco de pasta, y me permito una única mirada rápida en el deslustrado espejo. Es cierto que parezco enferma. He cogido color, pero tengo la piel un poco mustia. Sin pelo me veo rara y fea. Aun así, sigo reconociéndome en los ojos.

Intento recordar las clases de francés del instituto. ¿Cómo se les enseña un idioma a unos niños demasiado mayores para las

canciones rimadas? No tengo ni idea. Haré todo lo que haga Jasmine, e intentaré parecer confiada.

Aparto el resto de los pensamientos que me rondan. Ahora mismo, esto es lo único que importa. Toda mi vida depende de que me salga bien: si lo logro y me dejan trabajar dos días, quién sabe si luego no podría conseguir dinero de alguna forma y acabar viviendo aquí como Jasmine y los demás voluntarios. Eso me abriría posibilidades.

—¿En qué etapa están?

Estoy tomando el segundo café que me ha preparado Jasmine, porque me he quedado dormida antes de que llegara el primero; es instantáneo, de los que mis compañeras de clase escupirían asqueadas en la sala de estudiantes, pero a mí me sabe a gloria. Aquí todo me parece glorioso. Incluso me reconforta el simple hecho de poder preguntar «¿En qué etapa están?», como una profesora adulta. Me siento como si estuviera colgando de un precipicio, aferrada al borde sólo por las uñas. Jasmine no sabe que está tendiéndome una mano salvadora.

—Bueno, es una edad complicada. Con los pequeños es más fácil. En realidad es clase de dibujo, así que darás una clase de dibujo en inglés. ¿Te ves dibujando? No pasa nada si no sabes. A mí se me da fatal, la verdad.

—Yo… —Me detengo justo antes de decir «… la he cogido como asignatura optativa» y rectifico sobre la marcha— bueno, me encantan el dibujo y la pintura. No se me dan de maravilla, pero me gustan.

—Yo en el instituto era malísima en dibujo. Lo que hago es poner a los chicos a dibujar y poco más. A algunos se les da muy bien. En fin… Seguro que lo harás bien. Yo la primera vez estaba muerta de miedo. —Mira a su alrededor para comprobar que nadie nos oye—. La lié de lo lindo, pero por suerte ya me habían admitido en el programa. A Ben le gusta evaluar a los nuevos. Es un tipo muy peculiar. Pero tranquila, estaré a tu lado, Jo. Siempre damos las clases entre dos. Yo me encargo de que todo vaya bien.

Le sonrío encantada.

—Madre mía, Jasmine, ¡eres la mejor! Bueno, ¿por dónde empezamos?

Se ruboriza.

—Eh… pues… empezamos explicándoles lo que hay y luego les decimos que cojan papel y lápices. Hoy toca dibujo libre. Son buenos chicos. Si te atascas, pregúntales cualquier cosa sobre fútbol.

Veinte minutos después, mi cuerpo rebosa adrenalina. Estoy inclinada sobre el hombro huesudo de un chiquillo canijo, admirando su dibujo de un futbolista en plena acción, haciendo una pirueta para golpear el balón, con la portería despejada por delante y un rudimentario portero lanzándose en el sentido equivocado.

—¡Goooooool! —digo.

Me contesta en portugués, de modo que le doy un toquecito en el hombro y le digo:

—En inglés.

—Las *persona*.

Señala el espacio en blanco en torno a los márgenes de la hoja de papel. Le cojo el lápiz y miro pensativa la hoja. No estaría bien hacer el dibujo por él, pero puedo hacer lo que habría hecho la señorita Cook, la profesora que en mi vida anterior me daba Dibujo. Seguro que es una buena solución. Miro a mi alrededor y, como no me ve nadie, trazo un esbozo de algunos espectadores. Dibujo una estructura de asientos, perfilo por encima una hilera de caras y le devuelvo el lápiz al niño.

Me gusta. Realmente soy capaz de ayudar a alguien. Ayudarlo con su dibujo y también con el inglés. En estos momentos, concentro toda mi energía en este niño. No centrarme en mí misma hace que el mundo parezca más ligero.

Vuelvo a mirar a mi alrededor y veo que Ben está observándome.

El niño sonríe de oreja a oreja. A un lado de la cara tiene una mancha blanca de nacimiento que le cambia de forma cuando sonríe.

—Gracias, profesora Jo —dice en inglés.

Se le borra la sonrisa cuando vuelve la atención a su trabajo con el ceño fruncido, y utiliza de base mi boceto y lo rellena de caras y expresiones. Los espectadores están contentos, asombrados, tristes, aburridos. Se convierten en gente real… Un tanto rudimentaria, pero real.

Lo dejo con la tarea y me pongo a dar vueltas por el aula. Las cabecitas morenas están enfrascadas en el trabajo. Veo un puñado

de casas muy pegadas entre sí, una playa vacía, una familia cogida de la mano. Me voy parando con cada niño y les enseño a utilizar la perspectiva para hacer una casa más realista, a dibujar una cara, a dar un poco de sentido al resto de una hoja en blanco. Hago algo distinto para cada niño, atendiendo a todos por turnos.

—Hablad en inglés —dice Jasmine, que está también ayudando a unos y otros.

Una niña levanta la mano. Me acerco para ver su dibujo, una cría sentada en la puerta de una casa, con las mejillas apoyadas en las manos y cara de malas pulgas.

—No se la ve muy contenta. ¿Eres tú?

La niña asiente.

—Sí —dice, y suelta una risita mirándome la cabeza.

Yo sonrío a mí vez y me acaricio la coronilla. La ayudo con el resto del dibujo y le enseño con unos pocos trazos dónde poner más casas, la otra parte de la calle, otras personas… Añado unas suaves líneas de perspectiva. Asiente y empieza a dibujar una tienda al lado de la casa.

Si fuera la profesora encargada de la clase, les enseñaría a dibujar de verdad. Hoy están haciendo dibujo libre, y nadie va a hacer ninguna crítica constructiva sobre esos dibujos porque imagino que la idea es que estén aquí hablando inglés y concentrados en una tarea. Pero se me ocurre que, ya puestos, también podrían aprender a dibujar.

Los pondría a dibujar algún objeto concreto, una suerte de bodegón, o a hacer un retrato de algún compañero. Les enseñaría un autorretrato de Frida Kahlo y los animaría a que hicieran algo parecido. Les mostraría cómo se da volumen con las sombras y, si fuera posible, a utilizar los lápices adecuados para cada cosa. Les enseñaría perspectiva y puntos de fuga. Haríamos siluetas y cacharros de barro y Jackson Pollocks. Les conseguiría pinturas de colores alegres y les enseñaría arte abstracto. Los llevaría a lo alto del cerro a pintar un paisaje. Haría todo lo que pudiera por inspirarlos, por conseguir que se expresaran e indagaran en los secretos de la pintura. El arte hace que la vida sea emocionante.

Por el momento, sin embargo, me dedico a pasearme por el aula, ayudándolos en lo que puedo. A una niña que está llorando de frustración le enseño a dibujar una cara que no parezca tan

aniñada, y ella asiente y se pone a trabajar.

Cuánto me gustaría que la señora Browning pudiera verme ahora.

La clase es sólo de una hora, y, cuando Jasmine da una palmada indicando su fin, me gustaría abolir las normas para que los niños se quedaran todo el día dibujando. He conseguido apartar a Ben de mi pensamiento, a pesar de que se ha pasado todo el tiempo acechando. Ahora, cuando Jasmine hace que los niños se despidan a coro con un «adiós, señorita Jasmine; adiós, señorita Jo», se levanta. En cuanto los alumnos empiezan a salir, parloteando en portugués y enseñándose los dibujos, se me acerca.

—Ha sido interesante… —me dice, y no logro interpretar su tono—. ¿Eres pintora?

—Me gusta pintar, pero no en plan profesional. —Al punto me siento tonta: él no ha sugerido que fuera así, y está claro que no soy una profesional.

Me desborda la emoción. Me ha encantado la clase. Estoy deseando repetir.

—Pues se te ve muy capaz. Si dependiera de ti, ¿cómo darías las clases de dibujo?

—Sé que vienen aquí para aprender inglés, pero también les enseñaría a pintar. Recolocaría las mesas en un semicírculo, y pondría al grupo a trabajar sobre las mismas cosas e iría enseñándoles distintas técnicas. Si se pudiera comprar otro tipo de lápices, les daría unos más blandos. Si hubiera pinturas, se podría hacer de todo. Y si tuviéramos arcilla, podrían hacer esculturas y cacharros de barro.

Sigo hablando, sorprendida de mí misma, sorprendida de que Bella me esté fortaleciendo sin que por ello me vuelva malvada. También soy consciente de que, mientras siga hablando, Ben no podrá mandarme a paseo. Sin embargo, al final tengo que parar porque tampoco es un tema infinito.

—Gracias, Jo —me dice entonces—. Mira, tengo que pensármelo y hablar con María. De momento, puedes ayudar a las chicas a limpiar, pero nada más; tenemos que preservar la seguridad de los niños, y no puedo dejar que te quedes sin haberlo hablado con mi compañera. Vuelve mañana a las doce.

—¿Podría quedarme ya, por favor? Haré lo que sea. Fregaré el

suelo y cocinaré. Haré… cualquier cosa. No me importa.

La mano en el tobillo, tirando de mi cuerpo.

Necesito una salida a mi encrucijada.

Necesito un techo.

No consigo conmover a Ben.

11

VEINTISÉIS DÍAS

Alguien me despierta sacudiéndome por el hombro. Así que aprieto los puños, preparada para defenderme, pelear, gritar y correr.

Jasmine retrocede.

Me quedo mirándola.

—Perdona… Perdón, Jasmine, no quería…

—Tranquila, no pasa nada. Me ha parecido que eras tú. No puedes dormir aquí fuera, Jo. ¿Has pasado aquí toda la noche? Anda, entra, haz el favor. ¿Por qué no me lo dijiste? Te habría colado.

Estiro las piernas e intento levantarme, pero estoy entumecida. Jasmine me ayuda a incorporarme y me agarro a ella con fuerza. Me gusta el tacto de su mano en la mía.

Se ha hecho de día y sigue lloviznando. Es temprano. Se oye el ruido de las motos por la calle principal. La gente va a trabajar. Estiro los músculos, alargando los brazos hacia el cielo. A mi espalda no le hace mucha gracia, ni a mis brazos tampoco. Ojalá Jasmine me dejara echarme un rato en su cama.

—Ben me dijo que viniera a mediodía. No va a gustarle que me dejes entrar a estas horas.

—Bueno, no se va a enterar, ¿verdad? Venga, pasa.

No sé si Jasmine es consciente de que elegí este sitio porque, desde aquí, podía oírme si gritaba pidiendo ayuda. ¿Sabe que es mi única amiga en el hemisferio sur? Pienso en Lily y Jack, los añoro con toda mi alma.

Son las seis y cuarto. Jasmine me prepara un café y me da un vaso de agua, lo que le agradezco infinitamente. Nos sentamos en

una cocinita que no había visto antes, y me ofrece dos plátanos y una rebanada de pan con mermelada, que como despacio.

—Te levantas temprano —le digo.

—Siempre. —Sonríe—. Es que, no sé…, me gustan las primeras horas de la mañana. Pero, Jo… ¿Has estado durmiendo al raso?

—Jasmine, todo esto es terrible… Si yo te contara… —Me detengo. No puedo venirme abajo.

—¿Qué es lo que…? Bueno, no importa.

Jasmine es una buena chica, y comprendo que evita preguntarme por si prefiero no contarle mi historia. Se lo agradezco. De todas formas, como no quiero que me busque por internet, es mejor que le cuente algo… algo que cuadre con la versión que le di a Ben.

—Estaba viajando por mi cuenta y todo salió mal —digo convencida, para que el relato sea creíble—. Estuve unos meses dando clases en Venezuela. Sé que tengo pinta de haber estado enferma, pero no es eso. Me rapé la cabeza porque me teñí el pelo y me quedó horrible. Luego me lo robaron todo y la relación en la que estaba se fue al traste. —Al menos eso es cierto: la relación con mis padres adoptivos se ha ido realmente al traste, y también con Christian tras mi huida—. No puedo volver a mi país porque allí no me espera nada bueno. Sería peor. Por eso llevo un tiempo por aquí. Ahora necesito volver a encarrilar mi vida haciendo…, bueno, lo que tú haces, dar clases.

No puedo contarle el nefasto episodio del camarero; llevaré ese secreto conmigo hasta que tenga que rendir cuentas algún día.

—Eres muy fuerte.

No es la sensación que tengo, aunque, ahora que estoy contándole a otra persona que he estado durmiendo en la calle, entiendo que me haga parecer una chica dura.

—No te creas. Y si lo soy, es porque no me ha quedado más remedio.

—Jo, ayer diste una clase increíble. Uau, me dejaste con la boca abierta, la verdad. Se te da muy bien hablar con los chicos. Yo, cuando no son los más pequeños, me corto bastante. En serio, lo hiciste mejor que cualquiera de nosotros. Ben se desespera un poco con los voluntarios que venimos aquí porque nos ve torpes, pero dice que es sólo cuestión de aprender el oficio. Es consciente de que

la mayoría acabamos de terminar el instituto, y de que pagamos por estar aquí a cambio de un salario mínimo, así es como está montada esta historia. Un profesor titulado no va a pagar por trabajar en un sitio como éste, y los alumnos tampoco pueden permitirse asumir una cuota. Aquí todos somos hablantes nativos de inglés, y la escuela tiene que arreglárselas con eso. Tendrías que haber visto cómo te miraba. Ben estaba flipando contigo. Por eso ha cambiado de opinión.

Le sonrío.

—Es lo más bonito que me han dicho en mi vida.

Repito sus palabras en la cabeza: «Se te da muy bien hablar con los chicos… Ben estaba flipando contigo.» Ha sido la primera vez que he hecho algo así, y no sólo lo he hecho, sino que además me ha salido bien.

Vuelvo a utilizar la ducha y, para cuando los demás voluntarios se levantan y van a desayunar, ya estoy metida en la cama de Jasmine, escondida hasta mediodía. Tiene una habitación sencilla, con una cama metálica, una repisa para la ropa y una mesita con una montaña de libros encima.

Me quedo mirándolos. Los libros son un lujo: un mundo aparte para cuando necesitas perderte. Si tuviera un cargamento de libros, no sería tan duro vivir en la calle. Sería más fácil darle un portazo a la realidad.

Cojo uno. Es un libro infantil, *La princesita*, y se nota que lo han leído muchas veces. Lo recuerdo de cuando era pequeña. Empiezo a leer.

A mediodía, sigo algo grogui por la combinación de sueño y cansancio, pero estoy plantada ante Ben y vestida con mi propia ropa, que he lavado con agua corriente y secado en el alféizar bajo un sol potente. Puertas y ventanas están abiertas, y el aula huele a tierra recalentada después de la lluvia.

—Al final has vuelto.

—Sí, aquí estoy.

—Siéntate, Jo.

Lo sigo, y ambos nos sentamos en unas mesitas de un aula más pequeña. No descifro nada en su expresión. Mi plan B es dar tirones en las playas turísticas. Intentaré reunir dinero para pagarme un billete y pondré rumbo al norte de Brasil y a una nueva vida. Con

un poco de suerte, allí alguien necesitará que le dé clases de inglés. Por lo visto, es mi única habilidad, y sin pasaporte no puedo salir del país.

—He estado hablando con María —me dice—. Le gustaría haber venido para conocerte, pero hoy tiene clase todo el día en Vidigal. Mira, Jo, esto no es muy ortodoxo y tienes que entender por qué estamos indecisos.

Cierro los ojos. «Me va a decir que adiós muy buenas, lo sé.»

—Aun así, ayer trabajaste muy bien, y nos gustaría que probaras a dar clase de dibujo con nosotros… Por el momento sería algo temporal, iremos viendo día a día. También puedes ayudar con el resto de las clases. —Saca unos formularios de su portafolios y los desliza sobre la mesa—. Necesito que rellenes todo esto… Número de pasaporte, referencias y esas cosas. Luego hablaremos del dinero…

Me dan ganas de abrazarlo. Quiero darle un beso, pero consigo contenerme.

—Por supuesto… —respondo con voz inexpresiva.

Aun así, veo que ha advertido mi emoción, que se me escapa por los ojos en forma de lágrimas, por mucho que intente parpadear para reprimirlas.

—No podemos pagarte, ya sabes que eres tú la que tendría que pagarnos. Sin embargo, podemos darte manutención, como a los demás voluntarios. Es evidente que también necesitas un techo, y acabo de hablar con Jasmine y no le importa compartir cuarto contigo, así que pondremos un colchón en el suelo. Creo que te parecerá aceptable.

—Me parecerá increíble. De verdad. Lo más…

Me quedo sin palabras. Cierro los ojos unos instantes y respiro hondo varias veces. No puedo derrumbarme ahora que he conseguido una tabla de salvación. No debo. Podría estropearlo todo. Cojo los documentos. Los rellenaré con lo primero que se me ocurra y cruzaré los dedos.

Un techo sobre mi cabeza. Un sitio donde quedarme. Comida… Tengo la sensación de que el mundo da vueltas a mi alrededor y noto un pitido en los oídos, pero no es Bella. Ha sido ella la que me ha dado fuerzas para sobrevivir estos últimos días. Ha estado apoyándome, no en mi contra, y el pitido no es más que

agotamiento y alivio.

—Tómate un momento —me dice.

Noto la mano de Ben en el hombro y no abro los ojos mientras él me sujeta. Me quedo un rato sin hablar, no soy capaz.

—Haré lo que haga falta… —digo, recobrando la compostura—. Haré de todo. Cocino fatal, pero aprenderé. También limpiaré. No sabes lo mucho que te lo agradezco. Seré la mejor profesora que hayáis tenido nunca.

Ben asiente y se levanta.

—Eso espero.

Luego relleno el papeleo. Me invento un número de pasaporte y me bautizo como Josephine Marsh. Paso el resto del día ayudando en todas las clases, y preparo café y té para todo el mundo. Quiero cocinar, pero no me dejan porque les toca a dos voluntarios, Scott y Clara, y no les hace mucha gracia que les pregunte todo el rato si puedo hacer algo.

Al final me voy a dar un paseo, no quiero que se harten de mí antes de empezar. Entiendo que necesitarán espacio para hablar de mí, porque en la casa viven diez voluntarios, y nueve de ellos me han conocido hoy. Voy hasta la avenida principal, la Estrada da Gávea, y me paso una hora callejeando. La veo con ojos distintos, ahora que tengo algo que hacer, una casa y un trabajo.

Acabo en el bar de zumos a los pies del cerro, el primer sitio al que fui cuando llegué a Rocinha. Me gustaría encontrarme con la versión de mí misma de cuando bajé del taxi con el dinero escondido por el cuerpo, y advertirme que no repita lo mismo: que, en cambio, vaya directamente a la academia de inglés, que le dé todo el dinero a Ben y que solicite una plaza en el programa como es debido.

Tengo dinero suficiente para un zumo, de modo que pido el primero que tomé la otra vez, el rosa de fresa y sandía. Me siento a la primera de las mesas y me preparo para hacerlo durar.

Mientras lo tomo, contemplo el ir y venir de la gente. Un hombre vende cabras abiertas en canal, colgadas en el umbral de una puerta. El barbero que me afeitó la cabeza se da cuenta de que estoy mirándolo y levanta la mano para saludarme. Veo gente que suelda cosas o que ofrece ropa de vistosos colores. Veo autobuses que se detienen y gente que sube y baja. En las alturas, un caos de

cables eléctricos. Taxis que se paran, mototaxis zumbando por doquier… En la mesa de al lado hay una familia discutiendo, aunque no realmente enfadados. Me gusta observar sin más. Me gusta beber el zumo con la pajita y saberlo rico en vitaminas que me servirán de sustento.

Me gusta saber que hoy tengo dónde dormir y tareas que hacer, que voy a formar parte de una comunidad. El alivio es tan abrumador que tengo que contenerme para no echarme a llorar.

Veo que se detiene otro taxi. Baja un hombre trajeado, pese al calor que hace, y medio calvo, aunque lo oculta peinándose los escasos mechones por encima. Le paga al taxista por la ventanilla y empieza a remontar la cuesta con paso decidido, sabiendo adónde se dirige.

Un coche patrulla pasa lentamente por delante del bar. Bajo la mirada. Es probable que sigan buscándome, y no quiero que me reconozcan. Si bien ya no me parezco mucho a mi antiguo yo —he perdido peso, y con la cabeza rapada tengo la sensación de ser otra persona—, sigo siendo la chica británica a la que llevan días buscando.

Para otro taxi y se apea una mujer blanca de pelo largo y enmarañado, vestida con un traje verde lima y sandalias. La sigo con la mirada mientras le paga al taxista. Luego sube por la avenida cargando con una pequeña mochila. Tengo la impresión de haberla visto antes. Un poco más arriba, se encuentra con otra mujer —la obesa del otro día, que al parecer es del barrio— y ambas se alejan caminando, absortas en su conversación.

El siguiente taxi trae a tres veinteañeros que se bajan entre risas, entran en el bar de zumos y se sientan a una mesa vecina, mientras se dan empujoncitos y hablan en voz alta. Me encojo en mi sitio; lo último que quiero es llamar la atención.

Me termino el zumo y regreso a la academia. A casa. Se me hace raro llamarla así, pero ahora mismo, para mí, es lo más parecido a un hogar.

El concepto de hogar me resulta extraño. Me pregunto si realmente necesito uno.

12

VEINTE DÍAS

Me levanto temprano (lo de que se me peguen las sábanas ha pasado a la historia) y hago la cama con sigilo para no molestar a Jasmine, que duerme profundamente, con el pelo en abanico sobre la almohada. Mi «cama» es un simple colchón en el suelo, y es el mejor del mundo. Ya llevo seis días aquí y, aunque Jasmine se despierta temprano para hacer sus estiramientos y escribir en su diario con un café al lado, yo suelo levantarme antes.

Ayer estuve leyendo *Matar a un ruiseñor*. Ben tiene razón: la biblioteca está montada sin orden ni concierto, pero hay algunos clásicos muy válidos y pienso leérmelos todos. Cuando salgo del cuarto, me llevo el libro y voy a la planta de abajo, descorro el pestillo de la puerta de la calle y me siento en los escalones, de cara al callejón. Hace seis días pasé la noche aquí fuera, y ahora duermo a sólo unos metros de distancia, pero en un universo distinto.

Ésta es la única hora del día que tengo libre. El sol se cuela por el callejón y, aunque no me da directamente en la cara, estiro los pies descalzos y siento su calor. Hoy tengo que dar varias clases, cocinar, enseñar a algunos de mis compañeros los rudimentos del dibujo y revisar una caja de libros ilustrados que ha mandado un antiguo voluntario. Me gusta mi café tranquilo de primera hora de la mañana, pero prefiero el ajetreo del resto de la jornada. He de conseguir hacerme tan imprescindible que no sepan vivir sin mí. Les dije a Ben y María, que tiene el pelo largo y canoso y cara de buena gente, que no quería días libres.

—Quiero trabajar todos los días de la semana hasta que pueda pagaros lo que os debo —le dije a ella. Cuando me atreva, les pediré el dinero a mis padres adoptivos; no me va a quedar más remedio.

—Lo siento, bonita, pero has de tener al menos un día libre a la semana —me contestó, aunque yo pienso trabajar igualmente.

La vida es una pasada y disfruto de cada momento. Cuando me siento a comer, lo hago muy despacio, saboreando la comida. Es una costumbre que quiero conservar. Cuando me meto en mi cama, al lado de Jasmine, me estiro con placer, cierro los ojos y me siento enormemente agradecida por el lujo de tener dónde dormir, cuatro paredes, un techo y una puerta.

Ahora entiendo por qué la gente va a la iglesia, por qué reza. No hace falta creer en ningún dios para sentir la necesidad de parar de vez en cuando y agradecerle al universo lo que nos da. La vida es frágil, y estar a salvo y tener comida y trabajo es una suerte increíble.

Me quedo mirando el tranquilo pasaje que llega hasta la escuela. Un gato callejero está recorriéndolo en busca de restos de comida, y yo respiro hondo y disfruto del momento. Le doy las gracias al mundo por haberme mandado aquí. Me siento segura. «No dudes de que el universo marcha como debería.»

Me pregunto si mis padres adoptivos seguirán en el hotel, a sólo unos kilómetros de aquí. En cuanto aparecen en mi cabeza, intento apartarlos porque aún no estoy preparada. Sé que debo decirles que estoy bien, pero todavía no me veo capaz de enfrentarme a ellos. Vacilo, con la vista clavada al fondo del callejón, sabiendo que pocos metros más arriba hay una cabina, pero entonces Bella entra en escena.

TODAVÍA NO, me dice, e impide que levante el trasero de los escalones.

Aquí nunca me siento en peligro ya que rara vez salgo al exterior. Lo de vagar por las calles se acabó, salvo que vaya a algún sitio concreto. Cuando salgo, me pongo mi camiseta de la academia y todo el mundo me trata bien. Por lo que he podido ver, la gente del barrio se alegra de tener cerca una academia de inglés gratuita a la que poder llevar a sus hijos.

Sigo sin comer nada de carne. Por suerte, aquí nadie te cuestiona si dices «soy vegetariana», ni lo ve como un capricho o algo curioso. Me acuerdo del pollo criado en jaula del avión. No necesito utilizar cadáveres de animales para recargar mi cuerpo de combustible. No quiero hacer daño a ningún ser vivo. Ya he hecho

daño suficiente… En realidad, es bastante fácil no comer carne y sustituirla por las bolitas de queso, siempre deliciosas, y el arroz con frijoles. Tenemos turnos para cocinar, y en el menú solemos incluir el guiso de frijoles que me salvó cuando más lo necesitaba. Anoche me tocaba cocinar a mí, e intenté hacer ese mismo plato pero sin carne. La cosa salió más o menos comestible, lo que ya es todo un triunfo. Bella y yo nos alegramos. Ahora siempre está conmigo, y estoy empezando a pensar que Brasil y esta crisis la han vuelto más dócil.

Resulta que ni siquiera sabía cortar bien una cebolla. Anoche empecé hundiendo el cuchillo en una, e intenté partirla sin que se me resbalara.

—Qué método más original —bromeó Jasmine, que estaba cocinando conmigo, al verme intentar controlar la escurridiza cebolla con la punta del cuchillo—. ¿Cómo has llegado a tu edad sin saber cortar una cebolla?

Me encogí de hombros.

—Diecinueve años ignorando el fascinante mundo de la cebolla. —En la academia he dicho que tengo diecinueve y nadie lo ha cuestionado.

La observé mientras la cortaba en dos y picaba cada mitad, entendiendo al instante que se trataba de un método mucho más sensato. En ese momento, deseé —y aún lo deseo— que la pobre pareja que me adoptó me hubiera enseñado este tipo de cosas. Él solía hacer un asado algún que otro domingo. Ella, en cambio, se pasaba la vida en la cocina, pelando verduras, haciendo sus contundentes sopas y cremas, inventando cenas insípidas con lentejas y carne ecológica, y horneando galletas a las que siempre les faltaba azúcar. Nunca me enseñó nada.

Intento no pensar en mi herencia Hinchcliffe-Carr. Aquí ni veo el telediario ni leo la prensa. Estoy empezando a aprender portugués: en mi primer día completo en la academia, les pedí a un par de niños de nueve años que me iniciaran en su idioma mientras hacían sus dibujos. Les pareció muy gracioso que se me diera tan mal.

Me centro totalmente en los niños. A las clases puede asistir cualquier niño de la favela, sólo tiene que estar matriculado, y son un montón. Los cursos van de los cuatro a los once años, aunque eso no es todo: también vamos a institutos de la zona a enseñar

inglés, y varias veces a la semana damos clases para adultos en distintos puntos del barrio. Todavía no me ha tocado dar clase a los mayores, y la verdad es que me da un poco de miedo.

No es que vea de color rosa la vida en la favela, por mucho que no se parezca en nada a como la había imaginado. Sé que estos niños y sus familias tienen que enfrentarse a situaciones muy difíciles. Sé que la droga es un problema. Sé que hay bandas y armas, y que no hay dinero suficiente. Y lo sé porque Ben y María me lo han contado. Ahora entiendo que es más complicado de lo que parece, aunque no he visto nada de eso con mis propios ojos porque no salgo mucho.

Cuando me permito pensar en ello, también sé que, si no hubieran detenido a mis padres biológicos, mi vida habría sido un verdadero infierno. Nunca habría sido Ella Black, sino otra persona, y probablemente nadie me hubiera cuidado y quizá habría muerto como uno de esos niños desatendidos que se ven en las noticias. Yo también podría haber acabado en las sucias aguas de algún canal.

Me salvaron las mismas personas a las que luego agredí, y ahora estoy aquí, intentando salvar a otros niños de los problemas que les acarrean sus circunstancias. Quiero que todos tengan la oportunidad de llegar a alguna parte en la vida sin importar dónde hayan nacido; de otro modo sería una injusticia.

Estoy empezando a comprender lo monstruosamente injusto que es el mundo.

A medida que pasan los días, entiendo más cosas sobre Rocinha. En realidad no es una favela, sino «un barrio de una favela»; una ciudad por derecho propio, fundada en su origen por brasileños del norte que vinieron en busca de trabajo a la metrópoli. Al principio, las bandas de narcotraficantes dirigían el cotarro, pero, según Ben y María, no daba tanto miedo como puede parecer. Siempre y cuando te mantuvieras al margen, por supuesto. Hace unos años, la policía irrumpió en el barrio y lo «pacificó», lo que significa que se libraron de las bandas e impusieron la ley y el orden. La gente de aquí parece tener sus dudas al respecto.

De hecho, sigo sin saber gran cosa. Es probable que nunca llegue a ver más allá de la punta del iceberg. Esto es un pequeño cerro en el que vive una cantidad enorme de gente; gente que rebosa energía, desesperación, luz y vida. Rocinha es ahora mi hogar, y

pienso quedarme todo el tiempo que pueda.

Si me dejaran, muy probablemente me quedaría para siempre.

Es posible que ni siquiera pueda salir de Brasil. No tengo pasaporte, y mi nombre seguramente está en alguna base de datos por la agresión al camarero. Supongo que mi visado también caducará pronto, y entonces me convertiré en una inmigrante ilegal.

—Hoy algunos vamos a salir por la noche —me dice Jasmine cuando acabamos la primera clase. Es la clase de dibujo de los pequeños, y los niños siguen pululando por aquí—. Una salida tranquila. Iremos a un bar que hay arriba del todo para tomar un par de birras. ¿Te apetece?

Adoro a Jasmine, pero respondo sin vacilar:

—No, gracias. Espera un segundo… —le digo a la niña que estoy dibujando—. Quédate quieta, eso es, así.

—Qué lástima, Jo. Sería genial si vinieras…

Tengo que hacer un esfuerzo por recordar todas mis mentiras: soy Jo, he estado en Venezuela, lo dejé con mi novio… Me mantengo apartada de las situaciones sociales porque acabaría metiendo la pata. Y porque no tengo dinero. El dinero suelto que me quedaba me lo gasté en dentífrico, jabón y demás. Por lo menos, ahora no necesito champú.

Pero Jasmine es un encanto y me gustaría poder ser su amiga de verdad; me recuerda a Lily porque siempre se porta muy bien conmigo. Me ha salvado la vida sin siquiera saberlo. Si el día que me planté aquí no me hubiera invitado a pasar, no sé dónde estaría ahora.

—Quiero terminar esto esta noche —digo, señalando los retratos que he estado haciendo de los niños.

Me da igual que la gente crea que soy rara o que la mayoría de los voluntarios no sepan cómo comportarse conmigo, probablemente porque mi cabeza rapada los descoloca. Yo sólo quiero quedarme aquí, escondida.

Termino el retrato: es un dibujo de una niña que se llama Gabriella. Le doy un poco más de volumen sombreando las trenzas y le tiendo la hoja. Ella ahoga un gritito y se asegura de que puede quedárselo antes de decir:

—Gracias, gracias, señorita Jo. —Y lo enrolla como un pergamino para llevárselo a su casa.

Por la noche, todos los voluntarios salen a tomar una copa. Yo me quedo limpiando la cocina. Seré un bicho raro, pero soy feliz así.

13

DIECISÉIS DÍAS

Me despierto sonriendo: hoy es mi cumpleaños. Cumplo los dieciocho, algo que no sabe ninguno de los que viven aquí. Lo celebraré en secreto, sola. Siempre me ha encantado celebrarlo, y sé que hoy, aquí en Río, me hará la misma ilusión. Aunque no me haría ninguna gracia que se enterara alguien.

Bella nos canta por dentro el *Cumpleaños feliz*, y me gusta. Me uno a los tarareos, cuidando de no despertar a Jasmine. Me alegra saber que mi cumpleaños es realmente este día. Nací hace dieciocho años, me da igual lo chungo que fuera todo. Irrumpí en el mundo y sigo aquí.

Llevo diez días en la escuela, y a partir de hoy Amanda Hinchcliffe puede consultar mi ficha en el Registro de Contactos de Adopción. Si Amanda intenta localizarme, me encontrará: solicité que añadieran mis datos hace mil años, cuando pensaba que mi madre biológica había sido una adolescente descarriada con una familia estricta…, cuando me gustaba pensar que iba a ser como una hermana mayor para mí.

Me parece que fue hace mil años y que era otra persona. En realidad, fue hace dos semanas. El tiempo se ha vuelto muy extraño.

Es posible que me busque, pero los datos de contacto que dejé en el registro eran una cuenta de correo que no pienso mirar en mi vida y un móvil que pisoteé y arrojé a una papelera.

He cumplido los dieciocho. Me quedo mirando el techo tumbada en mi colchón. He alcanzado la mayoría de edad. No siento nada trascendental. Había pensado hacer una pequeña fiesta en un pub de Kent para dejar claro que ya tenía la edad legal para beber. Íbamos a estar Lily, Jack, yo, y puede que algunas de las otras, si se

molestaban en aparecer.

De hecho, mi mejor regalo de cumpleaños aparece encarnado en la pequeñina que, sin saberlo, le dio un vuelco a mi vida cuando me encontraba en mis horas más bajas.

—¡Ana! —exclamo al verla en el umbral.

La niña me reconoce, se ríe y viene corriendo a mis brazos. Le entra la risa floja cuando la aúpo y le doy vueltas.

—Señorita Paula —dice con cuidado, con su carita radiante.

—Ah… aquí me llaman «señorita Jo» —digo en voz baja—. Señorita Jo.

—Señorita Jo.

—Eso es.

—Señorita Jo-Paula.

—Como prefieras.

Ana se sienta en la primera fila y no me pierde de vista mientras cantamos y vamos señalando los colores. Me paso la clase sonriéndole. Si pudiera cambiar el mundo para una persona, sería para ella.

Al salir de clase, Jasmine me tiende un sobre marrón dirigido a «Jo».

—Lo he encontrado en los escalones de entrada —me dice—. Es para ti.

Contiene algo pequeño. Lo abro y me encuentro dos pulseras con florecillas rosa, claramente infantiles.

—Qué bonito… —digo, un poco confundida.

No le he dicho a nadie que es mi cumpleaños. Me pongo las pulseras. Debe de ser de algún niño que ha querido tener un detalle por los retratos o algo así. La fecha debe de ser una coincidencia.

Tiene que serlo.

—Le gustas a alguien —dice Jasmine—. Es porque eres un primor con los críos. Seguro que es de uno de los pequeñines.

Repaso de nuevo el sobre, pero no hay nada más.

—Sí, será eso.

Sólo puede ser eso. Un crío que me hace un regalito. No puede ser otra cosa. Es imposible que sea un regalo de cumpleaños porque nadie sabe que es mi cumple. Nadie sabe dónde estoy.

Alguien dejó comida en la playa para «Jo», y ahora alguien me deja un regalo de cumpleaños en la puerta, también para «Jo». Sin

embargo, en la playa aún no me llamaba Jo, pero ahora sí; por tanto, se trata de dos hechos sin relación.

Dos hechos sin relación.

Dos
hechos
sin
relación.

14

QUINCE DÍAS

Con dieciocho años y un día, ocurre algo malo. Me he puesto las pulseras con la idea de que algún niño se fije y me diga quién me las regaló. El regalo me da una sensación rara y no me siento cómoda. Es horrible. Llevaba mucho tiempo sin sentirme tan extraña.

Ocurre en la primera clase después de comer. Bruno, un chico de once años, se pone chulito para hacer reír a sus compañeros y me hace perder los papeles. Yo hice lo mismo no hace mucho para salir al rescate de Lily: no sé cómo, pero acabé diciéndole a la señora Browning que tenía el pelo muy bonito ese día. Pero no lo hice para hacer gracia, la gente nunca se ríe con mis chistes. Lo hice para meterme en problemas y rescatar a mi amiga.

No voy a permitir que nadie se comporte así en mi clase, me da igual el motivo.

Estoy intentando que cantemos todos, y sé que estoy haciendo el ridículo entonando a viva voz *Humpty Dumpty*, y también que son muy mayores para una canción tan infantil, pero es la programación de Heidi, no la mía, y no me hace gracia que Bruno no pare de soltar risitas tapándose con las manos, de susurrar y alborotar a sus compañeros.

—¿De qué va la canción? —pregunta, haciéndose el niño educado.

—Sobre Humpty Dumpty —contesto—. Ya sé que es un poco tonta, pero aun así vamos a intentarlo otra vez: «Todos los caballos del rey»…

—Pero ¿quién es Humpty Dumpty?

—Es un huevo.

Se hace el silencio.

—Un huevo —repite Bruno—. ¿Un huevo de mierda?

La clase entera estalla en risas. Todos saben cómo se dice «mierda» en inglés. Bruno tiene a su público metido en el bolsillo, y todos se cachondean de mí.

No pienso permitirlo.

—No utilices esa palabra, Bruno. Es de muy mala educación. —Parezco una jodida tiquismiquis, cuando en realidad tengo un cabreo de la hostia.

El chico se vuelve hacia sus compañeros y hace una mueca que provoca carcajadas. Soy la señora Browning. Respiro hondo, no pienso hacer la vista gorda.

—Bruno, ¡ya está bien!

—Pero si no he hecho nada… —dice en portugués.

—Sabes perfectamente lo que has hecho —le respondo, también en su idioma, pero cambio al inglés porque mi portugués todavía no me da para extenderme—. En primer lugar, has dicho una palabrota delante de una maestra. Si no quieres participar en la clase ni hablar con educación, siempre puedes irte.

Me mide con los ojos, con la insolencia de Bella. Le sostengo la mirada. Me recuerda a mí misma cuando me posee el demonio, y no me gusta. Ninguno de los dos cede. Sé que no ha querido insultarme, pero aun así… empieza a pitarme la cabeza. Intento retener a Bella. Creía que se había vuelto mejor persona, que estábamos en el mismo bando. Mascullo las palabras que a veces consiguen neutralizarla.

—«No dudes de que el universo marcha como debería» —digo entre dientes, y no sé si los chicos me oyen, pero me da igual—. «El universo, el universo, el universo…»

Todo me sobrepasa y quiero hacer algo malo porque ya es demasiado tarde. Yo era una estudiante en el aula de un instituto y le contesté a una profesora, y ese mismo día los Black, presas del pánico, me llevaron con ellos, y luego todo lo que creía saber se derrumbó y se pulverizó, y no puedo soportarlo…

Bella quiere fastidiarlo todo. Se da cuenta de que nos hemos asegurado una vida aquí, y quiere mandarlo todo a tomar viento.

NO VA A DURAR, susurra.

Sí que va a durar.

NO. DESCUBRIRÁN QUE HAS MENTIDO EN LOS PAPELES. TE VAN A ECHAR TARDE O TEMPRANO.

No dudes de que el universo marcha como debería.

Creía que estábamos en el mismo bando, pero no. Tengo que ser buena para poder quedarme aquí, éste es mi hogar. No puedo dejar que me posea y acabar haciendo una locura. Debo impedirlo como sea.

Se me emborrona la visión. Todo se difumina por los bordes y ya sólo veo a Bruno. Tengo que atacarlo. Quiero asustarlo. No debo.

DÉJAMELO A MÍ.

No.

SE ESTÁ PORTANDO COMO UN LISTILLO MALEDUCADO.

No.

NO PUEDES PERMITÍRSELO. HAY QUE DARLE UNA LECCIÓN.

Es un crío. No ha hecho nada.

SE LO VOY A DECIR.

—Vete —bufo, primero en inglés y luego en portugués.

Necesito que salga de clase antes de que acabe haciéndole algo. Como le haga daño a un crío, lo echaré todo a perder. Me quedaré sin techo, sin trabajo, sin esperanzas… Y me estaría bien merecido. El forcejeo con Bella y conmigo misma me hace sudar. Le señalo la puerta.

—Venga, Bruno. Vuelve cuando seas capaz de comportarte y hablar como es debido. Vete a tu casa… Sal de aquí… —Apenas consigo articular las palabras.

Lo veo vacilar. Que se vaya ya. Siento un cosquilleo en las manos, deseo zarandearlo, empujarlo contra la pared y gritarle a la cara. Quiero pellizcarle la piel. Quiero hacerle daño.

Tengo que conseguir que se largue.

Esfuérzate por ser feliz.

El resto de la clase se ha quedado muda y conmocionada. Por suerte, Bruno se levanta y sale del aula con la cabeza gacha, a punto de llorar, pero Heidi, la otra maestra, que parece también un tanto sorprendida, no interviene.

El universo, el universo, el universo. Llevaba mucho tiempo sin necesitar estas palabras.

Me siento y dejo que Heidi se encargue del resto de la clase.

Vete, le digo a Bella. Creo que estoy moviendo los labios, pero

no importa.

NO PUEDO.

Por favor, sé buena, ayúdame. Estabas ayudándome.

SABES QUE ES SÓLO CUESTIÓN DE TIEMPO.

Por eso estamos viviendo día a día.

TE DESCUBRIRÁN. VOLVERÁS A QUEDARTE SIN NADA. MEJOR LÁRGATE DANDO UN PORTAZO.

No. No, no y no.

La cabeza se me va aclarando lentamente, el pitido en los oídos desaparece. Contengo las lágrimas y me odio mientras intento respirar hondo.

Bella tiene razón, muy pronto me descubrirán. Volveré a quedarme sin nada. Es así. Tiene razón.

Voy al servicio. Me seco los ojos y me lavo la cara. Quiero ser mejor persona. He perdido el control porque he visto la maldad de mi otro yo en ese chico, pero he proyectado en él mi demonio, no ha sido culpa suya. Bella pretende sabotearlo todo, y ella forma parte de mí, pero no puedo permitirlo.

Esa misma tarde, busco los impresos de la matrícula de Bruno y pregunto por la calle hasta que llego a su casa. Me lo encuentro dibujando en los escalones de la entrada. Me paro delante de él, en la callejuela, y al verme se apresura a apartar la vista.

—Perdón, señorita Jo —murmura.

Vuelve la cabeza hacia la puerta de la casa: es evidente que le preocupa que vaya a chivarme con quienquiera que haya dentro.

Me siento a su lado y se pone tenso.

—No; perdóname tú a mí. Lo siento de verdad. Me he comportado mal contigo. Estaba agobiada.

No entiende «agobiada», y no sé cómo decirlo en portugués, de modo que le cojo el lápiz y me dibujo a mí misma con garras, colmillos y una expresión monstruosa, y luego lo dibujo a él con cara de susto. Después me vuelvo a pintar normal y con un bocadillo en el que pone: «Perdón.»

Bruno sonríe y le doy un abrazo.

—Perdón por decir palabrotas de mierda —dice tentando la suerte, pero me río y él hace otro tanto.

—En serio, no deberías decir eso —le contesto, y el chico asiente y me pide perdón correctamente.

Cuando regreso, dos voluntarias nuevas están bajando de los mototaxis en que han llegado. Al momento me entra el pánico (podrían saber lo de la violenta adolescente británica de pelo morado que se dio a la fuga), pero resultan ser de Estados Unidos y vienen directamente del aeropuerto. Llevan minifaldas y zapatos de tacón. Las dos tienen una melena larga y bonita. Están ahí paradas, en medio del callejón.

—Hola.

Noto que la rubia arruga la nariz al ver mi cabeza rapada.

—Hola… —Parece desconfiar.

—Soy Jo. ¿Acabáis de llegar? ¿Venís a trabajar a la academia?

—Hola, Jo —dice la otra, que es mulata y tiene una melena con rizos que le cuelgan como muelles—. Yo soy Sasha y ella Amy. Y ajá, sí, acabamos de llegar.

—Genial. Pues… bienvenidas.

—El mototaxi es toda una experiencia… Amy todavía está cagada —me explica Sasha.

—A ver, es que… ¡no veas! —resopla Amy.

—Te acostumbrarás, tranquila. Pasad, pasad. ¿Queréis un café o algo?

—¿Puedes darnos un vaso de agua?

—Claro.

María se vuelve cuando entramos en el aula.

—Hola, señoritas —dice a modo de recibimiento—. Ah, ya habéis conocido a Jo. Gracias, Jo. Sois Amy y Sasha, ¿verdad? Venid, os enseñaré vuestro cuarto.

Le doy un vaso de agua a cada una y las veo subir las maletas por la escalera. María me guiña el ojo al pasar y, por primera vez desde que llegué, me siento realmente integrada.

15

SEIS DÍAS

El teléfono suena un lunes por la mañana, cuando llevo veinte días viviendo aquí. El aparato es un chisme inalámbrico enorme que parece un móvil de los antiguos. Siempre está puesto sobre el cargador y, cuando suena, lo coge el primero que llega. Se supone que debemos responder en portugués, pero, como la mayoría de los voluntarios no saben hablarlo, si me pilla cerca respondo yo. Por lo visto, si te lo curras, dieciocho días dan para aprender nociones básicas de portugués.

Están llegando los niños de cinco años para una clase de inglés, lo que significa que vamos a leer un libro ilustrado, mirar los dibujos y hablar de las palabras. Después de las de dibujo, las de lectura son mis clases favoritas: hoy vamos a leer un libro sobre un niño de Cornualles al que capturan unos piratas y lo venden como esclavo. Me encanta, y a los niños les gusta dramatizarlo.

Los pequeños entran en el aula correteando, pegando saltos, hablando en voz alta y preguntando cosas sobre piratas.

María, que casualmente está aquí hoy, da varias palmadas.

—¡Basta! —ordena—. Todo el mundo fuera, y volved a entrar andando, sin correr. —Lo repite en portugués, y los niños obedecen sin rechistar.

Suena el teléfono. Como María está ayudando a que los niños se sienten en su sitio y dejen de hacer el tonto, respondo yo y me llevo el aparato a la oficina de dentro.

—*Alô*? —pregunto, aún en movimiento.

—¡Ah! Sí, hola… —dice una voz masculina.

Las piernas me fallan y tengo que sentarme en el suelo.

La respiración se me ha cortado de cuajo. Jadeo, intentando

respirar.

No

digo

nada.

—¿Hola? —repite—. *¿Português? ¿Español?* —pregunta en ambos idiomas—. ¿Habla inglés?

Boqueo. No puedo limitarme a colgar. Pasan los segundos.

Pienso en la forma de hablar de Jasmine.

—Sí, hablo inglés —digo, tratando de impostar el acento irlandés, por ridículo que suene.

—Estupendo. Estoy buscando a una amiga. A ver si por casualidad trabaja ahí…

—Ajá…

—Se llama Ella, Ella Black. No sé si la habrá visto en la prensa… Está desaparecida. También se ha hecho llamar Chrissy. No lo creo, pero ¿por casualidad no trabajará alguien en su academia que pueda coincidir con su descripción? Podría enviarles una foto por correo, ya que seguramente esté utilizando otro nombre. La última vez que la vi, llevaba el pelo teñido de morado. Sólo quiero asegurarme de que está bien, y hacerle saber que no está metida en ningún lío y no tiene por qué ocultarse.

No sé qué responder.

—Bueno…, aquí no hay nadie que se parezca a esa descripción —digo con la voz de Jasmine cuando el silencio se ha prolongado más de la cuenta.

—Si la ve, dígale que la echamos de menos y la queremos, y que ya no tiene que preocuparse por lo que hizo y…

Cuelgo sin más. Me echo en el suelo y me hago una bola. Siento una sacudida y me pongo a temblar. Lo quiero. Quiero a Christian con toda mi alma. Está buscándome. Me ha encontrado. Ha dicho que me quiere…

Yo lo quiero a él.

Me ha encontrado.

Le he colgado.

No tengo su número.

Oigo que María ha empezado la clase.

Otra

vez

estoy
con
el
corazón
destrozado.

Pero, por supuesto, me recompongo, porque no me queda otra. Me incorporo a la clase y, como ignoro mis ojos rojos y mi rostro congestionado, los demás hacen lo mismo. Consigo pasar el día, me siento y charlo con los voluntarios durante el descanso. Luego salgo para dar la clase de adultos en el centro cívico que hay a los pies del cerro.

Ha dicho: «Dígale que la echamos de menos y la queremos.»

Me ha dicho que me quiere.

Le he colgado.

Ahora disfruto del camino cerro abajo. Mientras desciendo por la calle, paso por delante de un grupo de niños jugando, y todos se paran y me saludan:

—¡Hola, señorita Jo!

Sonrío y les devuelvo el saludo con la mano. Desde la acera de enfrente, un padre al que reconozco porque suele llevar a sus cuatro hijos a la academia me dice:

—¡Yo hablo inglés!

Levanto el pulgar en señal de aprobación. Me siento como en casa. De hecho, me considero un trocito diminuto de la comunidad. Quiero vivir aquí y sólo aquí.

El sol está bajo en el horizonte: hoy ha hecho un calor asfixiante, y la brisa de la tarde es toda una bendición. Mientras bajo, logro ver un trocito de mar, que centellea al sol crepuscular. Centellea… Es bonito. No he vuelto a la playa en los veinte días que llevo en la academia, y eso que los demás van siempre que pueden. No quiero ir. No he ido a ninguna parte. No he salido más allá de un pequeño radio alrededor de mi nuevo hogar. No siento ninguna necesidad de volver a Copacabana ni de ir a bailar a las calles de Lapa, por mucho que tenga claro que aquella noche siempre será la mejor de mi vida.

El remordimiento me reconcome. Daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo y no asustarme ni colgar el teléfono. Quiero a Christian, que ha estado buscándome hasta que me ha

encontrado, y eso siempre lo tendré presente, por mucho que él no lo sepa. Ha dicho que ya no estaba metida en ningún lío. Eso quiere decir que no debí de malherir a aquel hombre. No he matado a nadie, y hasta que articulo la idea con esas palabras, no me doy cuenta de lo mucho que me mortificaba haberle seccionado una arteria vital o hecho una herida grave. Temía haberme convertido yo también en una asesina. Me supone un alivio inmenso, parece que haya salido el sol dentro de mí. Si no tengo cuentas pendientes con la policía, significa que podré obtener un pasaporte, ponerme en contacto con los Black… Casi no me atrevo a imaginar las posibilidades que se abren ante mí.

Espero que Christian se haya tragado lo de la chica irlandesa. Ojalá esté bien.

Él me contó lo de Vittoria, y yo sólo fui capaz de huir en medio de la noche.

Me porté fatal. Quiero llamarlo y decirle lo mucho que lo siento.

Podría haberle dicho que estaba bien y haberle suplicado que no le dijera a nadie que estoy aquí, por mucho que la policía esté buscándome. Podría haberle contado que había descubierto la verdad sobre mí misma y había tenido que huir, sin necesidad de contarle qué verdad era ésa. Pero no hice nada de eso y ahora es demasiado tarde.

Cuando llego a la altura del bar de Ana, me asomo por la puerta para saludar a sus padres, que salen para darme dos besos, y luego sigo la marcha. Tengo que quitarme a Christian de la cabeza, así que intento pensar en qué voy a enseñar hoy en la clase de inglés para adultos. Hablaremos de viajes, de comprar billetes, coger autobuses y tal, en inglés. Es sólo la segunda clase de adultos que doy, y estoy nerviosa. El método consiste en entrar en el aula y negarnos a hablar en portugués en toda la hora. Son clases gratuitas y abiertas a todo el mundo; la gente que viene suele tener cara de agotamiento y de estar estresada, con sus propias batallas para lidiar. He empezado a entender que no existen las vidas sencillas. Estoy muy lejos de ser la única con demonios.

Recuerdo que mi madre adoptiva se apuntó a clases nocturnas de italiano y español, y que siempre andaba obsesionada con que mi padre y yo estuviéramos bien durante sus breves ausencias. Nos dejaba fuentes de lentejas gratinadas en el horno y cuencos de fruta,

y papelitos con las cosas de la casa que teníamos que hacer o indicaciones varias.

Esta clase, la que yo doy, no se parece en nada a las suyas. Ella iba porque asistir a clases nocturnas para aprender un idioma es algo que haces para no angustiarte por haber aparcado tu carrera profesional para atender a tu familia… Aunque ni siquiera sé en qué habría trabajado si alguna vez lo hubiera hecho. Cuando al final fuimos a España, dijo unas cuantas frases, muy cortada y con un acento horroroso, y enseguida cambió al inglés. Sonrío al recordarlo. Mi padre y yo la animábamos, alentándola para que superara los nervios y pidiera en español por nosotros en los restaurantes. Se la veía muy ufana cuando lograba hacerse entender. La echo de menos. Lo habrá pasado muy mal teniendo que afrontar la pérdida de ocho bebés, adoptándome en circunstancias dramáticas, y decidiendo luego no contármelo. Me embarga una súbita compasión por Fiona Black. Hizo todo lo que pudo por mí, y yo estoy aquí, tan campante, sin que sepa siquiera si estoy viva o muerta.

Me reconcome haber intentado atacarla, y que sea algo que vaya a tener presente el resto de su vida, la última imagen que tenga de mí.

Si Christian está en lo cierto y no tengo cuentas pendientes con la justicia, debería ponerme en contacto con ellos… De hecho, creo que los quiero. Es más fácil levantar un muro entre nosotros, recrearme en la furia de Bella hacia ellos por haberme mentido, que recordar que, a pesar de todo, es la única madre que he conocido. Y que me mintió por una buena razón, aunque fuera la equivocada.

Para cuando llego al centro cívico, ya estoy preparada para dar la mejor clase de mi vida. A estas clases viene gente que trabaja duro todo el día y, aun así, siguen exigiéndose más. Si sabes hablar inglés, puedes trabajar en turismo. Por eso vienen, y por eso les enseño a decir: «¿Quieren que les pida un taxi para el aeropuerto?» o «¿Quieren que les reserve una excursión al Cristo Redentor?». Me alucina la dedicación de estos estudiantes adultos, que van desde gente tan joven como yo hasta ancianos más viejos que Matusalén.

Cuando regreso a la academia, agotada y lista para meterme en la cama, veo a los voluntarios apiñados alrededor de alguien.

—Mirad —dice una—. ¡Ya ha llegado!

Se hacen a un lado y no doy crédito a mis ojos, a tal punto que tengo que parpadear y volver a mirar.

—¿Qué pasa, Jo? —me dice Christian.

Se me para el corazón.

Está igual.

Es Christian.

Está aquí.

Mi Christian.

Lo quiero.

Me acerco y me quedo mirándolo a los ojos. Él hace lo mismo. Los demás se desvanecen. Le pido perdón con la mirada. La suya me dice que no pasa nada.

—Christian… —musito.

Esboza una sonrisa triste.

—¿Te vendrías conmigo a tomar algo? —pregunta.

Las chicas (y los dos chicos; aquí hay menos chicos que en mi antigua clase de ballet) sonríen y nos miran con curiosidad. Todos esperan que diga que sí. Están intrigados. En cuanto nos vayamos, empezarán a hablar de nosotros.

Más me vale que Christian no haya preguntado por «Ella Black». Espero que no. No estoy preparada para que mis compañeros sepan nada de mi antigua vida.

—Sí —digo, y me vuelvo para salir por la puerta.

Él me sigue.

—¿Cómo lo has conseguido? —le pregunto cuando llegamos a la otra punta del callejón y enfilamos ya la calle principal.

Trato de mostrarme indignada porque me haya localizado, pero en realidad estoy loca de alegría. Siento un hormigueo por toda la piel y tengo los músculos en tensión. Mi corazón está desatado. Lo único que quiero es mirar a Christian. Creía que no volvería a verlo.

Bella también se alegra de verlo; la siento alterada, emocionada. Está removiéndose.

Él me mira también.

—Lo siento, Ella. Pero, a ver, no sé, ¡menuda movida la tuya! ¿Y qué te has hecho en el pelo, si puede saberse?

Está enfadado conmigo. Mientras yo intento enfadarme en vano, él es quien está flipando por cómo me he comportado y por mi

nuevo aspecto. Y no le falta razón. Le gustaba aquella chica de piel suave y pelo morado. Ahora estoy rapada y mi pelo pincha un poco. Le gustaba Ella, y ahora soy Jo.

—Lo siento. —Lo cojo de la mano y me la sujeta con fuerza—. Lo siento. De verdad que… —Parece que soy incapaz de decir otra cosa.

—A ver, si quieres, primero respondo yo. Lo he conseguido, o sea, encontrarte, haciendo todo lo que se me ha ocurrido para averiguar tu paradero. Habíamos hablado de las favelas, y también me comentaste lo de dar clases de inglés. Cuando llegué a la isla y no estabas, me quedé hecho polvo, supermal. Y preocupado a tope.

Vamos subiendo el cerro. Voy a llevarlo a un bar que vi el otro día al pasar.

—Lo siento…

—Mira, Ella, te lo voy a decir de un tirón y ya está… No vayas a enfadarte ni a salir corriendo. Sé quiénes son tus padres biológicos. El chico de la tienda de bicis me contó que te había dejado el portátil, así que se lo pedí y le eché un vistazo, y lo vi todo en el historial. Por cierto, te cargaste la pantalla. Tuve que conectarlo con mi móvil para poder leerlo. Le di un poco de dinero al chico para compensarlo.

Me quedo alelada; me entran calores y tiemblo.

—Tuvo que ser algo espantoso descubrir eso —continúa—. Y entiendo por qué sentiste el impulso de desaparecer, aunque me habría gustado que pensaras que podías contármelo.

—Lo siento… —Por lo visto, mi vocabulario se ha reducido a dos palabras.

—Luego volví a la ciudad y se lo conté todo a tus padres. No podía hacer otra cosa. Estaban hechos polvo, de verdad. Estaban buscándote, y yo te había encontrado y te había perdido. Intenté dejarlo correr, no quería presionarte y sabía que ya todo dependía de lo que hicieras y de si decidías volver o no, pero quería que supieras que no tienes cuentas pendientes con la policía…

Me mira a los ojos.

Casi no me atrevo a creerlo.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro. El camarero se cabreó y llamó a la policía, por supuesto, pero en Río tienen cosas más importantes de

las que ocuparse. Y no llegaste a herirlo. Fue sólo un arañazo, aparatoso por la sangre, pero no le pasó nada. No tuvo que ir al hospital ni nada. Tus padres le dieron algo de dinero para compensarlo, le explicaron un poco la situación, y el hombre accedió a no denunciarte. Y bueno, pues eso, creí que debías saberlo.

Hasta este momento no he sido consciente de que he estado viviendo con el alma en vilo día y noche, temiendo que podía ir a la cárcel. Me echo atrás, y siento el alivio por el gran peso que me he quitado de encima. Tengo a Christian ante mí, y está diciéndome que no le ocurrió nada grave a aquel pobre hombre. Le creo.

—Me he pasado los días haciendo llamadas. Llamé a dieciséis sitios en los que creía que podías estar, y en el decimoséptimo me respondió una extraña chica que parecía irlandesa… ¿Te estabas haciendo la irlandesa? —Christian me imita con un acento espantoso—: «No hay nadie que se le parezca.» Y ahí estabas: mi Ella.

—Tu Ella.

—O mi Jo.

—¿Antes en la academia has preguntado por Ella?

—No. Me habías dejado muy claro que querías esconderte, así que sólo he dicho que buscaba a una amiga, y luego he visto tu foto en la pared y hasta sin pelo he sabido al momento que eras tú. Les he dicho que eras tú, y todas se han puesto en plan: «¡Ah, Jo!» Se ve que te adoran, aunque también les das un poco de miedo.

—Deberían. Mis padres son gente horrible.

Christian niega con la cabeza.

—Tú eres la persona más fuerte, valiente e inteligente que he conocido. Tú eres tú. Nada de lo que haya hecho nadie repercute en ti. Eres una tía impresionante. Y me vuelves loco… en todos los sentidos.

Ya casi es de noche y las luces están encendidas en toda la favela. El amasijo de gruesos cables que penden sobre nuestras cabezas está trabajando a destajo.

—Mira, no puedo ni imaginarme qué se siente al haber crecido creyendo saber de dónde vienes y quién eres y luego, de pronto, descubrir que no es así… Y encima, enterarte de que tus padres verdaderos están en la cárcel por unos crímenes horribles. De

verdad que no lo concibo… Pero estoy superfeliz de que estés bien. Eres realmente fuerte, Ella. A tus padres…, ¿seguirás llamándolos así? A Fiona y Graham todo esto los supera. Están destrozados. Siguen aquí, en Río. Al principio sugirieron que te habías escapado por mi culpa, pero rectificaron en cuanto vieron lo mucho que yo sabía.

—¿Te echaron la culpa a ti?

—Se cabrearon mucho cuando se enteraron de que habíamos salido en secreto, y después, cuando les dije que había ido a verte a Paquetá, les sentó aún peor. Esa noche les colé tu nota por debajo de la puerta, pero, cuando volví a la isla y no te encontré, tuve que contárselo todo. Creían que yo te había metido ideas raras en la cabeza, que nunca te habrías escapado así, por las buenas. Me dejaron muy claro que me consideraban el responsable. Pero luego los llamaste desde un móvil alemán y tu madre se convenció de que ibas a volver. Fuiste tú, ¿verdad?

Respiro hondo varias veces.

Espero la embestida.

¿Bella?

¿QUÉ?

¿No estás enfadada?

CLARO QUE SÍ.

¿Pero?

PERO ESTAMOS EN UN BAR CON CHRISTIAN. FIONA BLACK YA HA SUFRIDO LO SUYO.

Sonrío. Tiene razón. No me gusta que mis padres culparan a Christian, pero no quiero montar un numerito. Bella intentó agredir a Fiona con un botellín roto. No puedo seguir enfadada con ellos. Ya he hecho todo lo que estaba en mis manos para fastidiarlos. Creían que estaban dándole un hogar a una niñita adorable, creían que habían criado a una chica agradable que tenía amigos y un novio y a la que le iban bien los estudios. Ahora tienen una hija rapada que vive en un gueto y no les habla. La verdad es que difícilmente podría haberles salido peor la jugada.

Doy unos pasos cuesta arriba, más que nada porque necesito moverme. Respiro hondo varias veces. Después vuelvo a la altura de Christian y lo cojo de la mano.

—Ven —le digo—. Sí, fui yo la del móvil alemán. Vamos a

tomar una cerveza. No tomo una copa decente desde que fuimos a Lapa.

Lo noto nervioso.

—¿Cómo es? Lo de vivir aquí, me refiero.

—Está bien.

—¿No te da miedo?

—Ya no. Ni mucho menos.

—Tus padres ya no me culpan, eso que quede claro —se apresura a añadir—. En cuanto les dije que sabía que eras adoptada y lo de tus padres biológicos, simplemente se derrumbaron. Por lo visto, aparte del abogado, nadie más lo sabe. Les sentó como una patada que lo hubieras averiguado. Lo único que quieren es saber que estás viva, Ella.

—¿Siguen en el mismo hotel?

—Sí, y en la misma habitación, por si decides volver. De hecho, podrías llamarlos. Ni siquiera tendrías que hablar. Mmm… te he apuntado el número por si acaso.

Nos sentamos en un barcito al fondo de una bocacalle, apenas iluminado por una farola en la pared. Hay unas pocas personas bebiendo cerveza. Reconozco a un adolescente que a veces lleva a la academia a su hermano pequeño, Gabriel, y lo saludo con la mano. Las moscas zumban alrededor de la puerta.

—Lo decía en serio… —le digo a Christian. Hace apenas media hora creía haberlo perdido, y ahora lo tengo aquí y necesito decírselo todo, porque a lo mejor no vuelva a verlo, y es importante —. En mi nota, cuando te decía que te quería… Es cierto, te quiero, Christian. Te quise desde el momento en que te vi, y luego te fui queriendo cada vez más. Aquel día en la isla… los dos solos… fue lo más maravilloso del mundo. El mejor día de mi vida.

Me mira de reojo y sonríe.

—¿En serio?

—En serio.

—Mañana vuelvo a mi país con mis amigos. No podía irme sin verte, era superior a mis fuerzas. Quería encontrarte, y lo he conseguido. —Vacila un instante antes de añadir—: Ella…, mira, es probable que me digas que no, pero tengo que preguntártelo: ¿quieres venirte conmigo? A Miami.

Lo miro a los ojos.

—No tengo pasaporte, me lo robaron del bolso. Fue un… Bueno, ya te lo contaré en otro momento.

Me mira fijamente.

—Vente, por favor. Y si no, cuando te sientas preparada para volver a ser Ella, dímelo y volveré por ti. Si quieres. —Está acariciándome la palma de la mano con el pulgar.

Lo miro sin dar crédito. Es lo más extraordinario del mundo, siento que el corazón no me cabe en el pecho y todo se vuelve suave y borroso. No olvidaré esta sensación mientras viva. Christian quiere que vaya con él a Florida.

Volverá por mí.

Volverá

por

mí.

—Sí —contesto—. Sí, te lo diré.

—¿Tienes email?

—No. Sólo uno que no miro nunca. En la academia suelo contestar al teléfono, o puedes aparecer sin más. —Me imagino entrando en mi cuenta de Gmail: estará llena de cosas que no quiero ver. Lo miro a los ojos y le digo—: Me abriré una nueva. Sólo para ti.

—Por favor, llámame, escríbeme, por correo, por el móvil, mándame palomas mensajeras…, lo que quieras, pero, por favor, no perdamos el contacto, Ella, la Chica de la Favela, la Chica Fabulosa. —Me tiende un papel. Ha apuntado un email, un número de teléfono y sus señas. Lo cojo y bebo otro sorbo de cerveza.

—Te lo prometo, chico fabuloso.

—Tengo que darte otra cosa. —Me acerca un sobre por encima de la mesa—. No es mucho. Me encantaría poder darte todo el dinero que necesitas, pero es sólo para que vayas tirando. Sé que en esos sitios los sueldos no son gran cosa que digamos.

Lo miro. No tengo dinero, pero sí comida y todo lo que necesito.

—No puedo aceptar tu dinero —le digo.

He llegado hasta aquí sola, lo he conseguido por mi cuenta, y tengo comida y casa. No puedo permitir que ahora venga a rescatarme un apuesto príncipe.

Aunque todavía no he pagado la matrícula.

—No digas tonterías —insiste—. Considéralo un préstamo, si lo

prefieres. Ya me lo devolverás cuando puedas. O mejor, me lo llevas en persona. Con esa condición, no puedes negarte a aceptarlo… Ojalá pudiera darte más. No te va a cambiar la vida, es sólo un poco de dinero, nada más.

Se lo daré a Ben. Lo acepto y le dedico mi mejor sonrisa, con la esperanza de que vea en mis ojos lo radiante que está mi alma.

Paga las cervezas y luego lo llevo cerro arriba, dejando atrás gallinas y pollos, hasta el sitio donde los niños juegan al fútbol, en lo más alto.

La ciudad se extiende ante nosotros en hileras de luces destellantes. La luna ilumina el mar. Los cerros están en penumbra. Tenemos la ciudad a nuestros pies, titilando, viva.

Christian sonríe al ver las vistas, y luego nos volvemos el uno hacia el otro y nos abrazamos, y nos quedamos atrapados en un largo beso.

Quiero que este momento dure toda la eternidad. Soy Jo, en una favela, y estoy besando al chico al que quiero más que a mí misma, en una noche de luna llena en lo alto de un cerro brasileño.

16

CINCO DÍAS

Abro el sobre mucho más tarde, tumbada en mi colchón en el suelo del cuarto de Jasmine. Está todo a oscuras, así que observo su contenido a la luz de la luna, que entra por las rendijas de la persiana.

Christian me ha dado dinero. Tengo dinero de sobra para salir el viernes a tomar algo por el cumpleaños de Jasmine. Incluso podré comprarle un regalo. Y le puedo dar algo a Ben y María. Algún día se lo devolveré. Lo quiero.

Pero no es lo único que hay en el sobre. Después de tirarme un buen rato mirando el dinero sin creérmelo, veo que hay una fotografía: es una foto de los dos, y no tenía ni idea de que pudiera existir tal cosa porque el tiempo que he pasado con él he estado demasiado ocupada mirándolo embobada como para acordarme de hacerme un *selfie*. Los *selfies* son de otra galaxia, pero esto es una fotografía de los dos bailando en las calles de Lapa. Fue la mejor noche de mi vida, y fue real. Salgo con el pelo largo y morado, y estoy mirándolo y riendo, y él otro tanto. Se nos ve muy felices. No me canso de mirarla y mirarla.

Christian ha escrito algo en el dorso:

Nos la hizo Susanna. La mejor noche de mi vida.

Jasmine, que duerme a mi lado, se remueve en su cama. Meto la fotografía y el dinero bajo la almohada. Me tiendo y me quedo en vela, empezando a sentirme completa de nuevo.

Me levanto temprano por la mañana y, mientras espero a que salte el hervidor, me quedo mirando el teléfono de la academia. No puedo llamar desde aquí porque podrían rastrear la llamada. Reúno

las pocas monedas que me quedan de mi antigua reserva, recorro a toda prisa el callejón y bajo un poco la calle hasta donde hay una cabina. Pero me lo pienso mejor y sigo hasta abajo del todo, para llamar desde el teléfono que hay al lado del Super Sucos. Aunque rastrearan la llamada hasta aquí, no conseguirían encontrarme.

Respiro hondo y, sin pensármelo dos veces para no arrepentirme, marco el número del hotel de Copacabana, el que me apuntó Christian en el papelito. Me tiemblan los dedos. Tengo la respiración acelerada, pero no me permito colgar; me obligo a quedarme con el auricular pegado a la oreja.

Cuando lo cogen, hablo un poco acelerada:

—¿Podría ponerme con los señores Black, por favor, habitación mil ciento ocho? —pregunto en portugués, porque me parece lo más impersonal.

—Claro —responde en inglés el recepcionista.

Sigue entonces otro pitido y luego alguien contesta:

—¿Diga?

Es el mismísimo Graham Black, mi padre adoptivo. Papá. No noto urgencia en su voz; no espera que sea yo, ni remotamente. Son las seis y media, pero no me da la impresión de haberlo despertado. ¿Cómo será su vida ahora? Allí encerrados en esa habitación, angustiados, a la espera de noticias. El timbre del teléfono no los ha sobresaltado, no se imaginan que pueda ser yo.

—Hola, papá. Perdona. Estoy bien. Yo… lo siento. Deberíais regresar a casa. Os llamaré allí, os lo prometo. Tengo que procurarme un pasaporte nuevo y necesito unas cuantas cosas. Dile a mamá que lo siento y…

Cuelgo sin darle tiempo a reaccionar. Estoy temblando de pies a cabeza. Regreso cuesta arriba a paso rápido, sin mirar atrás.

La clase de los niños de cuatro años siempre me hace sentir bien. Ana viene directa hacia mí y se me engancha a las piernas. Me agacho y la aúpo en brazos. Ya pesa demasiado para mí, los brazos me tiemblan un poco.

Suelta una risita y me acaricia la cabeza rapada.

—Hola, señorita Jo-Paula.

—Hola, Ana.

Es mi pequeña salvadora. Nunca sabrá lo mucho que me ayudó,

y ni siquiera ha cuestionado mi nombre: me llama Jo-Paula, y los demás voluntarios sonríen con condescendencia cuando lo hace. Nadie me ha preguntado por qué me llama así. Es de lo más inofensivo y, a la vez, un secreto que lo revelaría todo. He tenido varios nombres desde que era Ella, y Paula ha sido el más breve, pero también el más regenerador.

—Tienes el pelo pequeño —me dice en inglés, tocándolo con la palma abierta.

—Ya me crecerá —respondo, y acaricio su sedosa melenita corta.

La dejo en el suelo y me dedico a enseñarles cancioncillas rimadas a los pequeños.

He vuelto a besar a Christian. Él ha hecho un esfuerzo mastodóntico por encontrarme, y ahora voy a tener que escribirle un correo para darle las gracias por el dinero. Todo eso hace que pase la tarde entera sonriendo.

Si voy a ser Jo, deberé construirme una vida para mí misma. Una real. Ahora que me consta que el camarero está bien y no van a detenerme, todo parece cambiar. Hasta que Christian me lo contó, me sentía como cuando crees que has llegado al final de una escalera pero en realidad te falta un peldaño, y entonces tropiezas y te entra el pánico, como si acabaras de caer por un precipicio. Ésa es la sensación que tenía en cada momento, todo el tiempo.

Ahora empiezo a sentirme como la persona que siempre quise ser: distinta y más madura, y estoy viviendo una vida real que yo misma me he labrado. Voy a seguir metida en la piel de Jo. No será ni una Black, ni una Hinchcliffe ni una Carr. No será Ella ni Bella. Le he puesto Marsh de apellido, me lo saqué de la manga cuando llegué aquí. Jo Marsh, ésa es la persona que he elegido ser.

Miro a Jasmine, que está en la otra punta del aula. Ha empezado a recoger las pegatinas que han sobrado de la actividad de esta mañana con los niños, y me acerco para ayudarla. Tengo que ser más abierta con Jasmine; no es que vaya a contarle nada, pero sí me gustaría hablar con ella y reírnos juntas y dejar de ser tan reservada. Es complicado, porque no puedo contarle nada sobre mi antigua vida, pero necesito sentirla más cerca.

—¿De dónde eres, Jasmine? —le pregunto. Se me queda mirando, y comprendo entonces que la pregunta ha sonado fatal.

Me río—. No quería decir «¿de dónde eres?» en plan racista. Te lo pregunto porque me contaste que tus padres vivían en Dublín, pero ¿te has criado allí?

Sonríe.

—Bueno, para eso podrías haber dicho «¿de dónde eres originariamente, Jasmine?», ladeando un poco la cabeza. —Vuelve a sonreír—. Sí, me he criado al oeste de Irlanda. Nací en Hong Kong, y mi padre murió cuando yo era pequeña. Era chino. Así que, con muy pocos años, me mudé con mi madre de vuelta a Irlanda y, con este aspecto, me convertí en una rareza irlandesa. A algunas personas les cuesta entender que no proceda de una tienda de comida china para llevar. Y no sólo eso: las matemáticas se me dan fatal y no sé tocar el piano… Ver para creer. En fin, el caso es que mi madre y mi padrastro se mudaron a Dublín hace unos años. Es un buen sitio para vivir. ¿Y tú? ¿De dónde eres «originariamente»?

Me resulta de lo más curioso: Jasmine es ahora mi mejor amiga, y sin su bondad jamás habría puesto los pies en esta academia. Duermo a diario en el suelo de su habitación, pero hasta ahora no habíamos hablado de nada importante. Supongo que eso da una idea de hasta qué punto he estado rehuyendo los temas personales; me he pasado casi tres semanas haciendo lo imposible por evitar ese «¿y tú?».

—De Londres —contesto. No es muy original, pero por lo menos es una ciudad enorme y la conozco.

—Uau, tiene que molar.

—No está mal. A ver, hace siglos que no voy, pero supongo que en cierto modo es mi hogar. Aunque no es que aquí no me sienta como en casa.

—Ya, aquí se está genial, ¿verdad? A mí me encanta.

—A mí también. —Y lo digo de corazón.

Sabía que Río me iba a encantar y, aunque nada ha sido como esperaba, estoy flipando. Sé que tarde o temprano tendré que enfrentarme a ciertas cosas, pero de momento voy a esforzarme por ser feliz, como dice el poema.

17

DOS DÍAS

El viernes Ben aparece para felicitar a Jasmine justo cuando estamos saliendo hacia la discoteca. Después se me acerca.

—¿Tienes un momento? —me pregunta en voz baja, y me hace pasar a la cocina.

Una de las chicas está preparándose un café, pero nos mira de reojo y se va. No sé qué querrá. ¿Será por el dinero? Ya le di a María lo que podía, no mucho. ¿O es que ha descubierto que estoy aquí bajo una identidad falsa y está dispuesto a darme la patada?

Clava en mí su mirada omnisciente: ahora va a soltarme que se ha llevado una gran decepción al descubrir que soy una mentira andante.

—Enhorabuena, Jo —dice en cambio—. Hemos recibido todo el dinero y ya eres miembro de pleno derecho de nuestro equipo. Puedo reorganizar un poco las cosas para asignarte un cuarto para ti sola o, si queréis, os puedo cambiar a uno doble para las dos. Parece que has hecho buenas migas con Jasmine.

—Le estoy muy agradecida. Pero… tampoco os di tanto dinero, ¿no?

—Ya. Si quieres puedo devolverte la reserva que le diste a María, porque ha llegado el importe total. Supongo que pudiste arreglarlo para que te lo mandaran de casa, como me dijiste. Los de administración me han contado que llamó alguien para decir que iban a ingresar tu aportación y, en cuanto le dimos los datos, hizo la transferencia.

Christian.

Es lo primero que se me ocurre. Lo ha pagado para que pueda quedarme aquí.

Luego pienso que quizá han sido los Black. Podrían haber sido ellos, si Christian les contó dónde estoy.

Ben sigue hablando.

—¿Vas a salir esta noche con las demás?

—Sí.

—Muy bien. Espero que os divirtáis.

—Gracias. ¿Ha sido… ha sido un hombre quien ha pagado? ¿Un americano?

Ben sonríe.

—¿Tu amigo, el que vino el otro día? Tengo entendido que causó sensación. No; fue una mujer, tu madre.

Las siete que vamos a celebrar el cumpleaños de Jasmine salimos en tropel. Voy pensando en lo que ha pasado. Christian debió de contarles a los Black que estoy aquí y que le debía dinero a la organización, y ellos han llamado para hacerse cargo. Es su forma de decirme que no pasa nada. Ahora viviré aquí por derecho propio. Si saben dónde estoy, podrían haber venido por mí, pero no lo han hecho. Han querido transmitirme un mensaje, y los quiero por ello.

Aprieto el paso para alcanzar a Jasmine. Es la voluntaria de la escuela que lleva más tiempo en activo; el resto llegó después que yo, porque el grupo anterior regresó a casa o se fue por Navidad. Mis compañeras llevan vestidos veraniegos cortos y rebecas finas, pelo vaporoso y zapatos impecables. Yo he improvisado el mejor conjunto que he podido: los vaqueros cortos que me pongo a diario y el top de cuello alto que me compré en Río cuando todavía era Ella, y que había pensado tirar pero al final me quedé. En la cabeza me he puesto un pañuelo que me ha dejado Sasha. Jasmine me ha prestado su kit de maquillaje, así que por primera vez en siglos me he perfilado los ojos, puesto rímel y pintado los labios. Se me hace raro pintarme la cara. Corté de raíz ser como los demás, y ahora he vuelto a ello, aunque sólo por una noche. No sé si estoy ridícula con maquillaje, pero qué remedio; cuando salía con mis amigas, estaba acostumbrada a ser la rarita, y lo bueno es que ya no me importa.

—¡Qué fuerte, Jo! —me dice Sasha nada más verme—. Estás guapísima, en serio. A ver, siempre estás guapa, pero esta noche estás… ¡uau!

Amy, que ha superado su aversión por las favelas gracias a vivir

en una de verdad, la secunda.

—Sí, sí, estás total.

—Es que Jo es la más total —dice Jasmine, pasándome un brazo por los hombros.

Clavo la vista en el suelo. Como no sé qué decir, me quedo callada. Me alegra que me traten bien, por mucho que no me importe estar guapa o no.

La mujer gorda está sentada en la cafetería que hay al salir del callejón, en la calle principal. Siempre está por el barrio, sentada en los bares tomando café. Me gusta ver a las mismas personas todos los días y, ahora que he mejorado mi portugués, podría intentar entablar conversación con ella.

Cuando le sonrío, me corresponde y aparta la mirada. Bajamos todas juntas, camino de la parada del autobús.

El local resulta mucho más lujoso de lo que creía, y la gente está enseñando el pasaporte en la puerta. Cuando me llega el turno, la portera me mira y dice:

—¿Carnet?

—¿Hace falta?

—En Brasil es obligatorio por ley —me dice Jasmine, que está en la taquilla de al lado—. En las discotecas y sitios así, hay que enseñar el carnet en la barra. Ya os dije a todas que trajerais los pasaportes.

—Sí, es verdad. —Lo dijo, y yo la ignoré por razones obvias—. Lo siento —le digo a la portera—, pero no lo tengo. Se me ha olvidado. Lo siento.

Me mira con los ojos entornados.

—No puedes pasar sin carnet.

—Venga, por favor. Voy con ellas. Han entrado todas.

Es como cuando, en Kent, engatusaba a los camareros para que me sirvieran alcohol. Al final, de una forma u otra siempre lo conseguía, y también ahora cuela. La mujer prolonga su silencio un momento, hasta que suspira y me dice que por esta vez pase, pero que la próxima traiga el pasaporte. Se lo prometo. Pago la entrada, que se lleva un pico escalofriante de mi preciado dinero, y me saca una foto. No me hace gracia, pero parece que se la hacen a todo el mundo.

Y ya estamos dentro. Es un auténtico local de samba de los

antiguos, de hace un siglo. Es deslumbrante y glamuroso, con lámparas de araña, suelos pulimentados y techos altos. Un hombre enfundado en un esmoquin blanco nos conduce por una majestuosa escalera hasta una mesa. En la planta de abajo está la pista de baile y desde nuestra mesa, si nos asomamos por la barandilla, podemos verlo todo. Hay otra pista en la sala de al lado.

—Aquí tienen —nos dice el hombre tendiéndonos la carta—, elijan sus bebidas, por favor.

Miro la lujosa carta en papel satinado. Estoy en otro mundo, pero, aunque sea por una noche, pienso disfrutarlo. Yo me esperaba un local como el Antonio's, donde quedé con mi adorado Christian y sus amigos: un bar concurrido e informal lleno de lugareños. Esta discoteca, en cambio, es muy turística, con todo reluciente e impecable. Es la clase de sitio que les gustaría a los Black.

La mayoría de mis vecinos de Rocinha no podrían acudir a un local así. Se me hace raro estar aquí. Me siento una impostora y, cuando miro a las demás, comprendo que soy la única.

Creía que mis compañeras tampoco tenían mucho dinero pero, por lo visto, no es así. Supongo que son las típicas estudiantes europeas y estadounidenses que se toman un año sabático antes de la universidad, y que han pagado miles de libras para participar en este proyecto, así que, claro, es normal que puedan gastarse dinero en caprichos. Casi todas piensan viajar cuando acaben aquí. Su situación es muy distinta de la mía, aunque no creo que a ninguna se le ocurriría pensar que yo soy diferente. Para ellas, mi pelo extraño y mi escaso vestuario son opciones estéticas o éticas. Soy parte de la academia y se me da bien el dibujo, y eso les basta para aceptarme como una igual. Qué inocentes, no tienen ni idea.

Antes siempre cuidaba mucho mi aspecto y mi atuendo. Antes de que Tessa me lanzara aquel tijeretazo y me cortara parte del pelo, hacía todo lo posible por mimetizarme con el resto. Luego Bella me convenció de teñírmelo de morado. No me gustaba llamar la atención porque solía ser para mal. Aquí hay una chica inglesa, Lauren, que me recuerda un poco a Ella Black, aunque sin tantas dobleces. En más de una ocasión, me he fijado en cómo observa a las demás y se esfuerza por hacerlo todo como ellas, siempre angustiada por encajar. Creo que a veces la desconcierto: se cree que soy mayor que ella, cuando en realidad es al revés. Cuando me

mira, siento como si Ella estuviera mirando a Jo y le alucinara ver en lo que ha conseguido convertirse.

El camarero del esmoquin blanco nos sonríe, esperando que pidamos, con la pda en la mano y el lapicito apuntando por encima. Jasmine pide la primera, para algo es la cumpleañera: una caipiriña con fruta de la pasión, y cuesta más de lo que creía que iba a gastarme en toda la noche. Lauren pide otra. Y Sasha.

Me toca.

—Lo mismo, por favor —digo en portugués.

Para cuando termina la ronda, todas hemos pedido una caipiriña con fruta de la pasión.

Llegan las copas y brindamos por el cumpleaños de Jasmine.

Ella es la única que sabe que dormí al raso en el callejón de la academia. Me dejó pasar y me dio comida, me ofreció una ducha y una cama, y siempre la querré por ello. Le deseo el mejor cumpleaños del mundo.

—Gracias a todas —dice—. Y gracias por salir hoy conmigo. Llevo cuatro meses en Río, y es la primera vez que hago algo así.

Se la ve contenta. Se ha recogido el pelo en un moño y se ha esmerado en parecer adulta (y, como cumple diecinueve, en realidad es justo eso). Me da la impresión de que es de esa clase de persona que va ganando con la edad. Le queda bien el vestido que lleva, con una falda a media pierna, amplia pero ceñida perfectamente a su cinturita. No sabía que guardara ropa así en nuestro cuarto. Sé que le queda un mes en este proyecto y que luego se irá a Ecuador para participar en otro, y que voy a echarla mucho de menos.

Reparo en que estoy dando por hecho que seguiré en la academia dentro de un mes, y eso me recuerda lo del misterioso pago de la matrícula. Ya lo averiguaré de alguna manera.

—Felicidades, Jasmine —digo, y entrechocamos las copas—. Te mereces toda la felicidad del mundo.

—¡Ay, muchas gracias, Jo! Lo mismo te digo.

Las caipiriñas de fruta de la pasión están riquísimas. Le doy un sorbo, y al instante me veo de nuevo en aquella calle de Lapa, bailando con el amor de mi vida. El sabor de la fruta es distinto, más refinado, pero es el mismo cóctel.

Esta discoteca no está muy lejos de Lapa. Christian ya habrá

vuelto a Florida…

Unas horas después, estoy terminando mi tercer cóctel y buscando a alguien con quien bailar. No estoy muy borracha porque he estado bailando más que bebiendo, y entre la música, la gente, el calor y la alegría podría seguir así toda la vida. La discoteca, que era un local majestuoso y turístico cuando hemos llegado, se ha convertido en un club nocturno con música de baile brasileña muy cañera y gente sudorosa en la pista. Hay cientos de personas. He estado baila que te baila, desconectando y sin pensar. He perdido a las demás, pero me da igual.

El público es una mezcla de turistas y brasileños. Algunos lugareños bailan de muerte. Estoy de pie al borde de la pista, con mi copa vacía en la mano, observando sus piernas y pies, sus caderas, sus brazos, la elegancia de sus cuerpos. Eso me permite olvidarme de todo, y la música me inunda por completo; está tan alta que aunque quisiera hablar con alguien no podría.

Un hombre se acerca y me tiende la mano para invitarme a bailar. Es apuesto, negro y viste con mucho estilo. Le cojo la mano.

Recuerdo cuando bailé con Christian, no muy lejos de aquí, siguiendo los pies de los demás y pasando la mejor noche de mi vida.

Ahora pongo más cuidado en el baile. Intento imitar los movimientos de samba con los pies, pero tampoco importa mucho lo que haga. Bailamos frente a frente, sin tocarnos, y está claro que no quiere nada más de mí aparte de bailar. Poco después intenta hablar, pero no oigo lo que me dice y se lo hago saber por señas, y seguimos bailando. Los temas van cambiando y no paramos. Cuando estoy sudada y agotada, le doy las gracias y él me hace una pequeña reverencia.

Salgo a la terraza para tomar un poco de aire fresco. Desde aquí arriba se ve a la gente que hace cola para entrar justo debajo. Los observo allí parados, en medio del calor tropical. La calle está llena de bares con terrazas, y por el edificio de enfrente trepa una enredadera de flores. La cabeza me da vueltas por la música y el baile y tengo el pelo sudado.

Hay alguien al lado. Es una mujer mayor que yo, a la que he visto antes en la pista de baile haciendo unos movimientos

increíbles. Me dice, en portugués, que hace calor. Yo me seco la frente con el dorso de la mano y asiento. Hablamos un poco de todo y nada. Me pregunta de dónde soy, y le digo que de Londres. Nos quedamos un rato codo con codo, mirando la calle y la larga cola de la entrada.

Poco después, la mujer se ha ido y aparece Jasmine.

—¿Estás bien, Jo? —me pregunta.

—Estupendamente. ¿Y tú?

—Yo también. Una noche antológica, ¿eh? ¿Nos tomamos otra?

—Claro.

Volvemos a la mesa, en lo alto de la majestuosa escalera, y nos sentamos con Lauren y Ted, uno de los pocos chicos voluntarios. Por lo que veo, ahora tengo un botellín de cerveza en la mano. La música suena a todo trapo, pero aquí arriba se puede hablar.

—¿Qué, te lo estás pasando bien? —le pregunta Lauren a Jasmine.

—De muerte —responde levantando la copa—. Una noche increíble, de verdad. Estoy flipando.

—Te lo mereces —digo—. Por cierto, tendríamos que ver dónde se coge el autobús de vuelta. Pasan toda la noche, ¿no? ¿O hay que esperar al primero de la mañana? Tengo una clase a las diez.

—Si al final hay que esperar, ¿te fastidiaría mucho? —pregunta Jasmine—. Tampoco pasa nada, ¿no?

—Claro que no. Ningún problema.

Hace amago de decir algo, pero se detiene. Entonces deja la copa en la mesa y se me acerca un poco más.

—Eres todo un enigma, Jo —dice, y percibo el tufo a alcohol en su aliento—. Te conozco desde hace siglos, pero nunca cuentas nada. Cada vez que he intentado preguntarte sobre tu vida, me has cambiado de tema. Además, como te vi cuando apareciste y creí que habías estado enferma, nunca he querido insistirte mucho. A veces gritas en sueños.

—¿De verdad?

—Eso me parte el alma. Y luego… Bueno, el otro día llamó una mujer que estaba buscando a alguien que trabajaba aquí. No preguntó por Jo, pero creo que eras tú, porque, en fin, digamos que tú eres la única que eres un poquito misteriosa.

Dejo la copa en la mesa.

Mi madre me ha pagado la matrícula. Y una mujer llamó a la escuela preguntando por mí. No quiero que se presente en la academia. Sé que es muy cruel por mi parte, pero no quiero ver a los Black, pese a que no tengo problemas en aceptar su dinero…

PODEMOS ACEPTAR SU DINERO SIN TENER QUE VERLOS.

Eso no es justo.

LA VIDA ES INJUSTA.

—¿Por quién preguntó? —me intereso.

—Por Ella… o Chrissy. Creo que ha llamado un par de veces, pero yo sólo hablé con ella en una ocasión. Me lo han dicho las otras.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no, que aquí no vive nadie que se llame Ella o Chrissy.

Siento un ligero mareo. Jasmine me ha desenmascarado. Pero no ha dicho nada a nadie, y eso es lo que importa.

—Eres la mejor —le digo en voz baja—. Gracias, Jasmine. Es… complicado. Y hoy es tu noche. Mañana, en nuestra habitación, te contaré lo que ocurre.

No sé qué voy a contarle, supongo que parte de la verdad. Una versión. No todo, por supuesto. Parece alegrarle que me sienta culpable por haber sido una mala amiga, aunque de hecho no me siento culpable, sino inquieta. Intento levantarme, pero las piernas me fallan, me tambaleo y tengo que volver a sentarme rápidamente.

Alguien me pagó la matrícula. Una mujer llamó preguntando por mí.

En realidad, desde que Christian me encontró he dejado de esconderme. Cierro los ojos. La música retumba en todo mi cuerpo. Jasmine está hablando, pero no sé de qué.

No tengo que esconderme de los Black. Tengo dieciocho años. Si quiero, puedo vivir en Río y dar clases de inglés. Me está yendo bien.

La policía no puede obligarme a volver con mis padres, como si fuera una cría a la que hubieran secuestrado. Tengo edad de sobra para vivir mi vida, así que tampoco necesito esconderme de ellos.

No tengo cuentas pendientes con la policía, me lo dijo Christian.

Aquel camarero no me denunció.

No estoy escondiéndome de los Black ni de la policía.

Me escondo de otra cosa muy distinta…

—¿Cómo era la voz? —le pregunto a Jasmine.

Mi amiga frunce el ceño porque la he interrumpido cuando estaba diciendo otra cosa, y no tengo ni idea de qué era. Por lo que sé, hasta podría haber estado describiendo la voz de la mujer.

—Pues… a ver. Hablaba en inglés y con un acento muy británico.

—¿Muy británico en plan así: «¿Has visto a una chica que se llama Ella?»? —Hago mi mejor imitación de Fiona Black, con acento de Radio Four, aunque al instante me arrepiento de haber dicho mi nombre real… o casi real.

—No, así hablas tú. Era más así: «¿Has visto a una chica que se llama Ella?». No, no me ha salido bien… Tenía acento británico, eso seguro, pero no se parecía al tuyo.

Trago saliva. No tengo ni idea de cómo habla mi madre biológica, pero sí sé que es inglesa, de Birmingham, y el intento de Jasmine de imitar a la mujer me ha sonado al centro de Inglaterra. Una cosa es segura: si no se parecía a mi acento, no era Fiona Black.

Y, de pronto, me entra el pánico. ¿Cómo es posible que alguien que hizo lo que hizo y luego se pasó la mitad de la vida en la cárcel haya podido localizarme al estilo Christian? No quiero ni imaginármelo, aunque eso no lo hace menos posible. Sé que ella quería verme, eso está claro. Mis padres adoptivos me sacaron del país a toda prisa para poner tierra por medio, y los quiero por inventarse un plan tan loco. No sé si mi desaparición ha sido noticia en Reino Unido, pero si su abogado llegó a escribir a los Black tampoco le habría costado tanto averiguar que estaban en Brasil. Le dije a Michelle que llamaba desde el extranjero. No le habría costado nada…

Es muy probable que esté buscándome. La mujer que engatusó a cinco chicas inocentes para que fueran torturadas y asesinadas podría haber llamado al número correcto y preguntado por la persona correcta.

Lauren se inclina hacia delante; la réplica de Ella Black en la favela estaba sentada al otro lado de la mesa y ha estado escuchando.

—¡Ah, sí! Te lo iba a decir. Hablé con ella por teléfono. Dijo que estaba buscando a Ella o Chrissy. Y como había venido el chico ese tan guapo preguntando por Chrissy y luego resultó que eras tú,

pensé te buscaba a ti y le pregunté si se refería a Jo.

La miro sin dar crédito.

—¿Cuándo fue eso?

Lauren se mete un mechón de pelo en la boca y lo chupa.

—Hace unos días. Lo siento, iba a contártelo y se me pasó. Dijo que sí, que seguramente se refería a Jo. Era simpática.

—Por favor, dime que no es verdad.

—Yo sólo quería ayudar.

—Pues no me has ayudado.

—Lo siento…, no podía saberlo.

Me he puesto en pie, llena de Bella. Soy toda Bella. Llevaba mucho tiempo siendo Ella-Bella, pero ahora odio a Lauren. En este momento, la odio más que a nadie en este mundo. No puedo perder los papeles aquí, delante de todos, pero tampoco soy capaz de mirarla a la cara.

—No tienes ni idea… —le digo—. No tienes la menor idea de lo que has hecho. Ni puta idea. ¡Maldita sea, Lauren!

Quiero seguir, pero todo lo que me ha estado dando fuerzas se ha convertido en rabia, y ahora estoy que echo humo, me pitan los oídos, se me nubla la vista y no me queda nada… No puedo seguir así. El monstruo me va a encontrar. El monstruo es parte de mí. El monstruo viene hacia aquí.

Me vuelvo y salgo corriendo. Bajo los escalones de dos en dos, cruzo la otra pista de baile y sigo los letreros de salida. Tengo que pagar las copas antes de irme, así que le tiendo mi tarjeta con lo que he consumido al cajero y pago los cócteles. Luego estoy en la calle, al lado de la cola de gente, y no sé adónde ir ni qué hacer, pero sé que ya no puedo quedarme en la academia. Tengo que mudarme antes de que aparezca.

Me pita la cabeza. No veo nada. Mi verdadera madre está llegando y ni siquiera mi demonio sabe qué hacer.

Jasmine me agarra del brazo y tira de mí hacia la mesa de una terraza y me obliga a sentarme. Me tiende la mano, me abraza y me acaricia el pelo. Ahora sé de qué he estado escondiéndome realmente; tendría que haber sido consciente de que no podía ignorarla sin más. Estamos en la acera, a pocos metros de la cola de gente para entrar en el club de samba.

Jasmine y Lauren han hablado con la auténtica Amanda Hinchcliffe por teléfono. Me parece imposible. Me gestó en su vientre, y ahora resulta que ha llamado y mis compañeras le han hablado de mí.

Eso
es
entrar
en
contacto.

Un contacto directo entre una madre biológica y su bebé perdido.

No puedo controlarme.

No creo que pueda volver a controlarme.

—No pasa nada, Jo.

Jasmine me ha seguido y está cuidando de mí, pero no puedo permitírselo porque Bella podría hacerle daño. Me hace cosquillas en la cara con el pelo al inclinarse. Me aparto. Tengo que hacerme daño para no hacérselo a ella.

—No pasa nada, de verdad —repite—. No te preocupes. Sea lo que sea, lo solucionaremos. Te lo prometo.

—No se puede. Tengo que irme… Me ha encontrado… —Apenas puedo hablar entre sollozo y sollozo.

La silla de plástico en que estoy sentada se tambalea, tiene una pata coja.

—¿Quién te ha encontrado?

—Esa mujer.

Jasmine no insiste, y tampoco le cuento más. Me pasa unas servilletas enanas, de las típicas de los bares, e intento sonarme la nariz, la celulosa desintegrándose como papel maché entre mis dedos.

—Lo siento. Es tu cumpleaños, tendrías que estar ahí dentro, divirtiéndote.

Me acaricia la espalda. Su mano me tranquiliza.

—Pero no iba a dejar que salieras corriendo y te perdieras en la calle en este estado. De verdad, Jo, lo siento mucho si te hemos disgustado Lauren y yo. No me di cuenta y sé que Lauren tampoco.

—No es culpa vuestra, es culpa mía… —Me río por lo trillado de la frase; no digo nada a derechas—. Dios mío, Jasmine, tengo

miedo. Mucho miedo. —Cojo otra servilleta y me la paso con cuidado por debajo de los ojos.

—¿Quién es?

Un camarero se ha acercado. No quiero beber nada, pero Jasmine pide dos caipiriñas y el hombre se va. Me seco las lágrimas e intento recobrar el control, aunque me cuesta porque no dejo de oír la voz entrecortada de Lauren: «Yo sólo quería ayudar…»

Tengo que escapar cuanto antes porque ella sabe dónde estoy. No puedo permitir que aparezca. No puedo, no puedo, no puedo. No quiero ver nunca a esa mujer.

Nunca.

Nunca.

Nunca.

Nunca.

N

u

n

c

a.

Llegan las copas. No quiero nada, y aun así le doy un sorbo que me sabe a rayos. Sé que voy a vomitar. Me levanto y miro a mi alrededor. La noche es calurosa y estamos en la calle, y hay demasiada gente. Me vuelvo y entro en el local, en busca del aseo. Un letrero señala que está escalera arriba. Encuentro un cubículo vacío. Huele fatal, la cadena no funciona y el váter está atascado de papel, pero me agacho y empiezo a vomitar de una forma tan ruidosa como aparatosa.

Todo, mi alma, mi futuro, mi felicidad, sale de mí y se va por el desagüe.

Jasmine posa sus manos en mis hombros. Ni siquiera me he dado cuenta de que me seguía.

—Ya está. Tranquila, Jo.

No puedo hablar ni mirar a los lados. Sólo siento sus manos y oigo su voz intentando tranquilizarme. Ahora el cubículo apesta aún más, y lo único que quiero es un poco de agua y meterme en una cama, dormir y estar a salvo… Y a la vez no sé lo que quiero.

Cuando me incorporo, Jasmine me coge la mano.

—Venga. Voy a pagar las copas y luego nos vamos, será lo

mejor.

Enfilamos la calle, dejando atrás la cola de los que esperan para bailar en la vertiginosa noche de Río. No tardamos mucho en llegar al barrio de Lapa propiamente dicho, a los mismos sitios en que estuve con Christian. Voy tambaleándome.

—Tengo que irme de aquí… —digo—. Ahora mismo.

—¿Qué dices? ¿Adónde?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, al norte. Al norte de Brasil.

—Si quieres, puedes venirte conmigo a Ecuador.

Consigo sonreír.

—Gracias, pero necesitaría un pasaporte nuevo. Y aun así, ella volvería a encontrarme…

—¿Quién es esa mujer? —insiste Jasmine.

Mi madre… No soy capaz de pronunciar esas palabras.

—Un monstruo —digo en cambio—. Un monstruo que viene a por mí.

18

DOCE HORAS PARA QUE MUERA

Me levanto temprano a pesar de la resaca. Miro a Jasmine mientras duerme, y envidio su semblante sereno y lo tranquila que respira. Anoche cuidó de mí y le debo una explicación como un castillo de grande. Estoy pensando en contárselo todo. Salgo de puntillas del cuarto, busco un analgésico en el baño y voy a la cocina a prepararme un café. Necesito planificar mi huida. Ahora todos saben que soy Ella. Y Amanda Hinchcliffe sabe que estoy aquí.

Cojo una guía de Brasil y me siento en una sillita de la clase mientras espero a que haga efecto el analgésico. Intento olvidarme de todo, pero los hechos siguen ahí: mi madre biológica, que ha estado en la cárcel casi dieciocho años, me ha localizado. Sin duda fue ella quien pagó la matrícula de la academia, y ha estado llamando y preguntando por mí, así que debo irme cuanto antes. Meter en la mochila lo poco que tengo y largarme zumbando.

Pero me seguirá. Si no me enfrento a ella, me seguirá allí adonde vaya. Me había escondido aquí, pero me ha encontrado.

Abro la guía al azar y decido ir a una ciudad que se llama Salvador. Parece interesante. Iré, buscaré un trabajo y…

Suspiro. No puedo plantarme en una ciudad brasileña desconocida con lo poco que sé de portugués y sin ningún proyecto. Tampoco puedo pasarme la vida huyendo. Las cosas no funcionan así. Si desaparezco de aquí será para ir a Florida, en busca de mi amor.

Así que voy a necesitar un pasaporte.

En este momento Ben entra en la sala.

—¡Buenos días, Jo! Has madrugado, ¿eh?

—¿Conoces a alguien en Salvador? —le pregunto sin más.

—¿En Salvador? —Se sienta a mi lado—. ¿Estás pensando en viajar?

—No estoy segura… Tal vez.

—¿Ahora que tu madre lo ha pagado todo? —Ve la cara que pongo y mueve la cabeza—. Pero sí, claro…, veré qué puedo hacer. No conozco a nadie allí que haga lo mismo que nosotros, pero puedo indagar un poco. Si quieres, incluso podría darte una carta de recomendación. Por cierto, deberías pensar en sacarte el título oficial para dar clases de Inglés.

—Ya.

En realidad, no pienso ir a Salvador, pero ahora, si alguien pregunta, Ben puede decir que estaba barajando esa opción.

Como es sábado, sólo hay una clase a las diez para adolescentes. Luego quedo libre y, en cuanto tenga una conversación sincera con Jasmine, me iré. Las que no tienen que trabajar siguen acostadas. Me toca dar la clase con Lauren, pero hacemos lo posible por ignorarnos. En cuanto se van los chicos, ella también sale. Jasmine no se ha despertado todavía. Me va a dar vergüenza cuando la vea, pero no me queda más remedio que contarle alguna versión de mi historia de una vez.

El ordenador de la escuela está en la oficina interior. No he vuelto a hacerlo desde Paquetá, pero respiro hondo y tecleo el nombre de mi madre biológica en el buscador.

«Amanda
Hinchcliffe.»

Odio esas dos palabras. No soporto escribirlas, y odio los resultados que aparecen, así como las fotografías. Sin embargo, me obligo a mirarlas detenidamente. Debo hacerme una idea del aspecto que podría tener, por si se presenta en la academia.

Busco fotos de cuando salió de la cárcel, pero, por muchas páginas de imágenes de Google que voy pasando, sólo aparecen fotografías antiguas. Al final, me dedico a leer algunos artículos y descubro que le han concedido una nueva identidad, porque sus crímenes despiertan sentimientos tan enconados en la opinión pública que su seguridad estaba en riesgo.

Como no consigo fotografías de su aspecto actual, opto por estudiar las que la retratan con diecisiete años. Cuando la

detuvieron, era más joven que yo ahora, y cuando la encarcelaron había cumplido ya los dieciocho. A mi edad, ella estaba a punto de dar a luz. Y ahora yo con esa edad estoy viviendo en Brasil bajo un nombre falso. Sin duda, algo muy propio de criminales; tal vez sí que nos parecemos en algo.

Esa mera idea basta para desencadenar toda mi rabia. Soy como mi madre. No hace tanto aplasté un pájaro con un martillo. Ataqué a Fiona con un botellín roto. Le rajé la cara a un camarero. Le robé el bolso a un turista en la playa. Dormí en la calle. Mentí, mentí y volví a mentir.

No pienso ser como ella.

Nunca, nunca, nunca, nunca.

PERO LO SERÁS.

No quiero.

Miro las fotos detenidamente. La primera vez buscaba indicios de mí en su cara (y están ahí, lo sé; más de lo que me permití ver en esa ocasión). Ahora busco rasgos de cualquier persona que haya podido conocer desde que vivo en Brasil, incluso desde antes de que los Black pusieran tierra de por medio y me trajeran aquí.

Estudio las imágenes granuladas, aunque cuesta mucho distinguir gran cosa. Además, ella podría haber llamado y pagado desde cualquier parte. Si estuviera aquí, ya habría venido a buscarme.

Leo viejos artículos sobre su vida antes de la cárcel. Era la mayor de tres hermanos y su padre la maltrataba. Conoció a Billy Carr (me salto todo lo que aparece sobre él, y pienso seguir haciéndolo) cuando tenía quince años. Luego hicieron todas esas salvajadas entre los dos.

Si me permitiera ahondar en lo que hicieron, no volvería a pensar en otra cosa. De hecho, yo también estaba allí… como un embrión inocente, sí, pero ahí estaba yo, de su lado… Si sigo pensando en eso, no me veré capaz de seguir viviendo.

—Ah —dice Jasmine a mi espalda—. Es esa mujer, ¿no?

Me vuelvo en redondo y la miro. No da la impresión de estar asustada, ni enfadada por lo de anoche. De hecho, hasta me pone una mano en el hombro.

—¿De qué hablas? —le digo. Me ha pillado viendo la cara de mi madre biológica. Sabe quién es «esa mujer». La mujer que salía en

las noticias. La mujer asesina.

—Esa mujer. Se ve que son fotos antiguas… pero ¿no es la mujer que anda por ahí, por ahí fuera, me refiero?

Tardo un momento en pillarlo. Mi amiga está señalando vagamente hacia el mundo exterior, hacia la Estrada da Gávea. Me vuelvo y la miro, a Jasmine, a mi amiga. Tiene buena cara y esboza una ligera sonrisa. Se ha puesto un vestido negro y sandalias de tiras: no lleva la camiseta de la academia porque hoy no trabaja.

Me llega el sonido de la canción del abecedario desde la clase de al lado.

Jasmine coge una silla y se sienta a mi lado.

—¿Qué haces mirando eso? —me pregunta, y me doy cuenta de que, aunque sus palabras han sido para mí como una puñalada en el estómago, aún no se me nota—. Ostras, ¿estuvo en prisión?

—¿Qué mujer? —digo como si tal cosa, y me resulta extraño.

—Pues ésa, ya sabes… Hace unas semanas, me paró por la calle y me preguntó por la academia de idiomas. Siempre anda por ahí. Una mujer corpulenta.

Miro la cara de Amanda Hinchcliffe.

Pienso en aquella mujer gorda.

Miro su cara.

Pienso en la mujer.

Sigo mirando…

Aunque no tiene sentido, lo que Jasmine ha visto de inmediato está ahí, en ese rostro: son la misma persona. Ha engordado, pero es muy probable que las presas no se pasen el día haciendo flexiones en sus celdas y corriendo por el patio, ¿no? Tiene la misma cara de antes, que en parte es también la mía, y no me había dado cuenta a pesar de lo claro que lo ha visto Jasmine.

Repaso mentalmente las veces que la he visto: cuando no tenía dónde dormir; cuando conocí a Ana y vine aquí. Está siempre por aquí, tomando café en los bares, observando con una media sonrisa en la cara. Yo creía que era del barrio. La última vez, incluso pensé en entablar conversación con ella.

—Maldita sea —digo, y mi compañera mira hacia el aula, pero no han podido oírme porque están cantando los colores—. Jasmine, mira… te prometí que te contaría la verdad, y eso es lo que voy a hacer.

Ella me acaricia el hombro y, por un momento, me recuesto y me dejo hacer.

Y se lo cuento todo, sin dejarme ningún detalle. Le cuento que me llamo Ella Black y que hace un mes llevaba el pelo teñido de morado. Le cuento incluso lo que me resulta más difícil, lo infeliz que era en mi país, que mis únicos amigos eran Lily y Jack, mi novio gay. Y le cuento un poco quién es Bella… En cierto momento, empieza a entrar gente que necesita usar la oficina, así que nos vamos arriba, a nuestro cuarto, donde le hablo de la misteriosa huida a Río y le enseño la foto que tengo con Christian bailando en la calle. Le cuento cómo me enteré de que era adoptada, que agredí a mi madre y que luego descubrí quién era mi madre biológica. Le cuento que dormí en la calle y que un hombre me agarró del tobillo, y que robé un bolso en una playa…

Le cuento que el monstruo es mi madre.

Mantengo la calma mientras hablo porque Jasmine está a mi lado, escuchando mi historia, mordiéndose el labio, pero sin encogerse asqueada ni poner cara de horror por haber compartido cuarto conmigo todo este tiempo, dejándome sus cosas y preparándome café cuando más lo necesitaba. Siento cómo Bella merodea, pero todavía no se apoderará de mí porque Jasmine sigue conmigo. Bella está reservándose para luego. Lo sé.

—Bueno —dice Jasmine, y me transmite una serenidad tan maravillosa que me dan ganas de abrazarla—. ¿Y qué quieres hacer?

Respiro hondo varias veces.

ENCUENTRA A ESA MUJER.

Luego.

TENEMOS QUE ENCONTRARLA.

Ya lo sé.

VALE, PUES VENGA, VAMOS.

No puedo dejarme llevar por un arrebato y agredir a esa mujer, porque entonces sería igual que ella. Sin embargo, también sé que nada de lo que haga o diga impedirá que Bella vaya a por ella, y no intentaré detenerla, porque yo soy Bella y Bella es yo. Juntas vamos a encontrar a nuestro monstruo y mirarlo a los ojos, y por una vez estamos de acuerdo en algo.

—Voy a buscarla —digo.

—Te acompaño.

Justo hoy no está en el bar de siempre. Y tampoco en el otro. Bajamos el cerro, pero no la vemos. Esa mujer siempre ronda por aquí, fue la primera que reconocí como «del barrio». Y ahora no hay ni rastro de ella.

—La encontraremos —dice Jasmine, y se acerca al mototaxi más cercano para hablar con el conductor en su portugués básico.

Le describe por señas a una mujer corpulenta, y le pregunta dónde podemos encontrarla. El hombre se encoge de hombros y va a hablar con su amigo. Yo me siento a una mesa del Super Sucos, desbordada por los acontecimientos. Todo ha sucedido muy rápido y no consigo asimilarlo. Intento convencerme de que, después de todo, probablemente no sea Amanda Hinchcliffe. Porque no iban a dejar que saliera de la cárcel y volara a Brasil como si nada, ¿no?

No tendría sentido.

Los de los mototaxis parecen saber a quién se refiere mi amiga. Una camarera del bar interviene en la conversación. Desconecto un poco, porque de todas formas sólo me enteraría de la mitad. Lo único que sé con seguridad es que Jasmine no les ha dicho por qué estamos buscándola.

—Tenemos que subir hasta pasado el taller del soldador y coger el callejón de la izquierda —me explica cuando vuelve a mi lado.

Me levanto y subimos calle arriba hasta el taller del soldador, torcemos a la izquierda y avanzamos un poco. Mi amiga se detiene y le pregunta a una anciana sentada a la puerta de su casa con un bebé en las rodillas si ha visto a una mujer corpulenta que habla inglés, y la anciana asiente, señala y nos explica algo, pero lo dice demasiado rápido y no la entendemos muy bien. Hacemos lo posible por seguir sus indicaciones y, poco después, cuando en una callejuela nos encontramos con un letrero que pone *PENSÃO*, nos miramos.

—¿Probamos? —dice Jasmine—. Es una pensión. Si quieres podemos entrar y preguntar…

Abro la boca para responder, pero no me sale nada. Respiro hondo y asiento, y luego me obligo a soltar un poco de aire y decir:

—De acuerdo.

Jasmine me coge de la mano y me la aprieta. Le devuelvo el

gesto.

—Gracias —susurro.

—Puede que no esté. O quizá sí. Merece la pena intentarlo. Deberías verla para asegurarte, ¿no crees?

—Sí.

Me tiemblan las piernas cuando cruzamos el pasaje de entrada. No me veo capaz de llamar a la puerta, de modo que Jasmine lo hace por mí. Sale a abrirnos una mujer que no es la que estamos buscando. Nos pregunta si queremos una habitación, y mi amiga le dice que sí. Aunque no entiendo por qué ha hecho eso, las sigo al interior. La patrona empieza a enseñarnos la casa. Nos lleva a una habitación con dos camas y va señalando las cosas. Habla despacio porque somos extranjeras, así que entiendo lo que dice, pero ya no estoy prestando atención. Me escabullo por una puerta y echo un vistazo por mi cuenta.

Hay un baño. Es pequeño y está limpio, todo blanco. Atravieso otra puerta y llego a la cocina, una olla burbujea al fuego. El cuarto de al lado es un dormitorio muy ordenado, con la cama perfectamente hecha.

Abro la siguiente puerta.

Y me detengo, sin dar crédito. Me pita tanto la cabeza que no puedo hacer nada, salvo quedarme paralizada. Se me ha emborronado la visión por los bordes, pero no pienso permitirlo.

No hace falta que lo hagas por tu cuenta. No debes tomar el control. Podemos hacerlo juntas.

¿ENTRAMOS?

Sí.

¿UNIMOS FUERZAS?

Sí.

VAMOS A ZANJAR ESTE ASUNTO.

Entre las dos.

Las demás habitaciones estaban inmaculadas. Ésta, en cambio, está bastante desordenada.

No es posible que…

De una maleta en el suelo sobresale ropa.

No es posible que…

En la mesita de noche hay un vaso de agua, un libro de meditaciones, un collar de cuentas, un osito de peluche.

No es posible que…

Las paredes, las paredes…

Quien se aloja en este cuarto ha cubierto las paredes empapeladas de verde y blanco. Las ha cubierto de fotografías.

Las ha cubierto de

fotografías

mías.

Me tambaleo y miro la fotografía más grande en la pared de enfrente. Aparezco yo cuando era Ella Black. Sé cuándo me hicieron esa foto. Llevo el uniforme del instituto, y estoy sonriendo a la cámara y sujetando un pequeño trofeo.

Lo gané en una carrera a campo través, y una chica llamada Margot, que llegó en segundo puesto, se cabreó conmigo. Esa fotografía estaba colgada en la web del instituto, yo nunca he tenido una copia. Amanda Hinchcliffe ha cogido mi fotografía de la web del instituto y la ha impreso. Intento recordar si pusieron mi nombre debajo. Creo que sí: estaba en la sección de Noticias, porque mi victoria en esa carrera fue toda una noticia.

Intento recordarlo porque me parece algo importante. ¿Ponía «Ella Black» bajo la fotografía, sí o no? No lo sé, no estoy segura. Si lo ponía, podría haberme buscado por Google y haberme encontrado. De lo contrario, sólo puede haber dado con la foto porque sabía a qué instituto iba y qué aspecto tenía, y estuvo siguiendo la web para ver si aparecía yo.

Esta habitación es una prueba. Su ocupante está obsesionada conmigo en todas mis encarnaciones. Hinchcliffe estaba tan desesperada por verme que los Black atravesaron medio mundo conmigo para librarme de ella. Sí, ésta es la habitación de Amanda Hinchcliffe.

Vive aquí. En este momento no está, pero vive aquí. Me siguió. Me encontró cuando nadie más fue capaz de hacerlo. Nunca ha hablado conmigo, pero podría haber dado conmigo en más de una ocasión. Podría haberme hecho lo que hubiera querido. Cualquier cosa.

Está todo lleno de fotografías mías. En algunas salgo posando: en otra foto del instituto; sonriendo a la cámara en Copacabana (la misma fotografía que vi en el periódico, cuando estaba en la otra pensión)… Pero en la mayoría no: me veo saliendo del coche de

Fiona con el uniforme escolar; caminando por una acera con Lily; cogiendo de la mano a Jack, mi encantador novio de pega…

También hay algunas hechas en Río, cuando todavía era Ella, con el pelo morado: dibujando en la playa, con los Black hablando entre ellos al fondo, desenfocados; en un bar con cara de aburrimiento, sentada entre mis padres adoptivos.

No hay ninguna fotografía del desfile zombi, y tampoco de Paquetá. Pero sí hay una de cuando no tenía dónde dormir: durmiendo en la playa —que ahora sé que se llama São Conrado—, más o menos cuando me robaron el dinero…

Me lo robó ella. Puede incluso que me lo robara ella.

Comprendo entonces que fue también ella quien me dejó aquella bolsa con comida. Fue mi benefactora. Es posible que no, pero algo me dice que sí.

Por último, un par de fotos en las que aparezco con la camiseta de la academia. Supongo que, después de eso, sabiendo dónde estaba, ya no tenía necesidad de espiarme y hacerme fotos, dado que podía verme al natural.

No pienso consentirlo.

No pienso consentir que sea mi madre.

—No pienso consentírtelo.

»No pienso consentir que seas mi madre.

Lo mascullo entre dientes tras entrar en el cuarto para desgarrar las fotografías, rasgándolas y tirando los trozos sobre su ridícula cama. Rasgo todas las fotografías que hay en la pared, y sé que la dueña de la casa está chillando, y Jasmine está ahí plantada sin saber muy bien qué hacer, y es probable que esté hablándome, pero no puedo parar, y soy toda yo porque Ella es la misma que Bella y no me detengo porque no me da la gana. Me zafo cuando intentan retenerme. Tengo que arrancar todas mis fotos de la pared, yo no pertenezco a esa mujer y no consentiré que se tumbe en esa cama y me mire a la cara y crea que soy su hija.

En un rincón de la habitación, al lado de la mesa, hay un dibujo muy feo de un bebé. Vaya, como no tenía fotos de mí, me dibujó. Dibujó a su bebé perdido. Ver eso hace que me detenga unos segundos, que Jasmine aprovecha para sujetarme del brazo y sacarme de la habitación, mientras la patrona sigue gritándome y Bella quiere volver y seguir rompiendo cosas, pero no puede porque

incluso ella está demasiado triste.

Alguien me tomó todas esas fotos y yo no me di cuenta. Hinchcliffe tenía a algún conocido fuera de la cárcel que iba por ahí haciéndome fotos, y yo sin enterarme de nada. No me extraña que los Black tuvieran tantas medidas de seguridad en su casa. ¿Acaso vieron a alguien sacándome fotos, sospechaban que estaba ocurriendo algo así?

Echo de menos a mis verdaderos padres, los que me cuidaron.

Estoy perdida.

Estoy

perdida.

Jasmine está hablando con la dueña de la pensión, explicándole que soy la chica de las fotografías, pero la mujer ya lo sabía, por aquí no es que se vean muchas chicas blancas medio calvas. Habla muy rápido y no le presto atención.

Se abre la puerta.

Aquí está.

19

CINCO HORAS

Veo un rastro de mí en su rostro. Sí, es mi madre.

—Jo —dice.

—Ella —la corrijo.

Nos quedamos mirándonos. No sé qué hacer. Bella está maldiciendo, enrabietada, fuera de sí, y mientras sigo con los ojos clavados en esta mujer, discuto por dentro.

VAMOS A DARLE UNA PALIZA Y LISTO.

No podemos.

SÍ QUE PODEMOS.

No podemos.

¿POR QUÉ?

Porque entonces seríamos como ella.

Esa idea lo zanja todo: ni siquiera Bella quiere ya arremeter contra ella. Tampoco necesito guardármelo dentro y acabar autolesionándome. Bueno, un poco sí, pero no pienso hacerlo, debo estar por encima de las circunstancias.

Jasmine me coge la mano y me la aprieta. Y yo dejo que lo haga. Estoy mirando a los ojos a Amanda Hinchcliffe, que me sonríe.

—No; te llamas Jo —dice con una voz dulce, no como me la había imaginado—. Eres mi Jolene, mi niña.

Soy incapaz de responder: yo no soy su Jolene, no soy su niña.

Aunque lo fui. En otros tiempos.

Salgo por la puerta, atravieso la callejuela y me alejo.

Bella sabe que no puede atacar a esa mujer, pero, en cuanto salimos por la puerta, tengo ganas de que ocurran cosas malas. No es que no pueda controlarme, soy capaz de hacerlo. Para salir adelante, he tenido que incorporar a Bella a mi ser, y de hecho creo

que me he valido de su fuerza para sobrevivir. Por eso, por primera vez en mi vida, me he sentido una persona completa.

Pero esto me supera. Ninguna parte de mí es capaz de procesar lo que he visto en la habitación de mi madre biológica. Me alejo de la pensión y de esa mujer, que no me sigue, y de mi maravillosa Jasmine y de la pobre patrona de la pensión. No sé adónde voy. No puedo hacerle daño a nadie o acabaría convirtiéndome en alguien como ella. No puedo suicidarme porque ya lo he intentado antes y no fui capaz. No puedo huir y sobrevivir gracias a mi ingenio porque ya lo hice y no resultó muy divertido… Y no quiero volver con los Black, al menos por ahora: así no.

Cuando llego a una calle más ancha, me dirijo hacia arriba. Por esta zona viven los narcos, pero sigo andando hasta la cima. Hoy no hay sol, el cielo está nublado. Nadie imaginará que he venido aquí, y espero que no vengan a buscarme. Veo la selva tropical en los otros cerros, y el Cristo Redentor a lo lejos, dándome la espalda.

Me siento al borde de un camino pedregoso y me dedico a contemplar Río. Es una ciudad extraordinaria, hermosa, viva. Es todo lo que había imaginado que sería y mil cosas más. Cojo una piedra afilada y dibujo formas en la tierra. Dibujar me serena. Siempre ha sido así, por eso lo hago.

No puedo volver a mi antiguo yo. No sé qué hacer.

He mirado a los ojos a mi madre biológica.

No me vale. No puedo dejarlo así. Hay muchas cosas que necesito saber, y no tendré otra oportunidad para preguntárselas porque, después de hoy, no pienso volver a verla.

20

UNA HORA

Creía que la mujer gorda era una vecina del barrio que se dedicaba a ver cómo la vida pasaba ante ella. Hace poco, incluso estuve a punto de acercarme para saludarla, ahora que sé portugués. No me imaginaba que pudiera hablar mi idioma, parecía alguien que llevara viviendo toda su vida en la favela, tomando café, casi como si fuera parte del paisaje.

Jamás me pasó por la cabeza que pudiera ser Amanda Hinchcliffe. A mí no me había recordado en absoluto a la muchacha de los recortes del periódico, aunque Jasmine vio el parecido de inmediato. No tiene nada que ver con la madre que había imaginado. De hecho, a pesar de que no está tan gorda como me parecía, aparenta mucho más de treinta y seis años. Tiene los ojos tristes y las mejillas caídas, y la mirada de quien lo ha pasado mal en la vida. Pero no parece una asesina ni alguien que ha estado años en prisión. No parece mi madre.

Ahora estamos sentadas frente a frente en el Super Sucos. El aire es cálido y bochornoso: se avecina tormenta. Jasmine está cerca, preparada para lo que sea. Observo detenidamente a Amanda Hinchcliffe. Tiene un lunar en una mejilla, del que le sobresale un pelito. Tiene el pelo poblado y lo lleva corto, aunque no tanto como yo. Le miro la nariz, igual a la mía. Vuelvo a repasar mis vías de escape. Es fácil salir de aquí. Puedo largarme y perderme en la favela en un abrir y cerrar de ojos. Y sin duda puedo correr más rápido que ella, sobre todo cuesta arriba.

—Jo… —me dice, y se le quiebra la voz.

Me veo en sus ojos. Por extraño y perturbador que parezca, quedar con ella aquí ha sido en cierto modo como volver a casa.

Fue en su vientre donde pasé de embrión a feto, hasta convertirme en un bebé. Es la primera persona que me vio. Soy consciente de todo eso.

Soy consciente de que ésa es mi maldición.

Me arrebataron de sus brazos y me entregaron a los Black, pero esta mujer es mi madre. No sé qué siento, más allá de esa certeza. La mujer que tengo delante, la misma que veía casi siempre que me aventuraba fuera de la escuela, sentada sin más a una mesa o caminando lentamente arriba y abajo, es la que me concibió entre un crimen y otro.

—¿Habías pensado llamarme Jolene? —Eso es lo primero que quiero saber.

Me sonríe y se me queda mirando sin borrar la sonrisa. Es horrible.

—Sí, Jolene. Me gustaba Dolly Parton. Siempre me encantó esa mujer. ¿Conoces la canción? Ya era antigua cuando naciste. Era antigua hasta cuando yo nací. Y luego tú misma dijiste que te llamabas Jo en esa academia. Es una señal, mi pequeña.

—Ni es una señal ni yo soy tu pequeña. Fuiste tú, ¿verdad? ¿La que me dejó la comida y el dinero en la playa? Escribiste «Una pequeña ayuda, Jo» en la bolsa. Y por eso me hice llamar Jo en la academia de inglés. No es ninguna señal mística ni nada por el estilo. Si lo hubiera sabido, habría escogido otro nombre.

Ni se inmuta. La odio. La odio, pero soy incapaz de apartar la vista de ella. Es como una película de miedo hecha realidad. Tengo al monstruo sentado delante, y me está llamando Jolene.

—¿Cómo me encontraste? —Eso es lo siguiente que necesito saber—. ¿Cómo lo hiciste? Ya estabas aquí cuando estuve durmiendo en la playa. Me encontraste cuando nadie más fue capaz de hacerlo.

—Yo evité que te atacara ese hombre —me dice—. ¿No te acuerdas?

Cierro los ojos. Claro que me acuerdo. Asiento levemente. No pienso agradecérselo. Recuerdo su voz, gritándole en inglés al hombre. Estuvo vigilándome todo el tiempo, en todo momento.

En todo momento.

Como un gato a un ratón.

Como un gato a un pajarito.

—Te he preguntado cómo me encontraste —insisto.

Suspira y por fin aparta la vista. Se muestra evasiva.

—¿Recuerdas cuando perdiste el móvil? Lo recuperaste porque alguien lo llevó a comisaría, y la policía te lo devolvió.

Me acuerdo: fue un fastidio perderlo, pero luego me encantó que alguien lo devolviera, en vez de quedárselo. Ahora me parece menos entrañable.

—Alguien me puso un localizador.

—Mi hermana. Sí. También fue ella la que te hizo esas fotos. Te lo cogió del bolso. No es tan difícil instalar un localizador cuando uno sabe lo que se hace, y ella tiene un amigo que sabe lo que se hace. También cogió el teléfono de tu otra madre y le hizo lo mismo, y lo devolvió a su bolso sin que se diera cuenta. Sabíamos que te alejarían de mí en cuanto saliera de la trena. Tenía que verte, mi pequeña. Era una necesidad. Entiende que…

No entiendo nada.

—Entonces supiste que estaba en Río en cuanto llegamos.

—Sí, así es.

—Y viniste aquí.

—Es que tenía que verte. No me queda mucho tiempo. Estoy enferma y…

No quiero oír sus historias. Se me llevan los demonios. Todo mi ser está en llamas. Estoy totalmente en el Equipo Bella. Ha quebrantando la ley unas mil veces y podría mandarla de vuelta a la cárcel, y eso es lo que pienso hacer. Eso es lo que haré. Ahora la ley estará de mi parte. Siento la sangre palpitándome por todo el cuerpo. Estoy en llamas, hasta la médula, y Bella quiere cogerla por el cuello, derribarla y machacarla con un martillo, como a aquel pajarito.

Pero no puedo porque entonces sería igual de horrible que ella.

Y, además, no tengo un martillo a mano.

—O sea, que le dijiste a alguien que instalara un programa en mi móvil y el de mi madre para saber siempre dónde estaba. Si lo hubiera tirado cuando estaba en Paquetá no me habrías encontrado aquí.

—Sí, es cierto. Pero eso habría sido peor para ti, mi pequeña, porque cuando estabas en la calle te ayudé todo lo que pude. Te di de comer. Ahuyenté a aquel hombre. Te pagué la matrícula de esa

academia…

Quiero decirle que para mí no habría sido peor, pero en realidad tiene razón: lo habría sido. A veces, aún siento la mano de aquel hombre aprisionándome el tobillo. Ve que vacilo y aprovecha la oportunidad.

—Jo —me dice—, llevo toda mi vida esperando este momento. Necesitaba hablar contigo, explicártelo todo. Lo siento muchísimo, pero no me quedó más remedio. No sé si me creerás, pero lo hice todo por ti, y lo mejor que pude. No ha sido mucho.

—No, desde luego.

—No me gustaban las cosas que hacíamos… Me refiero a lo que hicimos con tu padre. En aquella época yo no conocía otra cosa. Todo era raro, extraño… —En su rostro aparece una expresión de añoranza tan espantosa que tengo que apartar la vista—. No podía permitir que el bebé naciera en medio de todo aquello. Me alegré cuando nos descubrieron…, me alegré por ti.

La odio. La odio tanto que quiero morir. Cierro los ojos con fuerza y le pido que se calle. Luego miro a Jasmine, que me pregunta con un gesto si quiero que llame ya a la policía. Hemos quedado en que llamaría en cuanto averigüe todo lo que quiero saber. Niego con la cabeza. Todavía no.

—Tuviste una buena vida. Me sentía tan orgullosa… Mi hermana Audrey estuvo pendiente de ti todos estos años. Incluso vino a Brasil conmigo. No nos costó mucho saber dónde vivíais, ya sabes, basta con conocer a la gente adecuada.

—Fue ella la que me hizo las fotos.

—Quería verte, ver a mi pequeña Jo. —Tiende la mano como para acariciarme, pero me echo atrás para impedírselo.

No soy su pequeña Jo. Soy yo, aunque ya ni siquiera sé cómo me llamo. Creo que tengo que volver a ser Ella Black. No puedo ser Jo, ahora que he descubierto que era el nombre que Amanda Hinchcliffe y William Carr querían ponerle a su hija.

—Te estaba yendo muy bien. —Levanta la mirada—. Tenías una vida jodidamente buena. Perdón…

—No era feliz.

—Eras perfecta, Jo. Mi Jo. Mi Jolene se convirtió en una niña perfecta.

—Eso no es verdad.

—No habrías tenido esta vida. Tú no puedes entenderlo.

Aprieto los puños.

—Pero no he sido feliz. Tenía una especie de…, tenía pensamientos extraños. Cuando hiciste esas cosas horribles, ¿tenías la sensación de que se apoderaba de ti otro yo? ¿Te pitaban los oídos?

Parece desconcertada.

—No, pequeña. Yo era yo. Fui yo la que hizo esas cosas.

Es tan intenso el alivio que me siento desfallecer. No pensaba preguntarle eso, pero ahora entiendo que era lo único que realmente necesitaba saber. Bella es sólo cosa mía, no es una herencia genética.

Se me queda mirando. Y entonces niega con la cabeza y respira hondo.

—Deja que forme parte de tu vida. No fue culpa mía, o al menos no todo. Sé que ya no puedo ser tu madre, pero déjame que seamos amigas. Sólo quiero… lo mejor para ti.

—No, de ninguna manera… Me da igual que me digas que te estás muriendo o lo que sea. Me da igual todo. No, eso no. No te lo consiento. Nunca.

Me levanto. Apenas puedo ver. Tengo que huir de ella, así que salgo del bar sin mirar atrás, aunque me gustaría hacerlo. Una parte de mí quiere hacerle un millón de preguntas más, por mucho que sepa que las respuestas serán terribles. Esto me supera.

Le hago una señal a Jasmine, que saca el móvil. No puedo esperar, debo huir de Amanda Hinchcliffe, de manera que salgo corriendo cerro abajo.

No hay ningún taxi a la vista, y no puedo subir al autobús que está en la parada porque ella también podría cogerlo, así que decido seguir andando. Me dirijo hacia el túnel para parar al primer taxi que pase.

Al volverme, veo que viene detrás de mí. Tiene el rostro desencajado y parece tan desesperada que me dan ganas de ayudarla, pero para hacerla feliz en este momento tendría que llamarla «mamá», y eso no pienso hacerlo en la vida, nunca. Pienso en las otras mujeres que se compadecieron de ella, a las que engatusó para llevarlas al matadero, y sigo caminando hacia la boca del túnel.

—¡Jo! —me llama—. ¡Jo, espera un momento!

No. Sigo caminando. Tengo que escapar.

—¡Jo!

Cuando llego a la entrada del túnel, casi me ha dado alcance. Los coches salen a toda velocidad, y sólo los que van a parar en Rocinha aminoran un poco. Pasan tan rápido que siento el viento en el poco pelo que tengo. Ella me agarra del brazo e intento zafarme, pero me tiene cogida con fuerza.

—¡Jo, escúchame! No tienes por qué volver a verme. Puedes hacer lo que quieras. Yo sólo necesitaba verte una vez, y es verdad que estoy enferma y no me queda mucho tiempo. Sólo… sólo quiero que sepas que te quiero. Pensaba en ti todos los días. Tenía tu edad cuando me encarcelaron, y he vivido en prisión todos los años de tu vida, y eso es… es algo… Pero en cuanto me liberaron vine a buscarte. Audrey y yo tenemos pasaportes falsos… bueno, ya sabes. Lo importante es que haría lo que fuera por ti. Moriría por ti, Jolene. Si necesitas cualquier cosa, dímelo. Yo te lo conseguiré. Te conseguiré lo que quieras. Te debo dieciocho años de regalos de cumpleaños y Navidad.

—No hace falta. Por favor, déjame.

—Pero yo quiero. Quiero hacerlo. Eres mejor persona de lo que yo jamás llegué a ser. Tú vive la vida. Vívela y haz cosas y sé feliz. No te fíes de ningún hombre. Mira al futuro, nunca al pasado. Mi Jo… eres capaz de todo lo que te propongas.

No soporto la sensiblería de tarjeta de cumpleaños. Sé que está intentando transmitirme cosas que son importantes para ella, pero me niego a escucharlas, así que me adentro corriendo en el túnel. Hay una estrecha acera junto a la calzada y corro por ella con la esperanza de que deje de perseguirme. Atravesaré todo el túnel, saldré por la otra punta y pararé un taxi.

Tengo que dejar de huir de una vez, pero sólo lo haré cuando haya escapado del monstruo homicida que es mi madre biológica. Jasmine habrá llamado ya a la poli, no tardarán en detenerla.

No pienso mirar atrás. El humo de los tubos de escape me asfixia y los faros de los coches me marean. El sonido de los motores reverbera en el túnel y no oigo nada, así que, aunque ella esté gritando detrás de mí, no puedo oírla.

No sé si ella me ha seguido, hasta que me agarra del brazo.

—Jo… —dice—. Lo siento. Perdóname por ser quien soy. Sólo déjame que te dé un abrazo. Sólo uno.

Me sujeta con los dos brazos y me atrae hacia ella. Intento escapar. Es una locura: estamos en un túnel en el que está prohibido el paso de peatones. Veo un coche patrulla que circula en sentido contrario, reduce la marcha a nuestra altura, al otro lado de la mediana, y vuelve a acelerar. Va a hacer un cambio de sentido para acudir en mi rescate. En el otro extremo resuena una sirena. Por fin estoy preparada para que la policía me proteja.

Me zafo. Trata de cogerme otra vez. Doy un paso atrás, queriendo huir de ella, y entonces todo sucede muy rápido. Oigo la prolongada bocina de un coche y el chirrido de un frenazo. Su fuerte brazo me empuja hacia atrás, contra la pared del túnel. Me doy en la cabeza. Luego oigo un porrazo y un golpe seco, y un estrépito reverberante de coches que chocan.

Después sólo estoy yo, de pie, apoyada contra la pared del túnel, y ella está tendida en la calzada, y la mayoría de los coches dan un volantazo para esquivar la colisión y prosiguen la marcha por el otro carril.

El sonido de las sirenas se vuelve ensordecedor y la policía aparece por fin.

Me siento e intento respirar.

Había dicho que moriría por mí.

UN AÑO DESPUÉS

Queridos Fiona y Graham:

Muchas gracias por vuestro correo. Me he alegrado mucho al verlo esta mañana, y me ha encantado notaros más positivos. Me alegro también de que *Humphrey* esté bien. Dadle un beso muy grande de mi parte y decidle que, a pesar de lo que pueda creer, no me olvido de él. Y lo mismo digo de vosotros. Gracias por la foto de los tres. La voy a imprimir en cuanto pueda.

Aquí la vida va bien. ¿Quién habría imaginado que seguiría viviendo en Río? Seguro que os arrepentís de haberme traído.

Últimamente estamos teniendo cada vez más contacto, y ya estoy preparada para deciros algunas cosas. He estado dándole muchas vueltas al asunto. Podéis dejar de leer aquí, si lo preferís. Puede que os resulte más fácil así. O dejarlo para leerlo más adelante, no hay problema.

Intento no pensar en mi pasado, ni en mis orígenes ni en esas cosas, porque, sinceramente, si empezara no pararía nunca y me dejaría absorber por movidas destructivas de todo tipo. Pero sí me gustaría poner esto por escrito, y tal vez así no tengamos que volver a hablarlo nunca.

Hace diecinueve años hicisteis una cosa maravillosa. Adoptasteis a un bebé y lo salvasteis de una realidad horrible, le disteis un hogar y todo el amor del mundo. Hicisteis todo lo que estaba en vuestras manos por mí. Me disteis una familia y una educación, incluso me enseñasteis a comer de forma saludable. Me protegisteis como si os fuera la vida en ello, porque conocíais los peligros que me habían rodeado. Sabíais de qué había formado parte antes de nacer. Si no hubiera sido por vosotros… en fin, no me habría criado en ese mundo porque me habrían adoptado otras personas, pero

vosotros hicisteis mucho por mí y quizá esos otros posibles padres no me hubieran tratado tan bien.

De manera que… gracias. Sinceramente y de todo corazón. Lo digo en serio.

Aun así, me habría gustado que me lo hubierais contado. A lo mejor esos otros padres lo habrían hecho. Para mí, ése siempre será el problema fundamental, y nunca conseguiré superarlo del todo. Erais conscientes de que llegaría el día en que lo descubriría, y deberíais haber sabido que, cuanto más lo retrasarais, peor sería. Siempre llega el día en que un adulto necesita su certificado de nacimiento. Seguro que pospusisteis el caso durante mi infancia pensando «no pasa nada» o «ya se lo diremos más adelante». Pero el momento de la verdad acabaría llegando tarde o temprano, y está claro que fue mucho peor retrasarlo, ¿no? Me llevasteis a Río, y mi madre biológica me siguió hasta aquí porque su hermana me había robado el teléfono. Luego todo estalló por los aires, y aquí sigo.

Sé que fue difícil para vosotros cuando nos vimos antes de que volvierais a casa. Fiona, soy consciente de que para ti todo lo sucedido fue especialmente duro. Ojalá pudiera ser tu verdadera hija. Ojalá hubiera podido deciros que no pasaba nada, que podíamos volver a casa, que volveríamos a la normalidad, aunque esta vez sin secretos ni ocultaciones. Me encantaría poder hacer todo eso. Detesto imaginarte en casa sin nada que hacer, esperándome como cuando esperabas a que volviera de la escuela.

Sin embargo…, aunque las cosas no pueden volver a ser iguales, sí que podrían ser de otra forma. Pronto será Año Nuevo, y podría ser el año en que volviéramos a vernos. Sabéis que he continuado mis estudios por internet (como imaginaréis, pienso hacer un dibujo de Río para mis exámenes mucho mejor que el que hice para mi proyecto de secundaria). Pronto decidiré a qué universidad iré. Os agradezco vuestra oferta de ayuda económica. Os lo devolveré, lo prometo. Ni siquiera sé todavía en qué país voy a hacer la carrera, y menos aún qué voy a estudiar. Pero es probable que, siempre que sea posible, me quede en Brasil. Christian se ha venido a vivir aquí. Queremos alquilar un piso en Rocinha. Este barrio es como mi casa.

Y por último… aquí viene lo más complicado.

Vosotros me escondisteis un hecho muy gordo, y yo también os estuve ocultando otra. Hice todo lo posible por encajar en el mundo

que creasteis para mí. Llevo un tiempo viendo a una terapeuta de habla inglesa, una amiga de María, y hablarlo con ella me ha hecho comprender más cosas. Bueno, ya sabéis que estudiaba mucho y que tenía a mi amiga Lily y a mi novio Jack (que, por cierto, nunca fue mi novio), y que me iba bien en el instituto, nunca fui rebelde ni di problemas. Pues bien, digamos que me disocié un poco por dentro. ¿Recordáis que en realidad sabía que era adoptada, ya que me lo dijisteis de pequeña, pero me cerré en banda y me negué a escucharos hasta que tirasteis la toalla?

Ahora creo que lo que pasó fue que me obligué a ser tan decididamente «buena» para que os quedarais conmigo, que entonces mi lado «malo» no supo dónde meterse. Así que me disocié, e incluso le puse un nombre a mi otro yo. La llamaba Bella. Sé que para la mayoría de la gente significa «bonita», pero para mí era «Bad Ella», Ella la Mala. A veces Bella me superaba. Tenía que encerrarme y rendirme a ella. Intenté autolesionarme varias veces, pero nunca conseguía hacerlo del todo, y en cambio acababa liándola. Mataba bichos que me traía *Humphrey*, rompía lo que fuera, aplastaba cosas con un martillo, destruía mis dibujos…

Todo fue empeorando con los años. Necesitaba dar una salida a Bella, y tenía tanto miedo de herir realmente a alguien, de que la gente conociera a mi verdadero yo y de que todo el mundo me odiara… A veces me ocurría en el instituto, y entonces tenía que forcejear conmigo misma para dominarme, sabiendo que, tarde o temprano, algún día todo acabaría descontrolándose.

Y finalmente ocurrió. Perdí el control contigo, Fiona, y luego herí a aquel camarero. Me arrepentiré de ello el resto de mi vida. Que me perdonarais en el acto sin cuestionar nada demuestra la clase de personas que sois. De verdad. Si puede servir de algo, sólo diré que lo siento muchísimo.

Después, cuando me quedé sola en Río, utilicé la fuerza de Bella para seguir adelante. Trabajamos juntas, colaboramos. No siempre es fácil, pero saber la verdad sobre mí me ha ayudado a unir mis dos partes. Ahora me siento yo misma. Nunca antes me había sentido así.

En fin… Pienso mucho en vosotros. Os imagino en casa, en Kent, y os echo de menos. Me gustaría veros. No estoy preparada para volver, pero ¿podríamos quedar tal vez el año que viene?

Os quiere mucho,
Ella
Muchos besos.

DIECINUEVE AÑOS ANTES

Fiona estaba intentando concentrarse. Sin querer, le había salido un dibujo raro e intrincado: no tenía otra cosa que hacer que esperar, y sus garabatos habían acabado cobrando vida propia. Había llenado un folio entero de líneas, flores y árboles, pájaros y gatos, olas y playas. Estaba dibujando de todo menos cosas de bebés. Era un extraño revoltijo sin orden ni concierto que llenaba el papel que, en teoría, debía tener al lado del teléfono para anotarlo todo cuando se produjera la llamada.

Todo dependía de eso. Estaba segura de que era su última oportunidad. Tenía treinta y cinco años, no era tan mayor. Todo el mundo lo decía. «Todavía eres joven», repetían, como si los ocho abortos no contaran. A eso ya había renunciado. No iba a funcionar. Su cuerpo no valía para engendrar. Nunca iba a tener un bebé propio. Eso estaba ya fuera de cuestión.

Una oscura voz interior le decía que todo era culpa suya. Le susurraba que la dejara salir y quería obligarla a hacer cosas horribles para que todo el mundo viera lo deprimida que se sentía. La ignoraba en la medida de lo posible, pero cada vez le costaba más. En ocasiones, incluso tenía que encerrarse en algún sitio y soltarlo todo.

Pero eso ya era agua pasada. Ahora iba a darle un hogar a un bebé que la necesitaba, o tal vez a un niño… Se sabía que rara vez te daban un bebé. Había pasado por tantas cosas con Graham… A menudo se sentía paralizada por la idea de que él acabaría dejándola para formar una familia con otra mujer. Una mujer con un cuerpo que sí funcionara. Una mujer que no tuviera abominables pensamientos secretos. Pero Graham seguía a su lado, y le aseguraba que nunca la dejaría. Y ella sabía que lo decía de verdad. Su relación era sólida. Se querían. De eso no tenía que preocuparse.

Aquella mañana, sin embargo, se había hablado de un bebé. Por eso estaba sentada al lado del teléfono. Por eso estaba dibujando, mirando al vacío y esperando. Por eso había limpiado de arriba abajo la casa y hecho todo lo que se le había ocurrido hasta que ya no supo qué inventarse. Por eso se limitaba a mirar el teléfono, esperando una llamada que tal vez nunca se produciría.

Si le daban ese bebé, lo cuidaría toda su vida. Le daría comida sana y cubriría todas sus necesidades. Lo mandarían a un buen colegio y se asegurarían de que no pasara frío ni hambre, de que no corriera ningún peligro y siempre estuviera a salvo. Haría lo que fuera por ese bebé. Sería feliz siempre y nunca le pasaría nada malo.

El teléfono empezó a sonar.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud a Ruth Knowles por ser la editora más asombrosa del mundo. Y a todos los departamentos de Penguin Random House (editorial, derechos de autor, prensa, producción, diseño): tengo una suerte increíble de poder contar con vosotros, y alucino con todo lo que hacéis.

También quiero agradecer el apoyo constante de Steph Thwaites, de la agencia Curtis Brown, que lleva a cabo su trabajo con brillantez.

Gracias a Colin Ramsay y Conor Foley por su ayuda técnica.

Y también a Kat Pieper y todo el equipo de Project Favela de Rocinha, por acogernos y dejarnos pasar tiempo en vuestras clases y contestar a nuestras preguntas. La Academia de Inglés de la Favela que aparece en la novela es pura ficción, pero, en cierto sentido, visitaros a vosotros me ayudó a dotarla de realismo.

En casa, Craig Green hace posible que escriba estos libros con apoyo, amor y café a raudales.